Tektonika

Cazadores Oscuros V



CRISTINA PUJADAS

Todo final es el principio de una gran historia.

©Enero 2025, Cristina Pujadas, SafeCreativity.

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación o trasmisión sin autorización expresa y por escrito de la autora, excepto el uso de citas puntuales siempre y cuando se incorpore la referencia correspondiente al libro y/o a la autora.

Los personajes y sucesos que aparecen en este libro son ficticios. Todo parecido con personas reales, vivas o muertas es mera coincidencia.

Portada: Ilustración de @_jadee.art (Mireia Beltrán) y maquetación de @ygritte.berlana

Saga Cazadores Oscuros

Cristina Pujadas

Elektrika

Saga Cazadores Oscuros # 1

Cristina Pujadas 2019.01.14, Versión 2021.01.31
Novela romántica fantástica
Nivel de erotismo: ** Sensual (escenas eróticas suaves)

LUMINIKA

Saga Cazadores Oscuros # 2

Cristina Pujadas 2020.03.31. Versión 2021.02.06
Novela romántica fantástica
Nivel de erotismo: ** Sensual (escenas eróticas suaves)

ARDIENTE

Saga Cazadores Oscuros # 3

Cristina Pujadas 2021.01.25
Novela romántica fantástica
Nivel de erotismo: ** Sensual (escenas eróticas suaves)

Correcciones, con mucho amor, de María Víllora y @trotalibros.vdn

MENDAVAL

Saga Cazadores Oscuros # 4

Cristina Pujadas 2023.02.21

Novela romántica fantástica

Nivel de erotismo: ** Sensual (escenas eróticas suaves)

Tektonika

Saga Cazadores Oscuros # 5

Cristina Pujadas 2025.01.31

Novela romántica fantástica

Nivel de erotismo: ** Sensual (escenas eróticas suaves)

Con la colaboración de mis queridas lectoras @vilmont_books, @perdentrelibros y las correcciones de @v3ron1k_ de @_romanticascorrecion.

Ilustraciones de las nuevas portadas de la saga de @_jadee.art
Maquetación de las portadas de @ygritte.berlana

No te pierdas las sobrecubiertas especiales con solapas y efectos dorados que hemos preparado para todos los libros de esta saga.

¡Reserva los tuyos en mi página web!

Tektonika
Saga Cazadores Oscuros #5

En un mundo donde la oscuridad no solo habita en las sombras, un Nuevo Alzamiento se aproxima. Secretos del pasado, alianzas forzadas y un final que promete ser épico.

Sabía que algo estaba cambiando. Lo sentía en la tierra, en mis huesos, en los susurros de los espíritus que el viento traía hasta mí. La oscuridad. Cada día más fuerte. Entonces llegó él, con un mundo de sombras teñido en sus ojos y una mirada cargada de tormentos y secretos. Más allá del miedo —y del deseo—, nuestros caminos se cruzaron para encender el fuego de un amor tan peligroso como las criaturas que habitan en la oscuridad que nos rodea.

Mi destino.
Cruzándose con el suyo.
Y con el de un demonio que pretende destruirlo todo.
Y a todos.

Mi nombre es Taima, y esta es nuestra historia: una lucha contra la oscuridad, una promesa de redención y el descubrimiento de que, a veces, en las sombras también podemos encontrar el camino hacia la luz.

Prólogo

NO ESTABA en mi mejor momento, aunque, por mucho que me pesara, quizá ya no lo estaría nunca más. La vida tiene esas cosas: viene y va a su antojo, sin más, incluso para los que se supone que somos inmortales y llevamos vagando por el mundo desde tiempos remotos.

Observé mi reflejo en el espejo del aseo del pequeño aeropuerto de Cheboygan. El recuerdo de lo que podría haber sido. Mis antaño ojos azules tenían pequeñas motas negras, como si la noche estuviera eclipsando la luz del sol. Un símil que mucho tenía que ver con la oscuridad que había intentado calar dentro de mi cuerpo y poseer mi alma. Si es que aún conservaba una de esas.

Ewah no lo había conseguido o, al menos, no por completo.

Sentía que algo había anidado en mi interior y era como si se estuviera manteniendo en un segundo plano, al acecho, esperando. No tenía claro el qué. Ni tenía intención de darle la oportunidad de quebrarme. Pero mi voluntad tal vez estaba luchando contra un imposible, contra la fatalidad o, quizá, mi destino.

Mi infancia no fue fácil. Pese a haber nacido en el seno de una familia noble, dos acontecimientos marcaron mi pasado. En primer lugar, muchos cuestionaron la legitimidad de mi nacimiento, porque mi padre había partido hacia las cruzadas un par de meses antes de que mi madre tuviera la certeza de estar en cinta. El segundo, sin embargo, era el que ahora mi memoria no paraba de traerme de vuelta, como si quisiera darle sentido a los presagios agónicos con los que me acusaban e insultaban siendo poco más que un niño y que mucho tenía que ver con la noche en la que se produjo mi nacimiento, allá hacia el 1150. Una noche en la que, a diferencia de todas las otras, se presenció un fenómeno poco habitual: la Luna Negra. En aquellos tiempos ese hecho supuso una gran cantidad de teorías, a cuál más absurda, pero todas se resumían en que era un mal augurio.

Sin embargo, ahora, observando mis ojos tintados en negro, los recuerdos de aquellos murmullos de fondo volvían a sentirse a flor de piel. Quería pensar que solo se trataba de una broma pesada que se le había antojado al azar, pero era inevitable sopesar la posibilidad de que estuviera predestinado a que la oscuridad fuera el punto final de mi camino.

Una silueta se colocó a mi lado. Escuché el agua del grifo correr y desvié la mirada para observar a uno de los escoceses que nos acompañaban, el que había sido el líder de uno de los clanes del norte. Cameron MacBean, ahora Stel, como el resto de nosotros.

El cazador inclinó la cabeza hacia mí en señal de respeto y le correspondí, aunque mi gesto era un tanto indiferente. Llevaba demasiado tiempo simplemente viviendo como para que algo banal pudiera emocionarme. Ni mi propia muerte me asustaba en realidad, si bien sentía un regusto amargo ante la posibilidad de acabar convirtiéndome en un enemigo para los que consideraba mi familia.

Salí de allí con la intención de reunirme con el grueso del grupo, pero el resto de los cazadores estaban junto a las Místicas, esas mujeres cuya alegría era palpable en sus aspectos joviales, las risas que podían escucharse desde la otra punta del aeropuerto y los gritos escandalosos que soltaban cada dos por tres.

Sonreí, pero decidí quedarme a unos pocos metros de distancia, porque no me apetecía participar en su conversación y que Mendaval acabara soltando algo sobre que tenía tendencia a ser más seco y frío que un témpano; o que parecía que tuviera un palo metido por un orificio muy concreto de mi anatomía. El concepto del respeto, a esa Mística, sus padres se olvidaron de inculcárselo.

Admito que Dante me caía bien. Que fuera un cazador tan discreto y silencioso como solitario y que aguantara a Mendaval eran dos logros por su parte, así que se había ganado mi respeto.

Ardiente y Elektrika estaban junto a la que podía hacer que nuestro vuelo acabara colisionando contra el suelo si le daba una perra. Mendaval apenas controlaba su poder, pero no era algo que me sorprendiera especialmente, porque tampoco solía contener su explosivo carácter.

Le había propuesto a John sedarla, para el vuelo, pero mi viejo amigo se limitó a contestarme que era una gran idea y me dio vía libre para comentárselo a ella; obviamente prefería acabar formando parte de un estrambótico e incomprensible accidente aéreo a que la Mística en cuestión acabara enviándome por los aires en pleno cabreo.

Uno tiene su orgullo.

Podía verse en la mirada de John que a él le satisfacía la complicidad que existía entre la que ahora era su esposa y las mujeres que habían ido a su encuentro. Místicas todas ellas. Era imposible negar la existencia de algún tipo de conexión que las había llevado a coexistir y conocerse antes incluso de que su poder despertase. Lo que era algo positivo porque fortalecía a la familia. No solo eran importantes los vínculos de sangre que compartíamos de una u otra manera los unos con los otros.

Vi que John hablaba con alguien por teléfono antes de acercarse a mi posición.

Se colocó a mi lado, con la espalda apoyada sobre la pared y cruzó los brazos sobre el pecho mientras seguía con la mirada todos y cada uno de los movimientos de Ardiente. Parecía una mujer frágil, sin embargo, su poder era devastador. Lo que nos venía bien para según qué, pero podía convertir el avión en un meteorito en algo así como una centésima de segundo. Genial. En serio.

—La avioneta que nos reservó Tim ya está disponible —me informó mi amigo, al que apreciaba más que a los hermanos carnales que había tenido antes de ser un cazador. Esos que nunca me consideraron como a uno de sus iguales, en realidad.

—Volar con *esas* tres Místicas es como jugar a la ruleta rusa —indiqué señalándolas con el mentón.

—Cuando no duermes, sueles ponerte más catastrofista que de costumbre. —Elevó una ceja de forma significativa. John tenía ese tipo de cosas. Decía mucho sin decir nada. Y callaba el resto. Lo que tenía su diversión, porque Tim y yo disfrutábamos sonsacándole y él se dejaba hacer, de tanto en tanto.

—Llámame precavido. Prefiero no bajar la guardia hasta que lleguemos a nuestro destino.

Lo de que no me gustaba volar no le venía de nuevo. Tampoco solía mostrar demasiada buena predisposición a las aglomeraciones, los espacios reducidos como los ascensores y las esperas interminables. Dicen que cuando te haces viejo te vuelves más quisquilloso, así que, como ya llevaba vividos varios siglos, tenía el derecho de ser un tocapelotas de campeonato.

Sin embargo, estaba ese detallito de nada de que no me había permitido dormir desde que nos habíamos enfrentado al ataque de un grupo de demonios y el que suponíamos que era un demonio mayor, el cabrón que intentó poseerme y convertirme en un títere, disponiendo de lo que yo era a su merced. Una mierda, en serio.

No es que supiéramos su nombre porque se hubiera presentado, pero, por lo visto, una Mística con la marca del futuro había dejado un diario con información sobre ese mal bicho junto a un collar con algún tipo de magia de protección que me había salvado de convertirme en un monstruo andante, una amenaza para todos aquellos a los que quiero y siempre he pretendido proteger, evitando así que las más oscuras y aterradoras de mis pesadillas se hicieran realidad.

—Lo entiendo. —Me miró—. ¿Hay algo que quieras contarme? ¿Estás bien?

—No sé qué responderte a eso —le confesé, centrando mi mirada en la suya—. Mírame, ¿lo estoy?

John se quedó en silencio y se limitó a observar la evidencia de la oscuridad presente en mi mirada. El intento de Ewah de hacerse con el control de mi cuerpo y todo lo que yo era para… ninguno teníamos del todo claro el qué, pero sí la certeza de que, bajo su influencia, podría convertirme en otro demonio más.

—No eres el único que estuvo a nada de tocar fondo, Jason. —Su voz fue suave y hasta conciliadora.

—No creo que hubiera podido evitarlo sin el collar de Dante. —Observé al cazador, que estaba junto a Mendaval, sus manos enlazadas en un gesto casual que era, al mismo tiempo, señal de la complicidad que compartían—. Me irrita la sensación de impotencia y el no saber qué es lo siguiente que va a pasar.

—Lo de predecir el futuro es cosa de las Místicas que poseen esa marca, no de un mero cazador —ronroneó John con una media sonrisa de sabelotodo.

—Y de algún que otro Bendecido. —Señalé con el mentón a Ardiente, que tenía una mano tapándose la boca, pero se podía escuchar su risa desde donde estábamos—. Ah, no, que de esos solo quedas tú.

—Había días, noches, que pensaba que nunca la encontraría, ¿sabes? —me confesó.

John había nacido de la unión de un cazador y una Mística y poseía algunas habilidades y aptitudes especiales, antes incluso de transformarse en lo que ahora era.

Su conversión fue poco después de que cumpliera la mayoría de edad, porque le pudo el ansia. Siempre había sido un tipo de mente inquieta, pero el don de la visión que había heredado de su madre, si bien solo le daba vestigios sutiles y borrosos de lo que estaba por venir, le había permitido ver a Ardiente —y enamorarse de ella— antes incluso de que aquella mujer hubiera nacido.

Supuse que pretendía animarme, así que me limité a asentir y me obligué a sonreírle. Un poco, al menos.

—Al margen del collar, él no llegó a tomar el control de lo que tú eres, Jason, y no es que no lo intentara. Eres más fuerte que muchos y, en el fondo, lo sabes. —Me miró con esa expresión suya de quien ha visto y vivido mucho—. No te rendiste y eso marcó la diferencia.

—No me gustan que me digan qué tengo que hacer. Que me posea alguien como Ewah… prefiero cavarme una tumba, ya me entiendes. —John no me contestó, pero asintió. Nadie quería un final como aquel y él, más que muchos, podía entender mi angustia. Decidí cambiar de tema—: ¿Qué te ha contado Dante?

—No mucho más de lo que ya sabes.

—Pues eso es poco, por no decir nada. —Esperaba que el cazador pudiera darnos algo de luz en lo referente al demonio que había intentado poseerme. Que fuera capaz de ponerle nombre y que el collar que había ido a buscar con Mendaval me hubiera salvado la vida daba para suponer que tendría más información relevante que no solo un nombre.

—Te resumo lo que sé: Dante coincidió con un cazador y su Mística que se vieron obligados a huir por motivos que no me acabó de contar.

—¿Cazadores?

—Tiene toda la pinta.

Hubo una época en la que las diferentes familias de cazadores se enfrentaban entre ellas para conseguir algo así como una hegemonía las unas sobre las otras. Para evitar ese tipo de abusos,

se creó un consejo, pero eso solo hizo que los que ansiaban el poder buscaran otras formas de empoderarse, pero en el mal sentido.

A partir de que se empezaron a controlar las disputas entre familias, los ávidos de poder comenzaron a focalizar su interés en las familias de las mujeres cuyo poder como Mística había despertado con intención de convertirlas en armas que los fortalecieran. Eran solo humanas, mortales, y ahí el consejo no interfería, incluso cuando empezaron a producirse secuestros, violaciones y todo tipo de vejaciones que, en muchas ocasiones, acababan con la mujer en cuestión muerta.

—Daremos por supuesto que Alina, la Mística, poseía la marca del futuro —continuó John—. No solo se aseguró de que Dante sobreviviera para que formara parte del aquí y el ahora, algo que es especialmente importante teniendo en cuenta que ha sido él quien ha despertado la magia de Mendaval, sino que, además, dejó un diario y el collar para que le fuera entregado a la Elegida.

—¿La Elegida?

—Una Mística, entiendo.

—¿Mendaval?

—No tengo la más remota idea, pero tengo mis dudas, la verdad. —Asentí—. Dante ha traído ese diario y tengo intención de leerlo tantas veces como sea necesario para buscar cualquier matiz o pista que nos dejara entre sus páginas esa mujer.

—Si alguien puede hacerlo, ese eres tú. —Me sonrió por la confianza que ponía sobre su persona.

—Con todo, eso no quiere decir que sea el primero en leer ese diario una infinidad de veces.

—Dante sabe más de lo que dice.

—¿Quién no? —Se encogió de hombros—. Supongo que la confianza es algo que ha de ganarse.

—Eso no puedo negártelo.

—¿Crees que ella los vio? A Dante y a Mendaval… —John asintió—. Es posible que ese cazador solitario hubiera preferido morir junto al resto de su familia que sobrevivirles; lo que sea que le dijo, debió de ser muy convincente.

—Los Gibbs y sus rígidas formas de interpretar la ley jugaban a su favor. Es posible que usara a sus superiores a favor de su causa. Lo que fuera. —Centró su atención en mí—. No era su momento. Igual que tampoco es el tuyo.

—¿Hay algo que deba saber? —le cuestioné.

—Por lo que me ha dicho, en el diario, al margen de anotaciones personales, hay varias entradas que se centran en el Nuevo Alzamiento.

—¿Hay alguna información sobre Ewah? —Pronunciar su nombre hizo que mi vello se erizara, pese a que fingí aburrimiento e indiferencia.

—Sí, pero lo que hay no va a gustarte.

—Te escucho.

—En primer lugar, viene a decir que es capaz de poseer a un hombre, y eso también incluye a los cazadores.

—Dime algo que no haya podido experimentar en primera persona —mascullé entre dientes, intentando que el recuerdo no fuera capaz de acelerarme el pulso. La sensación de cómo me despojaban de lo que era y me quebraban por dentro, centímetro a centímetro, intentando tomar el control de mi cuerpo. Y de mi esencia.

—En segundo lugar, parece reincidir en que Ewah es algo así como un ente a la que no puede

dársele muerte…

—Dime que tienes la certeza de que se equivoca en esa parte en concreto.

—Quiero pensar que hay otras formas de interpretar el texto respecto a la que le ha dado nuestro cazador solitario. —No era la mejor de las respuestas, pero decidí darla por válida—. Lo que sí que me parece interesante es que, por lo visto, lleva en este mundo más de lo que nos pensamos.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué pasaría si te dijera que el Nuevo Alzamiento no es más que algo así como un demonio mayor un tanto cabrón que se quedó rezagado?

—Mejor uno que no media docena. —Incluso si ese uno era Ewah, disponía de la capacidad de poseer a un cazador y, además, quizá no había forma humanamente posible para matarlo.

—Me gusta cómo piensas. —Sonrió—. A raíz de una entrada del diario, Dante lleva tiempo investigando al respecto y recogiendo información sobre nuestro actual problema. Es posible que ascendiera junto al resto de sus hermanos, esos a los que derrotamos tiempo atrás, pero alguien, una Mística, tal vez, consiguió algo así como mantenerlo apartado.

—Hasta ahora.

—Hasta ahora —admitió John—. Según la información de Dante, hay registros de que caminó creando estragos por territorio Cherokee, en la zona de los Grandes Lagos. —Aquello me sorprendió y me giré para mirarle. Era hacia allí donde nos dirigíamos.

—No puede ser una casualidad.

—Estamos de acuerdo —afirmó—. El cazador que nos contactó no nos dio mucha información, pero sí la suficiente como para saber que merecía nuestra atención. Ahora empiezo a pensar que es el principio de ese final que llevamos siglos esperando.

—No podemos confiarnos, John —lo miré—. Todos y cada uno de nosotros podemos convertirnos en poco más que un títere si él se lo propone. No hay suficientes piedras preciosas ni collares para evitar que cumpla con su propósito. Hemos de matarlo antes de que sea demasiado tarde.

—Esa es la idea, sí, pero estaría bien tener al menos un plan de cómo diablos hacer eso; dando palos a ciegas, lo único que conseguiremos es ir perdiendo hombres.

—Sé que estás pensando en algo. —Ladeó la cabeza para mirarme antes de asentir. Nos conocíamos desde hacía mucho.

—Tengo la esperanza de que los nativos sepan cómo diablos lo desterraron tiempo atrás.

—La reunión con los Ojibwe es mañana a primera hora. Entiendo que los ancianos de esa tribu tengan algún tipo de información o, al menos, puedan guiarnos hasta el cazador que nos llamó.

—Solo espero que sea lo suficientemente viejo como para recordar algo que nos aporte. Que ese cabrón anda suelto por el mundo es algo que ya hemos descubierto.

—Podría haber prescindido de esa experiencia, gracias —mascullé y John empezó a reír por lo bajo.

—Lucharemos juntos, Jason, como siempre hemos hecho, y ganaremos. —Lo haríamos. Lucharíamos. Como una gran familia.

—Hasta nuestro último aliento —añadí y él asintió antes de alejarse.

Observé a mi amigo y fruncí el ceño.

Todo inicio depende de un final, y sospechaba que el mío sería más pronto que tarde, porque podía sentir la oscuridad abriéndose paso en mis entrañas, como si Ewah, en realidad, no se hubiera ido.

I

Jason

LA AVIONETA era de una fiabilidad dudosa, pero aguantó estoicamente el vuelo y aterrizamos —contra todo pronóstico— en Chapleau. Allí nos esperaban Logan, Anthony y el hermano de Leia, habían ido hasta al aeropuerto con unas furgonetas de aspecto añoso que se caían a pedazos. No protesté al respecto, quedarme tirado en medio de la carretera era el menor de mis problemas.

Observé el paisaje que nos rodeaba. Verdes bosques con aspecto de haber visto muchas historias y arrastrar muchos secretos. La belleza era innegable, pero, pese a que era la primera vez que pisaba Canadá, no me sentía especialmente emocionado o afortunado. Era imposible hacerlo, sabiendo por qué estábamos allí. Habiendo vivido en primera persona la presencia de aquella entidad oscura capaz de colarse más allá de lo que la mente era capaz de llegar a imaginarse.

Preferiría estar en Londres, con Tim, discutiendo sobre temas insignificantes, la evolución del hombre, los nuevos retos económicos a los que se enfrentaba nuestro país o, incluso, rememorando épocas antiguas. Lo que fuera. Cualquier cosa era mejor que la consciencia de lo que se cernía sobre nosotros. Y sobre el mundo.

No tardamos en tomar un desvío y nos adentramos en una carretera asfaltada en mal estado que hizo que la vieja carraca en la que íbamos se empezara a bambolear en todos los sentidos posibles. A Logan parecía traerle sin cuidado, porque seguía apretando el acelerador a fondo, aunque no es que nuestro vehículo de última generación pudiera alcanzar grandes velocidades.

Llegamos a lo que se suponía que era un pueblo, pero bien podría resumirse en un par de calles y unas cuantas casas a ambos lados, sin rejas ni vallados y, en algunos casos, la puerta abierta de par en par, como si aquí no les preocupara lo más mínimo quién entraba o dejaba de salir de sus viviendas. Supuse que era algo normal, porque aquel pueblo no era más que una de esas pequeñas reservas de nativos americanos que se encontraban dispersas en medio de la nada, y pocos serían los que se llegarían hasta allí para hacer maldades.

Aparcamos frente a una de esas casas de planta y piso. Como la mayoría de las que había a lo largo de la calle, las paredes estaban revestidas de madera pintada en blanco y en los tejados destacaba el color teja. Las puertas de acceso a las viviendas estaban elevadas y se accedía a ellas por unas escaleras más o menos angostas en función del edificio. Supuse que era una medida de prevención para cuando había nevadas, para evitar que el acceso acabara enterrado bajo la nieve.

Un cazador enorme, el grandullón de los MacBean, bajó por las escaleras de la casa frente a la que habíamos detenido las furgonetas.

—¿Habéis comido? —se interesó.

—Hace demasiado —murmuró John como si fuera un niño pequeño a punto de hacer una rabieta y Ardiente rio por lo bajo.

—Hay un KFC aquí cerca, si queréis puedo pasarme. —A modo de respuesta, John le lanzó las llaves del coche y en su rostro mostró una amplia sonrisa.

—Mientras traigas algo que lleve chocolate de postre, me vale —remarcó Elektrika, que parecía cansada. El encuentro entre ella y Logan había sido un tanto intenso, porque el cabreo de mi hermano se entrelazaba con el alivio de verla con vida. Podía entenderle. Cuando ya crees que lo has perdido todo y crees que al fin has encontrado algo por lo que vale la pena seguir luchando, la muerte se convierte en un acto de piedad si te lo arrebatan.

Estudié el lugar y sonreí al ver que Dante y John hacían lo mismo. Los ventanales de la parte

frontal podrían suponer un reto para defenderlos, pero supuse que, si nos encontrábamos en problemas, tendríamos que plantarles cara fuera.

—Es apenas una caja de zapatos que no parece especialmente resistente —murmuré tras acercarme a Dante, y añadí con una sonrisa provocadora—: No cabrees a tu mujer o acabaremos sin tejado ni paredes.

—A mí lo que me preocupa es que sea inflamable —me contestó él.

—Esto promete —bromeé.

—Lo que daría por unas paredes de piedra y cemento… —Por su tono, creo que estaba más preocupado que molesto.

—Ya puestos, sin ventanas —añadió Logan—. Espero que nuestra estancia sea breve, en cualquier caso, y podamos volvernos al búnker.

—Eso a lo que Logan llama hogar es poco más que un zulo —le conté a Dante.

—Uno más defendible que esto —rebatió Anthony a favor de su compañero de armas.

—Es la opción menos mala de las que nos propusieron para alojarnos —nos informó Logan—. Los líderes del grupo Ojibwe de la zona han resultado ser bastante hospitalarios, pero o no saben nada o no quieren decírnoslo.

—No me lo digas, quieren ver al Viejo —murmuré por lo bajo y John sonrió.

—¡Es lo que tiene ser famoso!

—No son cazadores —nos explicó Anthony—. Sin embargo, nos estaban esperando y sospechamos que conocen nuestra naturaleza inmortal.

—Nos llaman caminantes y hemos llegado a la conclusión de que son algo así como el nexo entre la civilización y los cazadores que intentaron contar contigo —añadió Logan mirando a John.

—¿Significa eso que viven como salvajes? —cuestionó Dante, elevando una ceja.

—No tengo la más remota idea, pero se supone que, en breve, uno de ellos se pondrá en contacto con nosotros.

—¿Uno de cuántos? —Logan se encogió de hombros al escuchar mi pregunta, lo que podría resumirse en que no tenía ni la más remota idea.

—Quedan algunas habitaciones libres en el primer piso. Poneros cómodos, aunque, con un poco de suerte, nuestra estancia será breve. —Logan inclinó la cabeza antes de dirigirse hacia la maleta de Elektrika. Tras agarrarla, enlazó su mano con la de su Mística y comenzaron a subir las escaleras juntos.

—¡Tonto el último! —chilló John, tras darle un suave empujón a Ardiente para animarla a seguirle como si fueran poco más que un par de chiquillos.

Arrastré mi maleta y me decanté por apoderarme de una de esas habitaciones sin dueño. Elegí la primera vacía y, pese al consejo de Logan, preferí revisar el contenido de mi maleta y coloqué mis trajes de forma ordenada dentro del diminuto armario.

Dos golpes en la puerta llamaron mi atención. Sondeé a mi alrededor para indagar de quién se trataba. Cada cazador poseía unos matices únicos y, aunque aún no me había familiarizado con muchos de los nuevos miembros de la familia, Anthony era un viejo amigo.

—Adelante.

—Me ha contado John lo que pasó aquella noche. —Sus ojos buscaron los míos, la oscuridad que había calado en mi interior.

En vez de mostrar desagrado o aversión, me tendió su antebrazo en un gesto que era habitual entre dos cazadores cuya relación es fuerte. Una forma de darme algún tipo de reconocimiento; o tal vez era su forma de reconfortarme por la mierda que había vivido. Lo acepté y asentí. ¿Podía

sentir él cómo aquello me había cambiado? ¿Cómo lo que yo era pendía de un fino hilo que estaba a punto de quebrarse?

—A vosotros os veo bien.

—Lo estaríamos si no fuera por la sensación de inutilidad. Llevamos aquí varios días y nada ha sucedido. Ni un mal avistamiento. Ningún cazador que haya decidido darnos información del motivo por el que se supone que se nos ha llamado.

—No es el peor de los lugares en los que podríamos haber caído.

—Logan se ha llegado a plantear que todo esto no sea más que una trampa.

—Admito que las posibilidades defensivas de este edificio son pésimas.

—¿Qué puedes decirme del que te atacó?

—Poco, pero es posible que Dante sepa algo que aún no ha decidido compartir con nosotros —le conté—. John tiene un diario de una antigua Mística en el que hay algunas notas que tal vez arrojen algo de luz a todo esto y, además, el collar que lleva la pareja de Dante parece tener algún tipo de poder sobre él. —Asintió y supe que le habían contado cómo consiguieron ahuyentarlo cuando estaba intentando poseerme.

Me senté en la cama. No había ningún otro sitio en el que hacerlo.

—Voy a serte sincero: creo que puede colarse en la mente de cualquier hombre, mortal o cazador, y hacerse con el control de su cuerpo y su esencia. —Me sostuvo la mirada—. Ríete de los balberin.

—Eso podría resumirse en que estamos jodidos.

—Estoy de acuerdo.

—Tendremos que encontrar la forma de matarlo antes de que se acerque demasiado.

—Se mueve como si solo fuera bruma, sombras incorpóreas.

—Tal vez la magia de mi mujer le afecte, en tal caso.

—Esa sería una gran noticia.

—Si viene, le plantaremos cara a él y a quien haga falta.

—Eso se nos da bien —asentí.

—¿Quieres hablarlo? —Señaló con el mentón mi rostro. Mis ojos. La prueba, evidente, de la agresión que había sufrido.

—Sin el collar de Dante y Mendaval el cabrón me habría jodido y ya no estaría aquí.

—No es eso lo que te preocupa. La muerte —afirmó sin dejar de estudiarme.

—Ya pasamos por eso tiempo atrás —admití—. Saber que podría haberme convertido en ese enemigo al que siempre he enfrentado me enoja.

—Nadie desea ese final, pero sé por John que te enfrentaste a ello el tiempo suficiente como para que ellos intervinieran.

—Si no lo hubieran ahuyentado, lo habría logrado. No tiene sentido negarnos la verdad. El poder que él posee es real, tanto como tú y como yo, como lo que somos.

—Lo que significa que, si posee el poder para quebrarte a ti, podría hacerlo con cualquiera de nosotros. —Era una forma de mostrarme su respeto. Asentí.

Tenían que saberlo. Cualquiera de nosotros podría convertirse en nuestro enemigo en poco más que un chasquido de dedos. Las lealtades. La amistad que nos unía. Todo quedaría en un segundo plano mientras la oscuridad tomaba el control de nuestros sentidos. Y de nuestro espíritu.

—Sabíamos que vendrían tiempos difíciles. —Anthony asintió.

—Mañana, a primera hora, tenemos una reunión concertada con los líderes de la reserva y Logan quiere que también vengas.

—Puede contar conmigo.

—Lo sabe. —Me sonrió con un gesto orgulloso.

—¿Cómo tendrán la certeza de que John es el Viejo? —quise saber—. Es algo que, si son mortales, es posible que se cuestionen.

—No lo sé. Creo que existe algún tipo de vínculo entre esta familia de cazadores y los Ojibwe de la zona. Es posible que fueran también nativos, tiempo atrás, y no llegaran a cortar sus vínculos.

—Las tribus de esta zona siempre han tenido sus propias estructuras y creencias. John suele decir que viven a caballo entre lo que fueron y lo que deberían ser.

—¿En qué sentido?

—Cosas que en el mundo contemporáneo ahora se considerarían absurdas, aquí siguen sintiéndolas como reales. El mundo de los espíritus y la existencia de demonios forma parte de su legado cultural; y, en él, lo que somos puede hasta tener cabida. Quizá conocen nuestro secreto o, al menos, parte de él.

—Logan también sospecha que saben que no somos personas al uso. —Anthony cruzó los brazos sobre su pecho y me sonrió.

—No lo somos, no —asentí—. Si llevan todo este tiempo guardando ese secreto sin que haya sido vulnerado, supongo que eso no tendría por qué ser un problema.

—¿Tienes planes para esta noche?

—Supongo que Logan decretará turnos para hacer guardia.

—Estás en lo cierto, ¿cuento contigo o necesitas descansar?

—Después de lo que pasó, prefiero mantenerme en vigilia que verme expuesto de nuevo —confesé.

—Perfecto, cuento contigo, entonces. —Hizo un movimiento de cabeza, a modo de despedida, antes de añadir—: Me alegro de que sigas vivo, Jason.

—Supongo que yo también. —Más o menos. Una muerte rápida tal vez hubiera sido más fácil que esa sensación agónica que me mantenía en vilo.

Tras una noche que fue apacible, pese a mis expectativas, John y yo nos reunimos con Logan a primera hora. Las Místicas no estaban muy conformes con que las hubieran relegado a quedarse allí, a cargo de los MacBean, pero algo en la mirada de Logan hizo que Elektrika se contuviera, pese a que sus ojos chispeaban. Literalmente.

Nicholas, que había estado haciendo la guardia con nosotros, se excusó a descansar en cuanto vio el panorama. Admito que no tenía del todo claro de si los MacBean habían cabreado a Logan o no, porque quedarse a modo de guardianes de esas cuatro mujeres de armas tomar a mí me sonaba a castigo. Por no llamarlo tortura.

John y Logan empezaron a andar, hablando como si solo fueran un par de viejos amigos que hace mucho que no se ven. Al Viejo se le daba bien eso, lo de charlar por los descosidos. A diferencia de ellos, Dante, Anthony y yo caminábamos en silencio, estudiando todo lo que nos rodeaba y sondeando, pese a que ya era de día, solo por si acaso.

Los dumas, los demonios del silencio que cazábamos desde tiempos remotos, vivían entre dos planos: el de nuestra realidad y el de una a la que no sabíamos ponerle nombre. Pese a no estar en la nuestra, podíamos llegar a sentirlos y seguir su rastro, la vibración característica de sus cuerpos, pero solo podíamos matarlos si cruzaban ese fino velo que separaba su mundo y el nuestro, volviéndose corpóreos.

O, al menos, así había sido hasta que Luminika despertó: su magia permitía a los cazadores

que dependían de su linaje que sus armas poseyeran el poder de cruzar el velo y matarlos antes de que fueran una verdadera amenaza para nosotros.

No sabíamos el porqué, pero se debilitaban y hasta podían llegar a desintegrarse bajo la influencia del sol, así que esas horas eran una tregua en la que, por norma general, podíamos reubicar y asistir a nuestros heridos. Sin embargo, con Ewah, no sabíamos cuáles eran, en esta ocasión, las normas del juego.

Cada demonio tenía fortalezas y debilidades. John era el erudito que solía investigar textos hasta evidenciar ese tipo de detalles que podían decantar una batalla. Ya lo había hecho, en tiempos pasados. No había sido algo así como el referente entre los cazadores durante tantos siglos por una mera casualidad.

Nos encontramos a una mujer, entrada en años, frente a un edificio. Vestía una falda de cuero ocre y ropa tribal, aunque las gafas que llevaba evidenciaban que estaba acostumbrada a las comodidades del mundo moderno.

—Os están esperando, caminantes.

II

JASON

OBSERVÉ a la anciana. Su rostro mostraba una sabiduría que venía acompañada de gruesas y profundas arrugas en las comisuras de sus ojos marrones y una tez ligeramente tostada. Con todo, no sabría determinar su edad exacta. Sesenta, tal vez, pero bien podrían ser ochenta. La senectud podía sentirse, más que verse a simple vista.

Subimos las escaleras que daban al acceso al edificio de blancas paredes y vistosas banderas que ondeaban al viento en uno de los laterales de la fachada.

—Por aquí. —Una mujer mucho más joven nos recibió al entrar en el edificio. Como la anciana, vestía ropa de cuero curtido con pequeños flecos y llevaba el cabello negro sujeto en una gruesa trenza que le caía sobre el hombro derecho. Creo que podría considerarse hermosa si en su rostro no mostrara esa mezcla de respeto y temor, como si supiera, en realidad, que éramos mucho más de lo que podía verse a simple vista.

¿Lo sabían? ¿Todos ellos?

Avanzamos por un pasillo bastante amplio, en cuyas paredes había enmarcados mapas y fotografías antiguas, todos ellos relacionados con las culturas indígenas americanas.

Se paró frente a una puerta de dos hojas y la abrió.

Frente a nosotros había una sala de estar grande en la que destacaba una chimenea de piedra con varios leños prendidos. La decoración era tribal, con cráneos de animales, atrapasueños de aspecto antiguo de los que pendían unas pocas plumas, algunas figuras talladas en madera y algún que otro cuadro de tiempos remotos.

Había tres hombres dentro, a cuál más anciano. Su piel era ligeramente cobriza y destacaban en sus rostros unos ojos oscuros, ligeramente rasgados, las arrugas que enmarcaban unos pómulos marcados y una mandíbula firme.

Vestían ropa tradicional, como las mujeres que nos habían recibido, aunque su aspecto era más imponente, porque lucían una diadema de plumas sobre sus cabezas y llevaban collares de los que pendían unas piezas afiladas que, a esa distancia, no sabría decir si eran garras o dientes. Mis pantalones gris marengo y mi camisa de un sutil perla contrastaban con el aspecto de nuestros anfitriones y con los vistosos colores de las mantas que cubrían las sillas y los sofás de la sala.

John los estudió con interés y me planteé que estuviera intentando reconocer a qué tribus pertenecían. Me había entretenido estudiando sobre aquellas culturas durante las horas de vuelo, pero era consciente de que solo había rozado la superficie, a diferencia de mi hermano de armas.

Pese a la fragilidad de su mortalidad y el aspecto añoso de sus cuerpos, su presencia era imponente.

Humanos.

Mortales.

Sin embargo, podía sentirse algo en ellos mientras se levantaban con movimientos pausados pero orgullosos, como si el paso de los años no hubiera conseguido quebrar las personas que habían sido. Y que aún eran.

—Bienvenidos. —Uno de ellos abrió los brazos en nuestra dirección y nos mostró los sofás que había frente a ellos.

—Soy John Stel, aunque antes solían llamarme John Smith y muchos me conocen por el apodo de «el Viejo». —Se presentó John. Los ancianos lo estudiaron, pero me sorprendieron asintiendo, como si pudieran presentir la verdad impresa en sus palabras—. ¿Sois vosotros los

que reclamasteis mi presencia?

—Sentaros, por favor —le indicó otro de los ancianos mientras él hacía lo propio en uno de los sillones que había en el centro de la estancia.

Logan y John se miraron antes de tomar asiento frente a los hombres. Anthony y Dante se decantaron por colocarse en uno de los laterales de la sala y yo ocupé la pared contraria, lo justo para ver a los ancianos emplumados y controlar también la calle desde la ventana. Era de día, sí, pero no había dejado de estar en estado de alarma desde aquella fatídica noche.

—¿Conocéis algo de nuestra cultura e historia? —quiso saber el tercero de los ancianos, que había permanecido en silencio, estudiándonos con su mirada.

—Lo suficiente como para sospechar que sois parte de la alianza de los Tres Fuegos —contestó John, y supe que su respuesta los había agradado y sorprendido a partes iguales. El anciano sonrió.

—No dicen que eres un erudito por mera casualidad, caminante.

—Ciertamente. —John le regaló una de esas sonrisas ladeadas que le hacía aparentar mucho más joven y un algo altivo, como esos adolescentes que a veces pretenden pasarse de listos. Más de una colleja le había dado yo cuando se ponía a jugar con esa versión suya, uno de los muchos personajes que utilizaba para enfrentarse al mundo.

—¿Tiene esa alianza algo que ver con nosotros? —se interesó Logan.

John negó con la cabeza antes de empezar a hablar:

—En las épocas antiguas, las tribus buscaban el apoyo de aquellos cuyas costumbres y tradiciones se parecían a las suyas frente a la amenaza de los Iroqueses y aquellos que los apoyaban.

—La alianza de los Tres Fuegos se forjó entre los Odawa, los Potawatomi y los Ojibwe y, aunque se forjó en tiempos de guerra, perseveró pese al paso de los años y de los siglos, como vosotros. —Nos estudió, pero Logan y John se limitaron a permanecer en silencio—. Hay secretos que solo unos pocos conocemos, pero que se viven en tierra sagrada a flor de piel. Es allí donde vive un guerrero, un cazador, un nativo que nació para vivir y al que el paso del tiempo no hace estragos. Él fue quien nos pidió que os convocáramos.

—¿Con qué fin? —cuestionó Logan.

—No nos lo dijo —le indicó otro de los ancianos.

—¿Dónde está?

—Viene y va con el viento, pero él os sabrá encontrar.

—O tal vez lo haremos nosotros. —John murmuró aquello por lo bajo, como si fuera algo así como un pequeño desafío personal. John tenía esas cosas. Decía sin decir. Solo que pocos éramos capaces de entender ese lenguaje que era tan suyo.

Desvié la mirada en dirección a la calle, sin llegar a ver nada. Cerré los ojos y dejé que mi sexto sentido se expandiera. Sondeé, buscando más allá del aquí. Dejando que el flujo de las vidas que me rodeaban, todas ellas, llegara hasta mí. Buscando. Algo. Y entonces lo sentí. Una vibración diferente a la de todas las otras. Una que me era muy familiar, incluso si jamás nuestros caminos se habían cruzado. Un cazador. Uno que, tal vez, nos estaba estudiando.

—Antes has dicho que vive en un lugar sagrado —intervino Logan, que tenía ganas de acabar con aquello lo más pronto posible.

—Protegido por los espíritus y bendecido con la sangre de los antiguos —informó otro de los ancianos.

—Perfecto. —Por su tono, creo que a Logan lo de la sangre y los espíritus le traía sin cuidado—. ¿Podrías marcar su ubicación en un mapa?

Sospecho que les habría pedido su ubicación GPS, pero desde luego ese trío tenía pinta de seguir hablando con señales de humo más que con tecnología puntera. Que las apariencias, a veces, engañan, pero era poco probable que esa fuera una de esas ocasiones.

Me contuve de sonreír mientras me acercaba a la puerta de acceso. Uno de los ancianos me observó.

—Necesitaría ir al escusado.

—Mi sobrina te acompañará. —Cogió una campana que había sobre la mesa y, tras hacerla sonar, apareció la chica que nos había conducido por dentro de la casa.

En un idioma que me pareció incomprensible, intercambiaron algunas palabras y, tras aquello, la chica me miró e inclinó la cabeza en una señal que supuse que era de respeto antes de empezar a caminar. La seguí, alejándome de la sala y de todos sus ocupantes.

Sabía que John entretendría a los ancianos durante un buen rato, en parte por su curiosidad insaciable, pero también para darme la posibilidad de encontrar al cazador que se escondía en algún lugar, no muy lejos de donde estábamos, y cuya existencia yo era perfectamente consciente de que él había sido el primero en detectar.

Cerré con el pestillo la puerta del aseo y observé la ventana. Era estrecha, pero no tanto como para que no pudiera deslizarme por ella. Sondeé a mi alrededor para asegurarme de que no hubiera testigos antes de abrir la ventana y saltar al vacío. De noche nuestras hazañas podían ser disimuladas entre las sombras, pero a plena luz del día era un riesgo asumir ese tipo de comportamientos.

Una vez en la calle, me ajusté la camisa y me sacudí los pantalones antes de empezar a caminar. Tras dejar atrás unos pocos edificios, cerré los ojos y busqué con los sentidos del cazador ese pulso característico. Esa energía que me era tan nueva como conocida.

¿Pretendía probarnos?

¿O tal vez solo se trataba de un juego?

Me dejé guiar por aquella vibración y no tardé en localizarlo.

Sus ojos se clavaron en los míos. Sonreí, como el cazador que acaba de encontrar a su presa y se sabe vencedor, porque los dos sabíamos frente a quién nos encontrábamos en ese momento.

No me sorprendió demasiado que fuera descalzo y con el pecho desnudo, que vistiera unos pantalones de cuero con flecos ni que las pinturas tribales decoraran sus brazos, quizá porque había hecho algo así como una regresión al pasado al meterme en esa casa en la que nos habían recibido los tres ancianos con una corona de plumas sobre la cabeza.

El cazador cruzó los brazos sobre su pecho y vi alguna que otra cicatriz en ellos. Por la forma en que vibraba su esencia, diría que era joven, apenas unos pocos siglos, pero decidí no arriesgarme a dar nada por sentado.

—Bonita melena. —Una pequeña sonrisa asomó en sus ojos y supe que no andaba equivocado. Un cazador anciano me hubiera enviado a la mierda y sus ojos se habrían achicado con algo parecido a la suspicacia—. La reunión hace un buen rato que ha empezado. No sé si te llegó el mensaje de texto.

Ladeó la cabeza y me estudió mientras me acercaba.

Su aspecto salvaje contrastaba con mi elegante ropa italiana, pero me traía sin cuidado. Solo esperaba que las cosas no se torcieran y acabara arrugándose más de la cuenta.

—No eres el Viejo.

—No, él está entreteniendo a los jefes de… —¿Cómo diablos había llamado John a la alianza esa?— lo que fuera de Fuego. Lamento decirlo, pero desconozco los más y los menos de vuestro legado cultural. No me lo tengas en cuenta.

—Has venido con él.

—Llevo con John toda mi vida. Soy Jason, Stel, desde hace no mucho, pero esa es una larga historia que mejor dejaremos para más adelante. —Le tendí mi antebrazo y, pese a una cierta reticencia inicial, acabó aceptándolo.

—Koda.

—¿Fuiste tú el que nos hizo llamar? —Asintió—. ¿Por qué, entonces, no has venido a nuestro encuentro?

—No esperaba que acudiera un grupo tan grande y los ancianos me hicieron saber que el Viejo no había llegado. Decidí esperar.

Tenía su sentido. Incluso si, al hacerlo, había cabreado a Logan.

—La familia está creciendo porque las necesidades actuales son complejas y requieren que todos aportemos —le conté y apretó los labios, como si reflexionara sobre mis palabras—. Si es cierto que habéis presenciado un Nuevo Alzamiento, entenderás que hayamos decidido volcar toda nuestra atención.

—¿Y qué hay de las mujeres? —me cuestionó y supe que los había estado espiando, pero ni Logan ni ninguno de sus hombres habían sido conscientes de ese pequeño detalle. Debía de ser sigiloso y astuto como los antiguos cazadores de las tribus. Lo que convertía a aquel cazador en alguien especialmente útil.

—¿Qué quieres saber de ellas?

—¿Tan necesitados están vuestros cazadores que las traen con ellos? —soltó aquello con un tono crítico.

—En el contexto actual, créeme que sí necesitamos a unas cuantas Místicas, pero no por sus atributos femeninos, sino más bien por la magia que ellas poseen.

—¿Místicas? —Aquello le sorprendió. Sus pupilas se dilataron y sentí su pulso agitarse.

—Si no me crees, solo tienes que sondear y podrás sentir las diferencias.

No tenía claro si el cazador utilizaba a los ancianos o si, en cambio, seguía sus directrices, lo que sería algo atípico, pero cosas más extrañas habíamos visto a lo largo de los siglos.

Sin dejar de mirarme, sentí que su atención se alejaba de mí, mientras sondeaba y buscaba la vibración de las mujeres que estaban alojadas, junto al resto de los MacBean, en el edificio en el que nos habíamos instalado.

Frunció el ceño.

—Ya no son las que fueron —sentenció al cabo de un rato—. Las portadoras de *ngen* han regresado.

Lo miré, pero no pude responderle a eso, así que me limité a asentir y fingir que lo había entendido, pese a que no tenía la más remota idea de a qué hacía referencia su comentario. A John le encantaba jugar a ese tipo de cosas, solo que, en su caso, más que aparentar, la realidad era que poco había que no supiera.

—¿Cuántos sois? —quise saber.

—¿Aquí? ¿Allí? ¿En este plano o en el del más allá? —Así no llegaríamos a ningún lado, eso estaba claro.

—Dejémoslo en el aquí y en el ahora; y mejor si son cazadores de carne y hueso. —Me sonrió.

—Eso ha sonado justo a como lo enfocaría un hombre blanco.

—No me lo tomaré como una ofensa. —Nos miramos y esta vez fui yo el que le sonrió, divertido por lo absurdo de nuestra conversación.

—Os llevaré a tierra sagrada.

—Me parece una gran idea, pero esa no podría considerarse una respuesta apropiada a mi pregunta —remarqué.

¿Tierra sagrada? ¿En serio? ¿Habría algo allí que tendría algún tipo de relación con el despertar de Ewah? Porque lo que no teníamos era tiempo para estar con tonterías.

—Será porque no era la pregunta adecuada. —A John le caería bien aquel tipo. A mí, no tanto. Me sonrió—. Es posible que nos estén esperando. ¿Me acompañas?

—Por supuesto. —No es que tuviera muchas más opciones, siendo sincero; además, quizá John tendría más suerte sonsacando a aquel tipo, así que me limité a caminar a su lado, en silencio.

No tardamos en divisar el edificio.

—¿En serio has salido a hurtadillas? —Señaló con el mentón la ventana abierta del primer piso.

—No preguntes.

—Por tu aspecto, no sé, te imaginaba más saliendo por la puerta grande.

—A John le gusta sacarme de mi zona de confort.

—¿Te ha enviado él a buscarme?

—Algo así. —Aquel cazador no era el único que podía jugar a esquivar preguntas.

Subimos por las escaleras. Me sorprendió al no usar el timbre, sino que se limitó a mover el pomo y la puerta se abrió. Supuse que era un lugar con un índice de delincuencia muy bajo. Eso o los ancianos no solo aparentaban ser fieros y nadie se atrevía a meterse con ellos y las tribus a las que representaban.

Fue la mujer anciana la que nos encontró a medio pasillo.

—Koda. —Una trémula sonrisa apareció en su rostro mientras se inclinaba, algo parecido a una reverencia. El cazador se acercó y levantó su mentón antes de susurrarle algo ininteligible.

—¿Qué idioma es? —me interesé.

—*Anishinaabemowin*, aunque los extranjeros soléis llamarlo *ojibwe*, porque os es más fácil pronunciarlo. —Sonreí, porque era imposible negar aquella afirmación—. Es una antigua lengua algonquina que tiene muchos nexos en común con otros idiomas de las tribus afines.

—Tendré que buscar un traductor.

—Puedes intentarlo, sí, pero tiene muchos sonidos y una estructura gramatical compleja que no tiene nada que ver con las vuestras —indicó, retándome a que lo intentara.

Yo no tenía intención de perder el tiempo haciendo aquello, pero John era un mundo aparte. Sin embargo, su respuesta me hizo saber que pese a su aspecto había tenido algún tipo de educación porque, al margen de dominar mi idioma, tenía conceptos lingüísticos que sugerían una formación más o menos reglada.

Lo que, a modo de conclusión, me hizo pensar que Koda quizá no era tan salvaje como pretendía aparentar.

III

Taima

UNA GRAN HOGUERA iluminaba el centro del poblado. Las llamas habían prendido con facilidad y la cosecha había sido abundante.

Los espíritus nos sonreían.

Desde mi posición, privilegiada, podía observar el *wiigiwaam* que compartía con Koda. Tiempo atrás nuestra tribu era nómada y se adaptaba a las necesidades de las familias que la conformaban según el clima y la disponibilidad de alimento.

En primavera, solíamos reunirnos con otros grupos Ojibwe, y allí era donde las mujeres solían buscar un hombre con el que emparejarse según nuestras tradiciones.

En invierno, sin embargo, antes de que la comida escaseara y alimentar a grupos de más de cien personas se volviera arduo, desmontábamos nuestros hogares, esas tiendas que se sustentaban mediante madera flexible de sauce y que solíamos cubrir con cortezas de abedul, juncos o cañas, para recubrirlas después con pieles para aislar el interior del frío. Las cargábamos y nos dividíamos en pequeños grupos de apenas tres o cuatro familias y nos dispersábamos con la intención de buscar un lugar seguro en el que sobrellevar el frío y encontrar las presas suficientes para poder subsistir.

Las temperaturas estaban empezando a descender, aunque cerca del fuego, con la gente bailando alrededor de la hoguera y el sonido de los tambores resonando a mi alrededor era imposible que calara en los huesos. El ritmo de la música era hipnotizante. El contraste entre el aire frío del ambiente y el calor de las llamas.

Me levanté y me dejé llevar por el ritmo, como hacían el resto de las mujeres y un buen número de niños, guiándome por la magia que rodeaba ese tipo de celebraciones.

—*Vienen tiempos difíciles,* ikwezens

Solían llamarme así, *ikwezens*, muchacha, como si no hubieran pasado ya más de veintitantos años desde mi nacimiento. Cerré los ojos, dejando que el murmullo del viento me acompañara, intentando ignorar la verdad que me traían aquellas palabras.

«Tiempos difíciles».

Ishna Witca también lo había podido presentir y, aunque no me había explicado el cómo ni el porqué, yo formaba parte de aquel todo. Siempre lo había sabido. Cuál sería mi destino. Mis manos manchadas de sangre. La oscuridad ciñéndose sobre nuestras tierras. Las risas y los tambores serían apagadas por los llantos y los gritos de los que agonizaban.

Luz.

Oscuridad.

Vida.

Muerte.

Pese a nuestras antiguas costumbres, la tribu se había establecido en aquella tierra sagrada hacía varias generaciones. Con ello, habíamos cambiado algunos de nuestros hábitos y costumbres, integrando algunas de las comodidades y lujos que había traído el hombre blanco y, más tarde, el mundo moderno.

Cazábamos y seguíamos siendo recolectores, pero en caso de necesidad acudíamos a una de las ciudades en busca de provisiones. Los ancianos dirigían a los Ojibwe que se habían integrado en ese mundo que yo detestaba, ese en el que predominaba el cemento y no se escuchaba a la naturaleza y donde se despreciaban a los espíritus, pese a que ellos siempre velaban por nosotros.

Había estado un tiempo viviendo a caballo entre la aldea y las casas de cemento pintadas en

blanco de la reserva porque, aunque nunca expresé mi interés en aquello, Ishna Witca, el que era para mí algo así como un padre, consideró que debía recibir una educación que no solo se basara en los conocimientos del mundo que él me había ido transmitiendo durante mi infancia. Estudié en un instituto al que acudían miembros de diferentes pueblos anishinaabe hasta los dieciséis años, aunque incluso entonces solía pasarme más tiempo en la aldea que allí. Mis profesores me permitieron ese tipo de licencias porque ya para entonces era evidente lo que yo era: una chamana capaz de ver y sentir más allá del aquí y del ahora.

Con todo, pocos éramos los que vivíamos siguiendo aquellas tradiciones ancestrales. Los jóvenes solían acudir a las ciudades y les tentaba lo que allí encontraban. La mayoría se negaba a cortar con los vínculos que poseían con la tribu pero otros, como mi padre, desaparecían en el gran mundo, más allá de los límites Ojibwe o de la tierra sagrada que protegía a la aldea.

Cada uno era libre de tomar sus decisiones. De seguir las tradiciones, o de abrirse al nuevo mundo. De honrar a sus ancestros o negar sus raíces. El amor a la madre tierra era lo que nos mantenía fuertes, unidos, pero la tentación que existía más allá de las fronteras de la reserva seducía a muchos. A jóvenes. A mujeres. Y también a ancianos y niños. Lo sabíamos, pero aun así los dejábamos partir, esperando, deseando, que encontraran el camino de vuelta a casa. Algún día.

A diferencia de muchos de ellos, yo no me imaginaba en ningún otro lugar que no fuera aquella tierra a la que amaba. Mi madre había nacido allí y, tiempo atrás, su madre. Un legado que había perseverado a lo largo de las generaciones.

Me deslicé alrededor de la hoguera, moviéndome al ritmo de los tambores, sintiendo la vibración en la tierra bajo mis pies descalzos, los espíritus guiando mis pasos.

Estábamos de celebración. Una de las mujeres había alumbrado a un bebé sano. La vida compensaba la muerte. Era algo que formaba parte de las leyes de la naturaleza. Hacía apenas unas pocas semanas habíamos enterrado a uno de los nuestros con sus armas y el rostro pintado en rojo, el color del poder y la guerra. Había sido un buen guerrero. Y un buen hombre.

—*Vienen,* ikwezens.

Me alejé del resto de las personas que bailaban tras sentir un escalofrío que hizo que el frío calara en mis huesos, anulando el calor de la hoguera y mis mejillas sonrojadas tras haber estado danzando junto a mi tribu.

Busqué ese algo, atenta a la advertencia, sabiendo que los espíritus de mis ancestros estaban nerviosos. Llevaba tiempo sintiéndolos así, distantes, como si temieran aproximarse y compartir conmigo una verdad que tal vez no sería capaz de asumir.

—¿Quién viene? —murmuré a la nada, a la noche que se alzaba majestuosa, al cielo estrellado y al rumor del bosque que rodeaba a la aldea, pero no obtuve ninguna respuesta.

Un ruido. El de un ave que debería estar durmiendo a aquellas horas. Un aviso. Cerré los ojos y agudicé el resto de mis sentidos. Otra llamada. Un canto. Un reencuentro.

Aquella vez no fui la única en escucharlo: gritos de júbilo sonaron a mi alrededor mientras los tambores entonaban un ritmo diferente que le daba la bienvenida a los que siempre velaron por nosotros.

¿Acaso se referían a Ishna Witca y Koda?

¿Por qué sentía que todo estaba a punto de cambiar?

No tardé en divisarle. Era el más apuesto de nuestros hombres, con su frondosa melena ligeramente ondulada cayéndole hasta mitad de la espalda, sus pómulos marcados y un cuerpo firme y musculoso por el que todas las mujeres de la aldea suspiraban, pese a saber qué era. Un caminante. Uno que había sobrevivido a muchos de nuestros ancestros.

Me lancé a la carrera y él fue a mi encuentro con movimientos ágiles y silenciosos, cual liebre de nieve, hasta atraparme entre sus brazos. Sonreí mientras me volteaba en el aire y, para cuando me depositó en el suelo, busqué la calidez de la piel de su cuerpo, apoyando mi rostro contra su pecho. Sus labios se posaron sobre mi cabeza.

Solo entonces me separé para inclinarme en una muestra de respeto, como estaba haciendo el resto de la aldea. Sin embargo, supe que algo andaba mal. Los tambores habían parado y podía sentir algo en el aire. La inquietud de mi pueblo. Elevé el rostro y vi que, detrás de Koda, había un numeroso grupo de extranjeros. Tez blanca, cabellos de todos los colores posibles, incluyendo el rojizo, y miradas analíticas.

Era la primera vez que nuestros caminos se cruzaban.

Nunca, en vida.

No fingí no sorprenderme. Nunca se me habían dado bien ese tipo de cosas, socialmente bien vistas entre los blancos. La naturaleza era íntegra y no fingía algo que no era. El río fluía siempre siguiendo una misma dirección, las estaciones se seguían en un ciclo en el que el hombre no podía interferir, pero, pese a todo aquello, el hombre blanco siempre creía ser el que tenía el control. Ilusos.

Muchos de ellos ni siquiera creían en los espíritus.

Jamás entenderían lo que yo era.

Lo que era Koda. O Ishna Witca.

Observé a los extranjeros: el grupo estaba compuesto por cuatro mujeres con ropa occidental y un numeroso grupo de hombres. Lo primero que me llamó la atención fue que eran demasiado apuestos. Todos ellos.

Había algo más. En su expresión, sí, pero también en la forma en la que la tierra los reconocía. Habían vivido muchas vidas. Caminantes. Como Koda. Como Ishna Witca. Lo supe así, sin más, antes de que mi mirada localizara un par de ojos azules que se ocultaban entre las sombras y sintiera el pulso de la tierra bajo mis pies. La sangre. El olor de la muerte.

Koda elevó el mentón y observó a los miembros de la tribu que se habían reunido a nuestro alrededor y contemplaban a los intrusos con una mezcla de incomodidad y desconfianza.

—Son invitados de Ishna Witca y, como tales, se les tratará. —La voz de Koda sonó firme, desprendía autoridad. Desvió la mirada hacia una de las mujeres—. Preparadles la *wiigiwaam* del consejo; allí se alojarán los hombres. —Era la tienda más grande de toda la aldea y un lugar que representaba un eje de nuestra comunidad, lo que significaba que Koda quería que les mostráramos nuestro respeto—. Las mujeres se alojarán en nuestra cabaña, contigo.

—Se hará según tus indicaciones. —Incluso si jamás había compartido una cabaña con alguien que no fuera Koda y hacerlo con aquellas mujeres que eran tan diferentes a mí se me antojaba todo un reto.

—Podéis volver con vuestras celebraciones, *dodem*.

Sonreí. *Dodem*, familia. Sí, eso es lo que éramos.

Se escucharon algunos vítores y los tambores volvieron a sonar. Algunas mujeres se alejaron de la hoguera para preparar la tienda en la que solía reunirse el consejo.

—Son caminantes. —Esperé a que la aldea recuperara su propio ritmo para afirmar aquello. No quería inquietar aún más al resto de la tribu. Tener extranjeros en nuestro pequeño remanso de paz, en tierra sagrada, ya era lo suficientemente estresante como para añadir la naturaleza de esas personas.

—¿Caminantes? —cuestionó uno de ellos, pero Koda asintió, sin responder a su pregunta.

—Sed bienvenidos. —Me incliné en dirección a los guerreros en un gesto de respeto.

—No hace falta que tu gente nos prepare un alojamiento, Koda. —Un hombre de ojos negros y mirada dura captó mi atención—. Nos dividiremos en grupos de tres para asegurar el perímetro.

—¿En serio? —protestó una mujer que poseía una larga melena negra—. A mí no me importaría quedarme un rato a ver a alguno de esos bailar medio en pelotas.

—A ti lo que te gustaría es ponerte a bailar en pelotas como hacen ellos y poner enfermo a Dante.

Había motas brillantes en los ojos azules de la mujer que había dicho aquello. Lo que fuera, empezaron a reír tres de ellas, las dos que habían hablado y una un poco más pequeña, de pelo castaño, que parecía esconderse detrás de unas gafas. La cuarta mujer, cuyo cabello era fuego puro, estaba frunciendo el ceño, como si no considerara ese comportamiento apropiado, aunque una pequeña sonrisa traicionaba su semblante.

—Más que bailar, quizá os vendría bien descansar un poco. —El hombre cogió a la mujer de ojos azules por la cintura y le lanzó una mirada que era una mezcla de adoración y advertencia—. Llevas más de dos horas quejándote de que te dolían los pies.

—Eso era antes…

—¿Antes de…? —quiso saber el hombre.

—Hay un par de mozos majos medio en pelotas bailando en la hoguera —intervino la de la larga melena.

A modo de respuesta, el cazador de ojos oscuros gruñó, pero no fue el único.

—¿En serio? —masculló un hombre que vestía ropa militar y llevaba varios cuchillos y pistolas guardadas en cartucheras distribuidas de forma estratégica por todo su cuerpo.

—Me gustaría más verte a ti en pelotas bailando alrededor de la hoguera, pero como eres un aguafiestas y te negarás, me contentaré con lo que haya disponible.

—Melanie…

—¿Sí, Dante? —Por el tono, supe que existía complicidad entre ellos y que ella estaba provocándolo, de alguna forma.

—Sigues cayendo en sus tretas como un principiante, hermano. —El hombre que había hablado tenía la espalda ancha y algo en su aspecto me hizo saber que era viejo. Incluso para los que eran como él.

A su lado estaba la mujer de cabello rojizo. Había un algo entre ellos que fluía de forma natural. Podía sentirlo en la tierra. Y en la forma en que su energía tenía los mismos matices y se reconocía.

Fruncí el ceño y no tardé en reconocer ese mismo patrón entre las mujeres y otros de los cazadores allí presentes. La mujer de ojos azules con el hombre que había hablado en primer lugar con Koda. La de larga melena y el caminante armado hasta los dientes. Y en aquella que intentaba quedarse en un segundo plano y el que aparentaba ser poco más que un mozo pero que la tierra le reconocía de una forma singular, como si arrastrara más vidas que muchos de los que parecían doblarle en edad.

No sé si sentí alivio o miedo cuando mis ojos se cruzaron con los del hombre al que nunca deseé encontrarme. No era un mortal. En ese momento fui consciente de ese pequeño detalle. Un caminante. Uno cuyo rostro me perseguía y me hacía despertar aterrorizada desde niña. No quería saber su nombre, pero tampoco podía negar que siempre había sabido que nuestros caminos acabarían cruzándose. Me estremecí, pero mi inseguridad se disipó cuando sentí una calidez rodearme y una brisa suave hizo que las plumas de mi vestido ondearan con suavidad.

Pude sentir la magia, y no fui la única: Koda se tensó mientras los espíritus acudían a nuestro

encuentro. Mi cabello flotó durante unos segundos en la nada mientras alejaba mi mirada de aquellos ojos azules teñidos con las sombras del mal que acechaba al mundo.

—Ngen-kürüf, el espíritu del viento, te acompaña. Puedo sentir tu poder, la magia que fluye de ti y nutre esta tierra. Te reconozco por lo que eres.

—Una Mística —intervino el caminante que era joven mientras me estudiaba—. ¿Y tú eres…?

—*Manidoo* —respondió Koda, avanzando y colocándose entre ellos y mi persona—. Ella es Taima, la que habla con los espíritus, y está bajo mi protección.

—Entiendo. —El joven mostró un aspecto divertido y una sonrisa de oreja a oreja—. Más de lo que te crees, no eres el único que ha pasado por eso.

Koda no le contestó. Si él sabía a qué se refería el caminante o, como yo, apenas le encontraba un sentido a sus palabras, no podría asegurarlo.

—Estamos todos cansados; creo que sería un buen momento para seguir las instrucciones de Logan. —La voz del hombre armado sonó conciliadora.

—Encantada de conocerte, Taima. —La mujer me estudió y vi que apretaba los labios, como si pudiera sentir lo que yo era. Incliné la cabeza hacia ella—. Soy Melanie. ¿Cómo diablos has sabido lo mío?

—Pocas cosas no saben los que ya no están. —La que habla con los espíritus, había dicho Koda. Sonreí. ¡Si solo fuera eso!

—Es la contestación más extraña que oigo en tiempo —dijo otro de los caminantes, uno de pelo rojizo y piel cubierta de motas de polvo.

—¿Nos conocemos? —me preguntó Melanie, observándome. La mujer de ojos azules empezó a reír a carcajadas, haciendo que la que llevaba gafas la siguiera.

—¿En serio? —soltó entre risas la de ojos azules, los ojos anegados—. ¡Igual coincidisteis en la disco una fiesta de fin de año!

—¡Idiota!

—¡Shhh! —Intentó contenerlas la de las gafas, pero apenas podía dejar de reírse ella, como para hacerlo con las otras, cuando, de repente, una columna de fuego la rodeó, como si fuera una antorcha. Las pupilas se me dilataron mientras el joven caminante se acercaba a ella, ignorando su fuego, y le pasaba el brazo por la cintura.

Las llamas desaparecieron y me encontré con el corazón latiendo a mil por hora en mi pecho mientras me planteaba si aquello había sido real, fruto de mi imaginación o era una visión que me habían dado mis ancestros.

Nuestras miradas se encontraron y vi algo en su expresión. Sorpresa, sí, pero también algo más. Un reconocimiento. Respeto. Entre dos iguales. Dos guías. En contacto con los espíritus.

—Ngen-kütral —murmuré—. La portadora del espíritu del fuego. Y tú… —Miré al hombre que había a su lado, el que había conseguido aplacar su fuego y que este no le dañara pese a su proximidad—. Hay algo diferente en ti. Puedo sentir que eres especial.

—Siempre me han dicho que soy único en mi especie —bromeó.

—Eres anciano. Más que el resto. ¿Acaso eres al que Ishna Witca llama el Viejo?

—Creo que no soy el único que aparenta ser algo que no es, ¿verdad? —Me sonrió—. Puedes llamarme John.

—¿Eres su guardián?

—Algo así. —Me sonrió con un gesto cómplice y ella se sonrojó.

—Yo soy Aria, aunque algunos me llaman Ardiente, por… ya sabes, eso. —En esta ocasión fue a mí a quien se le escapó una sonrisa. Parecía hasta tímida y, sin embargo, podía sentir que su

poder, la fuerza de su don, era inmenso.

—Al yogurín este y a los cazadores les gusta ponernos motes —añadió Melanie—. A mí suelen llamarme Mendaval, por lo del viento.

—¿Qué hay de ti? —le pregunté a la mujer de ojos azules. Su guardián tenía que ser el líder de aquel grupo.

—Me llamo Elena. Quiero pensar que no tengo la culpa, pero conmigo empezó todo. —Separó las manos y entre ellas aparecieron unos destellos azulados que zigzagueaban de forma caótica—. Podría decirse que lo mío son los rayos.

—¡Y cabrear a Logan! —añadió Melanie, haciendo que las mujeres rieran por lo bajo.

—Logan Stel. —El caminante a su lado, el que aparentaba ser el líder de aquel grupo, hizo un gesto con la cabeza a modo de saludo.

—Eres su guardián. —No lo negó y le pasó un brazo por la cintura en un gesto tan protector como posesivo.

—John me puso el mote de Elektrika, aunque no es que sea muy original que digamos —añadió Elena.

—¡Eso ha dolido! —bromeó el aludido.

Me giré para observar a la mujer que restaba. Era la única, de las cuatro, que estaba armada. Su ropa era de corte militar y su aspecto era el de una guerrera. Junto a ella estaba su guardián. Llevaba una barba algo desaliñada que le daba un aspecto un tanto salvaje, pero era su mirada la que me indicó que también era viejo. Al otro lado de la mujer estaba el guerrero del cabello color fuego.

—Sois hermanos.

—Mellizos —puntualizó ella—. En mi tierra, a las personas como tú, suelen llamarlas *Taibhsear*.

—Nunca he escuchado ese término.

—Venimos de lejos. Escocia. —Me sonrió y dio un paso hacia delante, demostrando que no me tenía ningún tipo de miedo—. Hace referencia a las personas que tienen el don del conocimiento, aquellas personas que tienen una sensibilidad especial para intuir verdades ocultas.

—Videntes —añadió su hermano—. Ella es Leia, aunque ahora solemos llamarla Luminika, y yo soy Luke.

—Por una vez, Anthony, sospecho que no vas a ser el único en no encontrarle un sentido a sus nombres —se burló John y el guardián de Leia puso los ojos en blanco, aunque no parecía que estuviera en realidad molesto. Existía una camaradería entre ellos evidente y se sentía bien.

—*Biindigen*, bienvenidos. Los espíritus os acogen en la que es su casa.

—Gracias. —Fue el caminante de los ojos bicolores el que susurró aquella palabra, que me trajo el viento, pero capturó todos y cada uno de mis sentidos. Me giré para mirarle.

¿Quién era?

¿Acaso quería saberlo?

Sus ojos azules encontraron los míos y sentí la tierra latir bajo mis pies. No tanto por lo que él era. O lo que llegaría a ser.

A los espíritus no les molestaba su llegada, sino el significado de esta: lo que estaba por llegar, se acercaba.

IV

TAIMA

LAS MUJERES eran ruidosas, aunque me gustó la sensación de complicidad que compartían.

—*Biindigen*, bienvenidas, a nuestro *wiigiwaam*, nuestra casa, nuestro hogar.

—¿Vives aquí con Koda? —se interesó Leia, la pelirroja.

—Él viene y va, pero sí, supongo que sí.

—Es un tipo apuesto. —Melanie me sonrió con picardía, haciendo que me sonrojara, incluso si era una estupidez.

—¡Es enorme! —soltó Aria cuando entramos dentro. Sonreí, porque había un brillo de satisfacción y curiosidad en sus ojos mientras lo estudiaba todo con la mirada.

—Esta tienda y la del consejo son las dos más grandes de la aldea.

—¿Y eso? —Elena señaló el agujero que había en el centro del techo de nuestra cabaña. Sonreí mientras todas desviaban la atención hacia allí.

A diferencia de las cabañas cónicas tradicionales de otras tribus, los Ojibwe solíamos vivir en estructuras circulares que se sostenían por troncos y cubríamos con juntos y pieles que impermeabilizábamos con resinas. Lo que sí tenían en común era que disponían de un agujero en la parte más alta de la tienda. Ese que estaban mirando con curiosidad.

—Es para que salga el humo. —Señalé el montón de leños que había en el centro de la tienda mientras ellas se movían entre las superficies de madera que usábamos a modo de mesas, los lechos cubiertos de mantas y pieles y las estanterías repletas de piezas de alfarería y hierbas que cubrían el perímetro de la tienda—. Podéis instalaros alrededor de la hoguera. Iré a buscar agua fresca.

—Gracias. —Elena me sonrió y me limité a asentir.

Tan diferentes y, al mismo tiempo, las sentía como si no fueran en realidad extrañas.

Apenas saqué la cabeza por la piel que cubría la entrada a mi hogar cuando me encontré frente a dos cazadores. John. El Viejo. Y el que no tenía nombre. Aquel cuya mirada azul estaba cargada de oscuridad. Me quedé prendida en la profundidad que había allí. En el dolor que arrastraba. ¿Por qué lo sentí como si fuera mío? ¿Como si la distancia que nos separaba fuera poco más que un suspiro, una brizna de hierba o el rumor del río?

—Veo tus sombras, caminante —susurré y, apenas fui consciente de como mis pies se movieron para llegar hasta él mientras se mantenía quieto, impasible, estudiándome. Coloqué mi mano sobre el suave tejido de su camisa blanca y sentí a través de ella el calor de su cuerpo contra mi piel, su corazón latiendo con fuerza, pero también el frío gélido del que debería estar muerto.

—¿Debería felicitarte? —Su voz era grave, pero fue su mirada la que le dio dureza a aquel comentario.

—Jason está más irritable que de costumbre, aunque las chicas te dirán que nunca ha sido el más amistoso del grupo —se burló John mientras me sonreía y le miraba con un deje de condescendencia y yo descubría, al fin su nombre. Incluso si todo sería más fácil si jamás lo hubiera sabido. Ahora ya no solo era un rostro.

—Hace mucho que camináis juntos —asumí mientras alejaba mi mano de su pecho.

—Lo hacemos —admitió el Viejo.

—¿Por qué nos llamas así? —Fijó sus ojos en mí, como si, al igual que yo, supiera que el destino había cruzado nuestros caminos por algún motivo.

—Porque camináis más allá de la muerte. Caminantes, cazadores, guerreros inmortales.

—Sospechaba que aquí nuestra naturaleza no es un secreto. ¿Es de dominio público o sabes de nosotros por tu relación con Koda? —conjeturó John y dirigí mi atención hacia él.

—Pocos somos los que conocemos vuestros secretos, aunque algunos los sospechan, la mayoría solo creen que se trata de leyendas —le contesté—. Hay quien ve más allá de lo que se ve a simple vista.

Sin apenas ser consciente, mis ojos volvieron a Jason.

—¿Qué te pasó? —Se limitó a sostenerme la mirada, pero fue John el que, tras observar la tensión entre nosotros, acabó respondiendo.

—Un demonio intentó poseerle, pero no lo logró.

Me estremecí. No lo había logrado.

Todavía.

Di un paso para alejarme de él porque había algo en su mirada que me hizo pensar que tenía algún tipo de poder sobre mí. La intensidad que habitaba en su interior. Esa oscuridad que había prendido más allá de lo que podía verse a simple vista. Me sentiría asustada si no sintiera a mis ancestros vibrar a su alrededor, ignorando lo que todos nosotros sabíamos, como si su destino no estuviera escrito y su presencia allí no fuera la evidencia de que todo estaba a punto de cambiar.

Estudié aquellos ojos azules, repletos de sombras. El cabello oscuro cortado de forma que apenas podría hundir mis dedos entre sus mechones para consolarlo y reconfortarlo. Aquel pensamiento me sorprendió y lo alejé de mi mente.

—Sobreviviste —añadí en apenas un susurro, sintiendo un dolor sordo abriéndose paso en mi interior y sin alcanzar a entender el porqué. Había sobrevivido, sí, pero ¿a qué precio?

—Sobreviví. —Creo que, en ese momento, hubiera deseado decirme muchas más cosas, pero se negó la posibilidad de compartir sus miedos. Cerrado en sí mismo. Hermético. Y frío. Como una roca.

Éramos dos desconocidos cuyo destino había unido Ewah.

Me acerqué a una de las *wiigiwaam* que usábamos de almacén. Allí había varios cuencos de abedul con agua fresca. Elegí el más grande y me dirigí de nuevo a mi tienda. Frente a la puerta seguían Jason y John, pero esta vez los acompañaba Koda. Me sonrió cuando llegué hasta ellos y cogió el cuenco para liberarme de su carga.

—Si me hubieras avisado, hubiera ido yo a por el agua —declaró mientras colocaba una mano en mi mejilla y me sostenía la mirada. Presioné ligeramente mi rostro contra su palma.

—Tenías cosas más importantes.

—Logan ha organizado varias patrullas que controlarán esta noche el perímetro —nos informó John.

—Eso no es necesario —le indiqué, elevando el mentón. El caminante me observó—. Ningún *wefuke*, ningún demonio, puede perturbar la paz de esta tierra consagrada.

—Eso sería algo nuevo.

—Taima no miente —intervino Koda—. Ella es la chamana de la aldea y sus ancestros nos protegen. Nunca un duma ha podido penetrar esas barreras.

—¿Cómo? —Jason, ladeó la cabeza, estudiándome.

—Los espíritus nos protegen. Sangre de mi sangre. Aquí podéis descansar, caminantes. —Pude sentir su pulso, débil, la fatiga que arrastraba su cuerpo y la desesperanza.

—Tú también necesitas descansar, Taima. Vienen tiempos difíciles.

—Vienen tiempos difíciles —convine con Koda.

—Entiendo que él es tu…, ¿cómo nos has llamado antes? ¿Guardián? —cuestionó John y me

limité a inclinar la cabeza mientras le estudiaba.

—Hace tiempo que está bajo mi protección —repuso Koda—. Es la guía de la aldea, la que escucha las voces que trae el viento. Toda la tribu responde a sus palabras y a sus verdades inquebrantables. Podéis patrullar esta noche y las que la siguen, pero nada, ni nadie, cambiará eso.

Se escuchó un grito y risas estridentes dentro del que era nuestro hogar. Koda frunció el ceño y John sonrió.

—Yo no estaría tan seguro —opinó, divertido—. Si quieres, ya les llevo yo el agua mientras os despedís; quería asegurarme de que Aria está bien instalada.

—¿Despedirnos? —Me giré para mirar a Koda mientras él le entregaba el recipiente al caminante. Tras adentrarse en la tienda, escuché de nuevo las voces de aquellas mujeres, a las que la fatiga aún no había hecho mella.

Koda se inclinó para colocar su frente contra la mía.

—Iré en busca de Ishna Witca.

—Entiendo.

—¿Quién es Ishna Witca? —intervino Jason, interrumpiendo aquel momento de intimidad.

—Mi hermano —le contestó Koda—, pero él va y viene siguiendo la voluntad del viento. Es anciano, y sabio, pero también solitario.

—Otro cazador —sentenció Jason—. ¿Solo sois vosotros dos?

Koda se limitó a asentir. Pude percibir la decepción del caminante. Quizá él formaba parte de un grupo grande, pero yo sabía que pocos estarían a la altura de Ishna en un combate. Había vivido más vidas que nadie y ya no tenía nada que temer, porque, como él solía decir: ya lo había perdido todo. No temía a la muerte, al contrario, la respetaba.

—¿Quieres que nos acerquemos hasta el arroyo? —me ofreció Koda.

—Sabes que es uno de mis lugares favoritos. —Y un buen sitio en el que podríamos hablar sin ser escuchados, porque el caminante de ojos bicolores seguía observándonos con atención.

Opté por darle la espalda y me alejé de allí, con Koda caminando a mi lado, en silencio.

Buscamos una vieja roca en la que nos sentábamos a observar el ocaso cuando yo era poco más que una niña. Como si nada hubiera cambiado, me agarró de la cintura y en un salto que demostraba que su naturaleza ya no era la propia de un ser humano, nos llevó a ambos hasta la cima.

La noche era hermosa, estrellada, no podía negarlo, pese a que en ella se escondían mis pesadillas. Nos quedamos allí unos minutos, largos, pero que, al mismo tiempo, a mí me supieron a poco.

—¿Te han hablado? —Me limité a negar con la cabeza—. Esperaba que tuvieras algo que decir sobre nuestros invitados.

Sonreí.

—Puedo asegurarte que las mujeres son ruidosas. —Me sonrió—. Nunca pensé que conocería a alguien con un poder como el suyo. Los espíritus las reconocen, puedo sentirlo.

—Deben ser fuertes y leales, para que los espíritus las hayan elegido.

Koda era Ojibwe de nacimiento, a diferencia de Ishna Witca, cuyos orígenes eran Mapuches. Para él, los espíritus buenos de la naturaleza eran *ngen*, mientras que los que arrastraban el mal eran *wefukes*.

Entre los Ojibwe, sin embargo, no se concebía que el mal pudiera formar parte de ese mundo y todos aquellos espíritus que representaban a la naturaleza, los *manidoo*, eran en esencia bondadosos, pese a que su presencia podía también traer el mal a los hombres. Las grandes

lluvias. El frío glaciar que mataba desde dentro. El fuego que arrasaba con todo a su paso.

Yo me había criado entre Ojibwes, pero la influencia de Ishna Witca en mi educación era algo que cualquier nativo sería capaz de detectar sin demasiada dificultad. No en vano, Ishna era como un padre para mí. Me había acompañado en mi despertar y me había enseñado a escuchar a los espíritus cuando mi don se había manifestado.

—¿Qué hay de los caminantes? —cuestioné, recordando la mirada penetrante del caminante de ojos bicolor.

—Respondieron a la llamada de Ishna. —Esperaba obtener su opinión, pero no le presioné al escuchar aquella evasiva. Igual que yo, Koda prefería observar antes de emitir un juicio.

—Han tardado su tiempo en venir —critiqué, porque, aunque habían venido a petición de Ishna, ya eran varios los muertos y los desparecidos. Podría decir que era mi sensibilidad la que había detectado aquel cambio en el mundo que nos rodeaba, pero lo cierto es que habían sido los cadáveres que aquel ser de sombras había ido dejando tras sus primeros pasos.

—Lo importante es que han venido. —No podía negarle aquello.

Sabíamos que Ewah era un espíritu maligno, un demonio, que tiempo atrás había sido desterrado, pero no muerto. Poseía la habilidad de sembrar la locura en un hombre y arrasar con todo cuanto se cruzase a su paso. Había pasado antes. Siglos atrás.

Los guerreros se vieron obligados a abatir a sus hermanos en una sangrienta lucha en la que Ewah sostenía las espadas que sesgaban las vidas de las personas a las que más amaban. Los pocos a los que liberó de su influjo acabaron suicidándose tras sentir el peso de las que habían sido sus acciones. El caos. Destruyendo a nuestros pueblos desde dentro.

Sabíamos que solo estaba tanteándonos. Jugando. Probándonos. Antes de exponer su verdadero poder. Antes de acabar con todo. Y con todos.

—¿Estarás bien si me voy? —Koda no parecía del todo seguro de dejarme a solas en la aldea con los caminantes y las portadoras del poder de los espíritus a las que apenas conocíamos.

—Hay algo en ellas, las siento como si fueran parte de lo que soy. Lo que somos.

—En las tradiciones de los caminantes, esas mujeres portadoras de magia eran llamadas Místicas —me explicó Koda—. Abundaban en los tiempos de Ishna.

—¿Ella…? —Koda asintió.

Me quedé pensativa, observando la oscuridad que nos rodeaba.

—Por lo que sé, tras las últimas guerras, se extinguieron. Que hayan venido junto al grupo de caminantes cuatro de ellas no deja de sorprenderme.

—Algo ha cambiado —susurré, observando la naturaleza y su salvaje belleza.

—Lo ha hecho, sí —convino Koda, muy a su pesar.

—Ve en busca de Ishna —le pedí—. Estaré bien; los espíritus guiarán mis pasos.

—Así sea.

—*Así sea* —susurró una voz en el viento mientras Koda asentía.

Me cogió de la cintura antes de saltar desde lo más alto de aquella roca y luego me acompañó hasta los límites de la aldea, pero no llegó a adentrarse en ella. El sonido de los tambores había dejado de escucharse y el silencio estaba roto solo por el crepitar de la madera, el aullido de un coyote y el viento rugiendo entre los árboles.

Entré en la tienda y encontré a las mujeres hablando alrededor de la hoguera. Sonreí, porque supuse que no la habían encendido golpeando un par de piedras o una yesca. Me senté junto a ellas y escuché su charla. Hablaban de historias pasadas, de anécdotas, de unas vidas que eran muy diferentes a la mía. A mí me gustaba, cuando el tiempo era benévolo, dormir bajo el cielo estrellado, a ellas restaurantes de comida exótica y bailar en locales repletos de gente.

Sin embargo, su compañía se sentía bien.

No tardamos en acostarnos entre las mantas. Unas junto a las otras, algo habitual para nosotros. Ayudaba a mantener una temperatura agradable dentro de las tiendas cuando el frío apretaba. Yo prefería la intimidad de la mía, aunque las noches en las que bajaban las temperaturas, si Koda no estaba para arroparme entre sus brazos, acudía a alguna de las tiendas de la aldea donde me acogían con cariño, pero también con ese respeto que imponía una distancia entre ellos y mi persona.

Sin embargo, aquí, junto a esas mujeres que me eran desconocidas, me sentía en casa. Segura. Y a salvo.

Cerré los ojos y dejé mi mente en blanco. Busqué la nada, esa en la que las voces que susurraban los secretos del mañana solían revelarme sus intenciones. Así supe que la noche sería apacible y la mañana soleada.

Escuché la respiración de aquellas mujeres volverse rítmica.

Místicas, las había llamado Koda.

Los espíritus que las acompañaban eran fuertes.

Quería dormir, pero el recuerdo de dos ojos azules teñidos en negro volvió a mi memoria. Su mirada. El dolor que arrastraba. Ese sufrimiento que era suyo y, también, muy mío. Me revolví inquieta entre las mantas y me estremecí ante los recuerdos de lo que, de momento, solo había vivido en mis sueños.

V

TAIMA

ESCUCHÉ un rumor, un cuchicheo, y me sobresalté. No eran los espíritus, esta vez, sino dos de las mujeres. Leía y Aria.

—¿Te hemos despertado? —me preguntó la segunda mientras me desperezaba.

—Ya ha amanecido. —No era una pregunta, sino más bien una afirmación. Solía despertarme con el alba, pero aquella noche, por algún extraño motivo, la fatiga me había podido.

—Elena y Melanie suelen despertarse tarde —me contó Aria—. Estábamos pensando en ir a desayunar algo.

—Pero Aria no se atrevía a salir de la tienda sin pedir permiso. —Leia puso los ojos en blanco, pero sonreía. Llevaba una daga en el muslo y una automática en una cartuchera que le colgaba del cinturón.

—Permiso concedido —le dije a Aria con una media sonrisa—. No sé si lo que disponemos será de vuestro agrado.

—No te preocupes, cualquier cosa está bien —se apresuró a contestarme Aria con una dulzura a la que no estaba del todo acostumbrada.

Salimos las tres de la tienda y nos encontramos con que el poblado ya había despertado hacía un buen rato.

—Distribuís las tiendas alrededor de la hoguera en la que ayer bailabais —puntualizó Leia mientras estudiaba bajo la luz del día el entorno que nos rodeaba.

—Sí, es una tradición de nuestros ancestros. Alrededor de esa hoguera celebramos nuestras fiestas, honramos a los que ya no están y veneramos a la naturaleza. —Leia asintió.

—Admito que siempre he sentido cierta curiosidad por vuestras tradiciones y vuestra cultura —añadió al cabo de poco la Mística con aspecto de guerrera—. ¿Cada uno tiene un papel dentro de la tribu?

Asentí.

—En ocasiones podréis reconocer ese papel por las pinturas que llevamos, tanto los grabados como el color tienen su propio significado. Solo los guerreros que han demostrado su valía pueden ostentar tatuajes rojos, por ejemplo.

—¿Qué hay de los tuyos? —se interesó la pelirroja.

—Eras la única que llevaba pintura blanca —añadió Aria.

—Hace referencia a mi conexión con el mundo espiritual y con los ancestros.

—En muchas culturas se asocia a la pureza —me contó ella y asentí.

—¿Qué tipo de conexión tienes? —Leia me estaba estudiando.

—Soy la chamana de la aldea.

—¿Y eso qué significa exactamente? —Por lo visto le gustaba llegar al fondo de las cuestiones y no tenía demasiados prejuicios en hacer preguntas que podrían considerarse un tanto inquisitivas.

—Soy Mide, una sanadora, pero también hablo con los *manidoo*, los espíritus. —La observé y vi que recelaba de esa última parte. El hombre blanco tendía a hacer ese tipo de cosas en el pasado, creer solo en lo que puede verse y tocarse. En aquello tangible. Nosotros, en cambio, sabíamos que había mucho más que lo que podía apreciarse a simple vista.

—¿Qué suele hacer la gente del poblado? —intervino Aria.

—Somos recolectores y cazadores, de ahí que tradicionalmente ubiquemos nuestros poblados cerca de ríos, lagos y bosques. La naturaleza nos provee de todo lo que necesitamos: arroz

salvaje, pescado y carne fresca; además de la madera y el cuero con los que levantamos nuestras casas o elaboramos nuestra ropa.

Una de las ancianas de la aldea se acercó a nosotras y me informó de que un grupo de los extranjeros que se habían instalado en la aldea estaban descansando en la cabaña del consejo y que otros habían salido con una partida de nuestros cazadores. Le consulté cómo andábamos de provisiones, porque no habíamos calculado tener un grupo tan numeroso con nosotros y, como no sabíamos hasta cuándo se quedarían, tal vez deberíamos recalcular nuestras necesidades.

La escuché y le di unas pocas indicaciones bajo la atenta mirada de las dos mujeres que me acompañaban.

—Vuestro idioma suena melódico —indicó Aria con una sonrisa—. ¿Dónde aprendiste a hablar inglés?

—Fui al instituto de la reserva durante un tiempo. —Me desvié para ir a una de las *wiigiwaam* que usábamos de almacén—. Le he pedido que nos traiga un poco de leche fresca a la tienda; aquí tenemos algo de grano, huevos y carne seca.

—Todo me parece perfecto. —Aria parecía famélica y su expresión me arrancó una sonrisa. Cogimos una cesta y la rellenamos con todo lo que se nos antojó.

Deshicimos nuestro camino para volver a mi cabaña. Elena y Melanie empezaron a removerse entre las mantas cuando dejé abierta la piel que cubría el acceso para que entrara un poco de luz.

—¿Me haces el favor? —le pedí a Aria tras coger una cazuela y una placa lisa de metal en la que preparar la carne y los huevos.

Me miró y se acercó a la hoguera. Colocó las manos frente a ella y el fuego prendió los troncos con una facilidad que era sorprendente. Leia cogió un par de maderas de la pila que teníamos fuera y las añadió a la hoguera. Sobre la plataforma de hierros, coloqué la cazuela y vertí la leche que nos habían dejado en un cántaro junto a la puerta. Tras añadir un poco de grano, empecé a mezclarlo mientras se cocía para crear una especie de crema que, además de sabrosa, era bastante nutritiva.

—¿Qué es lo que huele tan bien? —Elena se desperezó.

—¡¡Huevos!! —le informó Aria, que estaba frente a mí, sartén en mano.

—Los cuencos están allí. —Leia los trajo tras seguir mis indicaciones.

Nos reunimos alrededor del fuego, sentadas sobre varios montones de pieles. Algo que podía parecer insignificante, pero que en mi cultura decía mucho. Era lo que se hacía con la *dodem*, la familia. Y, por muy extraño que fuera, se sentía así.

—*Ellas te han estado buscando,* ikwezens.

Las observé. Las diferencias, evidentes, entre ellas. En su aspecto, la forma de mirar el mundo y también en el poder que poseían. Mis ojos se posaron sobre los de Melanie y sentí un tirón. Una conexión. Creo que no fui la única, porque frunció el ceño.

—Tú también eres una Mística —sentenció, tras unos segundos de silencio.

—O lo serás —matizó Leia.

—Tal vez.

—¿No lo sientes? —me cuestionó Aria.

—¿Qué debería sentir?

—No sé cómo describirlo. —Colocó su mano sobre su pecho.

Sí, sabía a qué se refería. Demasiado bien.

—Los espíritus creen que me habéis estado buscando.

—¿Los espíritus? —Leia elevó una ceja, pero Elena la interrumpió.

—Pues lo cierto es que podría ser… —Dejó la frase inacabada y la observé.

—Os escucho.

—Dante conoció a una Mística, tiempo atrás —empezó Melanie—. Ella predijo que volvería a haber un Nuevo Alzamiento.

—La madre de John también. Quiero decir que ella también lo vio, también era una Mística.

—De hecho, dibujó un retrato con mi rostro, para que John me buscara. Aunque fue Logan el que lo buscó a él, pero supongo que esa es otra historia. Volvamos a lo de Alaia.

—Alaia es la Mística a la que conoció Dante.

—Y Dante es tu guardián —puntualicé, intentando poner en orden los rostros y los nombres de anoche.

—Y mi marido, a raíz de una encerrona, porque es tan testarudo como viejo, pero admitirlo en voz alta está a nada de hacerme salir un sarpullido. —Elena y Aria rieron—. Alaia dejó un diario en el que hablaba, entre otras cosas, de ese Nuevo Alzamiento.

—John y yo hemos empezado a leerlo, pero es posible que tardemos un tiempo en encontrar algo que nos sea útil. —Asentí. Aria se estaba mordiendo el labio inferior como si, de repente, tuviera la urgencia de irse al encuentro de su guardián para volcar toda su atención en aquellos viejos manuscritos.

—Al margen del diario, había un collar. —Melanie se desabrochó el chaleco de cuero negro que llevaba y vi una joya brillar con vida propia.

Las piedras eran negras, pero tenían texturas y tonalidades diferentes, como si todas y cada una de ellas fueran únicas.

—No sabemos qué papel tiene en todo esto, pero sí la certeza de que es importante —añadió Elena con un tono de voz reverencial.

—Gracias a él salvamos a Jason —susurró Aria mientras Melanie buscaba el cierre del collar.

—¿A Jason? —Aquello llamó mi atención. Ella asintió.

—Es uno de los mejores amigos de John, siempre ha estado a su lado, desde tiempos remotos —me contó—. Ewah intentó poseerle, pero el collar consiguió expulsarlo, de alguna forma. Creemos que Alaia consiguió hechizarlo, o algo así.

Melanie me acercó el collar. Coloqué ambas manos para que lo depositara sobre ellas. Sentí las piedras vibrar en mis manos. El poder de los ancestros latiendo en ellas. Quizá no de los míos, pero sí de alguien que fue muy similar a lo que yo era.

—Y ahora es tuyo.

Elevé la mirada, para ver a una Melanie con aspecto serio, por una vez. No había signo alguno de burla, de provocación ni de estar divirtiéndose. Pese a su comportamiento irreverente, ella también lo sabía. Todo lo que estaba en juego.

—¿Estás segura? —Fruncí el ceño.

—*Tú destino.*

—*El tiempo se está agotando.*

—*Ya viene.*

—*Lo sabe.*

Vi una sombra, que era luz y oscuridad al mismo tiempo, moverse detrás de Melanie. Apenas una bruma. Que desapareció al instante. La silueta de una mujer vestida con ropas no muy diferentes a las mías. Mi pasado. Centré la atención en el collar. Mi presente. Solo debía encontrar el valor necesario para afrontar el resto. Mi futuro.

—De acuerdo —susurré y Elena se acercó a mí. Sus manos se movieron con habilidad mientras cerraba el collar en mi nuca. El calor de las piedras contra mi piel desnuda despertó en mí una extraña sensación de poder.

—Ahora solo queda que tu poder despierte —indicó Leia—. ¿Sabes dónde está Koda?

—Ha ido a buscar a Ishna Witca, el caminante que llamó a vuestro sabio. Es posible que se demore unos días en volver a la aldea.

—Tendremos que esperar hasta entonces, en tal caso. —Melanie asintió—. ¿Qué podemos hacer mientras?

—Deberíamos ayudar a los miembros de la aldea a recolectar comida —opinó Leia—. Luke y algunos de los cazadores han salido esta mañana a cazar con los nativos. Somos muchas bocas y el invierno está a la vuelta de la esquina, no podemos fundirnos sus reservas como si tal cosa.

—Bien visto —repuso Elena.

Encontramos a Logan y un enorme guerrero de aspecto fiero, que respondía al nombre de Angus, en el centro de la aldea. Junto a ellos se encontraban algunos de los hombres de la aldea y varias mujeres que estudiaban al hombre de anchas espaldas con un interés bastante obvio.

Sonreí, porque el caminante no parecía especialmente cómodo al verse convertido en el centro de sus atenciones.

—Hemos pensado que, mientras esperamos a que llegue el cazador, deberíamos ayudar a la tribu a recolectar comida y ese tipo de cosas. —Elena se colocó al lado del jefe de los caminantes y este la agarró por la cintura, para acercarla a su cuerpo y buscar su cuello con la nariz en un gesto familiar, pero sensual al mismo tiempo.

—Tres de los MacBean han salido a cazar con los nativos. —Desvió la atención hacia mí—. No queremos ser una carga.

—Los aliados de Ishna Witca nunca serían una carga para los Ojibwe —le indiqué, aunque me gustó que le importara nuestro bienestar, igual que a las Místicas.

—Koda me dijo anoche, antes de partir, que tal vez tardaría unos días en localizar a su hermano. —Asentí—. Mientras él no esté aquí nos ocuparemos de proteger a tu pueblo.

—Esta tierra es sagrada, aquí estáis a salvo. —Decidí no insistir más en aquello, porque mucho de lo que tenía que decirse ya se había dicho. Que ellos no pudieran sentirlo, no era mi problema.

—Taima es la mujer a la que estábamos buscando —añadió Melanie.

—¿La Mística que está por despertar? —Logan me estudió—. John también lo piensa.

—Y si lo dice John… —Elena puso los ojos en blanco.

—¿Acaso crees lo contrario? —le cuestionó el caminante y vi, por su semblante, que estaba pendiente de su respuesta.

—No. Es ella. Melanie y yo estamos seguras al respecto.

—Su vibración tiene algunos matices diferentes, pero se percibe como poco más que humana, de momento —opinó Angus.

—Todavía —intervino Melanie—. Te lo digo yo.

—¿Y por qué debería creerte? —la retó. Melanie sonrió y una ráfaga de aire removió la falda escocesa que vestía el grandullón haciendo que mostrara sus posaderas a un grupo de mujeres de la aldea que le estaban contemplando. Ellas rieron y se sonrojaron y el apuesto guerrero gruñó, pero no hizo amago alguno de cobrarse venganza alguna.

—Harías bien en escucharla, Angus —le indicó Logan—. Al margen de su poder elemental, las Místicas poseen lo que John suele llamar una marca. Pasado, presente o futuro.

—¿Una marca? —me interesé.

—Melanie y yo somos capaces de presentir lo que está a punto de pasar o lo que justo acaba de suceder —me contó Elena.

—Un presente que se dilata un poco —bromeó la Mística a la que acababan de nombrar.

—Yo poseo la marca del pasado. A veces puedo ver, entre mis sueños, cosas que sucedieron en tiempos remotos.

—Lo que nos vendría bien para conocer la historia de Ewah —puntualizó Logan y ella hizo un mohín. Creo que ese tipo de sueños a nadie le apetecía tenerlos.

—Y yo veo destellos del futuro, igual que hicieron tiempo atrás Alaia o la madre de John —concluyó Leia.

—¿Qué has visto? —le pregunté.

—Sombras, por todos lados. —Negó con la cabeza.

—No suena bien —intenté bromear.

—Todas vosotras tenéis un guardián, un protector —murmuré, reflexionando sobre lo que eran y la estructura a la que pertenecían.

—Igual que tú —remarcó Logan, estudiándome. Koda, supuse. O tal vez Ishna Witca.

—Forma parte del proceso de cambio —indicó Aria. Asentí.

—A veces es poco más que un instinto —me contó Logan—. Elena fue la causa de que Anthony fuera al norte y allí conociera a Leia. Si hubiera sido cualquier otro cazador, es posible que ella se hubiera quedado en Inverness y jamás hubiera despertado su poder.

—Si hemos de sincerarnos, lo hice solo para que tuviera que pasar tiempo con el Viejo —puntualizó Elena, haciendo un mohín y mirando a Aria añadió—: Con todo mi cariño, y eso.

—¿Se supone que eso es algo malo? —No acababa de entenderles.

—Anthony es un palo seco y a John le gusta la música estridente con aullidos incluidos —puntualizó Elena—. Pensé que sería una forma divertida de torturarle.

Leia rio por lo bajo, en vez de enojarse, lo que me hizo sonreír.

—¿Alguna idea de cuál será tu marca? —me preguntó Logan. Me encogí de hombros.

—Todo esto es nuevo para mí.

—Cada cosa requiere su tiempo.

—Especialmente si el cazador se ha tomado unos días de vacaciones —protestó por lo bajo Melanie.

—Koda volverá —me obligué a decir, a defenderle—. Lo prioritario es que Ishna Witca vuelva lo más pronto al poblado. Él es anciano y sabe cosas.

—¿Sobre Ewah? —tanteó Logan.

—Es posible.

—Esperaremos, en tal caso —sentenció el jefe del grupo.

—Y pronto, muy pronto, tú también serás una Mística —aseguró Elena con una sonrisa confiada.

Lo haría.

Me convertiría en Mística y desafiaría a lo inevitable.

El único problema era que no tenía ni la más remota idea de qué debía hacer para que ese tránsito se llevara a cabo. Quizá los espíritus me traerían las respuestas que no disponía; o, en el peor de los casos, debería esperar a que Ishna Witca y Koda regresaran y compartieran conmigo lo que sabían de ese proceso.

Lo haría.

Me convertiría en una Mística, en una portadora de la magia elemental de los espíritus, y cumpliría con mi destino.

VI

JASON

LAS COSAS andaban de mal en peor.

Por si volar con un montón de Místicas que apenas controlaban sus poderes fuera poco, John había decidido acompañar a las Místicas en la entrañable labor de abastecer al pueblo con suministros y había decidido que me vendría bien «airearme un poco».

Admito que las sombras empezaban a hacer acto de presencia en mi rostro y debajo de mis ojos empezaban a verse —y sentirse— grises ojeras, secundarias a la carencia de descanso que me había autoimpuesto.

No era solo mi aspecto, habitualmente impecable, el que evidenciaba que algo no andaba bien. Era mi carácter, que había pasado de distante a taciturno, y la dificultad evidente de emocionarme con lo que me rodeaba. De vincularme. De sentirlo como propio. El frío estaba calando en mis huesos. La despersonalización. Esa que nos convertía en poco más que máquinas y dejaba de lado lo que significaba ser una persona. El primer paso para transformarme en lo que siempre había odiado.

Uno de ellos.

Sentía el peso del tiempo.

Las horas.

Que me llevaban a la siguiente noche.

El miedo a que todo cambiara antes de que pudiera ponerle remedio.

Nos reunimos junto a un pequeño grupo de nativas, entre las que se encontraba la pareja de Koda. Había algo en ella diferente al resto. Era hermosa, eso era innegable, pero la belleza física era algo tan voluble que dudo que pudiera llamar mi atención; no, no se trataba de eso. Eran sus ojos, algo que escondía su mirada, como si en ella también encerrara oscuros secretos… Eso y su vibración. No era como ninguna otra. Y eso me traía de cabeza, porque no alcanzaba a entender el porqué, pero ni John ni ninguno de los cazadores parecía haberse fijado en ese pequeño detalle.

Era absurdo que no compartiera aquel pequeño descubrimiento con el resto del grupo. Me justificaba diciendo que era algo insignificante, sin valor real para lo que nos traíamos entre manos y me limitaba a dejar que mis sentidos se expandieran para poder sentir esa melodía única de lo que ella era, y solo allí encontraba un poco de paz.

Caminamos más de una hora hasta llegar a la orilla de un grueso río que se perdía en el horizonte. El bosque rodeaba el paraje y le daba una belleza hipnótica.

—Este es el río Nebskwashi. —Apenas me había dado cuenta de que se había adelantado y que estaba justo a mi lado. Observé su perfil, su mirada perdida en las apacibles aguas de aquel río—. Hemos de avanzar hasta un recoveco en el que encontraremos unas pocas canoas.

—¿Canoas? —Ardiente estaba emocionada y John sonrió de oreja a oreja.

—¿En serio? —Mendaval elevó una ceja y al ver que Elektrika le lanzaba una mirada cargada de advertencias, añadió en un tono que pretendía sonar alegre—: ¡Bien!

Diría que hasta nuestra guía debió de darse cuenta de que fue más forzado que cualquier otra cosa, pero lo pasó por alto. Me sacudí las solapas de la levita y observé mi ropa urbanita: pantalones grises que, contra todo pronóstico, se mantenían impolutos y sin arrugas y una camisa de un tono más suave en la que sí podían verse los efectos de no disponer de una plancha con la que minimizar los daños que había sufrido a lo largo del viaje.

El contraste con la mujer que había a mi lado era notorio.

Era pequeñaja y, aunque llevaba dos trenzas que le recogían la parte frontal del cabello, el resto de su larga melena negra ondeaba al viento cual veleta. Tenía unas curvas bien definidas que podían intuirse, con demasiada precisión, debajo de aquella ropa tradicional elaborada con cuero endurecido, pieles y cuentas y plumas a modo decorativo. Me sorprendió, en ese momento, observar que en su cuello pendía el collar de Mendaval. Ese que ella y Dante habían ido a buscar y que había pertenecido a otra Mística.

Desvié mi mirada hacia John. Ese tipo de cosas a él no se le escapaban, así que supuse que Ardiente le habría puesto al día de lo que fuera que había pasado a lo largo de la noche en la cabaña que las mujeres compartían.

Tenía un algo salvaje, primitivo, que admito que le daba un aire de empoderamiento que tenía su morbo. En su rostro, marcas de color arena, algo que debía de tener que ver con su papel como curandera de la aldea, porque era la única que lucía aquel color.

Era una mujer deseable, en muchos aspectos, pese a que no era para nada mi estilo.

Tiempo atrás, cuando las mujeres aún despertaban mi interés, solía buscar a mujeres nacidas en familias acomodadas, acostumbradas a lujos, pero también a una conversación amena. Creo que, durante un tiempo, ansiaba sentir algo más que el mero deseo que atrae a un hombre —o a una mujer— hacia otra persona. Sin embargo, rara era la ocasión en la que sentía la curiosidad para mantener aquello más allá de uno o dos encuentros fortuitos.

John decía que buscaba a mi igual, y yo solía decirle que eso no existía.

Él no perdió la fe, porque por su condición de Bendecido había heredado un resquicio de la marca de su madre, esa que le permitía ver vestigios de un futuro y, en sus sueños, había conocido a Ardiente antes incluso de que ella hubiera nacido.

Quizá, por ese motivo, no perdió el tiempo buscando una mujer que calentara su cama o que despertara ese instinto de crear un algo mucho más grande, una familia. Se limitó a esperar a que su camino se cruzara con el de ella, y quizá eso nos sirvió de ejemplo; o, tal vez, fue un efecto disuasorio que hizo que Tim y yo acabáramos también prescindiendo de ese tipo de entretenimientos, casi sin darnos cuenta. Y, aunque Tim seguía encontrando consuelo en los brazos de alguna mujer, de tanto en tanto, creo que lo hacía para aferrarse a los resquicios de esa humanidad suya a base de bailes, cenas y festejos. A mí todo aquello me parecía ya demasiado vacío. La apatía del paso de los siglos abriéndose paso en mi interior.

Tras seguir avanzando por la orilla del río, llegamos a un saliente de tierra. Nos adentramos apenas unos pocos metros en la linde del bosque y allí encontramos tres canoas.

—¡Qué pasada! —exclamó Ardiente, que parecía emocionada.

—Son de madera de abedul —intervino John, tras estudiarlas—. Es un material ligero, flexible y tiene una gran cualidad: es impermeable.

—Solemos usar musgo, además de resina, para sellar las costuras y juntas —les contó nuestra guía con un tono orgulloso. Me gustaba cuando hacía aquello. Alzaba el mentón y hablaba de su mundo, de su pueblo, como si fuera algo realmente importante. Como si cada matiz, cada detalle, la emocionara. Un contraste evidente con el hecho de que a mí nada lo hacía.

—Caben varias personas dentro, ¿no? —añadió Elektrika.

—En estas tres o cuatro personas. En tiempos antiguos, teníamos algunas más grandes, con las que podíamos transportar mercancías, aunque ahora, supongo que los tiempos han cambiado.

—¿Os traen provisiones desde la ciudad? —me interesé. No había visto nada que me hiciera pensar en el mundo que existía más allá del bosque que los aislaba, pero me parecía extraño que vivieran en semejante estado de desconexión.

—Solo en caso de necesidad; en general, la naturaleza nos ofrece todo lo que necesitamos.

Me tomé eso como un no.

Vi que ella y las cuatro mujeres de la tribu que nos habían acompañado se acercaban a la canoa y, con dificultad, la levantaban del suelo. Incluso si era ligera, era un esfuerzo considerable, pero supuse que no querían deslizarla para evitar que pudiera dañarse la madera.

—¿Podemos ayudaros? —intervino John y le seguí.

No esperé a que Taima respondiera para colocarme a su lado y coger la canoa, sosteniendo sin demasiada dificultad su peso y liberándola a ella y a las dos mujeres que había en ese extremo de su carga. John hizo lo mismo en el lado opuesto.

Nuestra guía se giró para mirarme y una pequeña sonrisa asomó en su rostro, dándole una belleza casi etérea.

—Por vuestro aspecto, había olvidado lo que sois, caminantes.

No supe cómo tomarme aquello, así que decidí ignorar su comentario.

Yo también *casi* había olvidado que ella vivía con un cazador. Y pronto sería una Mística.

Tras depositar en la orilla la primera de las canoas, me saqué la levita y la colgué sobre una rama antes de darles un par de vueltas a las mangas de mi camisa. No me pasó desapercibido el interés de las cuatro nativas, pero la única a la que no me importaría deslumbrar un poco ignoró mi fuerza y la sensualidad propia del cazador que era.

Vi desde la distancia que Elektrika y Mendaval subían a una de las canoas mientras dos nativas las sostenían para que no volcaran.

—Casi —murmuré por lo bajo al ver que, pese a que se tambalearon un poco, no llegaron a caerse al agua—. Una pena.

—Hay quien tenía ganas de darse unas risas a costa de otros —observó John, con una amplia sonrisa en el rostro, tras golpearme en el costado. Si no podía divertirme con esas pequeñas cosas, ya poco me quedaba que le diera sentido a mi vida.

Llevamos la segunda canoa hasta la orilla y Aria se quedó junto a las nativas sujetándola. Tras llevar a la orilla la tercera embarcación, nos dividimos en grupos. John subió junto a su mujer y otra nativa, mientras Luminika y yo nos quedamos al lado de la que Taima sostenía.

—Aanakwad dirigirá vuestra canoa, pero necesitará que le ayudes a gobernarla —le indicó a John, que asintió.

—Tú primero, Aanakwad —le pidió John a la nativa, tras asegurar que Ardiente estuviera instalada dentro de la canoa. Solo él tenía la habilidad de expresar un nombre como aquel usando la pronunciación perfecta, tras escucharlo una única vez.

La mujer buscó con la mirada a Taima y esta asintió. Solo entonces subió al bote. John empujó la embarcación con fuerza antes de montar en ella con una pericia que haría a muchos sospechar que llevaba toda la vida haciendo aquello. Nada más lejos de la realidad: tenía la certeza de que era la primera vez que se metía en una embarcación como aquella. Igual que yo.

A nuestra edad, por lo visto, todavía la vida podía sorprendernos.

—Subid —nos indicó Taima.

Su voz era suave pero firme al mismo tiempo; me gustaba esa tonalidad suya, llena de matices, y ese deje exótico que podía escucharse cuando usaba nuestro idioma.

Luminika asintió e hizo lo que le había pedido. He de decir que tenía un algo de cazadora, esa mujer, después de pasarse tantos años entrenando junto a su familia como si fuera una más del grupo, antes incluso de que Anthony formara parte de su vida y su poder despertara. Era una mujer fuerte. Si sobrevivía, sería una buena compañera para Anthony.

Taima me miró, como si esperara que hiciera lo mismo. Le sonreí, sintiendo una lucha de

poder, en ese momento, entre nosotros. Me gustó aquella sensación. Que tuviera la osadía —y el valor— de retarme.

—Las damas primero. —Hice una pequeña reverencia.

Frunció el ceño, confundida, y se mordió el labio inferior. Fue un gesto totalmente inocente, pero que despertó algo en mi interior. Cálido. Sonreí. Sin tener del todo claro el porqué. Era un libro abierto, su rostro, y sus expresiones decían lo que sus labios no osaban decir. Era gracioso cómo usaba todos y cada uno de los músculos de su rostro mientras pensaba, como si pusiera toda su intención y voluntad en el proceso.

Acabó asintiendo y subió sin mostrar ninguna dificultad y, tras empujar la canoa, salté dentro de la misma forma que había hecho John, sin que apenas se tambaleara.

Nos repartimos los remos que había dentro y, siguiendo sus indicaciones, empezamos a deslizarnos por las quiescentes aguas del río. No sé qué extraña magia tenía aquel lugar, pero dejé mi mente en blanco mientras movía el remo en un vaivén rítmico, rompiendo el reflejo del sol sobre aquella superficie plateada que nos rodeaba. Era hermoso, pero más allá de la apariencia que tenía, era la calma con la que nos obsequiaba lo que lo hacía único.

—Hemos de ir allí —nos indicó en un susurro Taima, respetando esa tranquilidad que se respiraba en el aire—. Esos juncos contienen arroz salvaje.

—¿Arroz salvaje? —repitió Luminika con curiosidad.

—En realidad no es arroz —puntualicé y Taima se giró para observarme—. Si somos puristas, son semillas.

—¿En serio? —Luminika parecía sorprendida.

—Sí. Lo llamamos *manoomin* y es uno de los alimentos que sustenta a nuestro pueblo desde tiempos remotos. —Taima parecía satisfecha de que supiera algo relacionado con su mundo—. Suele crecer en aguas poco profundas y también en algunos arroyos en los que la corriente es suave.

—¿Lo recogéis de los ríos?

—Sí. Tras la recolección, se ha de revisar que los granos no tengan manchas, porque entonces puede ser tóxico.

—Mala cosa.

—Correcto. —Taima mostró una pequeña sonrisa y un aspecto mucho más relajado y desenfadado. Llegamos junto a los juncos—. ¿Lleváis algún cuchillo?

Luminika asintió mientras Taima sacaba un cuchillo de entre los pliegues de su falda. Admito que miré el trozo de piel expuesto de su muslo y que ese gesto suyo fue más femenino y sensual que cuando Luminika sacó un machete que llevaba escondido dentro de la pernera de su botín militar.

—¿En serio? —mascullé, divertido, al ver el filo de su arma y la sonrisa altiva de la Mística.

—Da igual lo que digan, el tamaño sí importa —le soltó a Taima con una expresión pícara que me arrancó una sonrisa. Luminika y Mendaval, juntas, podrían hacer ruborizar al más libertino de los cazadores si se lo propusieran.

—¿Por qué no debería importar? —le cuestionó nuestra guía con una inocencia que hizo que su rostro pareciera adorable. Luminika apretó los labios para no ponerse a reír, porque creo que no se esperaba que no entendiera el doble significado de su comentario.

—Creo que hace referencia al miembro viril de un hombre —puntualicé y vi cómo se sonrojaba de golpe, haciendo que me sintiera un poco culpable, sin saber bien bien el porqué; así que decidí centrar mi atención en Luminika—. Teniendo en cuenta la envergadura de Anthony, no creo que tengas ninguna queja al respecto.

—Lo cierto es que no —me contestó con desparpajo. Puse los ojos en blanco, porque esa franqueza no era propia de mi época y aún estaba familiarizándome con eso de tener mujeres que decían en voz alta sus opiniones y no tenían reparos en hablar de sus intimidades, entre las que incluían su vida sexual—. Y creo que ella tampoco.

Le guiñó un ojo a Taima, que apretó los labios, confundida, y se limitó a empezar a cortar tallos repletos de grano con cierto nerviosismo, lo que me sorprendió un poco.

Koda era un tipo fuerte, de espalda ancha, pero le había visto comportarse con delicadeza cuando de ella se trataba, así que había dado por supuesto que era cuidadoso con ella. Fruncí el ceño, pero decidí cambiar de tema porque su vida personal y sus intimidades quizá le interesaban a Luminika, pero a mí no. O no debería. Lo que fuera.

—¿Cada cuánto soléis recoger el grano? —le pregunté. Deslizó su mirada y creo que le gustó mi interés. Empezó a contarnos sobre las costumbres de su aldea y cómo gestionaban los recursos.

Para Luminika, y el resto, no disponer de electricidad y de agua corriente era como entrar en una dimensión paralela. Para nosotros, o al menos para los cazadores que ya llevábamos bastante tiempo vagando por el mundo, era como mirar ese pasado que ya casi habíamos olvidado. Lo que para ellas era una necesidad primaria, para nosotros era un lujo que había llegado con la tecnología.

Que eso no significaba que no me hubiera adaptado y acomodado a los lujos modernos. Me gustaban las camas mullidas con sábanas de seda, el agua caliente en la ducha y la tecnología punta. ¿Que podía permitirme vivir como en tiempos pasados? Sí, sin lugar a duda, pero echaría de menos mis trajes italianos hechos a medida y perfectamente planchados. Cada uno tiene sus debilidades.

Nos pasamos un par de horas allí, recogiendo juncos, y unas pocas más desgranándolo. Compartimos pan untado con una especie de queso que habían traído las nativas y que nos sirvió de tentempié mientras rellenábamos unos cestos hechos con filamentos trenzados, teñidos de vistosos colores.

Taima estaba sentada entre dos de las nativas y sus manos se deslizaban con fluidez y maestría por los tallos, despojándolos de los granos. Parecía cómoda haciéndolo, como si aquel acto mecánico, que debía de haber hecho desde que era poco más que una niña, la ayudara a relajarse. Era extraño, pero la paz que transmitía su rostro hacía que parte del malestar que llevaba días sintiendo disminuyera un poco su intensidad. Se sentía bien, esa tregua.

En una ocasión su mirada buscó la mía. Por una vez, no supe interpretar su expresión mientras inclinaba el mentón, así que me limité a repetir su gesto, sin dejar de mirarla, y me sonrió. Su expresión se volvió luminosa, si eso era posible, como si realmente tuviera algún tipo de poder y por eso ostentaba el título de chamana.

Cuando desvió su atención hacia los juncos, me decanté por hacer lo mismo, pero por una vez lo hice con intención e interés, sin arrastrar ese rasgo un tanto cínico y apático que me definía desde hacía quizá demasiado tiempo.

Tras revisar y desgranar nuestra preciada recolección, John y yo cargamos las cestas. Es posible que esas mujeres de caderas firmes estuvieran acostumbradas a hacerlo por su cuenta, pero era lo apropiado, o al menos así era en nuestra época.

Por una vez, Mendaval no se quejó al respecto. Supongo que se debía a que no estaba Dante, al que disfrutaba irritando y martirizando cuando no lo provocaba hasta que al cazador se le subían los colores o se la llevaba a algún lugar apartado para tenerla un rato gimiendo en vez de arremetiendo contra todos nosotros con su infatigable verborrea. Sonreí. Pese a sus diferencias,

estaban bien juntos, que era lo más sorprendente de todo. A los que los observábamos a una distancia prudencial, nos divertía contemplar sus pullas, el tira y afloja que solían compartir y cómo el cazador había sido capaz de evolucionar para poder estar a su lado.

Todo estaba cambiando. Rápido. Muy rápido.

Demasiado, tal vez.

VII

JASON

LLEVÁBAMOS CAMINANDO un rato en silencio cuando alcancé a Taima y me limité a mantenerme a su lado. No hizo amago de iniciar una conversación, pero no me molestó aquello. Me gustaba esa sensación compartida y que, a diferencia del resto de las Místicas, ella parecía disfrutar de esas pequeñas cosas. La soledad. El silencio.

Quizá ella también disfrutaría dejando el tiempo correr, frente a una hoguera, escuchando el crepitar del fuego. Me permití el capricho de imaginarla así, por una vez, y me encontré sonriendo.

Quizá por eso decidí romper la paz que compartíamos, sintiendo la necesidad de conocer un poco más a la mujer que caminaba descalza junto a mí.

—¿Has vivido siempre aquí?

—¿En la aldea? —Asentí—. Sí, mi madre me alumbró en la tienda del consejo en la que Koda instaló a vuestro grupo. —Hizo una pausa—. Estuve un tiempo en uno de los poblados modernos, pero las voces de los espíritus se apagaron, así que no tardé en volver. En las ciudades hay demasiada gente.

—Eso no puedo negártelo.

—¿Qué hay de ti, caminante? ¿Siempre has estado con él? —Señaló con el mentón a John. Asentí mientras una pequeña sonrisa curvaba mis labios.

—Sí. Estuve a su lado en los peores momentos, y también en los mejores. —Desvié mi mirada hacia Ardiente, que caminaba junto a John y estaba riéndose de alguna tontería que le había dicho.

—Puedo sentir que el vínculo que os une va más allá que el pacto entre dos caminantes.

—Sí, supongo que sí. —Me giré para observarla—. ¿Qué hay de Koda e Ishna Witca?

—¿Qué quieres saber?

—Koda parece un hombre justo, honrado.

—Lo es. —Me gustó la serenidad que mostró al decir aquello, incluso si algo en mi interior se removió, inquieto—. Ishna Witca, digamos que él hace honor a su nombre.

—¿Su nombre? ¿Significa algo en vuestro idioma? —Se giró y mostró una amplia sonrisa en su rostro. Pequeñas arrugas asomaron en las comisuras de sus ojos y su mirada marrón se volvió brillante. Sonreí—. Ya veo que sí. Ilústrame.

—Ishna Witca significa «hombre solitario».

—Y supongo que no debe de dejarse ver muy a menudo por la aldea. —Taima negó con la cabeza, sin dejar de sonreír.

—No es Ojibwe. Proviene de una tribu del sur que, por sus tradiciones, suponemos que formaba parte de la cultura Mapuche.

—¿Suponemos? —cuestioné.

—Estudié las diferentes tribus durante unos años, aunque aquello no era para mí. —Vi un deje triste en su mirada—. Ishna quería ampliar nuestra área de influencia, así que Koda también las estudió con intención de crear nuevas alianzas con algunas de ellas.

—¿Qué tipo de alianzas?

—Nos informan cuando sus chamanes perciben algo en su territorio, de forma que Ishna y Koda puedan eliminar esa posible amenaza.

—Dumas. —Se giró para observarme.

—*Wefukes*, espíritus malignos, que a veces toman forma humana, pero sin llegar a serlo.

—Asentí, suponiendo que hacíamos referencia a lo mismo.

—¿Saben esas tribus lo que Ishna y Koda son?

—No. Desconocen de vuestra inmortalidad. De hecho, la mayor parte de la aldea solo lo sospecha. Pocos son los que han visto a Ishna y Koda. Él no lleva demasiado tiempo viviendo en la aldea; antes era nómada, como Ishna.

—¿Y qué pasó? No me lo digas: apareciste tú —supuse y ella asintió.

Nos quedamos en silencio durante unos minutos. Algo tan banal como caminar de repente parecía importante y deseaba que el tiempo se dilatara y no llegáramos a nuestro destino.

—¿Tiene algún significado el nombre de Koda?

—Podría traducirse en algo así como «amigo» o «aliado».

—¿Y el tuyo?

—Hace referencia a un sonido fuerte, como el choque de los truenos o el crujir del suelo agrietándose.

—Me gusta cómo suena: es fuerte, pero, al mismo tiempo, la cadencia me recuerda a la forma de fluir propia de la misma naturaleza. —Sus ojos se quedaron clavados en los míos y me sentí confundido. No había pretendido decir aquello en voz alta.

—Lo eligió mi madre. Solía decirme que gritaba tan fuerte cuando nací, que decidió cambiarme el nombre. —Sonrió, como si aquel recuerdo fuera algo hermoso. Como si pudiera recordar ese momento. El de su propio alumbramiento. ¿Tal vez poseía la marca del pasado?

—¿Vive en la aldea, tu madre?

—Murió cuando yo tendría dos o tres años. Un cáncer. Cuando acudió al hospital ya estaba diseminado, así que la medicina moderna no pudo revertirlo.

—Lo lamento.

—Yo también.

No le importaba mostrarse vulnerable y eso la hacía aún más fuerte, si cabe.

—Os respetan en la aldea, a ti y a Koda. Creo que debéis de ser unos buenos líderes. Lo cierto es que no tenía claro qué nos encontraríamos, pero estoy gratamente sorprendido —confesé.

—¿Pensabas que seríamos una panda de salvajes primitivos? —me retó con la mirada, pero había una chispa de diversión en su expresión.

—No voy a mentirte. —Puso los ojos en blanco.

—El hombre blanco y sus prejuicios no me es algo nuevo. —Pese a la dureza de sus palabras, me sonrió mientras añadía—: No me ofende, en realidad, porque estoy orgullosa de lo que soy. De lo que somos.

—He visto más mujeres, niños y ancianos en la aldea que hombres jóvenes.

—Muchos buscan las zonas más modernas de las reservas y, desde allí, aprenden oficios del mundo moderno. De esos, muchos vuelven, buscando sus raíces, cuando son ancianos, aunque otros dan la espalda a nuestras tradiciones y a sus familias y desaparecen, sin dejar pistas ni huellas. Mi padre fue uno de esos. Ni siquiera sé si está vivo o está muerto.

—¿Has intentado localizarlo alguna vez?

—No. —Se encogió de hombros, pero pude ver que le dolía aquello, la carencia de lealtad, la traición—. La vida ha de fluir, aquí y allá. Respetar las decisiones de los que nos rodean es una forma de respetar a la naturaleza y a lo que somos. Va contra nuestra forma de ser desviar el cauce de un río o talar los árboles que nos dan sombra; obligar a alguien a estar, a ser, no sería muy diferente. Él eligió su camino y voló más allá de las fronteras de la tribu. Lo que podría haber sido, ya no importa: nunca lo será.

—Yo no conocí a mi padre —le conté, impresionado por la facilidad con la que dejaba que el

mundo hablara por sí solo y se adaptaba a cómo fluía, sin enquistarse en aquello que había hecho que su vida fuera, por lo menos, complicada—. Partió hacia las cruzadas.

—¿Era un guerrero?

—Lo era, además de ostentar un título. —Todo aquello era tan lejano que apenas recordaba ya cómo marcó mi infancia—. Nací una noche de Luna Negra y muchos dudaban de la legitimidad de mi nacimiento.

—¿Tu madre amó a otro hombre?

—No lo creo.

—¿No se lo preguntaste? —Se sorprendió.

—Eran otros tiempos.

—Eran otros tiempos, caminante, pero las emociones, lo que somos, no han cambiado.

Sus ojos marrones se clavaron en los míos y sentí algo en mi interior que se removía. Aplaqué aquello. Una chispa de algo que me era nuevo. Y que no tenía cabida en la guerra que se nos venía encima. Inclinó su mentón en mi dirección y copié aquel gesto. Continuamos andando, en silencio, uno al lado del otro.

Cuando llegamos, fui consciente de que hacía mucho que no me sentía tan en paz conmigo mismo como en ese momento.

Quizá sí tenía un algo mágico aquella mujer cuyo potencial aún no había llegado a su máximo esplendor. Una chamana.

Una mujer que afirmaba tener una conexión especial con los espíritus.

Una mujer que pronto sería una Mística y, a su lado, caminaría otro hombre.

Aquella noche busqué a Anthony, por rehuir la mirada de John y fingir que no era consciente de la preocupación creciente de mi amigo frente a mi situación. La que fuera.

Que no hubiera dormido desde el ataque no le había pasado desapercibido, a nadie, creo, pero solo él entendía que no se trataba de un mero capricho o una sobreactuación, sino de algo mucho más profundo, algo que se había instalado en mi interior y que crecía, como las manchas de moho.

Ambos lo sabíamos, pero no quería que desviara su atención del diario de Alaia, aunque, conociéndolo, estaría buscando entre sus recuerdos cualquier cosa que pudiera ayudarme a sobrellevar aquello mientras intentaba encontrar alguna pista de cómo salvar el mundo.

Aún podía sentir aquellos tentáculos invisibles penetrando en mi cuerpo, intentando controlar cada centímetro de lo que yo era. Me creaba ansiedad que esa semilla podrida que se había instalado en mi interior, en mi subconsciente, pudiera hacerse con el control de mi cuerpo.

Nunca había temido a la noche. Ni a la muerte. Formaba parte de la naturaleza. De lo que éramos. Y yo ya había vivido más que suficiente. Cualquier final me parecía apropiado, excepto que Ewah consiguiera hacerse con el control de lo que yo era y pervirtiera mi esencia, convirtiéndome en el enemigo de todas aquellas personas a las que llamaba hermanos.

Durante años, mi única motivación era asegurar que John cumpliera su destino. Que iluminara a las futuras generaciones de cazadores de nuestra verdadera historia, que pudiera ver a las Místicas despertar de nuevo y encontrara en una mujer el consuelo que durante tanto tiempo había estado esperando.

Ahora, sin embargo, todo estaba en su sitio: lo que tenía que devenir había empezado.

Me quemaba por dentro saber que había estado a punto de sucumbir frente a aquel demonio porque no quería que John tuviera que volver a pasar por aquello. Matar a un ser querido para darle esa paz que se merecía.

No podía obligarlo a soportar semejante carga. De nuevo.

—Hay algo aquí, en el aire, que parece tener voz propia —indicó Anthony. Asentí. Podía notarse una suave vibración latiendo a nuestro alrededor—. ¿Habías sentido alguna vez algo así?

—No. Nunca. —admití.

—Yo tampoco. —Nos quedamos en silencio—. ¿Crees que tiene algo que ver con lo que dijo Koda?

—Dijo muchas cosas y se fue demasiado pronto —puntualicé.

—No voy a negar eso. —Anthony me tendió un petate con algo parecido al café y le di un trago—. Me refiero a eso de que la aldea está erigida sobre tierra sagrada.

Dejé que mi mirada vagara a nuestro alrededor.

¿Creía en aquella afirmación? Ni siquiera John, con toda su tecnología y sus aparatejos, había conseguido algo así. Sin embargo, no podía negar lo que se sentía a flor de piel, la vibración que latía a nuestro alrededor. Y la calma que transmitía.

—Taima —susurré su nombre, sin apenas ser consciente de hacerlo.

—¿La pareja de Koda? —me preguntó Anthony, elevando una ceja.

—Hay algo en ella diferente —murmuré y me apresuré a añadir—: En su vibración. Tiene unos matices que me recuerdan algo, pero aún no sé el qué. La forma en la que late la tierra me recuerda a ella.

—Aquí la consideran chamana, igual hay algo de verdad en todo eso. Ya sabes, cuando el río suena…

Sonreí.

—¿Crees en esas cosas? —le cuestioné.

—Llevo siglos matando demonios. —Se giró para mirarme y pude ver que me sonreía, pese a la barba tupida que le enmarcaba el rostro—. ¿Cómo no voy a creer en cosas de esas?

—Buen punto —admití.

Me agaché y coloqué una mano en el suelo. La tierra estaba ligeramente húmeda y fría. Cerré los ojos y dejé que mis sentidos se expandieran. El frío dejó de sentirse y pronto una calidez empezó a reconfortarme. La sensación de estar en casa. De que aquel lugar me pertenecía, de alguna forma; o, quizá, yo le pertenecía a él. La tierra tenía vida propia. Podía sentirla. Como si su corazón latiera a la par que el mío.

—Algo hay —cedí, sin perder la conexión con aquella energía que latía debajo de nosotros—. ¿Me necesitas? —Anthony negó con la cabeza—. Voy a ver dónde me lleva.

Cerré los ojos y busqué el epicentro de esa vibración y pronto supe que provenía del centro de la aldea. Ese lugar en el que la tribu se reunía y celebraba sus logros, pero también despedía a los que ya no estaban. Un lugar sagrado, había dicho Koda.

Fue entonces cuando sentí algo. Un pulso. Como si aquella energía que vibraba debajo de nosotros tuviera un segundo foco, un núcleo, que tenía su propia vibración pero que se fundía con la de la propia tierra.

Lo sospeché, aunque no tenía la certeza.

Me dirigí hacia allí, las manos en los bolsillos de los pantalones y la mirada perdida, ligeramente confundido de no entender qué tenía de especial ese lugar, pese a todo lo que había vivido.

Frente a la cabaña en la que estaban alojadas las Místicas, había dos mujeres. Pude vislumbrar sus siluetas, pese a la distancia. Una llevaba unos pantalones de cuero negro y, sobre la camiseta térmica, una de esas camisolas de metal líquido que habíamos traído a petición de John. La otra, sin embargo, llevaba apenas unos pocos trozos de cuero. A medida que me acerqué, pude ver con

detalle su perfil. La curva de uno de sus senos, cubierto tan solo por un trozo de cuero y unas pocas plumas de halcón que bailaban, rozando su piel, con cada uno de sus movimientos. Intenté justificar el deseo que despertó en mí aquella visión mientras mis ojos devoraban la piel de sus muslos cubiertos, solo en parte, por una falda tradicional sobre la que había un grueso cinturón del que pendían unas pocas bolsitas de cuero y una daga.

Un arma un tanto primitiva, pero que bien podía sesgar una vida.

Deseé que Koda le hubiera enseñado a usarla. A defenderse. Porque el incierto futuro que nos esperaba requeriría de cualquier pericia y su supervivencia era algo importante. Sería una Mística. Alguien que promovería el cambio. Aún no tenía claro cuál sería su papel, pero si Mendaval le había obsequiado con aquel collar, mucho me pesaba que sería importante. Por mucho que me gustaría que nuestra lucha nada tuviera que ver con ella. Que pudiera vivir una vida larga, con niños que corretearan entre sus piernas y cuya risa despertara cada mañana.

Un sueño. Uno de esos bonitos. Idílico. Pero poco probable.

—¿Molesto?

Taima se giró para mirarme, pero fue Luminika la que respondió:

—¿Tú? Nunca. John es otro tema. —Hizo un mohín y me arrancó una pequeña carcajada. Llevaba un par de automáticas y un machete sujeto al muslo; aunque, conociéndola, llevaría algún arma más escondida en algún recoveco. Era una mujer de recursos, la de Anthony.

—¿Qué ha hecho esta vez?

—Le ha soltado a Anthony eso de que las Místicas podemos preñarnos. Desde entonces está en modo celibato.

—¿Y eso? —cuestioné divertido—. ¿Le asusta ser padre?

Luminika negó con la cabeza.

—Ya lo fue, tiempo atrás. —Asentí, aunque ese detalle en concreto de la vida de mi viejo amigo, antes de que se convirtiera en cazador, lo desconocía—. No quiere que un embarazo pueda debilitarme, o algo así, hasta que todo haya acabado.

—Y tú no estás conforme —supuse.

—Esto puede ser solo el principio o, tal vez, el final. Condicionar lo que somos o lo que aspiramos a ser en función de algo que no depende de nosotros me parece una estupidez.

—Es una forma de verlo —admití.

—Por cierto, ¿no estabas con él?

—Estaba. —Luminika puso los ojos en blanco.

—Voy a ver cómo anda el orangután, en tal caso.

—¿Orangután?

—Creo que se refiere a Anthony. —Luminika me mostró una peineta y se alejó de nosotros.

—¿Es una casualidad que tus pasos te hayan traído hasta aquí, caminante? —se interesó Taima tras quedarnos solos.

—Quizá buscaba un poco de compañía. —Me sonrió.

—La gente suele evitarme, es un cambio de registro un tanto peculiar.

—¿Evitarte? —Aquello me sorprendió—. No me ha dado esa sensación.

—Que me respeten no significa que me vean como a su igual.

—¿Por qué?

—El mundo de los espíritus es complejo.

—Entiendo.

—¿No crees en ellos, caminante? —Su tono sonó burlesco. Casi diría provocativo.

—Te diría que no, pero es cierto que hay algo, aquí, que late con vida propia; y un amigo me

ha dicho, no hace mucho, que teniendo en cuenta lo que somos, deberíamos tener la mente abierta a lo que no entendemos. O no vemos.

—¿John? —me preguntó.

—Anthony. —Taima sonrió.

—Es un hombre sabio.

—Y viejo.

—¿Como tú?

—No sabría decirte, pero no voy a negarte que llevo mucho vagando por el mundo.

Nos quedamos en silencio un rato.

—¿Cómo supisteis que Ewah había despertado?

—Ishna Witca os lo explicará.

—Él no está aquí, y creo que tú sabes más de lo que dices —puntualicé.

—Los espíritus hablan, pero eso no quiere decir que esté dispuesta a compartir con vosotros todo lo que me dicen.

—No confías en nosotros. —La miré y vi que sus ojos se clavaban en los míos y los estudiaban. ¿Podía ella sentirla? La oscuridad que había anidado en mi interior—. ¿O es solo que no confías en mí?

—¿Por qué debería hacerlo? Eres un desconocido. —Tenía el mentón ligeramente elevado y su expresión era neutra, pero sólida como una roca. No sería una mujer que se dejara doblegar ni someterse. Era fuerte. Incluso si sus modales eran suaves y sabía apreciar cosas como compartir el silencio.

—Soy un *caminante*.

—No todos los caminantes son dignos del respeto de Ishna y, por tanto, del mío.

—No puedo negarte que Ishna demuestra que posee cierto criterio en su juicio. —Sonreí y ella se relajó—. Espero ganarme tu confianza y respeto durante mi estancia.

VIII

JASON

NOS QUEDAMOS en silencio durante un rato, observando la noche que se alzaba, majestuosa, sobre nosotros. Vi que se estremecía y estrechaba sus brazos alrededor de su cuerpo.

—¿Tienes frío?

—Solo un poco. —Hice el amago de sacarme la chaqueta, pero negó con la cabeza—. ¿Nos acercamos a la hoguera?

—Claro.

Empezamos a caminar hacia el centro de la aldea. En algunas de las tiendas podía verse una fina columna de humo saliendo del centro de aquel techo en forma de cúpula, pero destacaba la humareda de los gruesos troncos que ardían en el que empezaba a sentir como el corazón de la tribu.

—¿La mantenéis siempre prendida? —Taima negó con la cabeza.

Parecía estar reflexionando sobre algo y, al fin, se decidió a preguntarme al respecto:

—Antes has dicho que sentías que había algo que latía con vida propia en esta tierra. ¿Qué has visto, caminante?

Me tomé mi tiempo en poner en orden lo que había podido percibir antes de darle una respuesta. Una que fuera mínimamente coherente.

—Puedo sentir una vibración en la tierra y creo que, de alguna forma, ella te reconoce.

Me estudió y acabó asintiendo, con una sonrisa satisfecha en su rostro.

—Siempre se trata de eso, en realidad. De sentir.

—¿Es eso posible? ¿Que algo inerte pueda tener emociones? —le cuestioné.

—Esta tierra forma parte de la historia de mis antepasados. En ella nacieron y en ella fueron enterrados. Una magia antigua, muy poderosa, enraizó aquí y es ella la que nos protege —me contó—. Hace ya muchas generaciones que nos establecimos aquí por ese motivo. Dejamos de ser nómadas antes incluso de que el mundo moderno nos pudiera proporcionar aquello que nos faltaba según la época del año. Vincularnos a esta tierra nos supuso un esfuerzo, pero también fue, al mismo tiempo, un alivio. No sé si me explico.

—Creo que sí. —Reflexioné sobre sus palabras y una teoría empezó a forjarse en mi mente—. ¿Qué sabes de la magia que protege este lugar?

—¿Qué quieres saber?

—Koda insinuó que era capaz de ahuyentar a un duma.

—Vuestros demonios no caminan bajo la luz del sol. —Fruncí el ceño, sorprendido de que conociera ese tipo de detalles, pero consciente de que Koda debía confiar en ella algunos de nuestros secretos—. Esta tierra es luz en medio de la oscuridad.

—¿Qué magia podría conseguir algo así? —La estudié—. No me imagino ninguna capaz de hacerlo.

—Igual que tampoco te imaginas que los espíritus de nuestros ancestros nos acompañan, ¿verdad?

—He visto a muchos caer, a mis hermanos convertirse en montones de ceniza que se lleva el viento. Me gustaría pensar que siguen aquí, de alguna forma, que no se han ido, pero el sentido común me dice que no somos más que polvo y nuestra existencia es caduca, incluso para los que, en teoría, somos inmortales.

—No le temes a la muerte.

—Hay cosas mucho peores.

Me miró y vi un deje de tristeza en sus ojos. Como si ella pudiera entenderlo. El miedo que acechaba en mi interior. Mi lucha.

—Temes perderte a ti mismo. —No me gustó la dirección que estaba tomando nuestra conversación, así que decidí permanecer callado—. ¿Y si eso forma parte de tu destino?

—Supongo que, en tal caso, haría lo posible para cambiarlo.

Vi que su mirada se desviaba y su rostro se ensombrecía.

—Hay cosas que ya están escritas.

—Y tú puedes verlas. —Cuando centró su atención en mí, vi la sorpresa en su rostro—. Cada Mística posee una marca. Pasado, presente o futuro.

—No poseo magia elemental.

—Pero hay algo en ti que te hace única, puedo sentirlo… —Nos quedamos quietos, presos en la mirada del otro, y sentí la tentación de levantar la mano para notar el tacto de su mejilla contra la palma de mi mano, pero me negué aquel capricho—. La magia que protege esta tierra mucho tiene que ver contigo; y también con tu pasado, ¿no es cierto?

—¿Qué insinúas?

—No conozco mayor fuente de poder que la de las Místicas, y sospecho que esta tierra está protegida por su magia.

Tardó su tiempo en asentir.

—Su magia. Y su sangre.

—La de tus ancestros. ¿Ishna Witca? —Ella me sostuvo la mirada—. Tuvo descendencia. Tu linaje. La sangre que protege esta tierra y que late con vida propia, esa que te reconoce, es el legado de una Mística. Naciste humana, pero sangre del cazador y de su Mística corre por tus venas, igual que en John. Eres una Bendecida.

—¿Qué significa esa palabra? —quiso saber.

—Ishna Witca formó una familia. —Taima tardó un tiempo en admitirlo, pero acabó asintiendo—. Aquellos que descienden del vínculo entre un cazador y una Mística poseen cualidades únicas. Son humanos, como tú, pero, al mismo tiempo, poseen sensibilidades que los hacen únicos.

—¿John también? —Asentí.

—¿Qué pasó con la mujer de Ishna Witca?

—Esa historia no me pertenece, debería ser Ishna Witca quien la compartiera con vosotros, si lo cree oportuno.

—Solo quiero saber la tuya, tu historia, Taima. —Porque en ese momento era la única que me importaba.

—La nieta de Ishna Witca protegió el poblado cuando Ewah despertó.

—¿Había hecho la transición? ¿Era una Mística o aún solo una Bendecida?

—¿Acaso importa? —Vi un deje de tristeza en su mirada.

—No, supongo que no.

—Solemos llamarla Boodawaanakwe, que en nuestra lengua significa «ella da algo sagrado». Su espíritu sigue aquí. Hay veces que puedo sentirla, escuchar su risa o el sonido seseante de sus susurros.

—Y tú desciendes de ella. —Taima asintió.

Era una Bendecida. Quizá de ahí venía esa sensibilidad suya que, por el contexto en el que había nacido, hacía que diera por sentado que los espíritus le decían cosas o poseía habilidades curativas, motivo por el que era considerada una chamana.

Muchos cazadores daban por sentado que, tras el cambio, nos volvíamos estériles. Sin

embargo, lo cierto era que un cazador podía tener descendencia siempre y cuando se hubiera forjado el sagrado vínculo entre él y una mujer convertida en Mística.

—Podía sentir algo diferente en tu vibración, los matices te hacen única. Es algo sutil, quizá porque deben de haber pasado muchas generaciones desde Boodawaanakwe hasta ti, pero está ahí; y supongo que justifica el porqué esta tierra te reconoce, de alguna forma.

—Háblame de John. —Me mordí el labio inferior. Quizá su historia tampoco me correspondía a mí contársela, pero aquella mujer sabía más de lo que decía y era evidente que el papel que representaba en aquella historia era importante, así que decidí darle información a cambio de la que ella había compartido conmigo.

—Nació del vientre de una Mística, como tu antepasada. Era un muchacho inquieto, solían decirme sus padres.

—¿Los conociste? —Me limité a asentir.

—Sí. Su pérdida fue complicada, un golpe duro para todos, especialmente para John. —No profundicé en aquello, porque no quería rememorar esa fase tan oscura de nuestro pasado.

Ella había admitido, abiertamente, que no confiaba en mí.

Sería un estúpido si hiciera lo contrario.

Sonreí.

Quería ganarme su respeto y, quizá, su admiración.

Envidiaba la expresión de calma que iluminaba su rostro al hablar de Ishna. Su antepasado. Ahora cobraba cierto sentido que el cazador no hubiera cortado su vínculo con aquel clan, porque sangre de su sangre seguía viviendo allí, entre todos aquellos rostros de tez cobriza y ojos oscuros.

—¿Qué hay de Koda? —le pregunté—. ¿Desciende también del linaje de Ishna?

—No, él es Ojibwe de nacimiento. —Ladeó la cabeza—. Es posible que descienda de algún pariente lejano de la que fue su esposa, porque en la tribu todos somos en mayor o menor grado familia.

—¿Por qué Ishna Witca se instaló aquí?

—Es tradición entre los nuestros que, cuando un hombre desposa a una mujer, se instale con la familia de su esposa, para protegerla a ella, a sus descendientes y también a sus predecesores —me explicó—. De ahí que las mujeres busquen hombres fuertes, que puedan proteger sus hogares y a los suyos.

—Ahora entiendo muchas cosas —murmuré, con una sonrisa traviesa y al ver la curiosidad en sus ojos, añadí—: Las mujeres de tu aldea miran a Angus como si fuera el plato fuerte de la temporada.

Taima rio por lo bajo.

—Es grande, fuerte y dicen que está muy bien dotado. —Ahí me hizo reír.

—Supongo que deben de tener la certeza, porque los escoceses no suelen llevar nada debajo del tartán. —Soltó una pequeña carcajada, nerviosa—. Angus, al igual que Cameron, nació en la época de los clanes, en Escocia, y, aunque Cameron es más viejo y sabio, admito que pocos son tan grandes y rudos como su hermano de armas.

—No creo que ellos quisieran establecerse aquí —me dijo aquello con una pequeña sonrisa, cómplice, en el rostro.

—No, creo que no. —Prescindir de las comodidades del mundo moderno y volver a la época en la que el frío calaba los huesos, sin tecnología, agua corriente ni poder usar cosas que ahora se nos hacían imprescindibles, como un inodoro, dudo que estuviera entre los planes, a largo plazo, del cazador—. Supongo que Ishna Witca lo vivió de otra manera.

Me sonrió.

—Ishna ya era un cazador, pero fue honorable y siguió las costumbres de nuestros pueblos, así que se instaló en la aldea y fue aquí donde nació su única hija, y esta tuvo, a su vez, descendencia.

—Aquí las tradiciones aún tienen un peso importante para vosotros.

—Y así debería ser más allá de los límites de nuestra tierra. —Su tono sonó crítico, pero no pude rebatirle aquello. Cuando has perdido la fe, ¿qué sentido tiene negarlo?

Me tensé. Pude sentir que algo estaba cambiando. En el aire, más allá de los límites de la aldea.

—¿Estás segura de que la aldea está a salvo?

—¿Qué quieres decir? —Taima se tensó.

Escuché el ruido de unos pocos pasos. Logan y Luke aparecieron entre un par de tiendas.

—Anthony y Leia han hecho un avistamiento.

—¿A qué distancia?

—Unos pocos kilómetros, pero parece un grupo numeroso.

—¿Dumas? —Por una vez, casi deseé que su respuesta fuera afirmativa. No estaba preparado para lo que había empezado hacía unos días. Ewah.

Vi que Luminika se acercaba hacia nosotros, pistola en mano. John caminaba a su lado, las manos en los bolsillos y aspecto de aburrimiento. Ardiente estaba en la tienda de Taima, junto a sus dos viejas amigas. Teniendo en cuenta la hora que era, no descartaba que estuvieran durmiendo.

—Eso parece —sentenció Logan, aunque su ceño me dijo que no quería confiarse.

—¿A cuántos nos enfrentamos? —cuestioné.

—Hace un rato eran poco más de una decena, pero es como si se estuvieran agrupando —nos explicó Luminika y vi que titubeaba.

—¿Pero?

—No han llegado a cruzar el velo; es como si estuvieran a la expectativa.

Mi mirada se cruzó con la de John, pero este negó con la cabeza. Él no creía que fuera Ewah a quien esperaban. Sin embargo, no podía tener la certeza y, aunque era poco habitual en él, podía equivocarse.

—No entrarán en la aldea —sentenció Taima y, en esos momentos, su aspecto ya no era el de una mujer joven, sino el de una guerrera. Su cabello se removió a su alrededor y vi como separaba las piernas ligeramente, buscando una mayor base de sustentación, y al hacerlo fue como si la tierra se sacudiera.

Miré a John y, por una vez, fui consciente de que él no lo había sentido.

—La magia de una antigua Mística protege este lugar —les dije y, tras valorar si podíamos confiar o no en las verdades de la chamana, añadí—: Taima cree que no podrán entrar en el perímetro.

—No lo creo, siempre ha sido así y así es. —Le molestó que no creyera en ella, lo vi en su mirada.

—Ve en busca de Anthony y agrupad a los MacBean. Si se acercan, id a por ellos antes de que decidan ser ellos los que lancen un ataque —sentenció John y Luminika asintió.

—¿Despierto a las Místicas?

—Nicholas se quedará vigilando su tienda; si alguien enciende una bengala, moveremos a la caballería —repuso Logan.

—Créeme que las tendrás despiertas y bastante cabreadas de que les hayas ocultado un

posible ataque —puntualizó Luminika, que no estaba del todo de acuerdo con esa decisión.

—Tengo la esperanza de que no lleguen a saberlo. —Logan le regaló una sonrisa ladeada, altiva—. Me pediste que te tratara como a uno más de mis guerreros, como a un cazador. Eso estoy haciendo.

Ahí le tocó la fibra sensible. Masculló algo por lo bajo y se alejó de nosotros.

—Lealtades cruzadas —bromeó John—. ¿Quiénes quedamos para asegurar el perímetro?

—Dante y nosotros tres —informó Logan.

—Quédate aquí. —John me miró y vio cómo me tensaba, dispuesto a negarme a esa orden en concreto—. Su objetivo podría ser Taima; no sería la primera vez que ellos pueden sentir ese tipo de cosas.

—De acuerdo —asentí, aunque no estaba del todo seguro si lo que no quería mi amigo era que me expusiera a la influencia de la oscuridad tan pronto. Como si temiera lo que en realidad yo ya sabía: que cada vez cobraba más fuerza dentro de mí.

Los observamos partir. Mi corazón se sentía herido. No estaba acostumbrado a quedarme atrás mientras los otros se enfrentaban al verdadero peligro.

Taima se acercó a la hoguera y vi que cerraba los ojos. Parecía afectada por lo que estaba sucediendo, la presencia de aquellas criaturas cerca del que era su hogar.

—La aldea está a salvo —le aseguré. Fuera por la magia que latía en aquel lugar, y en la que ella confiaba ciegamente, o por la destreza de mis hermanos, no importaba. Nadie podría hacerles daño. No dejaríamos que la oscuridad llegara hasta ella.

—Lo está, pero no estoy tan segura respecto a vosotros, caminantes.

—¿En qué sentido?

—Salir más allá de las protecciones de la aldea puede poneros en una situación de riesgo. Luminika ha dicho que había varias decenas. Koda nunca me ha hablado de enfrentamientos de semejante envergadura.

—Eso es porque las cosas están cambiando —le expliqué—, pero no es la primera vez que luchamos en inferioridad de condiciones. Y vencemos.

—¿A qué precio? —Ahí sentí algo vibrando entre nosotros. ¿Acaso era por su poder de Bendecida? ¿Podía ver más allá de lo que se veía a simple vista? ¿Conocía la oscuridad que no solo era evidente en mis ojos?

Fingí interpretar sus palabras en un sentido mucho menos profundo. No quería su compasión. Éramos guerreros. Vivíamos. Y moríamos. Formaba parte de nuestra naturaleza. Y yo llevaba en este mundo el suficiente tiempo como para dar ese paso.

—Ardiente se cabreará con John, pero sé que él la encuentra adorable cuando está enfadada. Tartamudea y se pone roja como un tomate. —Su aspecto sombrío se volvió mucho más suave, así que decidí continuar—: Elektrika es un tema aparte, sé que un par de veces le ha lanzado rayos a más de un cazador que le ha soltado alguna broma de mal gusto, pero Logan es capaz de conseguir aplacarla. —Preferí callarme el cómo, porque eran una pareja tan explosiva como fogosa—. Y Mendaval, ¿qué puedo decirte de ella? No descarto que le agradezca a Dante que la haya dejado dormir tranquila. Siendo ella, todo es posible.

Taima me sonrió.

—¿Y qué hay de Leia? ¿Por qué quiere que la traten como a un cazador?

—Su historia es complicada. A ella y a su hermano les atacó un duma; Cameron y el resto llegaron a tiempo, pero ambos habían sufrido graves heridas. A Luke se lo llevaron y despertó como cazador, pero ella acabó en un hospital humano y, contra todo pronóstico, sobrevivió. Digamos que los MacBean la adoptaron y ella hizo todo lo posible para convertirse en un valor

añadido. Es una gran tiradora y, por lo que me han dicho, se defiende también con un buen filo. —Taima pareció sorprendida al escuchar aquello—. Su poder como Mística, además, es único.

—La luz puede mostrarnos el camino, incluso en los momentos más oscuros.

Por su mirada, supe que quería decir mucho más, pero por lo visto le gustaba, como a John, que cada uno sacara sus propias conclusiones.

—Sí, especialmente si las armas vinculadas que están bendecidas por su magia son capaces de atravesar el velo y matar a un duma sin que llegue a volverse corpóreo.

—La magia de las Místicas es asombrosa.

—También lo será la tuya. —Nuestros ojos conectaron y sentí cómo la tierra comenzó a palpitar bajo nosotros con fuerza—. ¿Eso es cosa tuya?

—¿El qué?

—El latido de la tierra, una vibración… —Ladeó la cabeza.

—¿Puedes percibirla?

—Igual que te siento a ti. —Me sonrió con un deje de timidez.

—Es como si fuera una prolongación de lo que soy; o, mejor dicho, yo lo fuera de ella. —Separó las manos a ambos lados de su cuerpo—. Todos formamos parte de un algo mucho más grande, caminante.

Elevó el mentón y me sostuvo la mirada, desafiante.

Sentí su energía fusionarse con la del mundo que nos rodeaba y sus vibraciones creaban una única melodía. Era algo hermoso que jamás pensé llegar a presenciar. Un todo hecho de fragmentos.

—¿Es seguro eso que estás haciendo? —No me contestó.

Que existiera algún tipo de barrera mágica, gracias a la sangre vertida sobre aquella tierra en tiempos pretéritos, y un grupo de cazadores preparados para defender la aldea no significaba que fuera el momento de poner en evidencia el jugoso premio que había dentro.

Una Bendecida.

Una que pronto despertaría.

Una que llevaba el collar de negras piedras que le confería algún tipo de protección.

¿Por qué?

¿Para qué?

Gruñí.

—Taima, lo que sea que estás haciendo, puede que llame la atención de los dumas.

—Puedes irte si quieres.

Mascullé una maldición por lo bajo.

—Si me voy, lo haré llevándote a rastras si es necesario, con tal de que estés en un lugar seguro y no pongas una maldita diana en medio de tu culo. —Corazón. Quería decir corazón, pero un contoneo de su falda había llevado mi atención hacia esa parte concreta de su anatomía, colándose en mi mente en un acto de rebeldía.

—No hay otro lugar más seguro que en el que estoy.

—Taima… —Me sostuvo la mirada y una sonrisa ladeada enmarcó su rostro, iluminado por el fuego que bailaba en la hoguera.

—Sí, ¿Jason?

Creo que era la primera vez que usaba mi nombre y me derrotó al hacerlo. Suspiré.

—Los dumas no son lo que me preocupa —confesé—. Incluso si esta tierra puede contenerlos, no significa que pueda hacerlo con demonios de alto rango.

—Estás pensando en Ewah.

—Eres condenadamente lista, ¿sabes? —protesté, aunque creo que se lo tomó como un elogio.

—Y tú has visto muchas lunas.

—Unas cuantas, sí.

—Pero aún te faltan cosas por ver y por sentir.

—No puedo evitar ver un cierto paralelismo entre tú y una Pocahontas con una tendencia irrefrenable de adoctrinar a un pobre inglés.

—¿Eso debería tomármelo como un halago o como una crítica?

—¿La verdad? —Me sostuvo la mirada—. No lo sé.

Rio por lo bajo.

—Eres un caminante extraño.

—Me han llamado cosas peores.

—¿Como cuáles?

—Frío. Carente de emociones. Letal. Bueno, esta última creo que fue más bien un elogio. —Taima puso los ojos en blanco y crucé mis brazos sobre mi pecho. Mi ropa italiana contrastaba con su aspecto salvaje. No podía haber dos personas más dispares que nosotros.

—Si no tuvieras emociones, no podrías haber sentido el latido de esta tierra, así que todos ellos se equivocan. —Me gustó cómo sonó aquello, incluso si no estaba del todo seguro de si ella tenía o no razón.

Hacía mucho que nada me emocionaba.

Me motivaba el deber, las responsabilidades, pero ¿las emociones? Supongo que había olvidado cómo era eso de limitarse a ser. Y a estar.

—¿Qué pretendes hacer exactamente? —Cambié el sujeto de nuestra conversación.

—Asegurar que todos estamos a salvo.

—¿Y lo vas a hacer…? —Me estudió antes de contestarme.

—¿Qué es lo que hace que un *wekufe*, un duma, retroceda?

—¿Es una pregunta con trampa? —le cuestioné, divertido, pese a las circunstancias y me lanzó una mirada enojada, como el profesor que reprende a su alumno. Me reí. Era absurdo todo, en serio—. De acuerdo, déjame pensar. —No tardé en encontrar la única respuesta que me pareció válida mientras recordaba lo que habíamos estado hablando antes. Fruncí el ceño—. ¿Pretendes que la aldea se ilumine con luz solar de verdad? Llámame incrédulo, pero lo veo poco probable, la verdad: tu magia aún no ha despertado.

—No sé por qué me sorprende que no seas capaz de entender que no todo se puede ver con los ojos. —Su tono sonó crítico—. ¿Tampoco crees en la presencia de los espíritus?

—Lo siento, pero no. —No me sentía cómodo retándola, pero no quería mentirle solo para contentarla.

—Y, sin embargo, eres capaz de sentir que hay algo más en la tierra que te sustenta. —Me estudió—. No entiendo cómo, si no crees en el porqué.

—Me gusta ser un mundo de contradicciones.

La dureza de su expresión se suavizó un poco.

—Ya veo. —Cerró los ojos y sentí como la vibración se volvía más definida.

Sí, podía sentirla, pero ¿verla?

Apreté los labios mientras estudiaba su semblante. Había aprendido a sondear al poco de convertirme en cazador. Un sexto sentido me ayudaba a identificar la esencia de las criaturas vivas que me rodeaban y conocer su naturaleza.

Espíritus. Fantasmas. Jamás había percibido algo así.

Era una estupidez.

¿Qué había dicho Anthony?

Que, para muchos humanos, los demonios tampoco existían.

—De acuerdo, digamos que hay algo más, pero por el momento no le pongamos nombre.

—Es un inicio. —Pareció satisfecha con aquello, porque asintió y cerró los ojos. La observé y la paz en su rostro me hizo pensar en que ella tenía eso, luz propia, incluso si no podía verse.

Había algo en ella que la hacía única.

Descendía de un Bendecido.

Tenía que tratarse de eso.

—¿Eres capaz de sentir a los *wefukes* a esta distancia? —Abrió los ojos para mirarme. Sondeé y asentí—. ¿Son muchos?

—Varias docenas. —Aquella respuesta hizo que su semblante se ensombreciera.

—¿Tantos…?

—Solo se agrupan cuando tienen un objetivo. —Sentí una punzada de miedo. La posibilidad de que fuera ella. La Mística que aún no había despertado. La única que aún no disponía del poder para plantarles cara.

—¿Le tienes miedo? —me cuestionó.

—¿A la muerte? No.

—¿Y a Ewah? —Sus ojos me estudiaron, pero me quedé en silencio—. Él te marcó. Te eligió.

—No sé a qué te refieres.

—Tal vez tú seas ese objetivo. —Sus ojos se volvieron fríos—. No me importa que me mientas, caminante, pero no te mientas a ti mismo.

IX

Taima

UN PAR de horas más tarde nada parecía haber pasado, sin embargo, nada más lejos de la realidad.

Los *wefukes*, aquellos demonios que habitaban la noche y cuyos gritos agónicos eran poco más que notas de silencio con las que conseguían que el más valiente se estremeciera, habían sido aniquilados. Los hombres de Anthony se ocuparon de eliminar aquella amenaza antes incluso de que se convirtiera en una.

No habían llegado a cruzar el velo, según nos confirmó John, y se mantuvieron alrededor de la aldea, como si pretendieran cercarla, pero no fueran capaces de avanzar al toparse con las protecciones de aquella tierra que mantuve más vivas y fuertes que nunca.

No hubo gritos. Ni lamentos. Pero algo en mí tenía la certeza, más que nunca, de que algo había cambiado.

Podía sentirlo en la tierra.

En la calidez del collar que pendía de mi cuello.

En la mirada de Jason.

Tan oscura.

Y tan perfecta al mismo tiempo.

—*Tu destino.*

Cerré los ojos ante aquella certeza que me quemaba por dentro. Intentando fingir que no me importaba. Lo que el futuro ya había escrito. Cómo el camino de ese cazador y el mío tenían que cruzarse, en algún momento, para que el cierre de aquella historia quedara escrito.

Me acosté en mi *wiigiwaam*, junto a las mujeres que dormían plácidamente, ignorando todo lo que había sucedido en las fronteras de la aldea. Dumas. Demonios. *Wekufes*. Buscando sembrar el caos.

Los caminantes habían dado a entender que, igual que ellos, los demonios podían percibir el mundo por sus vibraciones, lo que tendría cierto sentido porque Koda me había explicado que su rostro era carente de expresiones y las cuencas de sus ojos solo albergaban oscuridad.

El mundo de los espíritus era complejo y yo solo podía ver las capas más superficiales, pero no era tan altiva —ni estúpida— como para pensar que lo entendía en su complejidad y amplitud.

Probablemente nadie lo hacía.

Cerré los ojos e intenté dejar la mente en blanco, pero la mirada bicolor del caminante volvía a mi memoria una vez tras otra, sin importar qué hiciera para alejarla del curso de mis pensamientos.

Eso no tenía por qué ser algo bueno.

No lo era, de hecho.

Ewah lo había elegido en su maléfico plan de hacerse con el control del mundo.

Y él lo sabía.

Podía leer el dolor en su mirada, el miedo y también la rabia.

No lo había conseguido, pero tal vez porque aún no era el momento. Me froté las manos sobre el tejido de la manta, como si pretendiera limpiar restos imaginarios de porquería —o sangre— de ellas.

Era un guerrero. Pese a su cuerpo esbelto y aquella ropa cara, de aspecto elegante, que le daba un aire de ejecutivo. Daba igual lo que pretendiera mostrar a simple vista. Jason era un guerrero

inmortal, legendario, cuya fuerza y destreza habían sido probadas antes de que la transición se hubiera llevado a término y sus atributos fueran potenciados por un ritual antiguo, sagrado, en el que la sangre era el epicentro.

Siempre lo era.

Lo sabía todo sobre el despertar de un cazador, pero nada sobre cómo se suponía que debía convertirme en Mística.

Teniendo en cuenta los eventos de aquella noche, los dumas, más me valía hacerlo pronto. Me planteé hablar con Aria. Pedirle que me tomara de pupila. De alguna forma tenía la sensación de que me había ganado su confianza. Tal vez lo haría. Me contaría los secretos de cómo una mujer podía alcanzar ese tipo de poder. Pero luego deseché la idea.

No me parecía correcto pedir ese tipo de ayuda a la que en realidad era poco más que una desconocida.

Cerré los ojos, buscando una respuesta entre los que me habían precedido.

—¿Cómo?

—*Él te ayudará.*

Asentí. Ishna Witca. Tal vez Koda. Ellos tenían esas respuestas, incluso si no las habían compartido conmigo. Cabía la posibilidad de que no me consideraran digna de aquel poder. Si era así, les hablaría de los sueños. De mi destino. De lo que siempre había sabido. Y de Jason. ¿Tenía que hacerlo? Apreté los labios y decidí que omitiría esa parte hasta que llegara el momento de desterrar a Ewah. O de matarlo, con un poco de suerte.

Busqué el mango de la daga que llevaba sujeta en el cinturón.

Hacía eso de tanto en tanto.

Solo por si acaso me veía en la tesitura de tener que usarla.

Algún día.

Lo haría.

Y viviría sabiendo que había arrebatado una vida.

—¿Estás despierta? —Alguien me estaba tocando el brazo.

—Ahora sí. —La Mística que llevaba gafas se sonrojó al notar la protesta impresa en mi respuesta.

—Lo siento, yo…

—Está bien. Ayer me acosté tarde. —Era una justificación pésima porque, incluso tras las noches en las que la aldea estaba de fiesta, solía levantarme con el alba. Era algo que llevaba haciendo toda la vida, pero, por un extraño fenómeno que no acababa de identificar, mi sueño había acabado siendo más profundo, aunque no por eso me desperté sintiéndome en calma. Más bien al contrario.

—John me lo ha contado. —Me senté sobre las mantas y miré a la mujer. No parecía enfadada.

—Así que tenía razón.

—¿En qué?

—Dijo que no te enfadarías mientras nadie sufriera daños. —Me sonrió.

—Elena y Melanie están subiéndose por las paredes. Es posible que necesiten un poco de espacio, a esas dos Logan y Dante me parece que las calman a base de polvos.

—¿Polvos? —Se puso roja como un tomate y fui consciente de a qué hacía referencia—. Sexo.

—Correcto. —Me sonrojé yo también. Un poco, al menos.

—Está bien, es algo natural entre un hombre y una mujer. —Lo que no tenía tan claro era si era algo bien visto entre una Mística y un hombre, su guardián, para más inri, pero preferí no preguntar al respecto, porque nuestras culturas diferían mucho en ese tipo de aspectos—. Entiendo que tú y John también compartís ese tipo de intimidad.

—Sí, claro. —Si hubiera una escala entre el rojo y el granate, no sabría definir en qué punto se encontraba ella—. Lo siento, yo… es que me cuesta un poco hablar de esas cosas hasta que le pillo a alguien confianza. Elena y Melanie son amigas mías desde que éramos niñas, de hecho, sabían que John y yo, ya sabes, antes de que se destapara que era el Viejo. Fingió ser un tipo normal, de lo más encantador, durante un tiempo.

—¿Y no te enfadaste?

—No, la verdad es que no. O no mucho. Me lo tomé como una luna de miel. Él sabía que había muchas cosas malas por venir, así que disfrutamos de un tiempo solo para nosotros, sin más complicaciones que las de las personas normales, ya sabes.

No sabía, no, porque yo jamás había sido normal, pero decidí no remarcar ese detalle cuando era evidente que ella estaba haciendo un esfuerzo por abrirse.

—Me explicaron que Leia entró a formar parte de ese mundo tras la transformación de Luke y que hizo el cambio más tarde.

—Sí. A ella aún le estamos pillando el punto, pero admito que mola mil. —Por su amplia sonrisa supe que sus palabras eran sinceras—. Tú también.

—¿Yo?

—John me ha dicho que hay algo en esta tierra que nos protege de los dumas y Jason cree que tiene mucho que ver contigo. —Sus ojos mostraban admiración. Sonreí, no tanto porque necesitara su aprobación, o algo así, sino por el hecho de que los caminantes empezaban a confiar en lo que yo les había dicho. Les había tomado su tiempo, pero era un buen inicio.

—Tal vez.

—Pues eso es genial. ¡Ojalá yo pudiera hacer algo así! —Levantó una mano y una pequeña llama apareció en ella, pero se convirtió en poco más que humo al cabo de un momento—. Apenas lo controlo, en realidad.

—Es una magia poderosa, la del fuego.

—Sí, ya, lo sé. ¿Puedo confesarte una cosa ahora que estamos a solas?

Estuve tentada de decirle que una bruma blanquecina estaba deambulando entre las pertenencias de las mujeres, pero supuse que un espíritu no contaba. Lo que fuera que iba a decirme, no tendría a quien contárselo, excepto a mí, pero yo sabía callar. Llevaba haciéndolo toda la vida.

—Claro.

—A veces me da miedo usar mi poder.

—¿Miedo?

—Me aterra hacerle daño a alguien.

Agachó la mirada y pude entender su temor. Demasiado bien. Le coloqué una mano sobre el hombro y ella buscó mi mirada.

—Por mucho que el fuego te acompañe, no eres una guerrera, y eso no tiene por qué ser algo malo.

—¿No?

—No, claro que no. —Le sonreí—. Los guerreros necesitan sanadores, sabios que guíen la dirección de sus flechas y artesanos que les vistan y fabriquen un lugar bajo el que cobijarse cuando hay una tormenta. —Hice una pausa—. No todos estamos hechos para sesgar vidas.

—Me aterra pensar que puedo hacerle daño a alguien a quien quiero. Mi magia reconoce a John, pero un día puede que se descontrole y podría prenderle fuego a cualquier cosa, a la aldea, por ejemplo. —Me tensé y ella se vino abajo—. Jamás haría algo así. Queriendo.

—No lo harás. —No sé de dónde nació aquella certeza, pero la bruma se quedó quieta y supe que su intención estaba volcada en mi persona, en ese momento—. Porque eres una persona íntegra. Sabes lo que está bien y lo que está mal. Sacrificarías lo que eres, tu poder, por un bien mayor.

—Sí, supongo que lo haría.

Asentí.

—John dice que soy un escudo y que mi magia se manifiesta cuando alguien a quien quiero está en peligro. De hecho, ni siquiera sé cómo lo hago, simplemente sucede.

—*Está en su naturaleza. Es Ganawenjigekwe.*

—Eres la que protege, Ganawenjigekwe —susurré y añadí mirándola—: Ahí encontrarás siempre tu fortaleza, lo que hará de tu poder despierte. Si buscas esa emoción, encontrarás la fuerza de los espíritus del fuego que te acompañan.

—¿Por qué te llaman chamana? —Por un momento me planteé que ella también hubiera podido oír a la bruma. Esperé algo. Una confesión por su parte. Que la mirada se desviara en dirección al espíritu que se había acercado a nosotras y nos estudiaba y que, lentamente, empezaba a tomar forma, lo justo para que pudiera ver una silueta femenina en cuya cabeza había una corona de plumas.

—Boodawaanakwe —murmuré y algo en aquel espíritu palpitó, como si aún conservara parte de su fuerza. De lo que había sido. Pese a que no podía ver las líneas de su rostro, tuve la certeza de que me estaba mirando. Que me reconocía, de alguna forma, como yo a ella y, entonces, se desvaneció.

El fuego de la hoguera se extinguió y una brisa hizo que la manta que cubría la entrada de la tienda se abriera.

—¿Qué ha sido eso? —Aria frunció el ceño.

—Me has preguntado por qué me llaman chamana. Lo cierto es que veo a los espíritus, y esa era una de mis antepasadas.

—Una un tanto cabreada. —Sonreí porque sentí que necesitaba que la reconfortara. Yo estaba acostumbrada a algunos de sus arrebatos, pero para ella aquello era algo totalmente nuevo, y, Mística o no, era un espíritu afable y, por lo visto, bastante impresionable.

—No creo —negué con la cabeza—. Ella también fue una protectora de este pueblo, de esta tierra, tiempo atrás. Es posible que te reconozca, de alguna forma.

—¿Una chamana? —Lo fue, así que asentí. No le conté el resto. Su relación con Ishna Witca. Cómo ella poseía también algunos dones, como el de la visión, por el hecho de que era una Bendecida—. Leímos con John que, en la cultura Ojibwe, los nombres, las palabras, vuestra forma de construir palabras o frases tiene mucho que ver con el significado del contenido.

—Es lo que vosotros llamáis una lengua aglutinante: combinamos raíces y sufijos, con significados únicos, para crear conceptos nuevos.

—¿Puedes ponerme un ejemplo? —me pidió.

—Muchacha —repuse—. *Ikwe* en nuestra lengua es mujer y *zens* implica algo pequeño, tierno o incluso inmaduro.

—Así que muchacha sería algo así como *ikwezens*. —Su pronunciación era nefasta, pero el concepto en sí correcto. Asentí—. Lo que me has llamado antes, ¿está compuesto en partes?

Sonreí.

—La última parte hace referencia a tu condición de mujer, el resto se refiere a la acción de guardar o proteger algo que es importante. *Ganawenjigekwe.*

—Si pudieras elegir tu propio nombre, ¿cuál sería?

—Wibawaajigewikwe. —Lo supe, sin más, incluso si nunca me había planteado una pregunta como aquella.

—Eso me niego a pronunciarlo —dijo entre risas Aria, pero al ver mi rostro sereno, algo oscurecido por el peso que una mera palabra puede tener para sellar tu destino, me preguntó—: ¿Qué significa?

—*Wi* hace referencia a un destino, un deber, una obligación; *bawaajigewi* es algo así como soñar o, mejor dicho, tener visiones y la tercera parte *ikwe*, ya la sabes.

—La mujer que tiene un deber en sus visiones —interpretó Aria con demasiada precisión.

—Algo así. —Fingí una sonrisa, pero no caló.

—Todo irá bien, Taima, te lo prometo. Lo verás todo más fácil cuando Koda vuelva, estoy segura.

—Sí, supongo que sí. —Intenté desviar la atención de mi persona, así que decidí preguntarle sobre sus compañeras—: ¿Qué hay del resto?

—Son más proactivas, eso te lo aseguro. —Rio por lo bajo—. Elena fue la primera y creo que controla su poder mejor que el resto, paraliza a los dumas con sus rayos. —Eso ya lo sabía, pero decidí limitarme a asentir y dejar que continuara—. Melanie no entiende cómo gestionarlo, y su poder está muy ligado a sus emociones, algo que lo complica un poco porque, por si no te has dado cuenta, tiende a ser un poco temperamental. —Me reí, porque la había visto discutir con su guardián en varias ocasiones y cómo el mundo giraba a su alrededor, literalmente, mientras él conseguía contenerla a base del contacto físico.

Eso me hizo pensar que, tal vez, que un guardián y una Mística mantuvieran ese tipo de relación íntima podía tener cierto sentido. Podían ser algo así como el ancla que las devolvía a la tierra cuando el espíritu se alzaba y ellas dejaban que fluyera con total libertad.

—A Leia la vi anoche, pistolas en mano y cuchillos sujetos a su cuerpo por todas partes. Creo que hasta los guerreros de la aldea la temen. —Aria rio.

—Es lo más, ¡te lo he dicho!

—No sabía que los demonios pudieran ser eliminados con armas de fuego o filos que no hubieran sido bendecidos y empuñados por un caminante.

—No les hacen ni de lejos el mismo daño, pero Leia ha matado ya a más de uno. De hecho, todos los cazadores mataron a uno, de una u otra forma, antes de sufrir el cambio.

—Bien visto.

—Yo quiero aprender a disparar. John cree que debo empezar probando con los videojuegos, pero he pensado pedírselo a Leia. O a Dante. —Se mordió el labio inferior, como si dudara si hacerlo—. Creo que le da miedo que la pólvora y yo desatemos el caos, pero no puede tratarme como si fuera una niña de quince años por mucho que él a veces finja ser justamente eso.

—¿A veces? —Levanté una ceja, inquisitiva, mientras sonreía.

—Solo a veces. Te aseguro que en otros contextos es de lo más *brioso.* —Me reí ante aquella forma de describir lo que intuí que hacía referencia a su vigorosidad en el lecho.

—Es un caminante. Supongo que no podría ser de otra forma —argumenté, divertida.

—Correcto. ¿Qué te tengo que contar? —Me guiñó un ojo, aunque no le encontré a aquello mucho sentido.

X

TAIMA

SALIMOS de la cabaña juntas. Elena y Melanie habían decidido que tal vez me apetecería desayunar con ellas. Era una tontería, pero me emocionó un poco.

No estaba acostumbrada a que nadie me esperara para hacer algo así, excepto en los eventos en los que mi autoridad era la responsable de iniciar la festividad. Con ellas, en cambio, todo parecía banal, como si el hecho de tomárselo todo a base de risas les confiriera algún poder sobre el mundo que les rodeaba.

Incluso si no lo sabía, hacía tiempo que las estaba esperando.

A todas ellas.

Después de todo, Jason estaba en lo cierto: siempre había sido alguien especial.

No sabía interpretar el tono que había usado.

Como si aquella verdad le doliera. Como si lo sospechara.

Había algo en él que también le hacía diferente al resto de los hombres, los caminantes, que ahora se alojaban en la aldea. Podía sentirlo, como un nudo, que se había instalado bajo mi esternón y al que no sabía ponerle nombre. Quizá por eso Ewah le había elegido. Por ese algo que le hacía único.

—Cuando estaba con Taima, ¡un fantasma se ha enfadado! —les contó Aria a sus amigas.

—¿Habéis estado jugando con la pipa de la paz? —bromeó Melanie.

—¡En serio! Vosotras no estabais. Ha sido, ¡guau! —Aria parecía fascinada, ahora que ya no era mucho más que un recuerdo—. La hoguera se ha apagado y una brisa ha hecho que se levantara un poco la piel que cubre la entrada.

—¿Y si he sido yo? —Vi cómo estudiaba a su amiga a través de sus gafas.

—¿Has sido tú? —le preguntó.

—No, pero podría. Igual he hecho algo sin darme cuenta. Es una posibilidad.

Aria se mordió el labio inferior, como si valorara aquello. Decidí intervenir a su favor.

—Creo que era Boodawaanakwe, la más antigua de los espíritus que habitan en estas tierras.

—¿La? —preguntó Elena y me limité a asentir.

—¿En serio hay fantasmas? —Melanie miró hacia todas las direcciones, como si sopesara la posibilidad.

—«En serio». —Usé sus palabras y copié esa entonación suya que sonaba un tanto altiva y forzada. Creo que mi imitación fue lo suficientemente buena como para que Aria y Elena empezaran a reír a carcajadas.

—¡Pero qué pijo que te ha quedado! —soltó Elena cuando consiguió contener la risa y Aria seguía desternillándose.

—A vosotras se ve a la legua que os gusta pasároslo bien —opiné, sonriendo.

—¿Para qué está la vida, si no? —me preguntó Melanie—. No sé si los fantasmas esos son o no muy dicharacheros, pero prefiero lo que me queda en el convento.

No acabé de entender a qué hacía referencia, pero intuí que hablaba de la vida terrenal. Esa en la que estábamos todas inmersas. Por el momento.

—Lo que me recuerda que voy a freírle las pelotas a mi querido amorcito en cuanto lo pille a solas —anunció Elena y una pequeña ráfaga eléctrica rodeó sus hombros antes de desaparecer.

—¿Por lo de anoche? —le pregunté, sopesando si los caminantes tenían razón y aquello acabarían solucionándolo, Logan y ella, a base de un maratón de sexo desesperado.

—¡Ya le vale a Leia! —masculló Melanie.

—Ella dijo de avisaros —intervine antes de que siguiera por ese camino.

—¿Lo hizo? —me preguntó Elena con mirada curiosa, como si no se hubiera planteado aquello.

—Alguien dijo algo sobre lealtades cruzadas, me parece recordar. —Sonrieron y yo hice lo propio, antes de hacer un mohín mientras añadía, mirando a Elena—: Logan le dijo que, si quería que la tratara como a un cazador, se comportara como uno.

—Lo que se traduce en que le debe lealtad absoluta y bla, bla, bla —sentenció Melanie—. Está jodida.

—Bueno… —murmuré—. Logan dijo algo así como que eso era justamente lo que haría para solucionar el problema.

—¿El problema? —Elena frunció el ceño.

—Tu cabreo.

Allí Melanie empezó a reír a carcajadas y a Aria le salió parte de la leche de cabra por la nariz en una acción tan grotesca como asquerosa.

—¡Qué cabrón! —soltó enojada.

—¡Y qué bien te conoce! —añadió Melanie, entre risas, a lo que se ganó una peineta.

—¡Va a enterarse! —masculló.

—Leia está durmiendo en la cabaña. —Aria señaló con el mentón la *wiigiwaam* en la que solía reunirse el consejo y que Koda había destinado a los caminantes.

—No sé si he dicho más de lo que debería —puntualicé.

—Aquí nos hemos de apoyar las unas a las otras —aseguró Melanie, cogiéndome del brazo.

—Así es —sentencié.

Incluso si a ellas no las había visto, en carne y hueso, podía sentir que su magia siempre había estado presente en muchas de esas visiones, porque compartíamos una misma línea temporal, un mismo destino, incluso si cada una de nosotras tenía un papel único y diferente en esa historia que aún debía escribirse.

—¿Estás bien? —quiso saber Aria.

—Sí, es solo que sé que todo está por cambiar. Ewah. El mundo.

—¿Sabes? —Elena bajó el tono, como si no quisiera asustarme, o asustarse ella.

—Veo lo que es invisible para el resto. Siento cosas a través de la madre tierra que hay bajo nuestros pies. Y conozco fragmentos de un futuro que es tan dramático como incierto.

—Y no todo es bueno —tanteó Aria, con delicadeza.

—No, no todo es bueno.

—Sea lo que sea, estaremos a tu lado, cuando llegue el momento. —Melanie lo dijo con la seguridad con la que yo sabía que la sangre teñiría mis manos.

—¿Puedes sentir algo especial en ese collar? —me cuestionó Aria.

—¿Debería?

—Hemos estado leyendo los diarios de Alaia, la Mística que lo guardó… para ti. —Ahí supe que ellas también lo sabían. De alguna forma. Si no todo, parte de lo que el futuro nos depararía.

—¿Y qué dicen esos diarios?

—John cree que es algo así como un amuleto de protección.

—¿Qué es lo que no dices? —Elena se colocó a su lado.

—Tuve un sueño.

—¿Uno en el que tú y John estabais retozando juntos en pelotas? ¡Esos son los mejores! —soltó Melanie, haciéndonos reír.

—Vuestra obsesión con el sexo es notoria —puntualicé mordiéndome el labio inferior.

—Claro, ahora habla la mojigata. —Melanie puso los ojos en blanco.

—Fue más un recuerdo, una visión, que no un sueño. Y John no estaba en pelotas. No estaba, de hecho. Era una gruta. Una cueva. Las paredes eran negras y parecía como si hubiera cientos, o miles, de constelaciones brillando en ellas.

—Esto tiene matices de sueño astral —intervino Melanie, que lo de estarse callada no era lo suyo.

—Creo que es una llave. Para una cámara. Una que está protegida, igual que el propio collar, para que Ewah no pueda entrar.

—¿Una prisión? —cuestioné y todas me miraron—. Quiero decir que, si no puede entrar, tampoco puede salir.

—Es un punto de vista interesante. —Aria titubeó—. Había una mujer. Y un hombre. Los vi dentro. —Se sonrojó.

—¡No me lo digas! ¡Estaban haciendo ñaca-ñaca! —soltó Melanie, más contenta que nadie—. ¡Pequeña pervertida!

Cuando se hubieron calmado y las risas se volvieron más sutiles, me despedí de ellas, porque necesitaba dejar la mente en blanco.

Una prisión.

De paredes que contenían constelaciones.

Una llave.

Tanteé con mis dedos el collar que pendía de mi cuello.

Sentía que me protegía y que, de alguna forma, quería decirme algo más.

¡Si las piedras tuvieran voz como los espíritus! ¡Cuántas cosas podrían explicarnos! De lo que pasó. De lo que habían presenciado.

—¿Cómo lo hiciste? ¿Cómo lo apresaste, Boodawaanakwe*?*

No fui consciente de a dónde me llevaron mis pasos hasta que divisé una silueta sentada sobre una vieja piedra, frente a uno de nuestros arroyos. Me sorprendió encontrarlo allí, porque era uno de esos sitios a los que solía ir cuando necesitaba estar sola, aunque no me molestó encontrármelo en uno de mis lugares favoritos del mundo, si eso tenía algún tipo de sentido.

Avancé hacia allí, sabiendo que él podía sentir mi presencia.

Sabía que el resto de los cazadores habían ido a descansar, después de patrullar toda la noche, por si se producía algún tipo de cambio. Pero no él. Habría quien pensaría que se retiró pronto, como hice yo, pero sospeché que esa no era su verdad y sentí un deje de algo.

Una emoción nueva.

¿Lástima?

Tal vez.

—¿Puedo? —le pregunté cuando llegué hasta su posición.

—Tenía mis dudas de si intentarías evitarme. —Vi en su mirada la oscuridad y un deje de fragilidad.

—¿Por qué debería hacerlo? —Le sostuve la mirada antes de enterrar el hacha de guerra, como habían hecho mis ancestros tiempo atrás con los que tal vez eran los suyos—. Mis palabras fueron duras y frías, lamento lo que dije y de lo que te acusé.

—Hay veces que las verdades, duelen. —Desvió la mirada y la dirigió hacia el infinito—. ¿Acaso sabes por qué me eligió?

Me quedé en silencio, porque era una pregunta a la que me gustaría contestarle.

—No. —Me tomé mi tiempo y él se limitó a estar. Allí. En ese lugar que podía sentir la tierra en todo su esplendor, la belleza salvaje de nuestro hogar—. Tal vez fue una casualidad.

Una que había marcado el destino.

El suyo.

Y el mío.

—Tal vez.

Supe que él no creía en aquello.

—No creo que se conformara con alguien que no fuera valioso. Eres fuerte. Arrastras a tu espalda la sabiduría del tiempo. Y tu vínculo con el Viejo y el jefe de vuestra familia es evidente para todos los que lo quieran ver.

Reflexionó sobre aquello y no negó mis argumentos.

En cualquier caso, no solucionaban su actual problema. La oscuridad que le quemaba por dentro.

—Volverá —me dijo, al fin.

—Lo hará, sí.

Se giró y me sonrió. Era lo último que esperaba, pero me encontré sonriéndole también.

—Menuda mierda. —Me arrancó una carcajada y asentí—. Me gusta cómo suena tu risa. No acostumbras a hacerlo.

—¿Reír? —Le sostuve la mirada—. Eres la última persona en la faz de la tierra que me puede criticar eso.

—*Touché.* —Nos quedamos uno al lado del otro, en silencio—. ¿Y el resto?

—Los cazadores con un poco de sensatez están descansando. Elena y Melanie no se si destruirán el pueblo mientras estamos aquí, porque estaban bastante enfadadas porque no las avisaran de lo de anoche. —Me miró con expresión curiosa—. Quiero decir que dos mujeres con semejante poder podrían destruir la aldea en un arrebato, sin darse ni cuenta.

—No pareces preocupada.

—Aria dice que solucionan sus diferencias, con sus guardianes, a base de sexo. —Me encogí de hombros—. Si ella no está preocupada, creo que yo tampoco. Es extraño, pero confío en ellas.

—Será algo que va con tu instinto y el resto de tus peculiares cualidades.

Esas que me decían que él era peligroso. Que la oscuridad había calado demasiado profundo, en su interior, y que ya no había vuelta atrás.

Llevaba unos pantalones grises y una camisa que era de un color tan blanco que desmerecía a las nubes que salpicaban el cielo celeste.

—Es un lugar hermoso.

Lo era. Frente a nosotros se alzaban unas montañas cuyas cumbres solían estar nevadas. Los colores cálidos del otoño teñían el paisaje de tonos caobas, castaños y anaranjados. Me sorprendió darme cuenta de que hacía demasiado tiempo que no me paraba a hacer algo como aquello. Disfrutarlo. Era precioso, en realidad.

—¿Por qué no has ido a descansar con el resto de los caminantes? —No me contestó—. ¿Hace cuánto que no duermes? —Se giró para observarme—. Anoche tampoco te acostaste.

—¿Me estás espiando, Taima? —No sé qué había en su mirada, pero me atrapó.

En su rostro un fino vello había empezado a hacer acto de presencia y, aunque supuse que no solía mostrar ese aspecto un tanto desaliñado, admito que a mí me inspiraba la tentación de acariciar su mentón para sentirlo contra la piel sensible de la palma de mi mano.

Supuse que era de esos hombres que siempre aparentan la perfección, usan ropa cara y elegante para evidenciar su estatus; de los que las mujeres mucho más sofisticadas y hermosas que yo ansían acompañar a cualquier lado. A su lecho.

Me molestó esa imagen. La de un Jason que, en vez de un caminante, aparentaba ser solo un

hombre y disfrutaba de placeres carnales con una mujer de generosos pechos, largas pestañas y un cuerpo delicado y femenino. Una que no tendría rugosidades en las manos y el aspecto de haber salido de un parque temático del lejano oeste.

—Necesitas descansar. Se nota en tu aura. —No me contestó, así que decidí insistir—: No debes de hacerlo desde lo de Ewah.

—Me molesta que intentes leerme, la verdad. —Sonó duro, pero no me importó.

—No puedo leerte.

—Entonces, ¿qué es lo que haces exactamente?

—Sentirte. —Me sostuvo la mirada—. Puedo sentirte.

Creo que no se esperaba una respuesta como aquella, porque se tensó. Vi como tragaba saliva con dificultad y la confusión tiñó su mirada. Se levantó, como si nuestra proximidad le molestara.

—Estoy seguro de que hay personas mucho más interesantes en las que deberías focalizar tu interés, Taima.

—¿A qué te refieres?

—Koda no tardará en volver a la aldea. —Le sostuve la mirada, sin comprender el porqué del dolor que había en sus ojos en ese momento.

—No podrás luchar si no descansas antes. —Asintió, como si supiera que no podía rebatir aquellas palabras y me hizo pensar que estaba dándose por vencido.

Deseé pedirle que no se abandonara. Que siguiera luchando. Pero no lo hice. ¿Para qué? Todo estaba escrito.

—Estás cansado. —Vi un atisbo de debilidad en él.

—Lo estoy. —Me levanté y me acerqué a él. No me evitó, así que me envalentoné y coloqué mi mano sobre su pecho.

El tejido era suave al tacto, pero fue el olor de su cuerpo lo que hizo que despertara en mí la necesidad de sentirle no solo a un nivel existencial, sino también físico. La tierra vibró a nuestro alrededor y noté como él presionaba su pecho contra la palma de mi mano, como si también quisiera sentirme.

—Ewah no puede llegar hasta ti mientras permanezcas en esta tierra. Aquí estás a salvo.

Sus ojos descendieron hasta los míos. Era alto y me hizo sentir aún más pequeña de lo que era.

—No puedes estar segura de eso. Incluso si puedes repeler a los dumas, Ewah juega en otra liga. Es un riesgo que no podemos asumir.

—Le temes.

—No le temo a la muerte, pero hay cosas peores. Sería un estúpido si no aceptara esa realidad, el peligro que se ciñe más allá del aquí o del ahora. De lo que eres. De lo que soy. —Quiso decir algo más, pero se calló. Sus ojos estudiaron cada centímetro de mi rostro y sentí un tirón, una corriente, como si deseara que nunca dejara de hacer aquello.

—Y no lo eres. —Le sostuve la mirada, deseando que el dolor de sus ojos desapareciera.

¿Acaso se trataba de eso?

—¿Ewah puede poseer a un cuerpo y despojarlo de su voluntad?

No podía mentirle.

No cuando él estaba depositando su confianza en mí.

Mostrándome su fragilidad.

—Sí.

—¿Lo ha hecho antes?

—Sí.

—¿Lo has visto o te lo han dicho los espíritus? —No sé si estaba usando un deje de sarcasmo, pero decidí ignorarlo.

—¿Quieres la verdad?

—Estaría bien, supongo.

—Sucedió tiempo atrás, antes de que lo desterraran. Muchos cayeron bajo su embrujo y empuñaron sus armas contra sus hermanos. La mayoría murió a lo largo del proceso, pero los pocos que sobrevivieron y a los que Ewah liberó acabaron quitándose la vida al ver sus manos manchadas de la sangre de su familia.

—Así de mal estamos, entonces. —Me sonrió—. Hasta ahora era solo una corazonada, pero me has dado más motivos para no bajar la guardia. El subconsciente es algo que puede ser sumamente peligroso, Taima.

—¿Por qué?

—Es donde enterramos nuestros mayores secretos, aquellos que atesoramos y que dan sentido a nuestra vida, pero también aquellos que nos torturan.

—Vuestras sombras. —Asintió—. Tarde o temprano tendrás que enfrentarlo.

Lo haría.

Yo lo había visto.

—Prefiero retrasarlo tanto como me sea posible.

Creo que él también lo intuía. Tragué saliva, sintiendo un dolor sordo en el pecho. Tal vez debería sincerarme con él. Decirle lo que yo ya sabía, pero no fui capaz de hacerlo.

Hablaría primero con Ishna Witca.

El destino había hecho que nuestros caminos se cruzaran, pero existía un motivo. Siempre lo había sabido y, aunque era un peso al que me había habituado, ahora que sabía su nombre, que podía sentir su corazón latiendo bajo la palma de mi mano y la necesidad de hacer mío el dolor que sentía, ese peso se estaba volviendo infinitamente más pesado. Y mi voluntad empezaba a volverse friable. Buscaba algo. Una excusa. Un recoveco. Mi propia debilidad abriéndose paso hasta la superficie.

—Si me necesitas, yo podría velar tu sueño. —Una sonrisa ladeada iluminó su rostro.

—El problema es que igual me gustaría demasiado. —Colocó su mano sobre mi mejilla y el mundo se desvaneció a mi alrededor mientras el pulso de la tierra se acompasaba con su corazón y el mío.

Me liberó de su contacto y retrocedió un paso. Lo justo para que mi mano quedara suspendida en el aire y el frío del mundo y la soledad me rodeara sin piedad alguna.

Inclinó la cabeza en mi dirección, una señal de reconocimiento, antes de darme la espalda. Le vi alejarse de mi posición con una sensación de nostalgia quemándome por dentro.

XI

JASON

PARA CUANDO llegué a la aldea, los cazadores ya estaban trajinando entre los nativos, sin embargo, no había señales de John, así que sondeé hasta encontrar su vibración característica.

Titubeé antes de ir a su encuentro porque estaba con Ardiente, en la cabaña de Taima. Y de Koda. El nidito de amor de nuestra futura Mística y su cazador. Ignoré aquella sensación tóxica que se despertaba en mí ante aquella idea, y me dirigí hacia allí.

Sondeé junto a la entrada de la tienda, solo por si acaso, y pude percibir la vibración característica de una Mística y, junto a ella, dos cazadores. John era uno de ellos: su vibración era ligeramente diferente al resto de nosotros, quizá por su condición de Bendecido. Lo que fuera.

Dante estaba con ellos, así que di por sentado que no estaban en plena actividad de pareja, algo que no había descartado porque, sin ninguno de sus juguetes tecnológicos, no tenía muy claro en qué estaría entretenido.

A mi favor, por malpensar de ellos inicialmente, diría que John llevaba mucho tiempo esperando a su mujer, así que me parecía lógico que aprovechara cualquier posibilidad de intimar con ella. Algo que no tenía ningún interés de presenciar, la verdad.

Con Dante dentro una interrupción inapropiada quedaba descartada, así que moví la piel que pendía de la abertura que hacía de puerta y entré en una cabaña que era casi tan grande como en la que estábamos alojados. Me permití observar aquel lugar.

El hogar de Taima era cálido.

No podría describirlo de otra forma, pero no porque las llamas que seguramente Ardiente había hecho prender en los pocos troncos que había en el centro de la tienda fueran el motivo.

Las pieles y mantas que había distribuidas por el suelo tenían colores alegres, pero se respetaban los unos a los otros y dominaban los tonos que estaban inspirados en la naturaleza: los verdes, marrones y ocres apenas rotos por algún que otro toque de celestes. En el fondo de aquella estancia circular había varias estanterías con piezas de cerámica y plantas secas pendían de algunos de los juncos que sostenían el techo.

Una mesa y una silla. Por su aspecto, supuse que alguien de la aldea las había fabricado para ella. Tal vez Koda.

Ignoré ese resquemor y me imaginé cómo sería su vida allí. Casi podía visualizarla en la silla, con un mortero y varias de aquellas plantas que secaba con tanto esmero preparando ungüentos. Una chamana. Incluso si la mitad de lo que decía me sonaba a habladurías y no tenía la certeza de qué era real y qué venía condicionado por una distorsión secundaria a sus peculiares tradiciones. Algo en sus ojos me decía que había verdad en sus palabras. Incluso en aquellas que me costaba creer.

Centré mi atención en las tres cabezas juntas que parecían estudiar algo con fascinación. Me acerqué sabiendo que al menos mis hermanos eran conscientes de mi presencia, pero habían decidido, deliberadamente, ignorarme. Algo habitual en John, por eso de que la confianza da asco, pero no tanto en Dante. Quise pensar que empezaba a sentirse cómodo en mi presencia; algo que era hasta cierto punto esperanzador, porque llevaba demasiados siglos siendo un cazador solitario.

Ya no más. Era un Stel. Como el resto de nosotros.

—¿A qué estáis jugando? —La única que se incorporó para mirarme fue Ardiente, pero fue mi viejo amigo el que contestó.

—A salvar el mundo, claro y, ya puestos, tu cuello, a ser posible.

Levantó los ojos del libro que tenían depositado sobre un montón de mantas, como si de un atril se tratara.

—Ah, eso, genial, en serio. —Puse los ojos en blanco mientras él me sonreía con ese aire de suficiencia suyo. El muy cabrón lo sabía. Todo. No tenía sentido fingir lo contrario. Me conocía demasiado, y él, a su manera, había tenido que superar su propia oscuridad y sobrellevar el lastre de su historia. Su pasado—. ¿Qué os traéis entre manos?

—Es el diario que perteneció a Alaia —me contó Ardiente con los ojos brillantes de emoción.

—La Mística que me encargó la tarea de guardar el collar y esperar a que su magia despertara de nuevo.

—La que sospechamos que sabía que Dante acabaría dejando sus votos y metiéndose entre las piernas… —Ardiente le dio un golpe en el costado a John, a modo de reprimenda, pero el cazador que había a su lado, antaño Gibbs, se limitó a poner cara de circunstancias. Si fuera él, yo hubiera intentado asesinar a John en más de una ocasión, porque disfrutaba lanzándole pequeñas pullas a la mínima ocasión.

Mi mejor amigo era un tocapelotas de narices.

—Tú, mejor que nadie, sabes que el destino es inquebrantable. —Extendí la palma de mi mano para señalar a Ardiente.

—Afortunadamente. —Sonrió de oreja a oreja, como un niño pequeño—. Hemos encontrado un pasaje en el que dice que «él lo entenderá, cuando llegue el momento».

—En varios pasajes hace referencia a un hombre y suponemos que se trata de Dante.

Miré al cazador, esperando que diera su opinión.

—Era querida, dentro de mi familia, ella y su cazador. Los acogimos y creo que se forjó un vínculo especial entre nosotros. Cuando convocó a los jefes de la familia, poco antes del Último Alzamiento, y se me exigió quedarme al margen de los conflictos, guardar su historia y ese collar, llegué a odiarla —nos confesó—. Hubiera deseado morir junto a todos ellos. Había cachorros sin apenas posibilidades que fueron convocados y masacrados mientras yo me mantenía a salvo, en nuestra pequeña fortaleza.

—No hubieras podido cambiar nada —sentenció John—. Vencimos, pero perdimos a muchos. Demasiados. Ahora, en cambio, somos pocos, pero tanto tu espada como tu mujer pueden ser piezas claves en esta guerra.

—Creo que ella lo sabía. —Dante me buscó con la mirada—. Tenía la marca del futuro. Veía cosas. Creo que así fue como lo supo. Lo que venía, sí, pero también que yo formaría parte de este ahora y se aseguró de que sobreviviera.

—Tiene sentido. —Asentí—. Fue ella la que te dio el collar.

—Tenía un pequeño refugio, bajo tierra, en el que estuvieron ella y su pareja viviendo durante un tiempo. Allí guardaba sus bienes más preciados. Algunos me ocupé de depositarlos en cajas de seguridad de confianza y otros permanecieron allí hasta ahora.

—¿Habéis encontrado algo interesante?

—Muchas cosas, el problema es que algunas no sabemos cómo interpretarlas —murmuró Ardiente, volcando su interés en aquellos viejos manuscritos.

John no podía haber encontrado una pareja que encajara mejor con su peculiar forma de ser que aquella mujer de pelo castaño que parecía esconderse detrás de unas gafas. Dos eruditos. Con un viejo diario entre manos. Creo que ni siquiera el sexo podría apartar a esos dos de esos viejos pergaminos hasta que encontraran las respuestas que estaban buscando.

—¿Qué tal si intentáis sintetizarlo y darme unas nociones básicas? —les pedí, cruzando los

brazos sobre mi pecho.

—Alaia mezclaba presente, pasado y futuro en muchas de sus entradas —empezó John—. Seguir su línea de pensamientos es caótico.

—Dime algo que no sepa sobre la mente de una mujer —murmuró Dante por lo bajo.

—Idiota —le espetó Ardiente y, tras una sonrisa pícara, añadió—: Se lo diré a Melanie.

—Si no es por eso, se quejará de cualquier otra cosa. —Se encogió de hombros, pero en su rostro había una paz de la que sentí cierta envidia.

—Habla bastante de un él y también de una mujer.

—¿Dante y Mendaval? —cuestioné.

—No creo —negó John—. Sospecho que la mujer es otra diferente a la que vio en sus visiones, de una u otra forma, llevando el famoso amuleto de piedras negras.

—Taima. —Me estremecí al pronunciar su nombre.

—Opina tú mismo. —Me acerqué al diario y encontré una pluma que había sobrevivido al paso de los tiempos. Podía ser de una paloma, una tórtola o a saber qué.

—Hay una entrada en la que se pregunta algo así como… —Ardiente dejó la frase suspendida y empezó a pasar varias hojas en las que había hecho un sinfín de anotaciones—. «¿Acaso está muerta? Camina entre los espíritus y viste como si fuera la mismísima naturaleza la que cubre su cuerpo. No parece ser de este mundo. Ni del que ha de venir. Y, sin embargo, está allí, en medio de la oscuridad, brillando como si fuera el epicentro alrededor del que bailan las estrellas».

—Lo de la estrella admito que nos ha sonado un poco a Luminika —admitió John—, pero Ardiente tuvo una visión. Una de un lugar que bien podría ser el universo. Cree que el collar tiene algún tipo de relevancia o relación con ese lugar.

—Y has visto a Taima allí —murmuré, inquieto.

—No veo el futuro, Jason —negó ella—. Fue algo que pasó tiempo atrás, en el pasado.

—Al margen de todo ese mar de dudas, Alaia estudió a fondo las características de todas y cada una de las piedras del collar. A modo de resumen, poseen propiedades protectoras que ahuyentan a los malos espíritus.

—Doy fe de ello.

—Alaia creía que este collar podría ayudar a una Mística a destruir a ese demonio en concreto.

—Me gusta esa parte —sentencié tras escuchar a Dante.

—A veces la llamaba la Elegida, a la de las plumas que camina entre las estrellas. —Se quedó reflexionando unos segundos y añadió—: Esa Mística tenía dejes de poeta.

—Taima no puede enfrentarse a todo esto sola —sentencié, con voz dura y un sentimiento protector latiendo en mi interior.

—¿Quién ha dicho que tenga que hacerlo sola? —cuestionó John con una pequeña sonrisa—. No es una casualidad que Ishna Witca nos hiciera llamar. Esta mañana he hablado con Logan y nos estamos planteando movilizar al resto de la familia, a toda ella, a la aldea. Si es cierto que está protegida, podría convertirse en nuestro centro de mando.

—¿Incluso sin ninguno de tus juguetes tecnológicos?

—Digamos que he sugerido que traigan generadores eléctricos para las cosas de vital importancia.

—Jugar a la consola no creo que se considere dentro de esa categoría —murmuré, divertido, y él se limitó a reír por lo bajo.

—Vale, genial, pero ¿dice el diario algo sobre cómo matarle?

Ardiente negó con la cabeza, pero vi que se mordía el labio inferior.

—Suéltalo —la animó John.

—Hay un pasaje en el que, tal vez, dice que no puede matarse.

Me tensé.

—Es un ente incorpóreo, una «bruma de maldad» es como lo define ella. Ningún arma puede matarle.

—Sigo pensando en que el poder de Luminika quizá pueda marcar la diferencia.

—Ewah no está al otro lado del velo cuando lanza sus tentáculos contra alguien —negué con la cabeza mientras el vello se me erizaba—. Puede sentirse sólido, incluso si no lo es.

—¡Mierda! —soltó Dante, de improviso.

—No sé si ponerme a botar de alegría o, por el contrario, sacar la vara —bromeó John.

—Lo que es humo fue sólido —murmuró, como si capturara palabras perdidas en su memoria.

—¿Eso tiene algún sentido? —cuestioné.

—¡El fuego! —soltó Ardiente.

—Más bien la madera —reflexionó John y añadió—: Eres un genio.

—Sigo sin entender nada —intervine, molesto.

—Siempre pensé que Alaia tenía un don para la ciencia. Era una mujer avanzada a su época. Recuerdo una vez en la que se pasó días, semanas, dándole vueltas a cómo el agua podía convertirse en vapor o en hielo.

—¿Llegó a alguna conclusión? —quiso saber John con una sonrisa cómplice en el rostro.

—Se pasó un tiempo diciendo que lo que no podía verse en el ahora, quizá era algo físico, tangible, tiempo atrás.

—Y viceversa —susurró Ardiente—. Quizá podemos convertir a Ewah en algo que sí podamos atravesar con una espada.

—Me gusta cómo suena.

—¿Y si el collar es para retenerlo? —observó Aria.

—No funcionó así cuando Mendaval se lo puso —negó John, aunque parecía estar pensando en esa posibilidad cuando, de repente, su mirada se iluminó y empezó a pasar las páginas del diario hasta pararse en una de las del final del libro—. Lo admito, soy de los que les gusta darle un vistazo a las últimas páginas antes de empezar con la historia.

—¿En serio? —Ardiente parecía horrorizada con aquella confesión y me arrancó una sonrisa.

—Con una espada, no lo mataremos —opinó John—. Lo haremos con un cuchillo de plata.

—Un cuchillo de plata —repetí mirándolo—. ¡Genial! Podemos pedirle a Tim que nos envíe unos cuantos de alguna de las viejas cuberterías que coleccionaba tu madre.

—Que te den —me contestó, con una media sonrisa mientras giraba el diario y mostraba una ilustración, bastante básica, de lo que parecía ser algo parecido a una daga. Me llamó la atención que en su pomo tenía incrustada una gema negra.

—No hay uno sin dos. No me digáis que tiene un algo que hace pensar en el collar de Taima.

—¿Ahora es su collar?

—No te vuelvas quisquilloso —me advirtió mi amigo—. Incluso si no confías en ella, está claro que Koda y el otro cazador sí que lo hacen.

—Insisto en que no podemos depositar toda la responsabilidad de esta mierda en una sola persona. —En ella.

—Ese no sería nuestro estilo —intervino Aria—. Igual no sabemos mucho, o nada, pero tenemos teorías; además, Melanie y Elena tienen ese algo, una corazonada.

—Que siendo ellas, es mucho —sentenció John, asintiendo.

—Taima conoce esta tierra, sus leyendas —reflexioné en voz alta—. Ewah estuvo aquí, tiempo atrás, y sospecho que ella sabe mucho más de lo que nos dice.

—Quizá solo espere a que sea Koda el que nos lo cuente —la defendió Ardiente y me gustó esa sororidad que se estaba forjando entre ellas—. Hemos de ser positivos: de momento estamos vivos.

—Todos. —John me lanzó una mirada significativa.

—Es una gran conclusión, eso no puedo negároslo.

Aunque había cosas mucho más aterradoras que la propia muerte.

Apenas pude recrearme en aquellos pensamientos oscuros y un tanto siniestros, porque la puerta de la tienda se abrió y entraron Logan y Elektrika.

—¿Tenéis algo? —nos preguntó nuestro hermano mientras yo me hacía a un lado para darle un mejor acceso a John y mantener cierta distancia de todo. Y de todos.

—¿Te sirve una corazonada? —John respondió con una de esas sonrisas suyas, perennes.

—Después de lo de anoche, cualquier cosa me vale. —Se frotó el puente de la nariz.

—Creemos que Taima, la nativa, tiene un papel importante en todo esto. —John sacó la pluma que había en el libro—. Y no somos los únicos, por lo visto, no puede ser una casualidad que Mendaval le diera el collar.

—Al margen del collar, creemos que hay algo, una daga o un puñal de plata, que tal vez pueda conseguir matarle.

—¿Tal vez? —Elektrika frunció el ceño y arrugó el puente de la nariz.

—Hay varias entradas sobre que es una bruma, poco más que un fantasma, pero claro, ¡Taima puede ver a los espíritus! —Vi que su amiga la miraba con cierto escepticismo y me alegré de no ser el único.

—Que eso no quiere decir que no podamos obligarlo a volverse corpóreo —puntualizó John—. Lo único es que aún no sabemos cómo.

—¿Y qué hay de la daga?

—Ni idea. —John hizo una mueca—. Aunque tengo la sensación de que cuando Taima se convierta en Mística, avanzaremos.

—¿Por qué? —le cuestioné.

—¿Por qué no? —contratacó mi amigo.

—Pues más nos vale que Koda no tarde en volver —masculló Elektrika y Logan le pasó el brazo por la cintura.

—Antes de quedarnos aislados en ninguna parte, estuve buscando información sobre nuestro peculiar enemigo —añadió John—. Mis fuentes son increíblemente fiables, obvio.

—Has *googleado*, ¿a que sí? —Ardiente alzó una ceja en un gesto acusatorio y John rio por lo bajo.

—¿No te he dicho nunca que eres la mejor? —Se inclinó para besarla en la cabeza—. Por lo que dice la rumorología: a Ewah lo desterró tiempo atrás una nativa que llevaba una calavera de cabra como si fuera una máscara. No sé si con la de un buey o con la de un ciervo nos valdría.

—¿En serio te estás planteando ponerte una cosa de esas? —cuestionó Elektrika cuya idea creo que le asqueaba.

—No, solo estaba pensando en voz alta. A donde quería ir es que, aunque no tengo ni la más remota de qué es cierto y qué no, a mí eso de la mujer con una calavera me hace pensar en una chamana y, ¡vaya coincidencia! ¡Tenemos una en la aldea! Y, ¡oh, qué sorpresa! Es la pareja de uno de los nuestros.

—A la que Melanie le dio el collar —añadió Elektrika—. Vale, Taima igual sabe algo.

Touché.

Me mordí el labio inferior.

—¿Qué propones?

—Que hablemos con ella —opinó su compañera.

—De acuerdo, lo haré. Hablaré con ella.

—¿Tú? ¡Ni de coña! —le contradijo Elektrika a Logan—. Vas a asustarla.

Observé el duelo de miradas entre ellos y sonreí.

Taima era más de lo que aparentaba. Ellos lo intuían. Yo, de alguna forma, lo sabía. Podía sentirlo.

Ocultaba más de lo que decía y, aun así, me costaba compartir con los que eran mis iguales lo poco que había conseguido rascarle entre sus verdades a medias y sus lánguidos silencios. Decidí soltarlo. Los secretos pesan tanto o más que las mentiras. Esas que todos arrastramos.

—Es una Bendecida.

—¡La madre! —soltó Ardiente. John me miró y una sonrisa asomó en su rostro. Si, por un segundo, había pensado que él no estaba al caso, supe que estaba equivocado.

—¿Estás seguro?

—Sí. Desciende de Ishna Witca.

—¿Qué hay de Koda? —Logan ladeó la cabeza.

—Él no.

—Bien, entonces supongo que todo cobra sentido.

—¿Estás seguro de su linaje? —quiso saber John.

—Me costó que lo admitiera, pero había algo diferente en su vibración. Al final confirmó lo que yo, en el fondo, ya sabía.

—Eso implica que, además de viejo, Ishna Witca encontró a su Mística. Es de lo más interesante. —John se frotó el mentón—. ¿Te ha contado algo sobre lo que sea que protege la aldea?

—¿Hay en realidad una barrera? —preguntó sorprendida Elektrika.

—No tenemos la certeza —puntualizó Logan.

—Pero algo hay —sentencié yo. Los cazadores me observaron y asintieron—. Creo que tiene mucho que ver con el poder de Taima.

—Y con el de sus ancestros. Tal vez la mujer de Ishna —murmuró en voz alta John—. He leído algo sobre conjuros de sangre. Vínculos. Ese tipo de cosas pueden tener más sentido aún si comparten un mismo linaje. Es una Bendecida. Eso podría darle un cierto sentido.

—No podemos soltarle a bocajarro que sospechamos que tiene un papel importante en acabar con Ewah. Eso puede generarle ansiedad —opinó Ardiente—. Al menos, deberíamos esperar a que Koda llegue, que él pueda acompañarla a sobrellevar el proceso.

—Y que la muerda, más pronto que tarde, gracias —pidió Elektrika y, al ver que todos la mirábamos, añadió encogiéndose de hombros—: No hay mejor forma para sobrellevar esta mierda que un buen polvo. Que os den a todos.

—Hay cosas que no cambian —se burló John y Logan se tensó como un maldito pavo real. Un buen polvo. ¡Si las cosas fueran tan sencillas!

—Lo que no entiendo es cómo a ti, que eres la alegría de la huerta, te ha contado todo eso —opinó Elektrika, estudiándome—. Es que con lo amable y comprensivo que eres tú, Jason, a saber cómo la has obligado a que te cuente ese tipo de cosas.

—Igual hay quien me encuentra algún encanto.

—Ya, claro, será eso. —A Ardiente le dio por reírse mientras Elektrika me desafiaba con la

mirada y Logan la agarraba para acabar con aquel duelo de intenciones.

Que se preocupara por Taima, me estaba bien.

Que insinuara que la había forzado de alguna forma, me cabreaba.

—¿Sabéis qué? Creo que podríamos reestablecer una de nuestras antiguas costumbres —declaró John—. Un nuevo consejo.

—¿Como ese que destruiste tiempo atrás? —me burlé.

—Era otra época —afirmó John con una media sonrisa, cómplice—. Allí eran un grupo de presuntuosos con ansias de poder y unos principios y valores más que cuestionables. Me refiero a un consejo en el que puedan participar cazadores y Místicas, una forma de poner en común opiniones y buscar soluciones. La familia está creciendo, Logan no puede cargar él solo con el peso de todo esto.

—Restituir el consejo —murmuró Logan, como si meditara sobre aquello.

—Tu autoridad para con la familia y sus cazadores no es algo que pueda ser cuestionada, en cualquier caso —añadió John con una media sonrisa, haciendo referencia a la jerarquía que venía determinada por nuestros vínculos de sangre—. Sin embargo, podría ser una forma de compartir parte de esa carga y darles a las Místicas la voz que siempre les ha sido negada.

—Me gusta cómo suena eso —sentenció Elektrika con una amplia sonrisa.

—Sospecho que es algo que llevas tiempo pensando —advirtió Logan, que al Viejo ya le conocía de tiempo.

—Obvio, pero hasta ahora no estábamos tan apurados como para proponértelo. —Le guiñó un ojo.

—De acuerdo, cuéntame en qué consistiría tu idea.

—Un cazador, su Mística y su mano derecha. Al menos de momento.

—¿De momento?

—Si sobrevivimos, tal vez podría ampliarse para que participaran parejas de otras familias.

—Lo de si sobrevivimos, en serio, suena fatal —masculló Ardiente, entre dientes.

—Lo veo —opinó Logan—. ¿Quieres elegir a tu hombre de confianza?

Mi viejo amigo me buscó con la mirada.

—No podría ser otro. —Asentí, asumiendo aquella responsabilidad. Otro peso que caía sobre mi espalda. Un honor. Uno que no tenía del todo claro durante cuánto tiempo podría sostener.

—¿Dante? —le cuestionó Logan.

—Albus Williams —sentenció—. Es un buen hombre y sería una forma de darle voz a su familia.

—Para ser un cazador solitario, eres astuto. —John le sonrió.

—No es como que quede ningún Gibbs al que pueda obsequiar con ese título. —Pude sentir el dolor oculto en su afirmación. Todos habíamos perdido a muchos a lo largo del camino. Solo esperaba que John asumiera mi pérdida, llegado el momento. Ahora Ardiente estaba a su lado. Lo último que deseaba era arrastrar a mi mejor amigo en aquella oscuridad que me carcomía.

—Hablaré con Anthony y esta tarde pondremos todo lo que tenemos en común.

—Yo llamaría a Taima, no tanto para asustarla, sino para compartir lo que sabemos, para ver si así ella decide abrirse y contarnos lo que sabe —puntualizó Elektrika.

—De acuerdo —cedió Logan.

—Genial, ¡tenemos un consejo!

—Perdona si no salto de alegría —le dije a mi amigo—. Aún seguimos igual de jodidos.

—Lo que sea.

XII

Taima

EL HERMANO de Leia vino a buscarme. Era un tipo grandote, con el cabello rojizo y un rostro salpicado de pecas. Luke. En algún momento habíamos estado hablando y me había parecido un tipo agradable. Era un cachorro, había dicho Anthony en algún momento. Quizá por eso tenía ese algo que le hacía parecer más cercano, próximo, que aquellos cazadores que llevaban vagando en el mundo demasiados años.

—¿Te has metido en problemas? —me cuestionó con una mirada alegre y aspecto despreocupado.

—¿Por qué lo dices? —Me sonrió.

—Están todos los jefazos reunidos y me han hecho llamarte, así que suma dos más dos.

—Cuatro. —Me miró y soltó una carcajada—. Que viva en medio de la nada no significa que no tenga un mínimo de educación. Estudié durante un tiempo en uno de los institutos de la reserva.

—¿Sí?

—¿Te sorprende?

—La verdad es que pensaba que serías, no sé, una indocumentada, o algo así.

Chasqueé la lengua.

—Tengo nacionalidad canadiense, bonito. —Luke rio por lo bajo—. He de admitir que no era mucho lo mío, en cualquier caso. La mayor parte de las cosas útiles que he aprendido lo he hecho aquí, en la aldea.

—¿Y quién te las ha enseñado? ¿Koda? —tanteó. ¿Para qué negarlo? Asentí y él me sonrió—. Parece un buen tipo.

—Lo es.

Empezamos a caminar hacia la *wiigiwaam* en la que los cazadores habían instalado su base. Esa en la que solían dormir amontonados o haciendo turnos. Los ancianos solían advertirnos que, en invierno, era bueno que las mantas se mantuvieran calientes, especialmente en aquellos más duros, cuando la nieve lo cubría todo y el frío calaba más allá de lo que podía verse a simple vista, arrasando con la vida de animales y plantas sin piedad alguna.

—¿Qué tal el otro?

—¿El otro? —Luke me miró.

—El cazador. Al que ha ido a buscar tu novio y que nunca está. —Estuve a punto de corregir aquella errónea suposición suya, pero antes de que pudiera hacerlo, añadió—: En la aldea todos le tienen un poco de miedo.

—No es tanto eso —le defendí—. Ishna es… —¿Cómo decirlo?—. Anciano.

—¿Te refieres a su aspecto o a que es muy longevo?

—A lo segundo.

—John también, y creo que no aterroriza ni a los chavales con los que juega en los recreativos. —Me arrancó una carcajada. Una vez había estado en un lugar así. Demasiadas luces, demasiados ruidos, todos sonando al mismo tiempo, pero era innegable esa emoción que se sentía en el aire y cómo los corazones palpitaban anhelantes.

—Pero creo que él es, ¿cómo se decía aquello?

—¿El qué? —me preguntó confundido.

—¿La excepción que confirma la regla?

—Vale, no me imagino a Koda hablando así, me has convencido de eso de que te

escolarizaste en algún lado. —Me guiñó un ojo y me arrancó una sonrisa.

—Digamos que Ishna Witca se entenderá mejor con Jason o Logan. —Luke me sonrió, como si entendiera a qué me refería.

No, Ishna no tenía aspecto anciano, aunque el peso de los siglos sí se mostraba en su mirada un tanto severa y en ese deje amargo que arrastraban a veces sus palabras, sus ceños fruncidos y el desinterés que tenía en la mayor parte de las cosas que pasaban en la aldea. Con todo, siempre estaba por y para nosotros cuando le necesitábamos.

Al igual que a Jason, le pesaba todo lo que había dejado atrás y el recuerdo de aquellos a los que habían sobrevivido.

—No dejes que las apariencias te engañen, chamana. El Viejo disfruta aparentando ser lo que no es —me advirtió Luke.

—¿Qué quieres decir?

—Aparentar que es joven. —Sonrió—. Le gusta fingir que es un cachorro, a Dante se la coló, y ese cazador es más astuto y observador que muchos.

—Lo tendré en cuenta, caminante.

Avanzamos unos pocos metros más en silencio, uno al lado del otro.

—¿Koda es muy anciano?

—Todo depende de con qué lo compares.

—Buena respuesta.

Vi que tenía la mirada perdida, como si algo le preocupara.

—¿Por qué lo preguntas?

—Igual te parece absurdo, pero creo que, con los años, se pierde un poco ese algo que nos hace humanos. —Le observé y sentí una cierta complicidad afianzándose entre nosotros.

—¿Te asusta?

—Dejar de ser yo mismo, sí, claro, ¿a quién no le aterrorizaría?

Pensé en Jason. En la oscuridad que se ceñía sobre él.

—A todos, supongo. Creo que tienes razón. El tiempo nos cambia y, aunque nuestra naturaleza mortal limite ese cambio al llegar a nuestra muerte, entiendo que los que no están condicionados a sufrir ese proceso sigan evolucionando y puedan ir alejándose de la persona que fueron tiempo atrás. —Vi que asentía y su expresión, normalmente alegre, se oscurecía.

Era algo que, con el tiempo, también le sucedería a él. Los años, los siglos, todos avanzarían, pero no él, en su inmortalidad.

—No te preocupes por eso ahora, Luke. —Le coloqué la mano sobre el hombro y él se giró a mirarme—. Además, igual eres más como John que como el resto. —Le sonreí—. Lo veo posible.

Su rostro se iluminó y volvió a recordarme al del chico alegre que solía bromear con todo el mundo. Ese cuyo color de pelo era algo fuera de lugar en el poblado y se había ganado algunas admiradoras.

—La verdad, no debería preocuparme demasiado, porque viendo lo que se viene, lo más probable es que no llegue a encontrarme en esa situación. —Hice un mohín y le golpeé en el costado, porque ese pensamiento, aunque tenía sus fundamentos, era de lo más catastrofista.

—Lo que sea que tenga que venir, lo afrontaremos.

—*Lo haremos,* ikwezens.

—Buena suerte ahí dentro, Taima. —Señaló con el mentón la entrada a la *wiigiwaan*.

—¿Crees que realmente me he metido en problemas? —cuestioné con un deje de nerviosismo tras enfrentarme a la enorme tienda circular en la que había entrado en mil ocasiones antes.

—No lo sé. ¿Lo has hecho? —Su sonrisa era lo único que le quitaba un poco de hierro al asunto.

—Creo que no. —Me encogí de hombros—. ¿Quién está dentro?

—Han creado algo así como un consejo, ahora que la familia se ha vuelto tan numerosa —me contó—. Están John y Logan, claro…

—¿Jason? —Creo que le sorprendió la urgencia en mi voz, así que asintió.

No sé por qué el hecho de que estuviera allí dentro me tranquilizó. Un poco, al menos. Incluso si a veces sus preguntas y sus palabras eran duras y hasta mezquinas. Creo que presintió que mis pensamientos se habían desviado hacia un lugar oscuro, porque Luke me golpeó el hombro con su costado y añadió:

—No te preocupes, Leia está ahí dentro, con el resto de las locas de la manada. —Me sonrió y desvió la mirada hacia el collar que pendía de mi cuello—. Nuestras Místicas son capaces de apretarles las pelotas a los jefazos si hace falta, y créeme que son muy sobreprotectoras con los suyos, y tengo la certeza de que a ti te han cogido cariño.

—Suena un poco menos mal.

—Si tuviera que apostarme algo, creo que se trata más bien de algo relacionado con el collar, pero no es como que hubiera estado escuchando a hurtadillas a Anthony y Logan.

—No, clarooo. —Me guiñó un ojo y asentí, sintiéndome un poco menos insegura.

El collar era un regalo, aunque a veces tenía la sensación de que su carga me pesaba.

Demasiado.

Como si fuera un grillete que se había cerrado sobre mi cuello, obligándome a tomar conciencia del que era mi destino.

—Me gustaría que estuviera Koda. O Ishna.

—Lo entiendo. Supongo que, en el fondo, no somos más que extraños que nos hemos instalado en vuestras casas, alterando el ritmo de vuestras vidas. Lo sentimos, en serio, por todo eso. —Se frotó la nuca.

—No está siendo tan malo, en realidad. Jamás pensé que un grupo de Místicas y caminantes extranjeros cazarían con nuestros hombres o recogerían *manoomin* vestidos con traje de pantalón y americana.

—Ese debió de ser Jason. Hubiera pagado por verlo.

—Creo que las cosas fluyen porque hay buena voluntad por ambas partes. De verdad, vuestra estancia en la aldea está siendo fácil.

—Especialmente anoche —se burló Luke y me arrancó una sonrisa.

—Lo que sea.

Me despedí de él y di un par de pasos hacia la cabaña.

—*No estás sola. Nunca lo has estado,* ikwezens.

—Lo sé. —Inspiré aire profundamente, buscando la voluntad, el valor, de entrar ahí dentro.

—*¿A qué le tienes miedo?*

—Al destino.

—¿Has dicho algo? —me dijo Luke, obligándome a girarme hacia él.

—Si te digo que estaba hablando con un espíritu, ¿te lo creerías? —Vi que hacía un mohín, pero sin perder la sonrisa—. Tómatelo como que me gusta hablar sola, en ese caso.

Hizo un gesto con la cabeza y se alejó de allí riéndose entre dientes.

Sabiendo que siempre tenían razón, los espíritus, encontré la fuerza de voluntad de entrar a la que era ya algo así como la base de operaciones de los que, hace mucho, deberían haber muerto.

Luke me lo había advertido, pero, con todo, no esperaba que hubiera tanta gente dentro. Sin embargo, mis ojos recorrieron la sala hasta que se encontraron con los de Jason. Estaba ligeramente alejado, en uno de los extremos del *wiigiwaam*, los brazos cruzados sobre su pecho. La camisa se le ceñía sobre el torso y sentí la tentación de recorrer las pequeñas arrugas que cubrían aquel tejido para dejarla en perfecto estado.

Al lado de Anthony estaba Cameron, el que solía ocuparse del grupo de cazadores más jóvenes, un escocés de espalda ancha pero mirada anciana. Un antiguo líder. Podía sentirse por el temple que había en su voz y la forma en la que sabía mediar entre unos y otros. Logan estaba junto a Dante y, entre ellos, se encontraba Nicholas. John ocupaba el medio de la sala y las mujeres estaban sentadas sobre un mullido montón de mantas.

—¡Has venido! ¿Quieres sentarte con las molonas del grupo? —me preguntó Melanie, con una amplia sonrisa en el rostro.

Opté por no decirle que no tenía claras las consecuencias de no hacer lo que se me había pedido, en primer lugar. Y lo de molonas, no sabría yo si así las describiría. Portadoras de magia caótica y de un poder indescriptible, sí, eso sí.

—Luke no me ha sabido explicar de qué va esto. —Era una forma sutil de decir que quería que me contaran si se trataba de una encerrona.

—Bueno, es que esto es una novedad, verás, ¡vas a formar parte de la primera reunión del consejo de los Stel! —John tenía una sonrisa en el rostro y ese aspecto travieso de quien se ha salido con la suya. No tuve la necesidad de preguntarle para saber que aquella idea era suya. Lo que significaba que no tenía por qué ir mal, ¿no?

—Creo que Ishna me habló de que en tiempos pasados existía un órgano así en el que se coordinaban algunas de las familias. —John asintió, pero fue Logan el que respondió.

—Cierto, pero tras el Último Alzamiento, éramos tan pocos, que no tenía sentido ni necesidad que algo nos representara. Las familias pasaron a autogestionarse y, aunque algunos vínculos entre familias no se perdieron, digamos que se disolvió toda estructura que nos unía, excepto, claro está, por el papel que lleva desempeñando desde tiempos remotos el Viejo.

—Cabe decir que alguien se esforzó en que el consejo se disolviera. —Desplacé mi mirada hacia Jason. Sus ojos se clavaron en los míos y vi una sonrisa bailando en ellos. ¿Qué era lo que no decía?

—Ya, sí, eso, también. Ya pedí disculpas, pero era un coñazo de egos de a ver quién la tenía más larga —John hizo un mohín—, la familia, quiero decir. Era absurdo. E inútil.

—Oye, pues a mí no me parece mal empezar por ahí, quiero decir que si os bajáis los pantalones podríamos medir el tamaño de…

—Melanie —gruñó Dante desde el otro lado de la sala.

—No te preocupes, que estoy segura de que sales entre los mejores dotados, mi querido maridito. —Me puse roja como un tomate mientras ella le lanzaba un beso con la mano.

—Estás jodida con eso de la monogamia —le soltó Elena por lo bajo mientras Aria se reía de tal forma que creaba un estruendo considerable.

—Podría decirse que la primera reunión del consejo está siendo gratamente diferente a las anteriores, ¿no crees, Logan? —le cuestionó John con una amplia sonrisa al líder de la familia que tenía el ceño fruncido y dificultades para contenerse. No sé si se añadiría a las risas o le daría por soltar un gruñido, pero desde luego lo de quedarse impasible le estaba costando lo suyo.

—Eso es innegable —intervino Anthony, que parecía más relajado.

—La idea del consejo es compartir la información para que todo el mundo pueda dar su punto de vista y aportar opiniones. —La voz de John, de repente, parecía mucho más madura, más…

anciana. Pude sentir que proyectaba algo a su alrededor. Algo que, durante los últimos días, había mantenido cerrado a cal y canto, sin que nadie pudiera percibirlo.

Cerré los ojos y me limité a sentir. La energía que fluía en él era fuerte, viril, antigua y firme. Conectaba, de alguna forma, con lo que Aria era, como si finos hilos invisibles los unieran de una forma que me pareció preciosa.

—¿Estás bien? —quiso saber Leia, que también estaba sentada en el corrillo de lo que Melanie había llamado «las molonas». No tenía del todo claro qué significaba, pero me gustaba el concepto de formar parte de algo. Con ellas.

—Sí, es solo que John… —me mordí el labio inferior— es mucho más de lo que aparenta. Luke tenía razón.

—No le has visto luchando, es simplemente increíble —añadió Aria con una entonación enamoradiza.

—Ni en la cama, amor, no te olvides de esa parte. —Le guiñó un ojo y ella se puso roja hasta las orejas. Las llamas en la hoguera se avivaron y John le sonrió—. Te quiero. —Hubo un momento en el que fueron solo ellos dos los que estaban en esa sala, mirándose, hasta que John se obligó a cortar aquella conexión, sacudió la cabeza y volvió a tomar esa pose suya un tanto arrogante y burlesca—. Al margen de mis notables habilidades en muchos y variados aspectos de la vida, quería poneros a todos en conocimiento de lo que hemos ido descubriendo en el diario de Alaia, por pasar el tiempo hasta que Koda encuentre al cazador solitario. —Se giró hacia Dante—. Al *otro* cazador solitario.

El caminante le sonrió, pero no dudó en mostrarle una peineta.

—Aquí hay amor —se burló por lo bajo Elena.

—Y una mala influencia —añadió Aria dándole un codazo a Melanie.

—¡Culpable! —Melanie sonrió de oreja a oreja.

—En primer lugar, creo que ya todos sabéis que anoche sufrimos algo parecido a un asedio. —Escuché a Elena mascullar algo por lo bajo y Logan esquivó su mirada. Supuse que lo habían solucionado, con o sin polvo, más o menos, pero no del todo.

—La primera hipótesis es que esto tenga algo que ver con Ewah. —Logan relevó a John usando un tono de voz neutro, como si le hubiera dado varias vueltas a aquello—, pero tampoco sería la primera vez que se sienten atraídos por los cambios de registro de la aldea.

—El hecho de que no llegaran a cruzar el velo ni mostraran intención de hacerlo es un patrón atípico —negó Anthony con la cabeza—. Estaban esperando algo. O a alguien.

—Nos fue demasiado fácil aniquilarlos —añadió Leia—. Me da miedo que estén jugando con nosotros.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Logan.

—¿Y si nos está estudiando? Valorando nuestras habilidades para saber qué podemos y qué no podemos hacer.

—Me lo he planteado, sí —admitió John, que había hecho aparecer una vara de más de dos metros de alto por arte de magia y se apoyaba sobre ella—. En contra de eso está el hecho de que no percibimos nada que nos hiciera pensar que había alguien más allí fuera.

—No fuimos conscientes de la presencia de Ewah hasta que se me tiró encima. —La voz de Jason fue dura y arrastraba un deje de dolor, pero fue firme. Como una roca. Pese a las cicatrices. Era imposible no admirar, al menos un poco, a ese hombre.

Me incliné sobre Aria.

—¿Ese bastón es su arma vinculada?

—Puede hacer que en los extremos le aparezcan unos filos de casi un palmo de largo —me

contó ella entre susurros—. ¿Qué hay de la de Koda?

Quise pensar que se refería a su arma vinculada, no al tamaño de su miembro o sus habilidades amatorias.

—Un hacha de mano. Un clásico para mi pueblo.

—¿Ishna?

—Otra, pero más grande.

—Os lo digo yo, que el tamaño sí que importa —aseguró Melanie, metiéndose en la conversación.

Un carraspeo nos llamó la atención. Dante y Logan nos miraban con el ceño fruncido. John, en cambio, sonreía.

—Culpable. ¿Vas a castigarme un rato de cara a la pared? —le preguntó la Mística a Logan.

—Le pediré a Dante que te dé un par de azotes esta noche —le contestó Logan y varias de «las molonas» empezaron a reír.

—¡Perfecto! Igual hasta me gusta.

—¿Podéis hacer ver que os interesa un poco que no acabemos todos destripados y muertos en alguna cuneta y dejar de reíros por todo? —intervino Anthony, que parecía empezar a estar cansado de aquellas tonterías.

—Eso es poco probable —murmuró Aria por lo bajo—. Aquí no hay cañerías ni desagües.

¡La que se desató!

Si las reuniones del consejo eran así, no me importaría acudir de tanto en tanto, porque las risas sonaban por todos lados. Risas femeninas, claro, porque los caminantes estaban todos con caras de palo.

—Vale, sí, lo siento, vamos a tomárnoslo en serio —aseguró Aria intentando recomponerse—. No he podido evitarlo.

Se disculpó, roja como un tomate, intentando contener la risa.

XIII

JASON

—¿Y SI HUBIERA una tercera opción? —pregunté en voz alta, convirtiéndome en el centro de atención de todos—. Si todo lo de anoche era una triquiñuela de él, creo que nos lo hubiera hecho saber. Le gusta jugar. Se rio de nosotros, incluso cuando conseguisteis sacármelo de encima.

—¿En qué estás pensando? —quiso saber John.

—¿Alguna vez han penetrado los dumas las barreras de la aldea? —Taima negó con la cabeza.

—¿Qué barreras? —cuestionó Anthony.

—Ese algo que late en la tierra —aclaré—. Hay algo que, tal vez, es capaz de mantenerlos fuera, aunque no de atenuar las vibraciones de los que estamos dentro.

—Eso justificaría que se hubieran acercado, pero no el letargo en el que se encontraban —opinó Dante.

—Luminika tiene la capacidad de atravesar el velo y darles muerte; cosas más raras hemos visto.

Anthony asintió mientras parecía reflexionar sobre aquello.

—Lo de anoche no pudo ser una casualidad —intervino Taima, estudiándonos a todos, como si fuera nuestro igual, demostrando una osadía que me hizo sonreír—. Hace mucho desde la última vez que un *wefuke*, un espíritu maligno, se acercó a los límites de la aldea.

—No lo fue. —Me gustó que Logan lo admitiera, así, sin más—. Toda criatura viva emite una vibración a una frecuencia que el oído humano no es capaz de detectar, pero nosotros y los dumas sí.

—Y, por lo visto, las Místicas molamos tanto que los atraemos como moscas —intervino Mendaval—. Lo que es una mierda, en realidad, pero mejor verle el lado bueno.

Me gustó el gesto de complicidad entre ellas. John me lo había dicho, que la habían adoptado, por decirlo de alguna forma, pero ahora entendía que no se refería solo al hecho de compartir una habitación y recolectar arroz salvaje juntas.

—La presencia de esos *wefukes* puede acabar distorsionando la vida en la aldea —remarcó—. Incluso si el interior de la aldea está protegida, no es raro que los cazadores salgan de noche o los niños se acerquen al río y eso podría ponerles en peligro.

—Mientras no sepamos a qué nos enfrentamos, lo mejor sería que se estableciera un toque de queda —propuso Logan y miró a Taima—. ¿Lo ves factible?

—No les gustará, pero sí, supongo que es lo mejor.

—¿Cómo es posible que podáis repeler a los dumas?

—Lo dice desde la admiración y la envidia, te lo advierto —indiqué tras la pregunta de John. Taima me miró y sentí algo. Un tirón, un deje de complicidad.

Era extraño, pero tenía razón. Todo se resumía en eso. En sentir. No importaba lo que se veía a simple vista. Porque siempre había algo más y, en muchas ocasiones, lo que no se veía era lo que era realmente importante.

—Tiempo atrás, en esta tierra, también vivieron Místicas. Sangre de su sangre fue derramada y su magia perpetuó en los hijos que ellas engendraron.

—Bendecidos, como tú. —John dijo aquello con suavidad. Taima asintió y no me miró, pero sentí un resquemor, como si le doliera que hubiera compartido con ellos las conversaciones que habíamos tenido.

—Y como tú.

Se sostuvieron la mirada. No diría que había tensión entre ellos, sino algo diferente, un reconocimiento. Algunos de los presentes estaban tensos, porque para ellos aquella información era nueva y tardaron un tiempo en asimilarla.

—Incluso siendo una Bendecida, sabiendo que eres única y que tu magia, de alguna forma, ya está presente en tu interior, igual que tu marca, no consigo entender cómo eres capaz de algo tan… increíble. —Le sonrió—. Me saco el sombrero, de verdad.

Hizo una reverencia que, en cualquier otro, tal vez se hubiera visto ridícula, pero en John se vio como un humilde reconocimiento hacia su poder. Y sus habilidades.

—Ishna Witca me dijo que mientras sangre de su sangre fortaleciera el círculo, la magia seguiría viva —nos contó—. Cada año celebramos un ritual, recordamos a los que ya no están y fortalecemos ese vínculo.

—Con tu sangre. —No pretendí decirlo en voz alta, pero la mera idea me había molestado y, por una extraña cuestión en la que prefería no pensar, los colmillos se me habían alargado. Taima me sostuvo la mirada mientras yo me esmeraba en ocultar mis caninos de la vista de todos los presentes.

—¿Es algo así como un ritual que se transmite de generación en generación?

—Algo así. —Una verdad, pero solo a medias.

—Así que tú y el cazador ese —murmuró Leia—. ¿Sois parientes?

—Lejanos, mucho, aunque conozco a su nieta.

—¿Su nieta? —Luminika frunció el ceño.

—Ella nunca se fue, sigue aquí.

—¿Sigue viva? ¿Una Mística? —soltó Elektrika emocionada, pero Taima negó con la cabeza.

Lo supe, sin más, así que me froté el puente de la nariz mientras nuestra peculiar chamana-futura-mística lo decía en voz alta.

—Viva, no, pero no soy la primera que ve su espíritu y tampoco era una Mística, aunque nació de una de ellas. Ella tenía sensibilidades especiales.

—Era una Bendecida —intervino John, asintiendo—. Y en la aldea la nombraron chamana, como a ti.

Taima hizo un gesto afirmativo. No sé qué pensaban el resto de los presentes al respecto. Estaban los que, como yo, parecían más escépticos, pero John, como era habitual en él, valoró aquello como una posibilidad que debería estudiar y analizar. Algo que sería complicado, sin ningún juguete electrónico con el que intentaría analizar si existía algún tipo de flujo o energía que nosotros no éramos capaces de detectar, pero que pudiera justificar un patrón con el que verificar la historia de Taima.

Esa de que veía fantasmas.

—¿Hay alguien más de tu linaje? —se interesó Dante—. Hermanos, primas…, ¿alguien?

Taima fue negando con la cabeza durante la sucesión de preguntas del cazador.

—Vale, tenemos una Mística que hechizó esta tierra para que fuera impenetrable y el espíritu de una chamana. Yo creo que vamos bien. —Conociéndole, supuse que John lo dijo en serio, pero Elektrika y Mendaval empezaron a reírse a carcajadas.

No tengo claro el porqué, pero Taima me buscó con la mirada y me limité a intentar transmitirle algo de la calma que me caracterizaba pero que últimamente estaba perdiendo.

—¡Tenemos más que eso! —intervino Ardiente, con expresión alegre—. No olvidemos el diario de Alaia, la Mística que era amiga de Dante, el collar de piedras preciosas negras y la daga de plata.

—¿Una daga? —Anthony frunció el ceño—. Eso es algo nuevo.

—No olvidemos el hecho de que Ewah caminó tiempo atrás por estas tierras y, de alguna forma, fue expulsado —añadió Dante.

—Desterrado —matizó Taima.

—¿Desterrado? —John ladeó la cabeza—. ¿Conoces la historia?

Era un cabrón listo, mi amigo.

—Todos lo hacemos. Sembró el caos, dejando un reguero de sangre y muertes a su paso, hasta que una mujer, una chamana, le plantó cara.

—¿Cómo? —le preguntó Elena con un hilo de voz, la tienda al completo en silencio.

El aire se volvió espeso mientras en la hoguera las llamas cobraban más fuerza. Solo faltaba que Elektrika acabara paralizándonos de una u otra manera y Luminika nos cegara durante un buen rato con su poder. La tensión era evidente.

—No sé mucho de los detalles, pero creo que le tendieron una trampa. Se hizo pasar por uno de los suyos, por otro demonio, usando una calavera de una cabra para acercarse a él y luego consiguió apresarlo.

—No lo hice sola. Las dos los sabíamos. Lo que pasaría. Mi madre lo apresó en un témpano de hielo, con todo lo que era y lo que llegaría a ser. Yo di mi vida y ella sacrificó a su propia hija, esa noche, aun sabiendo que llegaría un día en el que él se liberaría. Era la única forma.

—Boodawaanakwe —susurró Taima, mirando a un punto que parecía estar justo a mi lado. Fruncí el ceño y observé la nada justo antes de que ella volviera a volcar su atención en John—. Ese era el nombre de la chamana. Es posible que Ishna Witca pueda deciros algo más. Él la lloró. Era su nieta.

—Otra Bendecida. Es un buen principio, sin duda —asintió John y Logan hizo un gesto afirmativo—. Ishna Witca aún las llora, ¿verdad?

Creo que Taima no se esperaba aquella pregunta.

—Por eso no frecuenta la aldea —añadió mi amigo—. Necesita estar solo, incluso si vuestra existencia, tu existencia, le ancla a este mundo. Puedo entenderle. Demasiado bien. Cuando mi padre perdió a mi madre, todo se complicó. Para los dos.

Asintió.

—Cuando un cazador pierde la noción de lo que está bien y lo que está mal, puede convertirse en algo malo, Taima, en un balberin. —Ardiente le había dicho aquello en voz baja, consciente de que todos nosotros podíamos oírla, pero creo que aún la aterraba todo lo que ella había vivido.

—Conserva su humanidad, aunque el peso del tiempo y los que ha tenido que dejar atrás le queman, como a muchos de vosotros. Hay luz en él. Y esperanza —defendió Taima, con vehemencia.

Luz.

Eso que notaba que se estaba apagando en mi interior.

—No quería insinuar eso, sino más bien que admiro su entereza —aseguró John.

—¿Puedo preguntarte algo? —intervino Dante, acercándose a las mujeres.

—Si es sobre la lealtad de Ishna Witca, no. —Elevó el mentón en un gesto altivo.

—No, ni mucho menos. Quería preguntarte por el collar. ¿Sientes algún tipo de conexión con él? Siento si Alaia no me dijo mucho, pero solo espero que nos ayude a acabar con todo esto

—Lo hará. —Taima cerró los ojos—. Pese a que se supone que es inerte, desprende algo, como si tuviera su propia energía. —Abrió los ojos y añadió—: Hay veces que se siente muy pesado, como si fuera muchas cosas, que aún están por verse.

—Creemos que es un instrumento de protección poderoso —le dijo Dante.

—Y, tal vez, una llave —añadió Ardiente—. Lo vi, en un sueño, aunque apenas lo recuerdo y todo era un tanto abstracto.

—¿De dónde? —se interesó Taima.

—No tengo la más remota idea.

—Superútil, vamos. —Mendaval puso los ojos en blanco.

—¿Qué es lo que no dices? —le pregunté a Taima al ver que se perdía en sus propias divagaciones.

—No soy la única que calla. —Me retó con la mirada y se hizo un silencio en la sala.

—Jason, no le toques los ovarios —soltó Melanie, lanzándome una mirada que era, por sí sola, una advertencia. La ignoré y centré mi vista en Taima. Solo en ella. El resto se podían ir a la mierda.

—¿Taima? Todos estamos en el mismo bando, por si no te has dado cuenta —espeté, enojado.

De momento, al menos.

Me sostuvo la mirada.

—Ya lo sabe —intervino Luminika, molesta.

—Que te den —Elektrika me mostró una peineta.

Todas ellas eran así de majas.

Taima cortó la conexión visual entre nosotros, irritándome aún más, pero se dirigió a John:

—Antes habéis dicho algo sobre una daga de plata.

—Alaia dejó un montón de notas en su diario —intervino Dante—. Entre ellas hay un dibujo de una daga y, por lo que hemos visto en sus anotaciones, era de plata. No sé si es algo que le regalaron o, tal vez, algo que vio en ese futuro al que a veces hacía referencia.

—Nuestro presente —puntualizó Ardiente.

—Hay un dibujo. —John fue a buscar aquel viejo y mugriento diario con encuadernaciones de cuero y se lo mostró a Taima. No sé si fui el único que pudo ver como el color desaparecía de sus mejillas o como sus pupilas se dilataban. Estuve tentado de acercarme a ella y sacudirla para asegurarme de que seguía respirando.

—Esa empuñadura, la he visto antes.

—¡¿De verdad?! —exclamó Ardiente totalmente fuera de sí y Taima asintió, pero lo hizo como si aquello le trajera la peor de sus vivencias, de sus recuerdos.

Apreté los puños y me mantuve a distancia. No podía hacer otra cosa. Aquella guerra era de todos. Y John siempre tenía razón. Por mucho que me jodiera la vida. Ella formaba parte de aquello. Solo esperaba que le fuera bien. Y, en caso contrario, yo ya no estuviera para verlo.

—¿Dónde? —susurró John, bajo la atenta mirada de todos los presentes.

Taima levantó la vista y negó con la cabeza.

—En mis sueños.

—Joder.

El «joder» era cosa de Mendaval. Era la más malhablada de nuestra pequeña familia. Algo que la enorgullecía, curiosamente.

—Seguimos sin saber dónde está la daga; pero, al menos, sabemos que la encontraremos —opinó John con una sonrisa—. Es lo que tiene tener el futuro en nuestras manos o, mejor dicho, en nuestros sueños.

—Hay una leyenda sobre una vieja mina de plata Ojibwe —murmuró—. Apenas la recuerdo, pero a Aanakwad le apasionan ese tipo de historias.

—¿La chica que fue con nosotros en la canoa? —le preguntó John y Taima asintió.

—Puedo ir a buscarla —se ofreció Ardiente.

—Por favor. —A John solo le faltó soltarle alguna cursilada, pero por una vez se contuvo.

Fue entonces cuando fui consciente de que Taima estaba indispuesta. Le temblaban las manos, pero, para evitarlo, las tenía sobre el regazo, agarrada una a la otra. Me sentí un poco culpable. Por haberla presionado. Y porque en ese momento estaba sufriendo. Incluso si fingía que todo estaba bien. Algo se había removido en su interior y yo, mejor que muchos, sabía que algunos tenemos nuestras sombras. Tal vez, incluso ella tenía las suyas.

La nativa nos contó mucho, pero, al mismo tiempo, no nos dijo nada.

Todo se resumía en una historia de un supuesto dios Ojibwe que le dio a la tribu la ubicación de unas minas de plata que los convirtieron en uno de los pueblos más envidiados de la región. Sus enemigos intentaron capturar y torturar a algunos nativos para descubrir su ubicación, pero los valerosos y leales Ojibwe jamás traicionaron a su dios.

Así que a uno de sus rivales se le ocurrió la brillante idea de enviar a un explorador que fingió ser miembro de otra tribu Ojibwe. Aquel hombre se estableció y se fue ganando poco a poco la confianza de los miembros de la aldea y, al final, compartieron con él la ubicación de la mina.

Cargado con objetos de plata, se fue de camino a su tierra, pero se cruzó con el hombre blanco. En vez de torturarle, el hombre blanco, que ansiaba poseer aquel tesoro, lo animó a beber y, borracho, el traidor para ambos pueblos les acabó contando dónde estaba la mina de plata.

El dios Ojibwe, furioso, decidió sellar la entrada antes de que el hombre blanco pudiera apoderarse de la plata que había en su interior y después hizo que las aguas la cubrieran por completo. Nunca más los Ojibwes pudieron extraer mineral de la mina. Ni tampoco sus enemigos.

Fin.

Una historia dramática, en serio, pero que no aportaba ni un poco de luz en el dónde, que era lo que a nosotros nos interesaba. A mí la teoría de John de que lo encontraríamos, por eso de que Taima lo había visualizado en uno de sus sueños, me sabía a poco.

Salí a dar un paseo y acabé en el mismo sitio: esa roca que parecía desafiar al valle que había bajo sus pies y desde la cual podían verse los majestuosos picos de las montañas nevadas y el río que corría un tanto más abajo. Sin embargo, en aquella ocasión, había algo más que llamó mi atención. O alguien más.

Mentiría si dijera que no había percibido su presencia antes, pero su compañía me era grata. Incluso si era posible que me la tuviera jurada. Por eso de compartir lo que me había contado con el resto y haberla presionado un poco durante la reunión. Me había parecido necesario, pero es posible que ella no lo viera de la misma forma.

—¿Puedo? —Se giró para mirarme y asintió.

No tenía claro si esperaba que me disculpara o algo, pero no me apetecía que se convirtiera en nuestra rutina habitual, lo de las justificaciones. En el fondo, ambos decíamos lo que sabíamos que era cierto, incluso si al otro esas verdades podían herirle. Sin más, me senté a su lado y me limité a quedarme callado. No necesitaba nada más, en realidad.

—Ya son nueve los nativos muertos y siete los desaparecidos. Dos de ellos, caminantes.

—Tras nuestra muerte, no queda un cuerpo al que llorar —le conté y se giró para mirarme. Creo que eso no lo sabía—. Polvo al polvo.

—¿Y qué pasa con lo otro?

—¿El qué? —cuestioné, sintiéndome un poco menos mal porque no me tuviera un rencor sincero. Todos estábamos en el mismo bando, aunque entendía que ella era una sola y nosotros un regimiento. Su situación de inferioridad era notoria. Al menos, hasta que llegara Koda. Y el

cazador del que ella descendía.

—Los balberins. —Me sostuvo la mirada—. ¿Qué pasa con ellos?

—Ellos siguen teniendo nuestro cuerpo y la capacidad de invocar un arma vinculada, pero son como cascarones vacíos. Ya no existe la persona que antes habitaba en ese cuerpo. Se vuelven letales y despiadados, pero, como nosotros, pasan a ser solo un montón de polvo una vez muertos.

—¿Eso es lo que intentó hacer Ewah contigo? —Apreté los labios, porque me dolía aquel recuerdo, pero después de haber sido yo quien la había presionado en la reunión, no podía quejarme al respecto.

—Algo así, creo, aunque convertirte en balberin es consecuencia de tus acciones y decisiones, como matar inocentes, por ejemplo, justificando que lo haces por un bien mayor. —Taima asintió—. Con Ewah es diferente. Él simplemente cala dentro. Y ya está. Se acabó. —No tenía claro por qué se lo explicaba a ella—. Supe que, por mucho que peleara, sus tentáculos invisibles invadirían cada maldito centímetro de mi cuerpo sin que yo pudiera hacer nada para evitarlo.

Mi mirada se desvió en dirección al collar que pendía de su cuello.

—¿Puedo? —Taima asintió.

Alcé la mano y rocé las gemas negras del collar con la yema de los dedos y sentí un escozor, como si me reconocieran, o notaran el mal que había anidado en mi interior. Hice el amago de retirarme, pero Taima cogió mi mano y me obligó a presionar la palma contra las piedras negras del collar y parte de la piel de su torso.

Sentí un calor abrasador abriéndose paso en mi interior.

No tenía sentido. Había tocado ese collar en varias ocasiones después de aquella noche. Nunca se había sentido igual.

¿Era efecto del collar o el hecho de que podía sentir la textura de su piel y el latido de su corazón debajo de mi mano?

—Se siente más fuerte. Poderoso. Lo que no tengo claro es si, ahora que ha encontrado a su verdadera propietaria, me rechaza —decidí decirle.

Taima negó con la cabeza. Solo entonces vi que tenía las mejillas encendidas, como si ella también lo hubiera sentido. Todo.

—Solo por si acaso, no te lo quites nunca, ¿de acuerdo? —le pedí con suavidad, deseando prolongar aquel contacto, pero alejando mi mano del collar. Y de ella—. Siento que todo esto te afecte de forma más o menos directa.

—¿Por qué lo sientes?

—Te temblaban las manos cuando has reconocido el puñal. —Vi como sus ojos se entrecerraban y se obligaba a fingir que todo estaba bien. No la presioné. No esta vez.

—Yo también siento que Ewah te hiciera eso.

Nos quedamos los dos en silencio.

—Debe morir. —Busqué su mirada—. Ewah debe morir.

Ella asintió y dirigió la vista al infinito. Hice lo mismo, pero no me pasó por alto que una lágrima había surcado su mejilla, cayendo en el vacío entre nosotros.

Lo que fuera que la angustiaba, era malo. Solo esperaba que Koda volviera pronto, porque su Mística le necesitaba.

Nos quedamos allí hasta que la puesta de sol hizo acto de presencia y la contemplamos, en un silencio abrumador pero que era cómplice.

—Es tarde, deberíamos volver a la aldea —indiqué.

—¿Para dormir? —Elevó una ceja, acusatoria. Sonreí y decidí provocarla un poco. Necesitaba

verla sonreír y alejar el recuerdo de su pena antes de verla partir.

—No creo que estés de humor para hacerme una propuesta indecente, pero soy todo oídos.

—Idiota. —Me sonrió.

—A tu servicio. —Le tendí la mano y la aceptó. La ayudé a levantarse y admito que demoré un poco más tiempo del necesario aquel contacto porque se sentía bien.

Condenadamente bien.

XIV

TAIMA

TARDÉ un tiempo en reaccionar porque era la primera vez que me despertaban a gritos y me zarandeaban al mismo tiempo. Abrí los ojos, confundida.

¿Dónde estaba?

¿Qué estaba pasando?

—¡Arriba! ¡Rápido! ¡No sabemos qué va a pasar!

Reconocí la voz, pero en mi estado de seminconsciencia tardé en ubicarla. Su acento era más cerrado. Inglés. Recordé al caminante. Dante. Su mirada oscura y su ropa negra de corte militar, igual que su cabello.

Le busqué con la mirada y vi una sombra que se movía entre nosotros, sacudiéndonos como si fuéramos pollos sin cabeza. Que, bien visto, tal vez dejaríamos de tenerla en breve.

—¡Joder! ¿Y mi otra automática?

Leia estaba removiendo las mantas con expresión inquieta.

—¿No te basta con la que ya llevas? —masculló Melanie, que se había pasado por la cabeza una de esas telas raras de aspecto líquido que, por lo visto, resistían hasta una puñetera bala.

Me levanté. Mis habilidades como guerrera eran pésimas.

Koda me había intentado enseñar a tirar con el arco, pero lo de matar animales no era lo mío, así que erraba a propósito. Cuando lo descubrió, porque no es para nada estúpido, dejó de presionarme al respecto. Por primera vez en mi vida, me arrepentí de no haber prestado un poco más de atención a sus lecciones y de haberme esforzado en dejar de recibirlas.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Elena a Dante mientras yo me sujetaba un cuchillo en el cinturón. Menos era nada.

En sus manos destellearon brillos azulados, su rostro se mostraba sereno, pero vi en su ceño fruncido que estaba preocupada. Asustada, incluso.

—Es posible que Ewah esté intentando tomar el control de Jason.

—¿¡Cómo?! —Fue un grito en estéreo, porque Aria y yo soltamos aquello al mismo tiempo.

—Está en la cabaña, convulsionando, como aquella noche. —Se hizo un silencio y vi, por sus miradas, que aquel recuerdo las aterrorizaba.

—¡El collar! —Melanie me señaló con el dedo.

—Yo se lo llevaré. Logan no quiere que os acerquéis a la cabaña, pero sí que os agrupéis con el resto en el centro de la aldea.

Di un par de pasos hacia el caminante, con las manos sobre mi nuca, dispuesta a dárselo.

—*¿Para qué?*

Sentí la fuerza de la tierra que latía bajo mis pies. Las barreras mágicas de la aldea latiendo con fuerza. Y el silencio, plácido, de que la noche era tranquila.

—*No necesita un escudo, el mal que le corrompe sabes que lo lleva dentro.*

Me estremecí.

—*Pero puedes ayudarle.*

—¿Cómo? —La silueta de una mujer con una corona de plumas se desvaneció—. ¿En serio?

Protesté. ¿Por qué tenía la tendencia a desaparecer en el momento en el que más la necesitaba en toda mi vida?

—¿Cómo-en-serio-qué? —me cuestionó Melanie, que estaba junto a Dante. Vi que el caminante le había tendido una de sus pistolas y ella la sujetaba con fuerza.

—Ewah no puede entrar aquí. No es él. Yo le sentiría.

—No puedes estar segura de eso. —Aria parecía insegura.

—Llévame hasta él —le pedí al cazador—. No sé cómo, pero sé que puedo ayudarle.

—El collar puede hacerlo —sentenció Elena—. ¿Qué más da quién lo lleve? ¡Vamos!

En apenas lo que habíamos tardado en discutir aquello, Leia se había colocado varias cartucheras y llevaba al menos tantas armas encima como Dante. Que no eran pocas. Cuchillos. Pistolas. Era como si el apocalipsis zombi estuviera a punto de suceder. Algo que no era del todo descartable.

—¿Y Logan? —preguntó Elena.

—Con Jason. Y John. —Miró de reojo a Aria.

—Vamos. —Las mujeres asintieron. En sus rostros podía sentirse el miedo, pero también la determinación y una fuerza que era pareja a la fuerza de la magia que habitaba en ellas. Sus espíritus eran fuertes.

—Jason es duro, ni Ewah podrá con alguien tan cabezota y estirado —aseguró Melanie, colocándose al lado de Aria, que parecía esforzarse por no hiperventilar.

—Si John pierde a Jason… —Dejó aquello a medias y miró a su amiga—. Si Ewah posee a Jason y él tiene que acabar con esa amenaza y enfrentarse a su amigo, no sé si…

—No vamos a dejar que Jason se convierta en un balberin —le aseguró Elena, cogiéndole de las manos.

—Jason y Tim son lo único que le queda a John.

—Lo sé.

Me estremecí. Jason era importante para todos ellos. El peso que había sobre mis hombros era cada vez más pesado. Me ahogaba.

Hice el amago de ir hacia la puerta, pero Dante se cruzó frente a esta.

—No vamos a la cabaña. Iremos al centro de la aldea. Un grupo está cubriendo el perímetro y el resto esperará allí hasta recibir órdenes.

—O que se desate el fin del mundo —masculló Melanie y Dante le lanzó una mirada un tanto siniestra—. ¿Qué? Es lo que estás pensando, te conozco.

—Más motivos para que no te expongas —gruñó el cazador.

—Puedo ayudarle.

—Lleva el collar de Alaia, no puedes no dejarla ir hasta él.

—Puedo ayudarle. Sé que puedo. —Lo haría. Incluso si no tenía del todo claro el cómo. Era una chamana. Encontraría la forma. Había lidiado contra enfermedades y los espíritus estaban de mi parte.

—John cree que puede cambiar en cualquier momento y eso os podría poner en peligro. —Desvió la mirada en dirección a Aria y añadió—: Si alguien puede traerle de vuelta, ese es John.

—Si Jason cambia todos estaremos en peligro, y si es John el que tiene que matarle, no descartes que la cosa pueda incluso empeorar —espetó Elena—. ¿Te imaginas a alguien como ellos convertido en un balberin? No sé tú, pero si Taima cree que puede hacer algo, yo creo que hemos de dejar que lo haga. Es una Bendecida, no lo olvides.

Había levantado el dedo y lo agitaba como si fuera un palo, o una varita mágica desde la que pequeñas chispas azules y plateadas saltaban en todas direcciones.

—Está bien —masculló y me miró—. Ellas creen en ti, así que, simplemente, hazlo.

—Sin presión, ¿eh? —se burló Melanie, arrancándome una trémula sonrisa.

Se ubicó a un lado, para dejarme salir de la cabaña. Lo hice con pasos firmes y, una vez fuera de la *wiigiwaam*, empecé a correr. Mis pasos, sin embargo, se sentían multiplicados por los de

las mujeres que me seguían a poca distancia.

Lo haría. No tenía ni la más mínima idea de cómo, pero era cierto: ellas creían en mí. Y la tierra que latía con vida propia me estaba diciendo que debía acudir a su lado y aliviar lo que fuera que le estaba pasando.

Apenas me fijé en Nicholas hasta que se interpuso entre nosotras y la entrada a la tienda.

—¿Qué hacéis aquí? Deberíais estar en el centro de la aldea —nos espetó y desvió la mirada hacia Dante.

—Si el collar le sirvió una vez, tal vez pueda salvarle —repuso la pareja de Melanie.

—Logan ha dicho…

—¡Me importa una mierda lo que haya dicho Logan! O nos dejas entrar… —Elena no acabó la frase porque una ráfaga de viento furioso arrancó a Nicholas del sitio en el que estaba y lo lanzó a varios metros de distancia.

—No le has dado tiempo a decidir —la amonestó Dante.

—¡Ups! —Melanie hizo un mohín y me indicó con la mano que entrara en la cabaña.

—¡Joder! ¡Me encanta este nuevo tú! —soltó Elena mientras Aria daba saltitos y yo intentaba mantener la calma. Lo que acababa de presenciar era increíble.

—Gracias. —Les di la espalda y entré en la *wiigiwaam*.

Apenas pude habituarme a la luz que había allí, la hoguera que había prendido en el centro de la estancia y a las dos lámparas de aceite que habían encendido, cuando vi el cuerpo de Jason, tendido en el suelo, cubierto de un sudor perlado.

—¡¿Qué coño?! —Ignoré a Logan, porque sus ojos se habían desplazado en apenas unos segundos de mi persona a la mujer que había entrado detrás de mí, pero una convulsión atizó a Jason con violencia, haciendo que todos sus músculos se contrajeran al mismo tiempo en un espasmo que era grotesco y antinatural mientras un grito agónico surgía de su cuello, acaparando la atención de todos.

Me senté en el suelo, de rodillas, junto a él, sintiendo su dolor. La tierra lo reconocía, de alguna forma. Coloqué las manos sobre su pecho, las dos, y empecé a tararear lo primero que me vino a la cabeza. Una nana. De esas antiguas. La que me cantaba mi madre cuando era pequeña.

Tardó en reaccionar, pero el grito perdió parte de su fuerza hasta que se extinguió por completo y, después, poco a poco, sus músculos empezaron a relajarse y acabó tendido sobre las mantas, sudoroso e inconsciente.

Fui bajando el tono de mi voz hasta que se hizo el silencio. Jason respiraba con dificultad, pero al menos su rostro no estaba sumido en el dolor agónico de hacía apenas unos segundos.

—¿Y Nicholas? —quiso saber Logan.

—No preguntes —le contestó Melanie—. Dante se ha quedado fuera, por si acaso.

—¿Por si acaso…?

—Por si acaso, con el cabreo, quiere devolvérmela.

—Ya veo.

—¿Cuánto tiempo lleva así? —le pregunté a John, que estaba sentado en el suelo, junto a Jason. Vi la debilidad en su rostro.

—Veinte minutos. Tal vez algo menos. Es la cuarta vez que convulsiona, aunque las dos primeras han sido menos intensas y la tercera ha sido, por lo menos, el doble de larga. —Me miró, como si me viera por primera vez—. ¿Puedes hacer algo?

—Sí, pero aún no sé el qué.

—¿El collar? —intervino Melanie y negué con la cabeza.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —apuntó Logan.

—Los espíritus saben cosas que a nosotros se nos escapan. —Me encogí de hombros. Logan le lanzó una mirada a Elena, creo que desconfiando de mi respuesta, pero no dijo nada al respecto.

—En cualquier caso, no perdemos nada —opinó Melanie.

Las miré. Tenía la certeza de que el collar no ayudaría a Jason, pero ellas habían visto que, tiempo atrás, lo había hecho. Asentí.

Busqué con mis manos el cierre y, tras abrirlo, se lo coloqué en el cuello. John me ayudó, incorporando un poco su cabeza, para que pudiera cerrárselo sin demasiado problema.

—¿Y ahora? —preguntó Aria—. ¿No debería pasar algo?

—No es Ewah —negué—. Es algo diferente. Algo que está en él.

Le coloqué una mano en la frente y otra sobre el pecho. La camiseta que llevaba estaba empapada de su sudor.

—No sé si eso suena mejor o peor —masculló Logan por lo bajo.

—¿Sabéis el *asabikeshiinh* que hay en nuestra *wiigiwaam*?

—Joder, ¿puedes repetirlo? —pidió Melanie.

—La araña —tanteé y vi que a Melanie le bajaban los colores—. Del techo.

—¿El atrapasueños? —señaló Aria de repente.

—Eso, traedlo.

—¿Un atrapasueños? —repitió Logan, frunciendo el ceño.

—Algo he leído sobre ellos. En la cultura Ojibwe se le atribuye propiedades protectoras, si no recuerdo mal.

—Ahuyenta a las pesadillas y también la energía negativa —asentí, confirmando las palabras de John.

—¡Vamos! —Elena cogió a Melanie del brazo y salieron las dos.

Leia nos miró antes de despedirse con un gesto de cabeza.

—Voy a asegurarme de que no se maten intentando cogerlo y luego me quedaré con los que están cubriendo el perímetro, solo por si acaso.

Logan asintió. Aria, sin embargo, se quedó al lado de John. Sus manos enlazadas.

—Está sumido en un mundo de sombras —informé mientras sentía su dolor, sus miedos, justo antes de que una nueva contracción empezara.

No dudé en colocar mis manos sobre su cuerpo, intentar transmitir parte de lo que yo era para revertir parte de lo que él encerraba en su interior. Su gemido no fue la mitad de estridente ni la contracción tan intensa, pero su rostro se tiñó de dolor y de angustia. Su mandíbula apretada demostraba el sufrimiento que estaba viviendo.

Verlo así era horrible.

Lo que él era.

No era su momento.

De repente tuve esa certeza.

Y eso me alivió, al menos un poco.

—Consigues calmarlo —observó John.

—Pero sigue cerrado en sí mismo y no sé cómo traerlo de vuelta.

—¿Dónde se supone que ha ido?

Me decanté por ser sincera, así que miré a John y le confesé:

—No lo sé.

Nos quedamos de nuevo en silencio y las chicas llegaron con el atrapasueños.

—Igual tendrás que hacer que revisen el techo de tu tienda —musitó Melanie con aspecto

compungido—. Se me ha ido un poco de la mano.

—Está bien —aseguré—. Atadlo a uno de los juncos para que quede justo sobre él.

Logan lo hizo, sin rechistar, aunque creo que nadie me tomaba totalmente en serio.

No hubo más convulsiones ni gemidos durante varios minutos, pero la mente de Jason estaba demasiado lejos como para que pudiera acceder a ella.

—Parece que se ha estabilizado —opinó Elena, que se había sentado junto a Logan.

—Necesita descansar. Me quedaré con él.

—Permíteme que te acompañe, solo por si acaso —indicó John y asentí.

—Id a descansar, aquí somos muchos. —Elena y Melanie se miraron y al final cedieron, aunque Aria se quedó allí, al lado de John, dándole su soporte.

No las vi salir, porque volví a volcar toda mi atención en él. Sabía que el Jason un tanto taciturno, pero de miradas que conseguían hacer que mi corazón latiera con fuerza, estaba ahí dentro. En algún lugar.

—Has conseguido alejarlo de él —sentenció tras una larga pausa Logan, que no se había apartado de nuestro lado.

Negué con la cabeza y miré a John, que tenía los labios apretados y parecía sumido en sus propios fantasmas.

—No es Ewah. No puede llegar a él mientras permanezca en la aldea, estoy segura. —Titubeé antes de añadir—: Lo que no significa que no intente volverse en su contra, algún día.

—¿Y entonces? —Se impacientó Logan, pero no fui yo quien contestó.

—Desde el ataque, ha evitado dormir, como si presintiera que algo sucedería cuando se perdiera dentro de su subconsciente. —La voz de John fue pausada, como si intentara analizar todos los datos posibles.

—Creo que Ewah ha removido algo en su interior —indiqué—. Que son sus propias sombras, sus fantasmas, los que le están haciendo esto.

—Es posible que tenga muchas —murmuró John—. Su vida, antes de ser cazador, fue complicada. Además, vivió los delirios de mi padre, la muerte de mi madre y sobrevivió al Último Alzamiento; en resumen, su historial está bien jodido. La rabia, el odio, la desesperanza… todas esas emociones van abriéndose paso dentro de nosotros, poco a poco, con el paso de los años.

—Por eso Aria teme que te conviertas en uno de ellos si a Jason le pasa algo. —John suspiró y cerró los ojos, como si necesitara distanciarse y poner las cosas en orden en su interior. Se giró para mirar a su pareja.

—Eres luz en medio de mi oscuridad, lo sabes —le dijo con voz suave, una promesa impresa en cada una de sus palabras. Aria asintió y solo entonces el Viejo se giró hacia mí—. Durante un tiempo consideré a mi padre débil por dejarse llevar por la rabia y el odio hasta el punto de que acabara convirtiéndose en uno de ellos. —Creo que notó mi sorpresa, así que añadió—: Fue cuando murió mi madre. El cómo la perdió también tuvo mucho que ver, pero él sabía a lo que se exponía. Y no le importó. —Negó con la cabeza—. Con el paso de los siglos, entendí que hay veces en las que pierdes la ilusión de seguir luchando, y ese es el primer paso hacia la autodestrucción. Todo cambia cuando encuentras algo por lo que vale la pena seguir adelante. Seguir luchando.

—¿Y si no despierta? —le cuestionó Aria y él se volcó de nuevo en ella.

—Es como un hermano para mí, si lo pierdo, una parte de mi alma morirá con él, sin embargo, seguirá corriendo el fuego por mis venas y el deseo de que esto solo sea el principio de una larga y próspera historia. —Levantó la mano que tenía enlazada con la de Aria y le besó los

nudillos.

—Crees que él no tiene nada a lo que aferrarse. Que le dé el empuje para desear seguir viviendo —intervine.

—Me gustaría pensar que el aprecio que nos tiene sería motivación más que suficiente, pero es posible que ese sea mi yo más optimista.

Sonreí.

—Incluso si fuera impoluta, su alma, Ewah es conocido como un instigador de la locura. Lo que haya sembrado en su interior, está quebrándolo desde dentro.

—¿Y cómo podemos luchar contra eso? —inquirió Aria.

—Ha de ser él quien lo haga. Yo solo puedo intentar mostrarle el camino.

—No seas cabrón, Jason, Tim y yo te necesitamos. Y lo sabes. —John le cogió de la mano.

Me emocioné un poco, lo admito, porque había una emoción real, allí, entre ellos; y ese tipo de sentimientos, puros, tienen su propio poder.

—No sé si realmente vencimos a Ewah o si solo quiso demostrarnos nuestra propia vulnerabilidad —murmuró John mirando a su amigo. Se le veía derrotado, algo que no creo que fuera ni habitual ni propio del Viejo.

—No consigo llegar a él. Es como si las sombras lo hubieran aislado.

—Al menos ahora no está sufriendo —opinó Logan y John asintió y, tras alzar la mirada, me preguntó—: ¿Estás segura de que ya no hay riesgos?

—¿Para él o para nosotros? —Hizo un mohín—. Creo que, si no conseguimos traerlo de vuelta, quedará sumido en ese letargo hasta que se consuma.

—Suena mal —masculló John.

—Nunca he sido persona de endulzar las cosas.

—Está bien. —Asintió Logan—. ¿Estás segura de que no sufrirá el cambio? Jason es un guerrero formidable y nadie quiere verle convertido en un balberin.

—No puedo asegurar lo que está pasando dentro de su cabeza en estos momentos. Si decide dejarse ir y acabar con el sufrimiento, no sé si eso le hará permanecer en esta especie de coma o sufrirá algún tipo de cambio. —Logan maldijo por lo bajo—. Lo que sí puedo decirte es que depende de él. Ewah ha sembrado una semilla de caos en su interior, pero está claro que Jason está luchando contra ella, arrinconándola en su subconsciente seguramente, para que no pueda pasar justo eso.

—Hemos de despertarlo —opinó John.

—Puedes intentar sacudirlo, pero no creo que funcione. Es algo que está aquí dentro. —Coloqué una mano sobre su frente y otra sobre su pecho.

—¿Hay alguna forma de traerlo de vuelta?

—Volverá. Y, aunque no sé cómo, haré todo lo que esté en mis manos.

—Gracias.

Asentí y empecé a tararear aquella vieja canción. No sé si lo hacía por él. O por mí. Me calmaba aquella melodía. Siempre había pensado que, algún día, se la cantaría a mis hijos. Eso fue antes. Cuando aún soñaba con tener una vida al uso. Cuando veía espíritus, pero pensaba que era lo normal.

Observé la camiseta mojada sobre su cuerpo. Necesitaba ver cómo era su respiración, la forma en que se llenaban de aire sus pulmones. Pensé en algunos ungüentos que clarificaban la mente de los ancianos y otros que fortalecían a los guerreros. Era un primer paso. Algo con lo que empezar.

—Espero que no le tenga mucho cariño a esa camiseta —le dije a John mientras levantaba un

poco el margen y empezaba a deslizar el cuchillo por aquel tejido para abrir la prenda de punta a punta, dejando expuesto todo su tórax.

—No te preocupes, no es de seda ni lleva botones, ¡duro con ella! —Sonreí.

Intenté no pensar en aquel cuerpo esculpido por los mismísimos dioses. En el pecho firme de un hombre que había vivido mucho, pero parecía dispuesto a seguir luchando. Era bello. Y masculino. Jamás había tenido ese absurdo interés en mirar a un hombre y me sentí un poco culpable porque él estaba inconsciente y era yo la que lo estaba desnudando.

Traté de no pensar en lo que despertaba en mi interior y me limité a colocar mis manos sobre la piel de su pecho. Cerré los ojos, queriendo conectar con él. Un estremecimiento. Piel con piel. La calidez de su cuerpo. Intenté respirar lentamente, pero su contacto me turbaba de una forma que no era capaz de comprender.

Logan, John y Aria se quedaron conmigo, en la tienda, mientras las horas pasaban. En el quemador las hierbas estaban prendidas y la suave fragancia nos envolvía. Mi voz seguía entonando canciones, intentando traerlo de vuelta.

Usé un recipiente para preparar varios ungüentos a base de ortigas y otras hierbas medicinales con las que le unté el pecho. Era tan perfecto. No era justo. La vida. La muerte. El destino.

Como si él pudiera sentir mi presencia, percibí que sus murallas se agrietaban, como si quisiera que llegara a él. A la luz que estaba escondida entre capas y capas de oscuridad. Sus miedos. Sus fracasos. Sus momentos más reprochables. Todo lo que siempre había guardado cerrado bajo llave, en lo más profundo de su corazón. Vi recuerdos, fugaces, del hombre que fue. Y, entre ellos, una risa, la mía. Mis ojos mirándolo. Y allí encontré la luz. Una que pulsaba con fuerza y que era tan él que hizo que me costara sobreponerme a la belleza que contenía. Las batallas que había vivido. Su lealtad para con los suyos. La persona que fue. Y en la que se había convertido.

Me deslicé entre aquellos recuerdos y sentí el latido firme de su corazón en sintonía con el mío. Como si solo fueran uno. Y entonces la tierra empezó a palpitar debajo de nosotros, siguiendo esa melodía, como la de los tambores. La magia de la tierra que nos sustentaba y nos protegía. Tan fuerte. Tan primitiva. Tan leal. Como la mismísima familia. *Dodem.* Nuestras raíces. Nuestra historia.

La sangre del linaje que nos protegía. Y que nos daba la vida.

Y, entonces, lo supe.

Abrí los ojos, alejándome de su mente. Esa que me reconocía y me abría las puertas, pero no encontraba la fuerza de salir a la superficie, como si temiera que al hacerlo todo pudiera cambiar. Quizá el miedo, irracional, de convertirse en su peor enemigo.

Podía entenderlo.

Lo había hecho al ver aquel dolor profundo en los ojos de John y la preocupación evidente de las consecuencias que aquel cambio podía implicar para todos nosotros.

—Creo que lo tengo —susurré, mientras escuchaba los tambores resonando a mi alrededor, aunque solo había silencio. Los espíritus, tal vez, guiándome de nuevo.

Busqué el cuchillo que había dejado al lado de Jason y, sentada a su lado, no titubeé al rasgarme la palma de la mano.

—¿Qué diablos? —masculló Logan.

—La magia de este lugar le reconoce, de alguna manera —indiqué mientras mi sangre empezaba a gotear con vigorosidad sobre el recipiente.

Me observaron, pero nadie hizo el amago de intervenir. Bien.

—¿Te ayudo? —me preguntó Aria cuando vio que intentaba envolver la herida con un trozo

de tela.

—Por favor.

Nos miramos y me sonrió.

—No sé si lo sabes, pero Elena se marea cuando ve sangre. —Fruncí el ceño—. Se marea, de verdad, quiero decir que se va directa al suelo. Solo por si decides ir cortando pedazos de ti de vez en cuando. Es la persona más aprensiva que existe.

—¿En serio? —Me sorprendió, porque tenía un genio de demonios y era una mujer valiente.

—Es algo así como un reflejo.

—No sé las veces que he tenido que evitar que acabe abriéndose la cabeza con el suelo —masculló Logan por lo bajo, pero vi una expresión tierna en su rostro y fui consciente de que ella era en realidad su debilidad. Incluso si se pasaban el día enfrentándose el uno al otro.

—Me cuesta pensar cómo tú y ella… —John no acabó la frase porque Logan le gruñó al tiempo que le mostraba una peineta. No llegué a saber a qué se refería, pero tampoco es que me importara, aunque después de tantas horas allí, en un silencio roto solo por mis cánticos, se sentía bien ese punto de complicidad entre ellos.

—Espero que esto funcione —murmuré, empezando a untar el pecho de Jason con el ungüento teñido con el rojo de mi propia sangre.

Tracé una línea vertical por su esternón y deslicé mi mano hasta el límite de sus pantalones, justo en el punto en el que empezaba a aparecer un ligero vello rizado que desaparecía de la vista.

—Sé que estás ahí, Jason, sigue mi voz. —Volví a entonar aquella nana que tan buenos recuerdos me traía y, con delicadeza, le tracé una línea vertical que le cruzaba la frente, descendía por la nariz y acababa cruzando sobre aquellos labios carnosos para perderse por su mentón, en dirección a la parte interior de su barbilla.

Tenía un rostro masculino, de líneas rectas, marcadas, que le daban un aspecto un tanto sobrio. ¿A qué edad habría sufrido el cambio? Treinta y pocos.

—¡Taima! —Me giré para observar a John—. ¡Sus colmillos!

Tardé un tiempo en darme cuenta de a qué se refería. Dos pequeñas prolongaciones de sus caninos asomaban por debajo del labio superior. Poco sabía de aquello, así que sentí un cierto nerviosismo.

—¿Eso es bueno o malo? —pregunté, insegura.

—Creo que es bueno. Es algo que nos suele pasar cuando estamos luchando. —Vi la esperanza en el rostro de John y eso me hizo sentir más fuerte. Como si, al fin, hubiera encontrado el camino para llegar a él.

Quise distribuir el ungüento que cubría su rostro por su frente, pero el trozo de tela estaba empapado de sangre y una gota cayó sobre sus labios. Observé como los abría ligeramente y su lengua capturaba aquella mancha rojiza en un gesto que fue tan sensual como estremecedor. Lo que él era.

Creo que John también lo había visto, porque se había tensado a mi lado.

—Vuelve —ordené mientras cerraba con fuerza el puño, exprimiendo la tela empapada de sangre sobre su boca entreabierta. Aceptó aquello y vi como su cuerpo se estremecía antes de abrir los ojos.

Su mirada estaba vidriosa y creo que se sentía tan perdido como sorprendido, pero sus ojos buscaron los míos.

—Necesitas descansar, caminante. Ya estás en casa y, a partir de ahora, yo velaré tus sueños. —Coloqué la mano ensangrentada sobre su mejilla y se giró para inspirar mi olor. Sus ojos

azules volvieron a buscarme y volvía a haber vida en ellos.

Lo que fuera que le había estado torturando, parecía haberlo superado. Se humedeció los labios con la lengua, buscando los restos de sangre allí dispersos y cerró los ojos, como si estuviera dispuesto a seguir mis consejos. Coloqué una mano sobre su pecho y me aseguré de que su respiración fuera pausada mientras la calma podía apreciarse en su rostro.

—¿Ha vuelto? —susurró John.

Asentí y se obligó a sonreírme. No quiso preguntármelo en voz alta, pero creo que le hubiera gustado saber hasta cuándo.

Por desgracia, ni siquiera yo conocía la respuesta.

XV

Jason

NO RECORDABA haberme sentido así nunca.

El dolor. En cada maldito centímetro de mi cuerpo.

Intenté incorporarme y la cabeza empezó a darme vueltas. Gruñí, porque me cabreaba aquella sensación. Las náuseas.

—Te prohíbo que vuelvas a hacer eso, por poco me da un infarto. —Apenas fui consciente de como John llegaba a mi lado y me ayudaba a mantenerme sentado sobre aquel montón de mantas.

Tardé un tiempo en conseguir que las imágenes no se me desdoblaran y se movieran a mi alrededor, como si estuviera en un maldito tiovivo, y un poco más en recordar dónde estábamos: en una aldea recóndita de una reserva Ojibwe en la zona de los Grandes Lagos.

Joder. ¿Qué me había pasado?

Estaba en la tienda en la que nos habíamos instalado, solo que no recordaba que apestara tanto. O tal vez era yo el que desprendía una mezcla de olores que era para dejar al más valiente patidifuso.

Quizá de ahí esa sensación de debilidad y esa náusea secundaria al vértigo que, aunque parecía estar empezando a estabilizarse, me había dejado un tanto fuera de juego. Lo que fuera.

—Recuérdame qué he hecho exactamente, solo por tenerlo presente —mascullé, entre dientes, sintiendo la boca pastosa y un sabor de fondo que no fui capaz de identificar.

John me sonrió.

—El gilipollas, como siempre. —Su sonrisa era amplia y despreocupada, pero le conocía lo suficiente como para saber que había mucho más debajo de la superficie.

—Dudo que me pasara con la ginebra, pero te juro que ni en vida había sentido una resaca como esta —murmuré mientras aceptaba un cuenco que se apresuró a ir a buscar en cuanto fui capaz de sostenerme sentado por mis propios medios.

No es que desconfiara de mi amigo, pero lo olisqueé porque era obvio que no se trataba de agua: tenía tropezones flotando por todos lados. Arqueé una ceja.

—Taima. —Me tensé al escuchar aquel nombre—. Ha estado aquí hasta que ha amanecido, pero apenas era capaz de mantener los ojos abiertos y la he conseguido convencer de que nos apañaríamos solos. La verdad es que no teníamos claro cuándo despertarías, así que me ha dicho que dormiría un rato y volvería y, teniendo en cuenta que de eso hace cuatro o cinco horas, no descarto que aparezca en cualquier momento. Es tozuda como la que más.

No pude negarle esa última parte.

Que ella hubiera estado allí, toda la noche, no sabía cómo interpretarlo. Me limité a asentir.

—No sé por qué, pero no se siente como un sueño reparador. —Le di un trago a la bebida y noté el toque dulce de la miel. No estaba caliente, pero me reconfortó.

—Va a ser que no. —John se sentó a mi lado, asegurándose de que era capaz de seguir manteniéndome en esa posición por mis propios medios.

—Cuéntame, qué ha pasado.

—Si te soy sincero, no lo sé.

—Eso sí sería una novedad. —Lo estudié—. Una jodidamente preocupante.

—Correcto.

—Así de mal, genial. —John me sonrió.

—Al principio pensamos que algo o alguien estaba intentando volver a poseerte, pero Taima

aseguraba que era imposible que uno de ellos penetrara el perímetro de seguridad de la aldea. —Le sostuve la mirada y me limité a esperar—. La única cosa objetiva que puedo decirte es que empezaste a convulsionar y retorcerte en sueños.

—¿Qué es lo que no me dices?

—Presencié algo parecido, tiempo atrás, en mi padre —me confesó—. Antes de que sufriera el cambio. No se lo he contado a Logan.

—¿Y a Taima? —Él negó con la cabeza. Suspiré, cansado—. No hay luz sin oscuridad —admití, tras aceptar lo que implicaban sus palabras—. Hace tiempo que nos pesa todo. El pasado, el presente y la incerteza de un futuro. Siempre supimos que no todos sobreviviríamos al Nuevo Alzamiento. No te pediré que hagas los honores, pero si crees que estoy al margen del abismo, avísame con el tiempo necesario para acabar con la amenaza que eso supone para todos vosotros.

—No pareces sorprendido.

—Lo que sea que pasó aquella noche creo que aceleró el proceso. —Me sostuvo la mirada y vi la preocupación en sus ojos—. Lo siento en los huesos, John; es como si algo hubiera anidado en mi interior y está haciendo que todo lo que siempre he mantenido bajo control esté empezando a hacerse con las riendas de lo que soy.

—Mierda.

—Sí.

La vida. La muerte. Todo formaba parte de un mismo proceso.

—Sabías que podía pasar. Por eso llevas sin dormir desde entonces.

—Recuerdo aquellas noches, el tiempo que tardamos en saber quién había secuestrado a tu madre —le dije—. A tu padre en sus momentos de debilidad, cuando el cansancio hacía mella en su cuerpo y sus miedos se convertían en pesadillas.

—Joder. —Suspiró y se frotó el frondoso cabello—. ¿Y ahora qué?

—De momento, me vendría bien un baño.

—Siempre y cuando sea dentro del perímetro, lo veo —declaró John—. Si es cierto que la magia de esta tierra puede repeler hasta al pez gordo, vamos a asegurarnos de que ese cabrón no pueda apretar el botón de autodestrucción.

—Pasará más pronto que tarde, con o sin su intervención —advertí.

—Quiero tener fe. —Me sonrió—. Esta noche luchaste y volviste de entre las sombras. Si alguien puede hacerlo, ese eres tú.

¿Lo había hecho? Igual mi determinación aún era lo suficientemente fuerte como para traerme de vuelta, pese a que sentía aquella oscuridad ciñéndose sobre mí, al acecho, esperando hacerse con lo que yo era.

—Es bueno oír eso.

—La que ha de despertar te ayudó. —Intenté ignorar el tono que usó, un tanto socarrón, y el hecho de que Taima había presenciado mis momentos más bajos. Me jodía aquello. Que ella hubiera tenido razón. Desde el principio—. Es, en realidad, una Bendecida.

—¿Cómo? —quise saber mientras me percataba de que mi camiseta pendía a ambos lados de mi cuerpo y que tenía todo el tórax con una mezcla que bien podría ser mierda amenizada con unas cuantas hierbas cachumbas—. Joder, John, ¿tú le has dejado que me pringue hasta que parezca que salgo de una puta zanja?

John rio por lo bajo ante mi protesta.

—Me alegro de que hayas vuelto, viejo amigo.

John me acompañó hasta un pequeño remanso de agua que había cerca de la aldea.

Había visto a las mujeres recoger allí agua y lavar la ropa, pero en esos momentos estaba desierto. Me desnudé, sin importarme demasiado si alguien decidía pasarse por allí en un impulso, a última hora. No me preocupaba que me vieran desnudo, porque no tenía nada de lo que avergonzarme. Más bien al contrario.

Me irritaba pensar que ella había estado tocando mi cuerpo. No tanto porque sintiera aquello como una intrusión por su parte, dado mi estado de inconsciencia, sino más bien por el hecho de que no podía recordar cómo se sentían sus manos sobre mi piel desnuda. Esa era la última cosa en la que debería estar pensando, porque a este paso acabaría empalmado bajo la atenta mirada de John, que por lo visto había decidido controlarme como si fuera un puto niño de tres años.

Intenté pensar en que era afortunado. Me había ido de poco.

Seguía cansado y sentía el cuerpo dolorido, pero seguía vivo. Y lo que era más importante: seguía siendo yo.

Dejé que el agua me cubriera por completo y limpié los restos de aquella mezcla de fango y hierbas de mi cuerpo. Era extraño. Todo. Me estremecí mientras me frotaba los restos que había en mi rostro y sobre mis labios. Me imaginé sus dedos rozándome. Joder. Quería recordarlo. Saber cómo se sentían. Incluso si para ella solo era un cuerpo en el suelo, convulsionando, como un pajarito que tiene un ala rota y su deber como curandera de la aldea es ayudar a sanarlo.

Tampoco tenía la certeza de si su presencia me había ayudado a salir de aquel embrollo o solo era fruto de la casualidad. De que yo estaba jodido —en muchos aspectos— y ella era la chamana de la aldea. Fin.

Me inquietaba aquello, porque no quería que ese fuera mi final. No diría el nuestro, porque ella no era nada para mí. Ni yo para ella. Por mucho que empezara a obsesionarme su risa. Sus miradas silenciosas y ese deje de sabelotodo que era entre ridículo y adorable.

La única justificación de aquella creciente obsesión era que todo alrededor de Taima era luz. Y supuse que eso atraía a mi creciente oscuridad, como un faro en plena noche que te ayuda a mantenerte sobrio a lo largo del camino.

Intenté alejar aquellos pensamientos, que ni eran útiles ni productivos.

Con todo lo que tenía encima, Taima debería ocupar menos de un uno por ciento de mis pensamientos. Y no diré menos, porque estaba claro que ella jugaba un papel en lo que estaba por devenir: que Koda despertaría la magia que latía en ella y que, de alguna forma, había visto cosas que aún no nos había dicho. Sobre la daga, en primer lugar. Y sobre muchas otras cosas, estaba seguro.

Al margen de Ewah, estaban también mis propios lastres. Esos que, aunque John pretendiera asociar a aquel temible enemigo, no era más que mierda mía. No había ningún otro culpable. No negaré que él había puesto su granito de arena, pero su implicación en mi debilidad, en estos momentos, era mínima. Que si John quería pensar que matando a Ewah yo sería libre y volvería a dormir plácidamente sin más sobresaltos que el de la alarma, me parecía perfecto. Yo sabía que la realidad era otra.

Y empezaba a sospechar que Taima también.

Quizá no importaba.

Me sumergí en el agua y di un par de brazadas antes de salir a la superficie. John mantenía la mirada fija sobre mi posición, por si me daba por desmayarme mientras buceaba, porque no creo que fuera por su interés de verme en pelotas.

Suspiré, agotado, sintiendo que pese al agua mi cuerpo seguía entumecido, como si solo hubiera recuperado una parte de mi capacidad de sentir el frío, el calor, el aire que rozaba mi

rostro.

Vacío.

Cada día me sentía más vacío.

John tardaría un tiempo en dejarme tranquilo.

No es que su presencia me molestara, como solían quejarse el resto de los cazadores, sino el hecho de que me recordaba que estaba tocando fondo. Lo conocía lo suficiente como para saber que centraría en mí toda su atención o, en caso de que sus deberes con lo del diario implicaran no poder tenerme un ojo encima, se ocuparía de que alguien de confianza hiciera lo propio. En resumen, no solo estaba jodido, sino que además ahora tendría un puto perro siguiéndome los pasos todo el día.

Me hundí de nuevo y me permití bucear largo y tendido en aquel remanso de paz, liberando parte de la tensión acumulada en mi cuerpo. Cuando emergí, en el otro extremo del lago, sentí una vibración que palpitaba y reverberaba en el agua. Me giré, aun sabiendo qué me esperaba.

Taima estaba caminando hacia John, pero sus ojos se dirigieron a los míos, mientras mi amigo, que se había girado, la estaba saludando con la mano. Algo despertó en mi interior y sentí mis colmillos emerger mientras otra parte muy concreta de mi anatomía me recordaba que hacía mucho que no tenía a una mujer entre mis brazos y que, tal vez, sería un buen recuerdo para llevarme antes de dar por cerrado ese último capítulo del libro de mi vida.

No era un pensamiento del todo absurdo, pero tendría que focalizarlo en una mujer que no fuera ella, aunque una parte de mi conciencia me vino a decir algo así como «y una mierda», porque la realidad era que a la que me quería tener desnuda entre mis brazos era a esa chamana altiva, un tanto arrogante y condenadamente perfecta.

John me hizo señas para que fuera con ellos, pero me permití el capricho —y la necesidad— de volver a sumergirme y bracear un poco para alejar aquel deseo primitivo y voraz de mi mente y, solo cuando recuperé el control de *todo* mi cuerpo, salí del lago.

Lo hice desnudo y me satisfizo que su mirada estudiara mi cuerpo con un escrutinio digno de un detective y que su rostro se encendiera de un rojo carmín que le quedaba adorable, como si aún pudiera sentir el deseo por un hombre que no fuera el suyo. Era lo mejor que me había pasado desde hacía mucho tiempo. Tener sus ojos sobre mi cuerpo desnudo. Sentir su corazón palpitar un poco demasiado deprisa mientras el rubor cubría sus mejillas.

Poco me faltó para que aquello volviera a afectarme por completo, pero contuve ese deseo impropio, considerando quién era ella. Como si no me afectara. Como si no deseara acortar la distancia entre nosotros. Pedirle que volviera a tocarme y, tal vez, hacer yo lo mismo con su cuerpo.

—Ya ves que todos los cazadores están perfectamente dotados. —Escuché que le soltaba el capullo de John—. De hecho, encontré bastante gracioso eso que dijo Mendaval de medir quién…

Le di una colleja en cuanto llegué hasta ellos y se rio como si fuera poco más que un adolescente. Taima había agachado la mirada y ahora la centraba en el suelo que había bajo sus pies, y eso me irritó. Quería que siguiera mirándome. Atesorar un poco más la luz de sus ojos. Como si fuera mía. Solo mía.

—Eres un idiota —le dije a mi amigo mientras me tendía los pantalones limpios. Un pequeño lujo que me pude permitir y que me hizo sentir un poco más yo y un poco menos el tipo de la zanja que ha tocado la mierda que había al fondo.

—No puedo negar que está en lo cierto —murmuró por lo bajo Taima, haciendo que la risa de John se perpetuara. Gruñí y eso captó su atención.

Sus ojos me miraron y elevé una ceja, molesto, porque, aunque me gustaba que lo hubiera hecho, la forma en la que había estado mirando mi cuerpo rozaba la indecencia; y me jodía ese interés sabiendo que le pertenecía a otro hombre, a otro cazador, y no podía hacerla mía, ni que fuera por solo una noche, porque nada me gustaría más que dejarme llevar por el deseo y aliviarme mientras descubría su cuerpo.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien. —Era una verdad a medias—. Creo que tengo que darte las gracias.

Me había colocado la camisa, pero aún no había tenido el tiempo para abotonarla, sin embargo, me pareció que, dadas las circunstancias, era un detalle sin importancia, así que le tendí la mano en un gesto cordial pero totalmente impersonal.

Taima elevó la mirada y frunció el ceño antes de aceptar mi mano. Su pulso temblaba y vi que tragaba saliva, como si se sintiera incómoda. Conmigo. Con mi oscuridad. O tal vez con la imagen de mi cuerpo desnudo. Casi preferiría que se decantara por esta última. Pese a la tentación de tirar de ella para retenerla entre mis brazos, sentir su cuerpo contra el mío y deleitarme con el olor de su piel, me limité a estrechársela con firmeza y la liberé de mi contacto, pero no de mi mirada.

—Necesitabas ayuda. —Su gesto altivo era el de siempre, pero me pareció que tartamudeaba ligeramente, como si su voz le estuviera jugando una mala pasada.

—¿Podrás llegar a la aldea sin ayuda? —me preguntó John.

—¿Acaso la he necesitado para venir? —contesté con un deje arrogante.

Mi amigo titubeó.

—Yo me aseguraré de que llegue sano y salvo —intervino Taima.

—Peso el doble que tú, así, tirando a lo bajo. Dudo que pudieras cargarme.

—Ya encontraría la forma de hacerlo —me retó, cruzando sus brazos sobre su pecho, irritada—. Se me da bien arrastrar al ganado.

—Con eso me has convencido —aseguró John, que el cabrón se lo estaba pasando en grande—. Ishna Witca y Koda han llegado a la aldea, por eso Taima ha tardado en dar señales de vida.

—Genial. —Simplemente genial.

Era una gran noticia. ¿Por qué, entonces, sentía un nudo en el estómago? ¿Tenía algo que ver con las sombras que me acechaban? Intenté fingir una cierta alegría o, al menos, una fría indiferencia que sería muy mía.

—Logan ha vuelto a convocar al consejo. —Los ojos de John brillaban con ese toque suyo alegre.

—Estás feliz de que le esté pillando el gusto —opiné y él empezó a dar saltitos de un pie al otro.

—Te dije que funcionaría.

—No me lo dijiste, pero raro es que no hagas algo que acabe resultando un total engorro o tremendamente prometedor.

—Es lo que tenemos los genios. —Me guiñó un ojo—. Te espero en la cabaña.

Asentí y vi como se alejaba.

—Así que Koda ha vuelto —comenté—, y ha conseguido localizar a tu tátara lo que sea.

—Sí. —Me sonrió. Joder, dolía. Esa mirada suya.

Acabé con el último botón de la camisa y me la ajusté.

Empezamos a caminar uno al lado del otro.

—No llevas zapatos —me dijo al cabo de unos minutos.

—Eran el último de mis problemas cuando he salido de la cabaña hace un rato. Apestaba, ¿sabes?

—De nada. —Me lanzó una mirada enfadada, de reojo, que me hizo sonreír.

XVI

JASON

EL RECORRIDO desde aquel recoveco hasta las primeras cabañas de la aldea era de diez, quince minutos a lo sumo. Con todo, decidí tomarme mi tiempo. Lo que pasara en la cabaña, con Koda e Ishna Witca, debería ser mi prioridad número uno, pero si el mundo estaba a punto de irse a la mierda, si yo dejaba de existir antes incluso de eso, bien me merecía ese poco de tiempo extra para mi disfrute personal.

Era absurdo, pero me gustaría tener el superpoder de dilatar los segundos y que aquellos pocos minutos fueran horas. O días.

—¿Cómo te sientes?

No me molestó la pregunta, sino el tono lastimero que había usado. Podía sobrellevar y mantenerme distante —y hasta cierto punto indiferente— a su desdén, su arrogancia o incluso a esa maldita mirada suya cargada de deseo que me encendía como al mismísimo fuego, pero no soportaba ser el centro de su compasión.

Odiaba que pensara que era débil, aunque no podía culparla; no recordaba nada de lo que había pasado aquella noche, pero, por lo que John me había dicho, dudaba de que hubiera sido un espectáculo agradable.

—Estoy bien.

—Mientes de culo —me soltó con una ligereza que me sonó hasta graciosa.

—No soy el único. —Ladeé la cabeza, estudiándola.

—¿En qué te he mentido?

—¿En todo lo que no me has dicho?

—¡Mira quién fue a hablar! —se burló ella.

—¿Qué es lo que no te he dicho, Taima? —Me sostuvo la mirada, pero permaneció callada. Le sonreí y, contra todo pronóstico, elevó una mano y me hizo una peineta. Me dio por reír y, no tengo claro por qué, de repente ella estalló en un pequeño ataque de risa—. Nuestras Místicas son la peor de las influencias posibles, ¿verdad?

—No, al contrario, son «las más molonas». —Puse los ojos en blanco, pero lo último que había pensado es que esa brujilla de ojos almendrados conseguiría arrancarme una genuina carcajada.

—Ya veo que te entiendes bien con ellas.

—Es fácil. Casi demasiado. ¿Sabes lo que quiero decir?

—Creo que sí. —Avanzamos un tramo en silencio.

—Igual sería más fácil si te dejaras ayudar —me dijo al cabo de un rato.

—¿Perdona?

—John, Logan, creo que incluso a ellas, les importas. Mucho. Esta mañana han tenido que arreglar el techo de mi *wiigiwaam*, creo que Melanie se vino arriba cuando le pedí que me trajera el, ¿cómo lo llamáis? Atrapasueños.

—¿Qué le pasó a tu cabaña?

—Por poco la tiran abajo. —En vez de enfadada, sonrió con algo parecido a la ternura—. Estaban preocupadas.

—¿Debería sentirme culpable? —La observé, con una media sonrisa en el rostro—. Igual hasta tendré que buscar una forma de compensarte los inconvenientes.

—Ya veo que te lo tomas a broma.

—Tómatelo como un mecanismo de defensa.

—Jason. —Me agarró del brazo y me giré para observarla.

Tan cerca.

Y tan condenadamente lejos.

La tierra parecía palpitar debajo de nosotros.

Me soltó del brazo y se quedó en silencio. Asentí.

Joder.

Lo que tuviera que decirme, decidió no expresarlo en voz alta.

No podía culparla.

—Siento que me vieras en ese estado. Por lo que me ha dicho John, fue todo menos agradable.

—Ver sufrir a alguien, nunca lo es.

—Mientras no seas tú quien sufra, supongo que puedo con ello.

Me sostuvo la mirada.

Yo tampoco tenía intención de decirle muchas cosas.

—Vi cosas.

—¿Viste cosas? —Fruncí el ceño.

—De cuando apenas eras un niño. Y, después, ya de mayor.

—Espero que no fueran un tanto obscenas, el subconsciente, es lo que tiene —le contesté para irritarla, porque aquella conversación empezaba a tener matices profundos, y no me sentía capaz de compartir eso que acechaba en mi interior con nadie. Y aún menos con ella.

—Hay luz en tu interior, Jason.

—Un remanente, la resistencia, podría decirse. —No lo negó y vi la preocupación en su mirada—. Soy consciente de mi situación, no pasa nada.

—Necesitas descansar.

—Visto el éxito de anoche, casi que paso.

—Te dije que podía ayudarte. Aún puedo hacerlo.

—Ya lo has hecho, por lo que John me ha dicho. Creo que has gastado suficiente de tu tiempo y de tu habilidad conmigo. Es probable que Koda necesite de tus atenciones más que yo en estos momentos.

—Eres imposible, Jason —masculló entre dientes—. ¡Koda no está a punto de sumirse en un estado del que no hay retorno!

—He vuelto una vez, quizá sea capaz de hacerlo otra, solo por llevarte la contraria.

—Idiota.

—Hay momentos en los que eres realmente encantadora. —Me gruñó y yo tuve tentaciones de capturar esa boca furiosa con la mía.

—Esta noche, te juro que, como se te ocurra acostarte sin avisarme…

—Eso, fuera de contexto, podría dar lugar a confusiones —me burlé, porque me gustaba más ver su enojo que no esa expresión ceniza que a veces se intuía en su rostro.

—Sabes que me refería a otra cosa.

—La imaginación es algo único, ¿no crees? —Me lanzó una mirada enojada—. ¿Aquí os suena eso del ojo por ojo?

—No.

—Es una antigua norma del Código de Hammurabi; solía llamarse la Ley de Talión que, en latín, significa igual.

—Veo que hay alguien que sí que fue escolarizado.

—Lo que no se aprende con el tiempo, John es capaz de inculcártelo a base de repeticiones y

su interminable verborrea. —Su expresión se suavizó un poco—. Ahí dice que cada ofensa debe ser compensada con un castigo cuya severidad sea equivalente. Un ojo, por otro.

—Parece justo.

—Si las circunstancias fueran diferentes, te diría que, después de cómo me has estado mirando, lo justo sería que te desnudaras para que pudiera contemplarte sin ese montón de cuero y plumas. Ojo por ojo.

—Yo no te… —Las palabras se le quedaron atragantadas en el cuello y retrocedió. Un paso, solo, pero que me hicieron saber que se sentía acorralada. Y vulnerable.

—Ni yo tengo intención de exigirte que se cumpla aquella vieja ley. Tómatelo como una muestra de gratitud por lo de anoche.

—Así que estamos en paz. —Me miró con una media sonrisa en el rostro mientras cruzaba sus brazos sobre aquellos pechos generosos cuyas siluetas se insinuaban debajo de su ropa tradicional. Sonreí.

—En paz.

—Eres un idiota.

—Uno encantador. —Le sostuve la mirada, que ya no mostraba signos de inseguridad—. En general suelen decir que me sientan bien los trajes, pero supongo que hay quien prefiere las vistas al natural.

—Un idiota de remate. —Casi podía oír sus dientes chirriar—. Está bien, hablaré con John. —Apreté la mandíbula. Tocado—. Veremos qué opina él y si consigue hacerte entrar en razón.

Y hundido.

Hice lo último que se me ocurrió: gruñí, un poco, solo, porque la muy bruja empezó a reírse y, al hacerlo, me sentí preso del embrujo de todas las cosas buenas que ese sonido me traía a la memoria.

Apenas un par de minutos después, llegamos a la aldea. Fuimos directos hacia la tienda en la que estábamos instalados. No es que me apeteciera entrar ahí, porque me hacía recordar el pésimo estado en el que me había despertado, pero John contaba conmigo y sabía que Koda, y el resto, querrían que Taima formara parte de aquello.

Dante y Mendaval estaban fuera, justo al lado de la entrada, y con ellos estaba Koda. Taima se apresuró a saludarle con la mano y él le respondió de la misma manera. La sonrisa en su rostro era tan hermosa como las emociones que transmitía en aquel momento y eso hizo que sintiera emociones contradictorias. Sin embargo, se mantuvo a mi lado, a ese ritmo pausado que habíamos llevado a lo largo del camino. Ni más, ni menos.

—¿Cómo estás? —Dante me tendió el antebrazo y lo tomé. Un saludo entre dos cazadores.

—Mejor que esta noche, por lo que me han contado —me limité a contestarle y me sonrió. Miré a Koda. Taima había ocupado el lugar que quedaba vacío a su lado.

—Bienvenido a casa, Jason. —Me tendió el brazo. Necesité inspirar con fuerza, calmar aquel runrún que me carcomía, antes de aceptarlo, pero, cuando lo hice, supe que estábamos bien. Él era un buen hombre. Un buen cazador. Y eso mitigó el resto.

—Taima ha sido una gran anfitriona, pero era evidente que tu ausencia la inquietaba. Las noches han sido oscuras y solitarias, Koda.

—Lo sé. —Se giró para mirarla y le dijo algo en su idioma. Lo que fuera, le hizo sonreír. Y a mí el nudo que tenía en el estómago se me cerró un poco más. Ya no me venía de ahí, en cualquier caso, porque la mierda me sobraba.

—¿Vamos dentro? Os estábamos esperando —nos advirtió Dante y asentí.

Él y Mendaval entraron en primer lugar y los seguí; los dos Ojibwe cerraron la comitiva mientras susurraban palabras en aquel idioma lleno de sonidos que me eran extraños y que evidenciaban que pertenecíamos a culturas y mundos diferentes, incluso si el destino había hecho que nuestros caminos se cruzasen.

John estaba junto a Ishna Witca. Aparentaría los treinta, pero supe, de forma instintiva, que era mucho más viejo. Era algo que podía sentirse en su vibración, que era más pausada, pero al mismo tiempo más firme. No tanto como la de John, pero era incluso más viejo que yo. O que Logan. Y eso que nosotros éramos de los pocos que quedábamos de la época anterior al Último Alzamiento.

Incliné la cabeza hacia él cuando sus ojos contactaron con los míos. Vi su ceño fruncido, la consciencia de que algo en mí no estaba bien. La marca de Ewah era demasiado visible, como si quisiera que todos pudieran presenciar esa muestra de su poder. Y el caos en el que podía sumir nuestras vidas.

—Jason, supongo. —Me saludó.

—Ishna Witca, doy por sentado. —No sonrió, pero asintió. Nos entenderíamos bien.

—¡Ishna! —Taima llegó hasta él como un huracán enfurecido. Conseguí moverme a tiempo de que no me arrollara en el proceso y le lancé una mirada ofuscada que no vio o decidió ignorar. Tan maja, ella.

El cazador la rodeó entre sus brazos en un gesto totalmente cómplice. Su expresión seguía siendo fría y hasta huraña, pero parecía sentirse a gusto ante aquella muestra de afecto por su parte.

—Me alegro de verte, *ikwezens.*

—¡Muchacha! —soltó Ardiente, de golpe, y se puso roja como un tomate al ser el centro de atención de todos los presentes. Que éramos muchos—. *Ikwezens* significa muchacha; he estado estudiando un poco el idioma local.

—Ella es Ardiente, mi pareja —le indicó John a Ishna y supe que acababan de llegar, porque procedió, a continuación, a presentar al resto de las Místicas y también a Dante.

—No hemos llegado tan tarde, después de todo —opiné.

—Y eso que sospecho que te has esforzado —se burló mi amigo.

—Prefería ir despacio que no que a la muchacha esa le diera por llevarme a rastras y que se estropeara una de mis camisas favoritas. —Me alisé las arrugas que empezaban a insinuarse en las mangas mientras John ponía los ojos en blanco y reía por lo bajo.

Para entonces, Taima estaba entre aquellos dos hombres, algo que no me sorprendió. Creo que a ninguno de nosotros. Ishna era su ancestro y Koda su guardián, su protector, según la forma en que ella llamaba a las parejas que acompañaban a las Místicas de nuestro grupo. Su cultura y la mía chocaban en muchas cosas, incluso si ella formaba parte de mi mundo desde el momento de su nacimiento. Descendía de un linaje de Bendecidos y eso la hacía especial, por no decir única, pese a que su ascendencia estaba diluida.

—En la aldea te llaman *Waabimakade* —me dijo Koda, que había quedado frente a nosotros.

—¿Y eso significa…? —quiso saber John. Yo podría haber vivido felizmente sin saberlo.

—El que tiene la mirada negra —intervino Taima, captando mi atención.

—Genial —mascullé entre dientes, fingiendo que me molestaba ese mote.

En realidad, era la proximidad entre ella y su pareja. La forma en que ella había puesto su mano sobre el hombro de aquel cazador y él no había dudado en pasarle el brazo por la cintura en un gesto íntimo.

—Un caminante capaz de alejarse de una muerte segura, incluso si su oscuridad aún le

acecha, es digno de honrar y admirar —sentenció Ishna, mirándome—. Los que hemos vivido muchas vidas, más que otros, lo sabemos.

Incliné la cabeza aceptando su cumplido y él hizo lo mismo. Tras aquello, sus ojos vagaron hasta las cuatro mujeres que había en un lateral. Supuse que aquello le traía recuerdos de un pasado lejano. Uno en el que, a su lado, una mujer le acompañaba.

Por una vez, no era el único tremendamente jodido allí.

Era una mierda, pero nos reconocíamos el uno al otro. Ni luz ni oscuridad, habíamos entrado en un entramado de grises que no sabíamos hacia dónde acabarían llevándonos.

—Ahora que estamos todos, creo que es momento de que intentemos poner todo lo que sabemos, o lo que creemos saber, en común —empezó Logan—. No creo que tengamos mucho tiempo. —Tuvo la delicadeza de no centrar su mirada en mí, aunque por su aspecto cansado y preocupado, creo que aún arrastraba la frustración de lo que me había pasado aquella noche—. Hemos de intentar trazar un plan que sea real.

Sonreí porque ahí miró fijamente a John, que jugueteó con una manta que había en el suelo con el pie, por callarse y no llevarle la contraria. Tan pronto, al menos.

—En tal caso, supongo que debo ser yo el que empiece, ya que soy el responsable de que estéis aquí. —La voz de Ishna Witca era profunda—. Os agradecería que os pusierais cómodos.

Se sentó frente a la hoguera y muchos hicieron lo mismo, creando un círculo a su alrededor. Yo me limité a colocarme en un extremo, apoyándome solo en parte en una de las estructuras de madera que sostenían el edificio. No fui el único raro: Dante hizo lo mismo, pero en otro extremo; y creo que Anthony hubiera preferido mantenerse al margen si no fuera porque Luminika le tiró de la mano. Ardiente estaba sentada al lado de John y sus dos costillas —Elektrika y Mendaval— se sentaron junto a ellos. A Logan no pareció importarle y se sentó frente a Ishna, en el otro extremo de aquel peculiar corrillo, con Cameron y Nicholas.

Supuse que, llegado el momento, Koda elegiría a Ishna como su persona de confianza y que, se vincularan o no a la familia Stel, John convencería a Logan para que ellos también formaran parte del consejo. Así que, en realidad, solo faltaba el que se suponía que sería la mano derecha de Dante, uno de los Williams que teníamos instalados en Londres, y estaría el consejo al completo.

—Nací Mapuche, pero hace mucho que estoy entre los Ojibwe —empezó Ishna Witca mientras veía a Taima manipular algo y tendérselo. Una pequeña cazoleta con una larga boquilla que pronto supuse que se trataba de una pipa—. Miigiziwaagan, la pipa sagrada, es mucho más que un simple objeto. Se usa para conectar a los miembros de la tribu con Gitchi Manitou, el gran espíritu de los Ojibwe, para formalizar rituales de armonía y de unión; también para bendecir cosechas, matrimonios, nacimientos y eventos que pueden marcar un antes y un después.

Con movimientos pausados, casi reverenciales, encendió las hierbas que Taima había colocado en la cazoleta y le dio una larga calada antes de pasársela a John y empezar a contarnos los cambios que había ido detectando. Lo primero fueron pequeños grupos de dumas apareciendo en la zona, normalmente silente, de los Grandes Lagos. En Londres eso no sería algo llamativo, pero allí las cosas eran diferentes.

Siguió explicándonos como algunos clanes les habían advertido de las primeras muertes. Todas ellas sin sentido y brutales. Llegó el primer suicidio y, con él, una nota. Uno de aquellos hombres recordaba, vagamente, lo que había hecho. Lo achacó a la locura y decidió quitarse la vida, mientras otros desaparecieron.

—Ewah ha vuelto —sentenció—. Y creo que está creando un ejército.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Koda.

—Hace unos días intenté contactar con una familia de cazadores, Cherokees.

—Nuestra relación con ellos nunca ha sido mala, pero tampoco la tildaría como buena —puntualizó Koda.

—Cierto, pero, los encontré. —Koda parecía sorprendido y hasta diría ilusionado, pero el rostro del anciano hizo que ese atisbo de esperanza, de inocencia, desapareciera a los pocos segundos.

—Muertos, supongo —intervine y el anciano Mapuche buscó mis ojos.

—Era una familia pequeña. Encontré solo signos de lucha y polvo.

—¿Qué o quién crees que los mató? —Logan frunció el ceño.

—Me gustaría equivocarme, pero sospecho que fue un balberin. A Ewah le gustan los guerreros experimentados, no se contenta con menos.

Decidí tomarme aquel comentario como un cumplido, porque Ishna Witca había desviado la mirada hacia mí mientras exhalaba humo por la nariz y la boca al tiempo que hablaba. John asintió, pero su expresión se volvió más oscura. Dura.

—¿Cómo lo sospechaste? —intervino Anthony.

—¿Cómo intuí que todo era culpa de un demonio capaz de manipular a hombres buenos? —le repuso con otra pregunta—. Porque esta tierra ya sufrió ese mal tiempo atrás.

—Pero una Bendecida, sangre de tu sangre, liberó a tu pueblo —intervine y me miró. Un silencio denso, palpable, se hizo en aquella estancia.

—Una chamana —añadió John.

—Boodawaanakwe, mi nieta —admitió—, pero no lo hizo sola. Mi hija, cuya magia ya había despertado, la ayudó.

—¿Por qué no se la nombra en vuestras leyendas? —preguntó Ardiente.

—Crecer entre sus iguales es algo que debe hacer aquel que nace de dos inmortales, pero, para la tribu, nosotros ya no existíamos. Éramos solo un rumor y un montón de suposiciones.

Vi a Taima usar aquel peculiar instrumento y cómo el humo salía de su boca poco después. Se la tendió a Koda, que hizo lo mismo, y luego Ishna señaló con el mentón a Dante. Taima se levantó, cargando con aquel peculiar objeto, tratándolo como si fuera algo de gran importancia. Se acercó al cazador que, aunque no parecía muy convencido, acabó aceptándola y dando un par de caladas antes de devolvérselo.

Los ojos de la chamana buscaron los míos. Sus pasos fueron firmes, igual que su mirada. Cogí la pipa que me tendió e inhalé por la boquilla. Liberé el humo que había capturado en mis pulmones, sin dejar de mirarla. No me sonrió, simplemente me contempló como si, de repente, me viera. De todas las formas posibles. Inhalé de nuevo, porque era como si en ese momento solo estuviéramos ella y yo. Le devolví la pipa sagrada mientas expulsaba lentamente el humo. Me sorprendió buscando la boquilla y aspirando de ella justo allí, frente a mí. Posando sus labios en el mismo sitio que estaban los míos hacía un momento.

Exhaló poco a poco y el aroma de esa mezcla me pareció el olor más fascinante y erótico que había percibido en toda mi vida.

Después de aquello, Taima inclinó la cabeza hacia mí y yo imité su gesto.

Volvió al sitio que había estado ocupando, tras devolver la pipa a Ishna Witca.

XVII

JASON

JOHN tomó el relevo tras las explicaciones de lo que Ishna Witca había estado viendo que sucedía en la tierra que nos rodeaba. Empezó hablando de Alaia y del diario, para acabar centrando su atención en el collar, ese que colgaba del cuello de Taima.

Para cuando la conversación se centró en esa parte, Mendaval le contó que había tenido esa percepción de que era Taima quien debía llevarlo.

Creo que esa parte no le gustó demasiado a Koda, aunque Ishna Witca se quedó en silencio, reflexionando al respecto.

—¿Has visto algo en las piedras? —Taima negó con la cabeza tras la pregunta de su ancestro—. Vibran con la misma energía con la que se siente el mundo. Hay matices, diferentes, pero puedo sentir que mucho tiene que ver con el aquí y con lo que está en el más allá. Todo inicio tiene un final. ¿Eres, en realidad, la Elegida?

Creo que dejó la pregunta al aire, porque su mirada estaba perdida en las llamas.

—¿Qué significa eso? ¿Que debe seguir los pasos de tu nieta y sacrificarse por un bien mayor? —Pude sentir la rabia de Koda en sus palabras y era aún más evidente por la tensión presente en su rostro.

Ishna le sostuvo la mirada, pero fue Taima la que respondió:

—Ese siempre ha sido mi destino, Koda, es algo que sé hace tiempo. —Alguien soltó un «¡Lo sabía!», pero también escuché un «¡Menuda mierda!». Yo me limité a observar aquella mezcla de fragilidad y seguridad que ella desprendía mientras sentía la vibración de la tierra y la suya reconocerse como si solo fueran una.

—No estarás sola —intervino Elektrika con firmeza.

—¿Por qué nunca me lo dijiste? —le reprochó Koda y me sorprendió que hubiera podido ocultarle algo de aquella envergadura.

—Sabíamos que sucedería, pero no sabíamos el cuándo, ni el cómo.

—¿Sabíamos? —cuestionó Nicholas.

—Los espíritus siempre lo han sabido. Ellos me advirtieron. Y me dieron visiones.

—Taima posee la marca del futuro —intervine y ella asintió.

—Eso podría ser sumamente útil. Luminika y tú podréis ayudarnos a encontrar el camino —opinó John.

—¿Qué camino? —se interesó Ishna Witca.

—El que nos llevará a una daga de plata. Una que está ilustrada en el diario de Alaia y que Taima ya ha visto en sus sueños —repuso John y cuando Ishna buscó su mirada, ella asintió. Si pudo ver cómo le temblaba ligeramente el mentón en ese momento, no estoy seguro. Quizá no fue más que un juego de luces, porque su voz no tembló.

—Solo he visto mi mano, empuñándola, pero no sé dónde está.

—¿En tu mano? —inquirió Ishna y ella asintió. Vi como el anciano cerraba los ojos, como reflexionando sobre aquello antes de dirigirse a John—: ¿Creéis que con ella podremos darle muerte?

—Si la encontramos a tiempo, tal vez. No sabemos nada en cierto —admitió John—. Pero es lo que tenemos.

Asintió.

—Hay una antigua leyenda —intervino Koda.

—¿La de la mina de plata? —indicó Ardiente.

—Esa misma.

—Es posible —sentenció John—, pero nadie parece tener la más remota idea de dónde está, así que seguimos teniendo el mismo problema.

—Tal vez no —negó Ishna Witca—. Es posible que yo sepa dónde se encuentra.

—Bromeas, ¿no? —pronunció Mendaval en un tono entre curioso y hostil—. Porque si te estás quedando con nosotros, en serio, que eres un *pro*.

Ishna la miró como si hablara un idioma diferente al resto de nosotros y me arrancó una pequeña sonrisa.

—No creo que sea persona de bromear —opinó Anthony—. Yo soy de filos más largos, pero si una daga puede matarlo, por mí bien. Vamos a por ella.

—¿Cómo puedes saber dónde están unas cuevas que fueron enterradas en los inicios de los tiempos? —insistió Mendaval, que lo de quedarse callada no era lo suyo.

—Mi mujer poseía la marca del pasado. Veía cosas. De tiempos remotos. —Usó un tono tan suave que casi sonó reverencial. Era como si pudiera sentir el dolor que aún arrastraba. El vacío. Ese que era mi todo. En sus palabras.

—¿Alguna vez te habló de un lugar que parecía estar en medio de un mundo de constelaciones? —Ishna miró a Ardiente y negó con la cabeza—. Ah, vale, solo es que yo… tenía que preguntar.

—Ardiente también posee la marca del pasado y últimamente sus sueños están algo agitados. Lo que puede venirnos bien. —John la besó en la cabeza.

Apenas un roce, pero vi que Ishna Witca apretaba los labios. El dolor de lo que él había perdido nunca había estado tan presente como al verse reflejado en otros que aún poseían lo que a él le faltaba.

—¿Podrás localizar en un mapa la ubicación aproximada? —pidió Logan y él asintió.

—Sí, pero no sé cómo acceder a ella. La mina fue sellada y enterrada bajo agua. —Ladeó la cabeza y observó a Mendaval, que había demostrado no achicarse ante nadie—. ¿Existe la posibilidad de que alguna de vosotras posea el poder de los espíritus del agua?

—Lo mío son los tornados —negó ella.

—No. —Elektrika se limitó a levantar el brazo y hacer que un rayo zigzagueante corriera por su antebrazo.

—Yo soy algo así como un Gusy Luz —masculló Luminika—. Puedo hacer que los dumas crucen el velo, de un sentido al otro y crear una luz ambiente de lo más *cool*.

—Eso y que nuestras armas vinculadas puedan atravesar a dumas que no han cruzado el velo —añadió Anthony, como si quisiera darle mayor valor a la magia de su pareja.

—¿Qué hay de ti? —le preguntó a Ardiente.

—John me llama Ardiente. —Con la timidez típica en ella, elevó la mano lo justo para que una pequeña llama apareciera sobre su palma.

—¿Y Taima? —soltó Elektrika—. Tal vez ella posee ese poder.

Volver a ser el centro de atención no es que le apeteciera, pude sentirlo. Aún había algo que la carcomía por dentro. No sería a mí a quien se lo explicara, pero supuse que ella y Koda, aquella noche, limarían todo lo que no se habían dicho hasta ese momento. Esos secretos que ocultarlos a las personas a las que quieres pesan demasiado.

—Yo votaría por que es algo relacionado con la tierra —opiné y todos se giraron para observarme, liberándola así de la presión de tantas miradas que parecían exigirle tanto.

—Eso tendría sentido —convino Ishna Witca, mirándome.

—De acuerdo. Podría ir a la ciudad y encargar unos cuantos artilugios para sondear el fondo

del lago y equipos de buzo. Si está anegada, vaciarla implicaría demasiado tiempo, por no decir que dudo que las autoridades locales nos facilitaran la vida —opinó John, y vi en su mirada que estaba calculando posibilidades y tiempos.

—Hay robots con sistemas de ecolocalización, podría mirar de encontrar… —Por lo visto, John no era el único friki del grupo, deduje al observar como él y su mujer empezaban a debatir al respecto.

—Primero, localizar espacios vacíos, que no estén anegados; luego deberíamos buscar desde qué punto podemos abrirlos para que el agua no se cuele en ellos, o si no nos tocará inundarlos y luego ir con equipos de buzo.

—Mapearemos el subsuelo hasta encontrar esas grutas —decidió John, que estaba emocionándose con aquello.

—Y entonces ¿qué? Si encontramos un acceso desde tierra, podríamos usar una tuneladora —planteó Aria.

—Todo eso no parece que vaya a ser algo rápido —murmuró Logan—. ¿De cuánto tiempo estamos hablando?

—Depende de lo exacta que sea la ubicación de Ishna —repuso John—, hacer un túnel con una mínima seguridad por el que pueda pasar una persona requerirá varios días en el mejor de los casos, aunque lo más probable es que tardemos algunas semanas.

—No sé si disponemos de tanto tiempo. —Logan desvió su mirada hacia mí. John no era el único que había estado a mi lado durante la crisis de aquella noche pasada.

—Lo tenéis. —No me incluí en esa afirmación. Mi situación personal no debía condicionar lo que el resto tenía que hacer. Salvar el mundo, básicamente—. Si hay algo que pueda reteneros, siempre hay la opción de que adelantemos determinados acontecimientos y os centréis en lo que sí es realmente importante.

John me sostuvo la mirada.

—No —dijo en un tono taxativo y evocó en aquella sílaba toda la autoridad que poseía sobre mí antes de que su expresión se volviera algo más suave y añadiera para complacerme—: Aún no. Prométemelo.

—Sabes que no puedo, pero supongo que aún nos queda algo de tiempo —cedí, entendiendo el dolor que le quemaba, pero sabiendo que era una crónica anunciada.

—Te enfrentaste a él y sobreviviste, caminante; si se diera el caso, estoy seguro de que volverías a hacerlo —intervino Ishna.

Demasiado crédito me daba, teniendo en cuenta que acababa de conocerme. Le miré, sin embargo, mientras añadía:

—Hay batallas que es mejor ganar antes de que empiecen.

Esa fe ciega en mí, o en lo que estaba por devenir, la había perdido. Especialmente después de que todo lo que había sucedido a lo largo de la última noche formara parte de una nube tan oscura que no podía ver a través de ella.

—Taima cree que puede ayudarte —sentenció Koda y vi en sus ojos algo parecido al respeto.

—Ya lo ha hecho. —Desvié mi mirada hacia ella.

No sé qué vio en mí, pero vi que apretaba los labios, con fuerza, y sus ojos se humedecían. ¿Estaba acaso preocupada por mi destino? ¿Era consciente de que todo aquello formaba parte del que tenía que ser mi final?

Quise acercarme a ella porque, aunque no tenía sentido, deseaba consolarla, pero fue Koda el que le pasó un brazo por la cintura y la acercó hacia su cuerpo. Y eso estaba bien. Tenía que estarlo.

—Su conexión con la magia de esta tierra siempre ha sido única, pero ahora se siente más fuerte y firme que nunca. —Ishna me observó—. Ten fe en ti, cazador, y en ella. Eso es lo último que debemos perder si estamos frente a un Nuevo Alzamiento.

—Lo estamos —sentenció Logan.

—Tal vez se deba al collar —opinó Elektrika.

—Tal vez.

—¿O el hecho de que su poder está a punto de despertar? —tanteó Cameron, observando a la feliz pareja.

—Tal vez.

A Ishna estaba claro que ninguna de aquellas teorías le convencía.

—Estoy preparada para convertirme en Mística si ese es el camino para acabar con Ewah —sentenció Taima, que se levantó y se colocó de rodillas frente a Ishna Witca—. Si tú lo consideras.

Supuse que podíamos dar por acabada la reunión, pero era imposible largarse de allí haciendo una bomba de humo. Observé el rostro de Ishna. Le colocó una mano sobre el hombro y vi cierta ternura en aquel gesto. Estaría bien. Con los suyos. Ellos la protegerían. Y ella viviría. Tal vez tendrían niños. Otros Bendecidos. Que correrían descalzos entre las tiendas del poblado.

—Si es tu deseo, que así sea. Levántate. —No fue la única en hacerlo. Koda se colocó a su lado mientras Ishna se incorporaba con la agilidad propia del cazador, pero los movimientos pausados de un anciano.

—Prometo respetarte, cuidarte y amarte el resto de mis días, Taima. —Koda no titubeó al decir aquellas palabras mientras la miraba. Vi como ella tragaba saliva con dificultad y hubiera esperado ver en su rostro impresa la felicidad, pero en vez de eso me encontré algo parecido al miedo y la sorpresa.

—Sabes que las portadoras de los *ngen* requieren de un guardián; alguien que las acompañará a lo largo del camino —empezó Ishna—. Ese vínculo, el de una Mística y un guardián, es algo sagrado, Taima, igual que la relación entre un hombre y una mujer. El poder que late en ti solo despertará si le aceptas como a tu igual y te entregas a él, en alma, pero también en cuerpo.

Me tensé. Su respiración se había agitado.

No lo sabía.

Taima no lo sabía.

Y tuve la sensación de que la idea no le agradaba lo más mínimo.

¡Joder!

¿No podían habérselo contado en una de esas malditas fiestas de pijama que solían hacer las que se autodenominaban «bandidas»?

No debería importarle.

Koda era su pareja.

¡Vivían juntos!

No debería suponerle esa angustia. Ese peso.

Di un paso hacia delante, con los brazos sobre mi pecho y el ceño fruncido.

Si no respondía, estaba dispuesto a responder yo en su nombre.

Encontraríamos el puto puñal y lo enterraríamos sin que ella tuviera que convertirse en uno de sus posibles objetivos.

—¿Estás segura de que quieres renunciar a todo lo que eres para dar ese paso, *ikwezens?* —le cuestionó Ishna.

Le temblaban las manos, pero dio un paso hacia delante.

—Si es lo que… —Koda se adelantó y le colocó dos dedos sobre los labios.

—Tómate tu tiempo. Háblalo con los espíritus. Siéntelo con tu corazón. Si has de tomar una decisión, hazlo sabiendo que no vas a arrepentirte.

—Ser tu esposa sería un honor, pero gracias por darme la posibilidad de elegir. —Inclinó la cabeza en dirección a Koda y luego se giró para mirar a Ishna.

—Mañana, cuando el sol se alce, estaremos aquí, esperándote, para escuchar tu decisión, pero, por ahora, ve —le indicó y tras asentir, salió corriendo de la tienda, como si el mismísimo demonio estuviera tras sus pasos.

No me gustó aquello.

Nada.

Apenas había visto su perfil, el color de su piel empalidecida y su rostro descompuesto. Mis colmillos habían emergido, pero conseguí reprimir un gruñido y mi deseo de ir tras sus pasos, porque sabía que lo primero podía ponerme en evidencia y lo segundo era lo que menos desearía ella en esos momentos.

Koda le había dicho que hablara con los espíritus.

Teníamos un problema si los espíritus tenían que decidir que ella aceptara o no casarse con él. Convertirse en Mística.

—Joder, ¿alguien me puede explicar qué ha pasado? —masculló Mendaval—. Eso o me consigue una botella que lleve alcohol, lo que sea, no estoy para ponerme tiquismiquis, pero paso de enfrentarme al fin del mundo ni a una telenovela de este nivel sobria.

—Es… complicado —sentenció Ishna, frotándose el mentón con los dedos, observando el lugar por el que Taima había desaparecido.

—Lo es —convino Koda.

—Quizá deberíamos valorar la posibilidad de que sigáis siendo solo cuatro —declaré, caminando con pasos lentos hacia el centro de la estancia.

—Estoy de acuerdo —admitió Anthony—. Lo que ella decida, es cosa suya. Nadie debería presionarla.

—Nadie va a hacerlo —aseguró Koda, tensándose en un gesto que podía llegar a ser desafiante.

—Pero es que no lo entiendo… —murmuró Ardiente—. Ella siempre habla de ti.

Creo que eso hizo que Koda se relajara, pero yo me estaba planteando que ella no lo sintiera de esa forma. Quizá llevaba con él desde siempre y lo que fuera se había ido apagando con el paso del tiempo.

¿Qué haría yo en su lugar?

Cedería.

Y me quemaba esa certeza.

Porque sabía que ella tomaría esa decisión, dada su naturaleza, que la empujaba a proteger a los suyos. O, incluso, a los que solo estábamos de paso.

—Creo que todos estamos al corriente de que el vínculo entre un cazador y su Mística es algo que solo sucede cuando hay una conexión real entre ambas partes. —Miré a Koda para luego centrarme en Ishna—. Cualquier cosa que difiera de eso, solo puede acabar en un fracaso, por lo que su poder no despertará. Centrémonos en el maldito puñal.

—Podéis revisar la zona que os he marcado en el mapa, pero, si me disculpáis, iré a asegurarme de que no corre peligro. No es momento para que alguien con su sensibilidad esté sola —nos dijo Ishna y se separó de nosotros.

—Por supuesto. —Logan inclinó la cabeza y el cazador se despidió.

—No quiero hurgar el dedo en la llaga, pero resulta que, tal vez, una Mística de tierra nos podría ser útil para llegar hasta los túneles, sin máquinas grotescas y tiempos eternos —murmuró de repente Ardiente, que estaba junto a John, sus cabezas prácticamente chocando entre ellas, estudiando el mapa que habían dispuesto sobre una manta.

—No se me había ocurrido. Eres un genio.

—Lo hará —murmuró Mendaval—. Sé que lo hará.

—Sí —añadió Elektrika.

Me gustaría contradecirlas, pero por lo poco que la conocía no tenía ninguna duda de que intentaría buscar eso que se llama el bien común. Incluso si, por algún absurdo motivo, aquello no le apetecía.

Miré a Koda de refilón. Era apuesto. Siempre que los había visto juntos la había tratado bien. Escuchaba sus palabras. Hasta creía en la frikada esa de los espíritus. Y era un cazador. Podía protegerla, más o menos, porque aún era joven. Que estaba bien, porque conservaba parte de esa alegría y humanidad que muchos habíamos ido perdiendo a lo largo del camino. Ishna Witca estaría pendiente de ella. Y eso me dejaba algo más tranquilo. Podía presentir que él era un gran guerrero. Un superviviente. Si no era por habilidad, sería por viejo.

—Igual deberías ir con ella —le indiqué y se giró para mirarme. Negó con la cabeza.

—No es a mí a quien necesita ahora.

—No claro, los espíritus seguro que podrán consolarla —ironicé. Sus ojos me miraron con un deje de dureza—. Dime solo una cosa, Koda, ¿la amas?

—Más que a mi propia vida.

Asentí.

No podía encontrarle falta alguna a esa respuesta.

XVIII

TAIMA

ME ALEJÉ de la aldea. El sol estaba escondiéndose en el horizonte, tiñiendo el cielo de colores cálidos. El naranja que me recordaba las llamas quemando en la hoguera, el rosado de las mejillas de los más pequeños y el tono grana del deseo ardiendo en la sangre. Ese que yo debería sentir al pensar en mis propios esponsales.

Sin embargo, mi mente vagaba muy lejos.

Pensando en las diferencias entre la vida y la muerte.

¡Y sintiéndolas tan cerca y tan lejos al mismo tiempo!

Una misma línea, la del destino.

No sé si fue mi subconsciente el que me llevó a esa roca en la que siempre me había refugiado cuando quería un poco de paz, solo que las últimas veces me había encontrado compartiendo ese momento de sosiego. No tenía sentido sentirme así, nerviosa, cada vez que pensaba en aquel caminante de ojos bicolores.

A veces me hacía enojar, pero eso era más fácil que cuando sentía su mirada clavarse en la mía, las sombras que se ceñían en sus ojos. En esas ocasiones deseaba tocarle y decirle que todo iría bien.

Mentirle.

Me dejé caer sobre aquella roca y coloqué mis manos sobre la gélida superficie. Un nudo bajo el pecho. Lo que debía hacer. Lo sabía. No era, ni de lejos, el peor de los sacrificios posible y, sin embargo, apenas podía hacerme a la idea.

Dejé que mi mirada recorriera las cumbres cubiertas de nieve de las montañas del norte. Empezaba a refrescar, pero el invierno aún no había hecho acto de presencia. Lo haría. Formaba parte de lo que viene y de lo que se va.

La naturaleza siempre sigue su curso. Como el cauce del río. Como el maldito destino.

Dejé que el viento me envolviera mientras dos lágrimas surcaban mis mejillas y, tras ellas, otras más.

Nada tenía sentido.

Y ni siquiera sabía por qué lloraba.

Por qué sentía esa opresión que me ahogaba justo debajo del esternón.

Cerré los ojos y dejé que el mundo me guiara. Escuché el siseo de los espíritus. Los ancestros que habían sido enterrados en aquella tierra que era sagrada. El pasado. El presente. No me sentía capaz de enfrentarme al futuro.

Koda.

¡Debería sentirme honrada!

Cualquiera de las mujeres de la aldea se sentiría dichosa de desposarlo, pero ¿por qué yo? Intenté dejar de buscar una respuesta para dejar que mi mente vagara libre, ignorando mi cuerpo presente, lo que yo era, para entrar a formar parte de un algo mucho más grande.

—*Siempre has sido diferente.*

Sí, no podía negar esa realidad que en la tribu se pronunciaba en susurros cuando andaba cerca, pero a gritos cuando yo no podía oírlos.

Una Bendecida, me había llamado Jason, pero no podía sentirse más diferente. Maldita, tal vez, porque aquello quemaba. Lo que estaba por venir. Lo que se me exigía.

Hubo un tiempo en el que me había sentido afortunada. La gente me admiraba y me temía a partes iguales por ese don mío. Me había sentido especial. Única. Hasta que habían empezado las

pesadillas. Las visiones. La sangre. Ewah. Fue entonces cuando Ishna Witca me explicó quién era y cómo su pasado mucho tenía que ver conmigo. Me habló de su vida y de su linaje. De los caminantes. Y así supe la verdad, pero fue como si perdiera una parte de mí, la inocencia, de golpe. El saber. Que serían mis manos las que le darían muerte.

Las mujeres de la aldea soñaban con hombres grandes con los que arroparse en la noche y tener una numerosa familia. En la cosecha. En si el invierno iba a ser benévolo. Sin embargo, desde ese momento, desde que entendí que mis sueños no eran meras fantasías, que los espíritus de los que me hablaban lo hacían por la sangre que nos unía, que el mal que acechaba entre las sombras antaño un día volvería. Y yo lo vería. Tan cerca. Tanto.

¿Por qué sabía Jason tantas cosas? ¿Acaso podía leerme? ¿Poseía alguna extraña habilidad que le permitía desnudar mi alma?

Me estremecí. Era como si pudiera penetrar mis barreras, ignorar la magia que me protegía, calar dentro de mí hasta llegar al epicentro de mi ser y de mi alma. Y cuando hacía aquello, cuando me miraba de esa forma, yo sangraba por dentro.

—¿Por qué? —Las lágrimas se acumularon en mis mejillas y empezaron a caer a borbotones. Incluso si no tenía del todo claro por qué lloraba. Por todo, supuse, o quizá por nada. Igual era algo habitual. Los nervios ante un próximo enlace.

Me pasé el antebrazo por delante de los ojos, enojada por mi propia debilidad.

Escuché el rumor de los espíritus a través de mi conexión con aquella tierra. La roca que me sustentaba. ¿Cuántas mujeres de mi linaje se habrían sentado allí antes que yo?

—*No muchas.*

Sentí su presencia. La calidez de la que fue. De la que había sido. Abrí los ojos y me giré para observar al espíritu que me acompañaba y me sorprendió la nitidez que ostentaba. Como si aquella fuera una de mis primeras veces, busqué su contorno con mi mano y me encontré atravesando la nada.

Estaba aquí, pero, al mismo tiempo, no lo estaba.

El espíritu no se molestó por mi osadía y se limitó a sonreírme. Sus rasgos femeninos no eran muy diferentes a los míos, pero ella portaba una majestuosa corona de plumas. Incliné la cabeza en un gesto de respeto. Sus ojos eran negros, su cabello oscuro y su tez tenía el color tostado de la tierra que nos rodeaba. Nunca habíamos estado así, como si fuéramos dos viejas amigas que se reúnen en una roca cualquiera a ver el ocaso.

—*Ha vuelto, ¿verdad?*

—Sí. —Asintió y dejó que su mirada se perdiera en el horizonte. Su expresión se había vuelto dura, aunque había una serenidad sorprendente en ella.

—Eres Boodawaanakwe, la nieta de Ishna.

Centró su mirada en mí y, aunque no me respondió, supe que estaba en lo cierto. Una gran chamana. La que se sacrificó para desterrar a Ewah, incluso si fue con la ayuda de una Mística, su madre.

—*Solo pudimos posponer lo que era inevitable.*

—Nunca se fue —manifesté.

—*No. Ewah era el último de los que ascendieron desde los infiernos, tiempo atrás.* —Se quedó en silencio y esperé, pacientemente, a que continuara—. *Mis padres se quedaron en la aldea, pero los abuelos fueron con el resto de los caminantes de las tribus a enfrentar las hordas que nos acechaban desde el norte.*

—Pero solo volvió él. —Entendí entonces cuándo Ishna había perdido a la mujer que durante siglos había caminado a su lado. El espíritu a mi lado asintió.

—*Para cuando lo hizo, Ewah ya había despertado. Los hombres buenos morían a pares. La sangre salpicaba el suelo de esta tierra y el dolor era lo único que unía a los pueblos. Fueron tiempos oscuros.*

—Lo siento. —Asintió.

—*Murieron tantos buenos guerreros, hermanos y amigos…* —Vi como cerraba los ojos—. *Los caminantes se perdieron mientras su historia caía en el olvido. El mundo ha cambiado y tú eres el puente entre el pasado y el futuro.*

—Hace tiempo que sé que mi destino y el de ese demonio están ligados. —No sé si pudo ver la pena que había en mi corazón. El miedo. El dolor. La rabia, también.

—*Hay veces que es difícil darlo todo por los demás, pero el sacrificio merece la pena. Nunca estarás sola,* ikwezens*, no lo olvides.*

Por una vez, fui consciente de lo difícil que debía de ser para los que no podían ver ni escuchar a los espíritus aceptar su presencia. La verdad absoluta de su existencia. Pensé en Jason, en ese deje suyo de escepticismo.

—Me será más difícil tenerlo presente cuando vuestras voces se apaguen. —Me sonrió y no negó lo que era evidente.

—*El abuelo te ha enseñado bien. Tu corazón es puro. Tu puño firme. Sabes lo que debes hacer.*

—Lo sé. —El espíritu de la nieta de Ishna asintió. Deslizó su mano hasta dejarla reposando sobre mi pecho. Sentí el collar que pendía de mi cuello vibrar mientras su temperatura aumentaba ligeramente.

Asentí, pero dos gruesas lágrimas surcaron mis mejillas, atravesando su mano. Incluso si su presencia se me antojaba totalmente real, apenas era un espíritu. Nuestras miradas conectaron y su silueta se deshizo en la nada, como si el viento fuera capaz de arrastrarla hacia ningún lado.

Me quedé allí, en silencio, mientras la oscuridad hacía acto de presencia y se escuchaban los primeros aullidos de los lobos grises y el cantar de los búhos. Me gustaba escuchar el mundo que me rodeaba, pero tras un largo rato, un ruido me alertó. Me giré y sentí una mezcla de emociones contradictorias al ver que se trataba de Ishna Witca que se acercaba con pasos lentos. Casi había esperado que fuera otra persona, el cazador de ojos bicolores, el que acabara haciéndome aquella noche compañía. Si sus sombras no se hacían con el control de su mente y de su cuerpo de nuevo.

Ishna se acercó hasta mi posición. Se había asegurado de que pudiera escuchar sus pasos para no alarmarme ante su presencia, porque si lo pretendía podía ser silencioso como una hoja arrastrada por el viento. Había sido el mejor de los guerreros Mapuches. Y siguió siendo el mejor de los guerreros cuando pasó a ser un caminante.

—¿Puedo? —Señaló con el mentón la roca en la que estaba. Asentí y vi como se sentaba en el mismo sitio que había ocupado el espíritu de su nieta.

Sangre de su sangre.

Sangre de mi sangre.

¿Se resumía todo a eso? ¿Al linaje del que provenía?

Nos quedamos en silencio un largo rato y agradecí su compañía, igual que me había sentido mucho menos sola cuando Boodawaanakwe estaba a mi lado.

—No tienes por qué hacerlo —declaró al fin—. Koda lo entenderá. Sabes que te respeta.

—Lo haré —le contradije. Asintió, pero su mirada me estudió.

—Me gustaría decir que me alegra oírte decir eso, pero me temo que hay algo que no me dices. —Desvió la atención hacia las montañas que se alzaban frente a nosotros, en la

distancia—. Taima, una buena decisión, si es elegida por el motivo equivocado, puede convertirse en un error.

—Hay momentos en la vida en los que hemos de hacer sacrificios. —Intenté no fijar mi atención en él, fingiendo que las lágrimas que corrían por mis mejillas no eran reales—. No soy la primera en hacerlos.

Se giró para observarme.

—Antes no estabas sola —se limitó a decir. Supuse que llevaba un tiempo observándome y, tal vez, había escuchado parte de la conversación—. ¿Qué opinan los espíritus? ¿Qué te ha dicho *ella*?

La voz le tembló ligeramente y supe que lo sabía. Que era su nieta la que se había sentado allí, en aquella roca, junto a mí, incluso si él no podía verla, escucharla, sentirla de la misma forma que yo hacía.

—Siempre supieron que su sacrificio solo nos daría algo de tiempo. Por mucho que me pese y me asuste, Ishna, mi destino es matar a Ewah. —Cogí una bocanada profunda de aire—. Si para hacerlo debo convertirme en Mística, que así sea.

—¿Estás segura? ¿Es lo que Boodawaanakwe te ha dicho? —Me quedé en silencio, porque los espíritus nunca daban respuestas francas y claras, solo se limitaban a indicarte una dirección, pero era tu responsabilidad elegir uno u otro camino. Al ver que no le respondía, añadió—: Quizá hay otra solución, incluso si la noche nos ciega y aún no somos capaces de verla.

Negué con la cabeza.

—No puedo huir de lo que está escrito. Los espíritus siempre lo han sabido. Es posible que lleven todo este tiempo preparándome para hacer lo correcto. —Busqué de forma instintiva la calidez que me transmitían las piedras del collar—. Ella siempre lo supo. Que él volvería. —Hice una pausa—. Quizá por eso nunca se fue. Quizá por eso sigue latiendo en esta tierra la esencia de la magia que habitaba en ella y en tu hija. Este es el final de una historia que hace siglos, milenios, empezó.

—Si es así, supongo que no puede ser de otra forma. Cuanto más fuerte seas, más posibilidades hay de que puedas enfrentarle. —Se quedó en silencio, a mi lado, durante un largo rato.

Un aullido en el bosque. El crujir de las hojas.

—Debería volver a la aldea. El caminante debe descansar. Me prometí ayudarle a hacerlo.

Ishna se volvió hacia mí y me estudió.

—No es Koda el caminante que ha despertado en ti el deseo de dar y de recibir. De proteger y de ser protegida. ¿Me equivoco?

Su voz sonaba tentativa, casi neutra, pero sus ojos audaces me estudiaron. No sé si me sobresalté al escuchar aquello, pero sentí que se me aceleraba el pulso y se me agitaba la respiración. No podía ser cierto. Lo que Ishna insinuaba. No podía serlo.

—Koda siempre ha sido y será el único. —Intenté proyectar serenidad en aquella afirmación, pero mi cuerpo empezó a temblar.

No sé en qué momento algo se removió en mi interior y el llanto volvió a tomar el control de mi persona. Y de mi vida. Me rompí frente a él. Ishna me arropó con delicadeza mientras la tristeza afloraba y se limitó a dejar que mi pena, el dolor, se abriera paso y saliera a la superficie.

—Lo siento —murmuré, tras recuperarme de aquel arrebato. Me pasó la mano por las mejillas, húmedas, y me sonrió. No era algo que acostumbrara a hacer. Mostrar señales de alegría, incluso si era bueno y compasivo. La carga del tiempo, todos los que había perdido, había hecho mella en él. Como en Jason. El peso del tiempo, de los años.

—Quiero que me escuches, *ikwezens* —me dijo con esa voz profunda que solo usaba en momentos solemnes—: Quizás es un extraño al que apenas conoces, pero Jason también sería una buena elección, Taima. —Apreté los labios, obligándome a no seguir llorando—. Debes dejar que sea tu corazón el que decida libremente, porque solo así podrás alcanzar tu verdadero poder.

—¿Qué quieres decir? —le cuestioné.

—El vínculo que se forja entre un cazador y una mujer es algo sagrado que no puede ser fingido ni forzado. Es un tipo de amor que no atiende a razones y que se siente tan profundamente que, a veces, da miedo.

Tragué saliva con dificultad.

—Tú jamás le has tenido miedo a nada —negué, pese a la debilidad que estaba mostrando frente a mí, al compartir conmigo aquellas palabras.

—Porque ya lo perdí todo, Taima, cuando ella se fue. —Rehuyó mi mirada, para ocultar un dolor sordo, tan profundo que hacía que perdiera la poca humanidad que aún le quedaba—. Le prometí que velaría por nuestra descendencia. Y cuando amas a alguien como yo la amaba a ella, no puedes desdecirte de una promesa así, pese a que lo único que desearías, cada mañana y cada noche, es dejar de sentir. —Hizo una pausa—. A veces ansío dejar que la oscuridad me consuma y se lleve el dolor, que el silencio, el vacío, pase a serlo todo.

—Ishna…

Se giró para mirarme y pude ver que en su mirada volvía a haber luz, como si hubiera alejado a las sombras que también acechaban en su interior.

—Entonces te veo a ti. A tu madre. A tu abuelo. Y a la mujer que le dio a luz a él. Y en todos ellos sigue viviendo ella. Hasta en la tierra que nos rodea puedo sentir su aliento, cuando el gélido viento del invierno hace acto de presencia. Ella sigue viva aquí. En vosotros. Y eso me hace recordar mi promesa. Y es el motivo por el que me obligo a seguir viviendo.

—Siempre he sabido que sufrías, pero jamás pensé que fuera así para ti. ¿Por qué me lo cuentas justo ahora?

—El rito de conversión de una mujer en Mística se realiza durante un ritual íntimo entre un hombre y una mujer, pero no es la sangre o la unión entre dos cuerpos lo que convierte a dos personas en solo una. Es algo mucho más profundo. —Hizo una pausa—. Por mucho que te entregues a Koda, si esa conexión no existe entre vosotros, dudo que tu magia despierte.

Aquello se sintió como un golpe duro, sordo, y me tensé, casi sin aliento.

—Creo que es ese tipo de amor incondicional el que permite que haya luz en los lugares en los que solo hay sombras. —Desvió su mirada para centrarla en mí, de nuevo—. Así que antes de tomar una decisión, lo primero que deberías preguntarte es a quién amas. Y creo que, aunque te asusta, ya conoces la respuesta.

Me miró con una expresión tierna pero cansada. Como si todo aquello le pesara. Los recuerdos. Mis medias verdades.

—No puedo permitirme amar a Jason —fue mi escueta respuesta.

—Y, sin embargo, siento que ya lo haces.

Cerré los ojos y las lágrimas volvieron a anegarlos. Dejé que fluyeran mientras se entremezclaban en mi mente los recuerdos de algunos de los momentos que habíamos compartido y aquellos que provenían de mis más aterradoras pesadillas.

—Le vi en mis sueños, tiempo atrás.

Aquello creo que le sorprendió, pero tardó un tiempo en decir algo al respecto.

—Así que siempre has sabido que él era tu destino, tu compañero.

—No. Le vi, en mis noches más oscuras, pero jamás pensé que al conocerle despertaría en mí algo aquí dentro. —Coloqué una mano sobre mi corazón—. Lo que siento me hace sangrar, Ishna, porque sé lo que he visto.

—¿Qué has visto, mi niña?

Desvié mi mirada en dirección al horizonte. Ya no podían verse las montañas nevadas. Los bosques, frondosos, ni el cauce del río. La oscuridad lo cubría todo. Tragué saliva.

—Ewah se hará con el control de su cuerpo y yo les daré muerte.

XIX

JASON

NO SÉ de dónde sacaron aquellas mujeres varias botellas de algo que olía a aguardiente, pero teniendo en cuenta que podían crear el caos chasqueando los dedos, dudo que nada —ni nadie— pudiera resistirse a su magia ni a sus encantos.

Rechacé el cuenco que me ofrecieron, pero Koda lo aceptó y se sentó junto a John, a los pies de la hoguera, con ellas. Logan salió para organizar las patrullas, pero me negó el derecho a acompañarle indicando que debía descansar.

Eso era lo último que tenía intención de hacer, en realidad. Taima andaba a saber dónde y la última vez que me había dejado arrastrar por el sueño había acabado en un estado de coma del que a duras penas había conseguido despertarme. Una mirada, solo eso, y Anthony asintió.

Creo que John les había dado órdenes estrictas de no dejarme solo. Si había argumentado mi flaqueza o la posibilidad de que me convirtiera en un monstruo, no sabría por qué decantarme, porque con tal de salirse con la suya era capaz de manipular a quien fuera a su antojo.

Lo hacía a todas horas, con Tim y conmigo, pero como le queríamos tal y como era, hacíamos como que no nos dábamos cuenta.

Alrededor de la hoguera, se sentaron las cuatro mujeres, Koda, que parecía cómodo con ellas, y el más viejo de los cazadores. Anthony, sin embargo, no tardó en alejarse del barullo que hacían y se sentó a mi lado.

—¿Cómo vas?

—No sabría decirte.

Se encogió de hombros y asintió. Me gustaba eso de él. No era hombre de muchas palabras, pero sabía leer entre líneas. Observé a John, jugando a ser el perfecto anfitrión e incitando a aquellas mujeres a que bebieran, incluso si no necesitaban que las animaran demasiado, en realidad. Supongo que necesitaban un poco de eso, de risas, para ayudarlas a sentirse vivas y a que todo el resto valiera la pena. La lucha. El sufrimiento. El miedo a la pérdida.

—Tal vez deberíamos unirnos —me propuso Anthony—. No sabemos quién estará aquí mañana. O tal vez pasado. Hay veces que hemos de celebrar el hoy y el aquí, ¿no crees?

El curso de sus pensamientos vagaba en la misma dirección que el mío, pero no me sentía con el interés ni la necesidad de fingir que todo estaba bien. Porque no lo estaba.

—Ve tú.

Inclinó la cabeza y se acercó al grupo, aunque lo hizo en silencio.

Tenía razón.

Pero yo también, al mismo tiempo.

Me quedé allí, en un segundo plano, mientras las conversaciones se volvían más animosas y, con el paso de los minutos, un poco más íntimas.

—Sigo sin entenderlo —afirmó entonces Mendaval en un tono molesto, llamando mi atención—. Lo de Taima.

—¿Por qué se ha ido? —le preguntó Elektrika a Koda—. Tú sabías, o al menos intuías, que ella dudaría.

Koda se quedó en silencio, pero no lo negó.

—No es solo que haya titubeado —intervino Ardiente—. Parecía triste. Yo pensaba que vosotros estabais bien.

—Sí, se ha ido como alma en pena —soltó Mendaval y Koda frunció el ceño, como si él también lo supiera y eso le molestara.

Si estuviera en su pellejo, yo me sentiría fatal y no me hubiera quedado allí sentado, riéndoles las tonterías a unas desconocidas, como si aquello no me importara.

—Es complicado —se limitó a decir.

—No es que quiera que te revuelques en la mierda, pero si mi precioso culo depende de que tú y ella os vinculéis, entiéndeme, pero, la próxima vez que os acostéis juntos, muérdele fuerte —le soltó Mendaval con una sonrisa traviesa.

A Elektrika y Ardiente les entró la risa, pero a mí se me alargaron los colmillos mientras un cabreo considerable me incitaba a hacer alguna estupidez. La que fuera.

—No es así entre nosotros.

—¿Qué quieres decir? —Elektrika frunció el ceño.

—No es ese tipo de relación —intervino Anthony y miró al cazador—. Te entiendo.

Koda se frotó la nuca y ahí fui yo el que no entendía nada.

—No es ese tipo de relación —repitió aquellas palabras Mendaval, intentando analizarlas, estudiarlas, pero sin llegar a ninguna conclusión. Como la mayoría de los presentes.

—¿Qué quieres decir? —le cuestionó Luminika a su pareja.

—Es como si te pidieran que te casaras con Luke para convertirte en Mística.

—No es lo mismo —negó ella, molesta—. Es mi hermano, a eso se le llama incesto.

—Incluso si no comparten a los mismos progenitores, yo he sido padre. —Anthony miró a Koda—. Sé el tipo de amor que ella te inspira, porque yo también lo viví, hace mucho. Padre, hermano, supongo que lo has sido todo.

—Joder —soltó Mendaval en ese momento, recostándose sobre las mantas—. Pues eso es un problemón de los grandes.

—¿Nunca la has deseado en ese aspecto? —se interesó Elektrika y yo deseé asesinarla. Lentamente.

—Es una mujer admirable. Leal como la que más. Convertirla en mi esposa supongo que debería ser un paso natural para nosotros.

—¿En serio nunca os habéis acostado? —masculló Mendaval, atónica—. Es que me parece imposible, en serio.

Koda le sonrió, aunque por su aspecto parecía más bien distante. Hasta diría triste.

—Siempre la he respetado, todos lo hemos hecho, tanto dentro como fuera de la aldea. —Negó con la cabeza, en un tono solemne—. No es solo un tema de atracción o de deseo. Su don, lo que ella es… si pierde su virtud, lo perderá todo.

—¿Su virtud? —recalcó Luminika.

—¡La grandísima! —soltó Mendaval—. ¿Ella nunca?

—Nunca. —Koda hizo una pequeña mueca, como si le costara un poco hablar de aquello con ellas. Algo que no debería estar haciendo, porque hablar de ese tipo de intimidad de otra persona, sin que esta le hubiera autorizado y sin estar presente, no sé si podría considerarse traición.

Si no fuera que todo aquello me estaba removiendo las entrañas y que no tenía claro cómo gestionar toda esa información, expuesta ante mí como una ducha de agua fría, me hubiera decantado por intervenir. Eso o arrancarle la cabeza.

—Su rango como chamana y esa conexión única que posee con los espíritus podría quebrarse. —Se tomó su tiempo antes de añadir—: Es posible que prescindir de todo eso le preocupe mucho más que no el hecho de convertirse en mi esposa.

Intenté que mis colmillos no rechinaran mientras tensaba mi mandíbula y también mis puños.

—Le estamos pidiendo que deje atrás todo lo que es, todo lo que conoce —susurró Luminika—. No sé yo qué deciros.

—¿Y si se niega? —inquirió Ardiente y me gustó ese punto de vista suyo.

—La conozco. Lo hará. Sabe que es la única manera de acabar con la amenaza que se ciñe sobre la aldea y sobre el resto de la humanidad.

—¡Joder! No te ofendas, Koda, porque pareces la mar de majo, pero no me gustaría estar en su pellejo. —Esa era Elektrika, que parecía que le estaba viniendo el bajón.

Mientras no le diera por soltar rayos, no tenía intención de quejarme. Sus risas me molestaban más que su tono melancólico. En este último, al menos, podía identificarme.

—¿Y si, tras vuestro enlace, nada cambia? —intervine, acercándome a la hoguera.

—¿Qué quieres decir? —me cuestionó John, que llevaba un buen rato callado, limitándose a escuchar a unos y otros.

—Es un sacrificio loable, pero no es así como debería ser. Si el vínculo no se forja entre vosotros, estaremos todos jodidos, pero ella más que nadie. Perderá su identidad y no obtendrá nada a cambio.

¡A la mierda! Ya estaba dicho.

Koda se tensó. Vi que fruncía el ceño y me miraba, no sé si con rabia o con odio, pero me importó algo así como nada. Le sostuve la mirada y sentí que en ese momento tomaba consciencia de la oscuridad que albergaba en mi interior.

—Es un buen resumen —masculló John, por lo bajo, frotándose el mentón—. Uno un tanto desagradable, pero no puedo negar que estoy de acuerdo contigo, Jason.

—No es que tengamos tiempo para plantearnos muchas otras opciones —intervino Luminika.

—Eso tampoco puedo negártelo —cedió mi amigo.

—Supongo que la única opción es intentarlo —sentenció Koda, que en ese momento parecía el rostro cincelado de un puto mártir al que yo, por gusto, le daría el honor de asegurar que lo santificaran—. Pero entiendo lo que decías. Solo espero que no importe. Que el amor que sentimos el uno por el otro pueda evolucionar y madurar cuando estemos juntos.

—Esperemos que así sea —asintió John y yo suspiré, sintiéndome derrotado.

No tenía nada más que decir. Ni que ofrecer.

La conversación se dirigió a temas que ni me aportaban ni me interesaban, así que me decanté por salir de la tienda. No me sorprendió que John siguiera mis pasos, pero al menos tuvo la decencia de colocarse a mi lado y mantenerse en silencio.

Algo que, para ser él, era un verdadero logro.

La noche había hecho acto de presencia y sentí un cierto consuelo en ella.

Quizá demasiado.

—Necesitas descansar.

—Claro, me fue genial anoche. —Mi amigo rio por lo bajo.

—Taima me hizo prometerle que te haría entrar en razón. Está convencida de que sabe cómo hacer para que pases una noche durmiendo como un bebé rollizo y lleno de mocos.

—¿Usó esas palabras? —Elevé una ceja y John rio por lo bajo.

—Sabes que no.

Nos quedamos un rato en silencio.

—¿Crees que funcionará? Lo de Koda y Taima.

—¿Acaso importa lo que yo piense?

—Teniendo en cuenta que estás siendo más cenizo que de costumbre, casi que prefiero no saberlo. —Movió la mano frente a mí, como sacudiendo una mosca inexistente.

—¿Qué piensas tú de eso de que ve espíritus?

—Me parece algo peculiar, pero si es cierto que esta tierra repele a los dumas, algo que

empiezo a plantearme que es cierto, como si le hablan los escarabajos. Lo compro.

Me arrancó una media sonrisa, solo eso, pero teniendo en cuenta el estado límite en el que me encontraba, era todo un logro por su parte.

—No necesito que me sigas como un perrito faldero, lo sabes, ¿verdad?

—Yo que solo buscaba la compañía de un buen amigo —se burló y puse los ojos en blanco.

—Supongo que, en tal caso, podemos hacer guardia los dos juntos, como en los viejos tiempos —murmuré.

—Logan y el resto están patrullando, pero por mi bien, siempre y cuando nos quedemos aquí, dentro de lo que podría considerarse un perímetro seguro.

—¿Qué utilidad tiene entonces que estemos de guardia? —cuestioné.

—Ninguna, pero se está bien. De momento no hace demasiado frío.

—Eres lo peor.

—Me has quitado las palabras de la boca.

Nos quedamos en silencio y me limité a sondear a mi alrededor. No tanto con la intención de localizar a un duma, sino con la necesidad de localizar a Taima y asegurarme de que estaba bien. Que Ishna la había localizado y estuviera cerca de ella, vigilándola, protegiéndola.

Los localicé cerca de uno de los límites de la aldea, pero dentro del perímetro de seguridad que podía sentirse que latía en el propio suelo. Uno al lado del otro. Pude sentir cómo su energía se reconocía. Sus vibraciones eran dispares, pero, al mismo tiempo, estaban en sintonía.

Sangre de su sangre.

Nadie tenía la certeza ni la seguridad de hasta dónde podía llegar ese tipo de vínculo, de magia. Era la sangre la que despertaba al cazador y también a la Mística. La conexión entre ellos, lo que uno era para el otro, seguía algún tipo de patrón especial, único.

Saber que no estaba sola me tranquilizó, al menos un poco.

Supuse que él le haría entrar en razón. Koda estaba en lo cierto. Aceptaría. Se convertiría en su mujer y, con un poco de suerte, el vínculo que existía entre ellos evolucionaría. Quizá sería suficiente. Quizá se convertiría en la Mística que ansiaba ser, incluso si tenía que dejar atrás el mundo tal y como ella lo conocía. Con ese poder no estaría indefensa, cuando yo ya no estuviera. No era un gran consuelo, pero tendría que bastarme.

Alejé mi interés en la conexión que existía entre ellos y el lugar en el que estábamos para centrarme en el perímetro. Todo se sentía tranquilo, pero tras el ataque de hacía dos noches tampoco podíamos confiarnos. Logan no lo haría, era un cazador astuto y meticuloso. Un buen líder.

—Es extraña, la calma que se siente en este lugar y cómo la tierra late debajo de nosotros. —John asintió. Me froté la nuca, agarrotada.

No tenía intención de quejarme, pero me sentía agotado. Ya no eran solo las noches sin dormir, sino la resaca que aún arrastraba de la noche agónica por la que había pasado. Era innegable que estaba perdiendo parte de mi concentración y me costaba mantener un nivel de atención óptimo. No es que un duma fuera a darme muchos problemas, pero era consciente de que no sería capaz de enfrentarme a varios de ellos.

Con un poco de suerte, las Místicas los fundirían antes de que tuviera que hacer brillar el filo de mi espada invocada a plena noche.

Pude sentir su presencia, la vibración característica de un cazador, antes de escuchar sus pasos sobre la tierra. Su aspecto era anciano, pero no porque tuviera arrugas o manchas en la piel o el cabello gris. Ishna Witca tenía la piel ligeramente canela y el frondoso cabello oscuro le caía a ambos lados del rostro de forma organizada. Poseía el cuerpo de un guerrero joven y apuesto,

pero había algo en sus ojos.

El dolor de haber visto demasiados inviernos y cómo la vida efímera de los que eran los suyos se extinguía y se desvanecía con el paso del tiempo, recordándole la pérdida de la mujer que le había complementado.

—Ishna. —Incliné la cabeza hacia él.

—Os estaba buscando. —Eso no tenía por qué ser algo bueno. Ni mucho menos.

—¿Taima? —Sus ojos me estudiaron, aunque no pude descifrar en su rostro sereno el porqué. Se tomó su tiempo en asentir y yo me tensé.

—Está preparándolo todo. —Asentí.

Genial. En serio.

—Creo que ha hablado contigo —se dirigió a John, y por la sonrisa ladeada de mi amigo, sospeché que le divertía aquello.

—¡Vamos si lo ha hecho! —contestó—. Esa descendiente tuya, tiene garra.

Ishna Witca le sonrió. Un poco, al menos, o quizá solo le puso la intención, pero John y yo reconocimos una sonrisa en ese gesto.

—Nos espera en vuestra cabaña.

Ni era nuestra ni tenía sentido que nos esperara, pero John se sacudió los tejanos y se giró para mirarme.

—Te lo he dicho.

Fruncí el ceño.

—Te pasas el día diciendo cosas, John, así que especifica un poco.

—Tienes que descansar. Es una orden directa de Logan.

—Y una mierda.

—Taima cree saber cómo hacer que tu sueño sea placentero —intervino Ishna Witca y mis colmillos emergieron, pero me limité a mantener la mandíbula apretada, tensa, para que ninguno de los dos pudiera advertirlo.

Me tomé mi tiempo para calmarme y me levanté. Lentamente. Me sentía acorralado. Y algo traicionado por el que se suponía que era mi mejor amigo. Solo un poco. Sabía que John era consciente de cómo las fuerzas me flaqueaban cada día un poco más y después de lo de anoche, no había forma de negar que su preocupación estaba más que justificada.

—Soy una puta bomba de relojería. Lo mejor que podrías hacer es mantenerla lo más lejos posible de mí, por no nombrar una opción que sería más definitiva.

John me golpeó en la nuca, sin que yo pudiera esquivar aquel movimiento.

—Estás hecho una piltrafa, pero con unas pocas horas de sueño, ¿quién sabe? Igual hasta eres un poco menos cenizo y vuelves a ser un poco más el cazador que siempre has sido.

Me irritó aquella realidad pronunciada en voz alta.

—¿Por qué diablos ella tiene que arriesgarse por alguien que no conoce? —Ishna me estudió.

—Te diría que tiene debilidad por los desvalidos y los afligidos, pero supongo que solo sería una verdad a medias. —No añadió nada más, así que yo opté por poner una parte de mi rabia en unas pocas palabras.

—Y a entrometerse en sus vidas.

—Igual por eso me cae tan bien. ¡Es como si fuera mi alma gemela! —se burló John.

—¿Puedes adelantarte? Es posible que necesite ayuda —le pidió Ishna a John y él, tras ladear la cabeza, asintió. Le vi acelerar el paso mientras Ishna y yo caminábamos como si dispusiéramos de todo el tiempo del mundo.

Cuanto más tardáramos, más podría retrasar aquel enfrentamiento. Y lo que fuera que Taima

pretendía hacer para que yo durmiera como un dócil corderito. ¿Desvalido? ¡Y una mierda! Aunque en lo de afligido, Ishna había dado en el clavo. No podía negarle lo que se veía, se sentía, a simple vista.

—¿Qué tal es vivir con el Viejo? —me preguntó tras unos minutos de cómodo silencio. A diferencia de la calma que Ishna Witca transmitía, mi amigo era peor que un maremoto descontrolado, que no furioso. Su energía no tenía límites y su verborrea, cuando tenía ganas de sacarte de quicio, tampoco.

—Intenso. Todo lo referente a John es una aventura, dejémoslo ahí.

—Así que él también fue un Bendecido —murmuró y añadió mirándome—: ¿Cómo descubriste que no era el único?

Supe que se refería a Taima, incluso si no llegó a nombrarla.

—Hay algo en su vibración que es diferente, especial. Algunos de los matices me recordaban a John y luego está la energía que sigue fluyendo en esta tierra y cómo se siente la conexión entre ellas —repuse y, tras una pequeña pausa, le cuestioné—: ¿Tú mujer?

—Quiero pensar que ella sigue velando por todos nosotros. —Su rostro se ensombreció—. Aunque creo que fue cosa de mi hija o, quizá, mi nieta. Nunca lo he sabido del todo. Poco tiempo pasó entre que una muriera y la otra desapareciera junto a su marido.

—No sabes qué les pasó exactamente.

—Desterraron a Ewah. Poco más puedo decirte. Mi mujer y yo estábamos lejos de casa en ese momento. Cuando volví, solo, ya no estaban.

—Lo siento.

Asintió y nos limitamos a avanzar, lentamente, uno al lado del otro. Incluso si nuestro aspecto, nuestra ropa, no podía ser más diferente, las sombras nos tentaban a ambos y creo que los dos éramos conscientes de aquello. No sé si nos convertía en algo así como aliados; o, por el contrario, en un reflejo de lo peor que albergábamos, pero su compañía se sentía hasta cierto punto reconfortante. No tener que fingir que estabas bien era agradable.

—Vienen tiempos difíciles, cazador. —Hizo una pausa—. Las heridas que no se ven suelen ser las que tardan más tiempo en cicatrizar. Sé que temes que lo que te sucedió anoche vuelva a ocurrir, y lo entiendo, pero sabes que necesitas descansar. Te fallan las fuerzas y eso te convierte en un objetivo demasiado accesible.

—Incluso en mi actual estado, no menosprecies mi valía —repuse altivo.

—Jamás lo haría —aseguró en un tono calmado, neutro, que me apaciguó, al menos un poco—. Taima cree que puede mantener a tus sombras alejadas, y si no tuviera la certeza, no lo diría. Debes confiar en ella, cazador. Sabe lo que se hace.

—Mi respuesta es no.

—¿Qué es lo que te asusta? —Me paré y nos limitamos a observarnos.

—¿Necesitas que lo diga en voz alta? Sé que eres capaz de sentir la oscuridad que está anidada en mi interior.

Se tomó su tiempo, sin mostrarse intimidado o incómodo por la dureza o la frialdad de mis palabras.

—Llevo viviendo entre sombras mucho tiempo y lo único que puedo decirte es que siempre hay un resquicio de luz al que aferrarse. Taima es eso. Y quizá podría llegar a ser mucho más.

—No puedo arriesgarme. —Negué con la cabeza—. A ninguno de los dos nos apetece ver a un balberin en medio de la aldea; además, me niego a que John tenga que hacer los honores. No se merece pasar otra vez por algo así.

—¿Otra vez?

—Su padre.

—Entiendo.

Ishna se quedó en silencio y se tomó su tiempo en procesar aquella información. Un balberin. Un demonio cuya fuerza y agilidad superaban al del cazador que había sido y cuya piel solo rezumaba maldad.

—En tal caso, si ese es tu mayor miedo, tengo un trato que proponerte, caminante.

—Yo no he dicho eso, pero te escucho. —Ladeé la cabeza para observarlo, porque sentí la solemnidad que había en sus palabras. Una promesa.

—Si ese momento llega, prometo liberarte de esa maldición. No será tu amigo el que deba acabar con esa amenaza. ¿Me crees capaz de hacerlo? ¿Matar a un balberin?

Lo estudié. Pocos cazadores podrían enfrentarse a alguien así y salir victoriosos, pero tuve la certeza de que Ishna disponía de esa destreza. Era anciano y había una frialdad en su mirada que me era conocida. No titubearía. Acabaría con mi vida y liberaría a John y al resto de los cazadores que ahora consideraba mis hermanos del aprieto de tener que hacerlo.

—Sí. —Me mordí el labio inferior, porque no es que fuera a solucionar mi actual problema, pero sí me daría un poco de paz. Saber que John no tendría que volver a pasar por aquello—. Lo que no tengo claro es qué puedo ofrecerte yo a cambio.

—Haz feliz a Taima. —Me tensé y una pequeña sonrisa iluminó su rostro, como si mi reacción no le hubiera sorprendido, más bien al contrario—. Déjala que intente ayudarte a reponer tus fuerzas; para ella es importante.

¿Solo eso? ¿Dejar que Taima jugara a hacer de chamana mientras yo fingía descansar un rato para que pudiera saborear una falsa victoria? Era un capricho estúpido, pero las palabras de Ishna eran firmes. Hacerla feliz. Solo eso. Podía hacerlo.

—Puedo intentarlo. De acuerdo.

—Así sea, entonces. —Ishna me tendió el brazo y lo acepté. Un pacto entre dos iguales. Dos hombres a los que les perseguían las sombras, pero seguían adelante.

XX

TAIMA

ISHNA se fue en busca de Jason. No tenía claro si verle me ayudaría a aclararme la cabeza o, al contrario, haría que todo fuera más confuso, si eso era posible, pero necesitaba descansar. Y si la sangre de los que habíamos perdido protegía aquella tierra, tenía el presentimiento de que la mía también serviría.

Me senté en una roca, cerca de la gran hoguera que había en el centro de la aldea. Esa en la que compartíamos comida, conversaciones y alrededor de la cual solíamos bailar las noches festivas, aunque mis ánimos no podían ser menos joviales que en esos momentos.

También aquí celebrábamos a los caídos.

Y a los que caerían.

Un Nuevo Alzamiento.

Desposar a un hombre.

Un cazador.

Koda había sido mi referente durante toda mi vida y le amaba.

Jason no era más que un distante y frío caminante que a veces parecía menospreciarme, pero que era capaz de despertar algo en mí a lo que no sabía ponerle nombre. ¿Deseo? Sí. Pero no tenía claro que a eso se le pudiera llamar amor. ¿Acaso lo era?

¿Qué sabía yo de lo que unía a un hombre y a una mujer?

Poco, en realidad, porque nunca me había permitido amar ni pensar en ser amada de aquella manera. Amaba a mi pueblo y a los que eran los míos. A Ishna Witca y a Koda, pero no como ama una mujer a su hombre. Era algo que ahora se me hacía evidente, porque si no hubiera sido Koda, si la única opción fuera desposar a Ishna, lo haría, sin más. Incluso si no le deseaba de aquella manera.

Cerré los ojos y reviví el momento en el que Jason había salido del lago totalmente desnudo, cómo mis ojos habían bebido con avidez aquella imagen, y algo en mi interior se aferraba a ese turbulento recuerdo. Cómo mis dedos sentían un trémulo hormigueo mientras, aún inconsciente, rozaban la piel de su cuerpo. El deseo que despertaba en mí era fuerte y nada tenía que ver con lo que sentía por Koda. Él me recordaba la seguridad de un hogar y la calma que precede a la tormenta. Había dormido a su lado durante largas y frías noches de invierno y sus brazos solían envolverme para prestarme parte del calor de su cuerpo y, sin embargo, jamás había deseado descubrir su cuerpo y, mucho menos, que me tocara de la forma que ansiaba que aquel extranjero lo hiciera.

Su mirada.

Era oscura.

Y me perdía en ella.

Quizá era mi maldición.

Porque se estaba convirtiendo en mi debilidad.

Lo que despertaba en mí.

Era algo que me era totalmente nuevo.

No podría decir si lo amaba, porque apenas lo conocía, pero no podía negar que ansiaba verlo y sentirlo de una forma que solo podía significar que estaba enamorada.

El porqué, no lo sabía.

Que complicaba todo lo que estaba por venir, no tenía ninguna duda al respecto.

Me sentía perdida. Si Ishna estaba en lo cierto, si Jason se había hecho con el control de mi

corazón y me entregaba a Koda, a otro hombre, tal vez la magia antigua que latía en mí no despertaría. Nunca. ¿Cómo derrotaría a Ewah? ¿Cómo encontraríamos las minas de plata? ¿Cómo…?

Quise pensar que John y Aria encontrarían una forma. Parecían seguros de que había un camino. Uno en el que mediante máquinas podríamos acceder a aquellos túneles. Uno en el que yo no era la mano que le daba muerte. A Ewah. Y al hombre del que me había enamorado.

Quería fingir que existía otro camino.

Pero sabía que esa no era la historia que estaba por venir.

Esa era mi marca, la del futuro. Uno en el que mis manos estaban teñidas de sangre y se escuchaba un grito agónico que ahora no tenía del todo claro si era de Ewah, de Jason, o tal vez mío.

¿Cómo podía siquiera pensar en casarme con la persona a la que debía dar muerte?

Que eso no significaba que él fuera a aceptarme.

Quiero decir que yo no vestía ropa elegante, como lo harían las mujeres a las que él admiraba. Existía un abismo entre nosotros. El cuero y las plumas que cubrían mi cuerpo contrastaban con los trajes occidentales que solía vestir el cazador.

Era un aristócrata estirado, había dicho Elena, en algún momento; y aunque a mí eso me caía como algo muy lejano, supuse que eso le haría superior a los que eran como yo. Mitad salvajes. Era como siempre nos habían considerado los hombres blancos, tal vez algunos de sus antepasados. Menospreciaban nuestra forma de vida. De pensar. De sentir. Y de amar. ¿Cómo podía siquiera plantearme hacerlo?

Y, sin embargo…

Lo había visto en una de nuestras canoas, su mirada en el horizonte, estudiando el entorno, como solían hacer nuestros guerreros. Sentía la tierra, esa que nos sostenía, y mi conexión con ella como si fuera un chamán. Entendía lo que yo era de una forma que ni siquiera yo hacía. Era como si, con nuestras diferencias, nos complementáramos. Y eso estaba bien, porque debería ser algo bueno, algo que fortaleciera un enlace.

El matrimonio más corto de la historia sería el nuestro.

Sonreí, por no llorar.

Creo que ya no me quedaban más lágrimas por liberar. Ni una sola.

Tendría que vivir con mi dolor y con mis decisiones. Las que fueran.

Lo más posible es que se limitara a rechazarme, si seguía el consejo de Ishna y me dejaba guiar por mi intuición más que por mi sentido común.

Koda era la mejor opción.

Confiaba en él ciegamente, hasta el punto de entregarme a él en cuerpo y en alma. ¿Por qué, entonces, se me hacía un nudo en el estómago al pensar en convertirme en su mujer?

—¿Quieres un poco de compañía? —Aria me sonrió con timidez.

Detrás de ella estaba Elena, que parecía intentar mantenerse comedida, incluso si no era mucho su estilo. Era una mujer fuerte, con una alegría que era hasta contagiosa.

—Claro.

—Creo que esta noche será tranquila —murmuró Elena mientras se sentaba a mi lado.

—Melanie se ha quedado en la tienda, ha bebido demasiado. —Aria mostró una pequeña sonrisa en su rostro—. Leia ha salido con Anthony, creo que a patrullar, pero tampoco es que esté muy segura.

Se sonrojó, pero no dijo nada más. Lo que fuera que estuvieran haciendo esos dos no era de mi interés ni incumbencia.

—¿Estás bien? —se interesó Elena y enseguida añadió—: No tienes que decirnos nada, y seguro que necesitas tiempo, pero tenías mala cara antes, ¿te sientes un poco mejor?

—Supongo que sí. ¿Cómo conociste a Logan?

—En una discoteca —me contó—. Un lugar de esos en los que se va a bailar y beber.

—Sé lo que es una discoteca. —Su rostro sorprendido me hizo añadir con una pequeña sonrisa—: Fui hasta los dieciséis años al instituto de la reserva, aunque nunca fui a ninguna de las grandes ciudades, así que tampoco es como si hubiera ido alguna vez a una de esas.

—Pues tendremos que apuntarlo en la lista de las cosas para hacer para cuando todo esto pase. Es divertido —sentenció Aria mientras sacaba de la bandolera una bolsa de color blanco y rosa palo.

—Aria adora hacer listas, te aviso.

—¿Eso es algo malo? —cuestioné, intrigada.

—Si luego intenta que hagas todo lo que hay apuntado, sí, es horripilante.

Aria le lanzó una bola algodonosa, de color blanco, que Elena cogió al vuelo y se metió en la boca. Por la expresión de su rostro, debía de ser algo bueno.

—Amo los malvaviscos; es mi última bolsa de la reserva que compré para tener algún tentempié durante los vuelos —me aseguró y al ver mi ceño fruncido añadió—: ¡No me digas que no los has probado nunca! —Negué con la cabeza—. Eso no entra en la lista, le vamos a poner remedio ahora mismo.

Se acercó a Aria para coger una de esas bolas algodonosas y, tras coger un palo y ponerlo en la punta, me lo tendió.

—Ponlo cerca del fuego y cuando empiece a tostarse, pruébalo. ¡Es ambrosía!

Lo hice y, aunque olía raro, acabé metiéndomelo en la boca. Jamás había comido nada tan pringoso ni tan dulce. Tardé un tiempo en decidir si me gustaba, pero al final decidí que Elena tenía razón: estaba muy rico.

—Posiblemente es la cosa más dulce y gustosa que he probado en toda mi vida.

—Y seguramente la menos saludable —me aseguró Elena con una amplia sonrisa—. A mí dame azúcar y un buen vino porque total, la vida es para vivirla, y no sabemos si solo nos quedan unos pocos días, así que… ¡a la mierda!

Aria rio por lo bajo mientras Elena pinchaba dos malvaviscos en su rama al mismo tiempo. Decidí imitarla porque, como ella misma acababa de decir, ¿qué más daba todo? Lo que tenía que ser, sería.

Oponernos al destino era algo que no estaba en nuestras manos. Lo que sentíamos, lo que deseábamos, no importaba. Pero siempre nos quedaría eso. Compartir unos dulces. Junto a una hoguera.

Así nos encontró John poco después: sentadas, palo en mano y una bolsa prácticamente vacía de aquella peculiar chuchería.

—Esto huele a buena vida —nos dijo mientras se aproximaba a Aria, que le acercó la punta de la rama que tenía un malvavisco y él le dio un bocado—. Ishna me ha pedido que me adelante para que te ayudara a prepararlo todo, aunque ese *todo* no tengo la más remota idea de a qué hace referencia.

Ladeé la cabeza. Tenía mis dudas de si Ishna conseguiría convencer a Jason, porque si una cosa tenía ese caminante era su carácter orgulloso y testarudo. Sin embargo, Ishna Witca tenía muchas cualidades y, entre ellas, estaba la paciencia y esa capacidad de observar el entorno y actuar solo cuando sabía qué teclas tocar para conseguir su objetivo. Era un cazador paciente. Daba igual si se trataba de seguir con la mirada el vuelo de un halcón, los pasos de un demonio

que acechaba entre las sombras o abordar a un caminante taciturno. Siempre conseguía lo que se proponía.

—¿Ha aceptado?

—¿Ishna? Sí. —Me sonrió—. ¿Jason? No sabría decirte, pero está de camino y no le ha enviado a la mierda, que es más de lo que me esperaba, la verdad.

—¿Jason? —cuestionó Elena.

—Al margen de lo que pasó anoche, está agotado. Si no duerme o descansa un poco, además de insoportable, lo que sea que le está pasando cada vez le pesará más.

—Pasé un par de noches durmiendo apenas un par de horas, en la facultad, por culpa de un final, y sacó lo peor de mí —admitió Aria.

—Lo confirmo. Lo peor de lo peor —aseguró Elena con una media sonrisa.

—Necesita dormir, aunque después de anoche no sé si le asusta más a él o a mí, de una u otra forma hemos de romper con la carga que lleva encima.

—Y ahí entras tú —intuyó Elena, señalándome.

—Creo que puedo ayudarle.

—Si alguien puede, eres tú, eso está claro —aseguró Aria—. John me dijo que fuiste tú quien consiguió que se calmara y que al final volviera.

—Mucho tiene que ver el atrapasueños —titubeé, tras buscar en mi memoria cómo lo llamaban ellos—. Creo que, con las protecciones adecuadas, podrá descansar. No es mucho, pero es lo único que puedo hacer por él.

—Es más de lo que podemos hacer el resto, así que te lo agradezco. —John me miró y vi una profundidad en sus ojos que me recordó a Ishna Witca—. De hecho, estoy en deuda contigo.

Colocó su puño sobre el corazón en un gesto que era más nuestro que no de la cultura en la que él había sido criado. Que se hubiera fijado en nosotros, en nuestras costumbres, me emocionó un poco. El significado de sus palabras, sin embargo, me hizo sentir la peor de las personas.

Si él supiera lo que estaba por devenir, si lo sospechara, no me miraría de aquella forma, con la gratitud sincera del que siente cierta admiración por alguien.

—Es mi deber. No me debes nada.

John me estudió y se limitó a inclinar la cabeza hacia mí, en una señal de respeto que no me merecía.

—¿Vamos a ver cómo está nuestro gruñón favorito?

—Logan podría competir también por ese título —bromeó Elena.

Sonreí porque, aunque todo estaba mal, quizá todo tendría sentido si ellas seguían con vida y podían seguir riendo y comiendo malvaviscos frente a una hoguera.

John era una persona tan peculiar como útil. En apenas unos minutos elegí las hierbas que consideré apropiadas para poner en el quemador, ajustamos un lecho de mantas limpias bajo *asabikeshiinh,* la tela de araña que atrapaba sueños, que pendía del techo. Solo esperaba que también fuera capaz de alejar al resto de malas vibraciones que existían en su interior.

Era algo que solían tejer las madres para sus hijos pequeños. Decían las leyendas que Asibikaashi, la mujer araña, los tejía para los niños de la tribu, pero cuando empezamos a crecer, y a expandirnos a nuevos territorios, enseñó a las mujeres de la aldea a reproducir sus telarañas para que sus sueños fueran seguros.

La hoguera ardía con fuerza y la temperatura era cálida.

Todo estaba preparado para cuando Ishna Witca entró en la tienda y, detrás de él, estaba el

caminante. Me fulminó con la mirada al entrar, y supe que Ishna debía de haberle tendido algún tipo de trampa.

No era mi problema.

—Veo que no soy el único que consigue llevarte por el buen camino —se burló John y Jason le soltó un gruñido. Elevó el mentón y olisqueó las fragancias que podían percibirse en el aire.

Se giró para mirarme. No esperaba que estuviera emocionado, pero un poco menos de irritación tal vez ayudaría a que se relajara.

—¿Estás segura de esto? —me soltó con un deje amargo.

Elevé el mentón, molesta.

—¿Es necesario que te recuerde que fui yo quien te liberó de la prisión en la que tu propia mente te había aislado?

—No, eso es algo que supongo que te agradezco, pero me parece arriesgado e innecesario recrear lo que fuera que pasó, ¿sabes? —Su tono no se volvió más suave, como si hubiera preferido quedarse allí que verse inmerso en un ritual en el que no confiaba. Su menosprecio me hirió.

—No pensaba que fueras un cobarde…

Otros me habrían gruñido, pero él se limitó a mirarme con esos ojos azules, manchados en negro, mientras cruzaba los brazos sobre el pecho, haciendo que mil arrugas aparecieran sobre aquella elegante camisa que llevaba.

—Luego no digas que no te lo advertí. —Sonó a una amenaza, pero yo no era de achicarme, y la presencia de Ishna Witca me hacía sentir protegida y segura.

—Quítate la camisa. —Apretó la mandíbula.

—¿Vas a volver a untarme todo el cuerpo? —Le lancé una mirada enojada porque su tono sonó despreciativo y no le contesté.

Murmuró algo por lo bajo, molesto, pero empezó a desabotonarse los puños. Le di la espalda antes de que empezara con la parte frontal y me fui hasta el lugar en el que había dejado un viejo ungüento en el que había mezclado tierra y algunas hierbas con efectos sedantes.

—¿Los hombres suelen seguir tus órdenes al pie de la letra? —me cuestionó cuando me giré para enfrentarle. Tenía un cuerpo perfecto. Unos hombros anchos en los que sí podían verse algunas cicatrices que le daban un toque viril, fuerte, porque pese a su ropa no dejaba de ser lo que era: un guerrero.

—Te sorprendería. —Vi que su mirada parecía divertida—. Estírate encima de esas mantas.

—Es una mala idea —masculló por lo bajo.

—Dale una oportunidad, por favor —intervino John; y creo que fue ese tono de súplica, la preocupación en su mirada, lo que hizo que al final cediera y siguiera mis indicaciones—. ¿Quieres que te dé la manita?

—Eres un idiota —le soltó Jason y no pude evitar reírme por lo bajo.

Me acerqué a él y me arrodillé a su lado. Vi que su pecho subía y bajaba, como si intentara hacer respiraciones profundas, algo que estaba bien, porque tenía que relajarse.

—Luke, el hermano de Leia, está intentando integrarse con la gente de la aldea, pero supongo que tú te crees demasiado perfecto como para hacer algo así. —Se quedó callado y ni afirmó ni desmintió mi comentario—. Supongo que da igual.

Empecé a entonar una vieja nana Ojibwe mientras me untaba ambas manos en aquel mejunje antes de colocarlas sobre su pecho. Me estremecí al hacerlo. El contacto de su piel se sentía cálido y un tanto demasiado agradable, porque despertaba en mí emociones que no debería sentir.

Intenté centrarme en el mundo que nos rodeaba y percibí cómo la tierra palpitaba con fuerza. Me obligué a que el deseo que empezaba a aflorar en mi interior pasara a un segundo plano mientras centraba mi atención en las sílabas rítmicas de la canción. Como si de un tambor se tratara, empecé a recorrer su torso y me quedé presa de aquella emoción. De sentirle. De su piel.

Tenía la mandíbula tensa y los ojos cerrados.

Sopesé la posibilidad de que estuviera intentando relajarse, pero todo él se sentía tenso. Y firme. Pocos hombres podrían ser tan perfectos como el que estaba tendido frente a mí.

Cuando acabé de cubrir su torso, usé el resto del ungüento sobre su frente y el puente de su nariz. Poco a poco la intensidad de la nana fue decreciendo y, cuando mi voz dejó de sonar, abrió los ojos como si de un resorte se tratara. Nos miramos. Solo eso.

—Mucho me temo que no ha funcionado. —Por una vez, no parecía molesto. Ni irritado. Como si no le importara. Como si, pese a la carencia de sueño, se sintiera en paz, por primera vez en mucho tiempo.

Le sonreí.

—Eso solo es para alejar a las pesadillas, caminante —le susurré—. La infusión ya debe de estar preparada.

Suspiró, pero me pareció que el hecho de que no protestara era, de por sí, un logro.

—Ve con tu mujer, yo me quedaré con ellos. —Ishna miró a John y vi que él titubeaba.

—Vete, Viejo, estos dos no me van a dejar ir a ninguna parte, y te aseguro que, si sucede algo, escucharás los gritos —se burló él y John, tras poner los ojos en blanco, asintió y salió de la tienda.

Me acerqué y vertí parte de la infusión que ardía sobre el fuego en un cuenco.

Con paciencia, trituré el contenido con el mortero antes de acercarme de nuevo a Jason. Me arrodillé a su lado y él se limitó a observar mis movimientos. No me importó que lo hiciera: su mirada era más dulce que la mayoría de sus palabras.

Dejé el cuenco en el suelo. Aún tenía la palma de la mano izquierda vendada y el corte, aunque no había sido profundo, me escocía, así que me decanté por usar en esa ocasión mi mano derecha. Cogí el cuchillo, pero, antes de que pudiera rasgar mi palma con su filo, Jason me agarró del antebrazo de improviso.

Me quedé estupefacta.

Sabía lo que él era, pero su movimiento había sido tan rápido, tan silencioso, que me había asustado. También la oscuridad presente en su mirada.

—¿Qué se supone que vas a hacer con eso?

—No voy a hacerte daño. —No parecía confiar en mis palabras, así que añadí a trompicones—: Fue mi sangre la que consiguió que despertaras, Jason, así te traje de vuelta.

—¿Tu sangre? —Frunció el ceño y se hizo con el cuchillo, desarmándome. Sentía la proximidad entre nosotros de una forma demasiado evidente. El calor de su cuerpo. Ladeó la cabeza y miró el vendaje que cubría aún mi mano izquierda—. Joder, Taima, no deberías haberte lesionado.

—Hay una conexión entre la tierra en la que estás y mi sangre. Seremos tu escudo. Sé que funcionará. Confía en mí.

Vi como la nuez le subía y le bajaba lentamente, incómodo más que enojado.

Diría.

—No puedes estar hablando en serio —masculló.

—Entiendo que sientas cierta aversión, pero consumimos carne y con ella sangre de animales a diario. Es algo normal en la naturaleza. No te lo tomes como algo personal.

—¿Que no me lo tome como algo personal? —Gruñó.

—Necesitas descansar y ella saber que ha usado su don para ayudar a quien la necesitaba —intervino Ishna, haciendo que me sonrojara porque me había olvidado por completo de su presencia en el *wiigiwaam* con la impresión de la corpulencia de Jason, por la forma en la que aún me sostenía el antebrazo, ya sin el cuchillo, y como dada nuestra proximidad era como si todo su cuerpo me envolviera—. Considéralo un regalo. Una promesa de buena voluntad.

Jason desvió la mirada hacia Ishna y creo que en ese momento hubiera deseado asesinarlo. La poca paz que había podido ver en su rostro había desaparecido y ahora parecía molesto y tenso. Más que de costumbre.

—¿Puedes soltarme ya? —le pedí nerviosa, por su proximidad y todo lo que despertaba en mí al sentir sus manos sujetando las mías. Lo hizo, pero parecía preocupado.

—Pensaba que te habías hecho una herida limpiando juncos, o lo que fuera. —Sonó algo así como a una disculpa—. Aún tienes la herida abierta.

—Solo un poco, pero prefiero usar la otra mano. Si me devuelves el cuchillo, podríamos acabar con esto.

—¿Tienes ganas de jugar a ser la chamana manca de los Ojibwe? —No sé si pretendía ser una broma, pero me arrancó una trémula sonrisa—. Me niego a que vuelvas a lesionarte.

—Apenas rezuma sangre de la otra herida —mascullé, irritada—, pero tú ganas.

Jason frunció el ceño cuando hice el amago de sacarme el vendaje y sus manos buscaron la mía. Su contacto fue electrizante y tuve la sensación de que la tierra temblaba debajo de nosotros.

—No. —Solo una sílaba, que sonó hasta cierto punto gutural, como si le hubiera costado pronunciarla. Vi como inspiraba aire con fuerza, como si le fuera la vida en ello, antes de continuar—: ¿Qué se supone que quieres hacer exactamente?

—Quiero que bebas esta infusión, enriquecida con mi sangre, y luego intentes relajarte mientras canto la historia de nuestro pueblo, esas que se cantan en las noches oscuras a los niños.

—Creo que ya estoy un poco crecido para esas cosas —murmuró, sin dejar de mirarme.

—Tú me has preguntado —contesté en un tono seco, y en sus ojos vi un brillo oscuro, salvaje, peligroso, pero que me atraía de una forma absurda. Incoherente. Inhumana.

—De acuerdo —cedió al fin—. Me tomaré la maldita infusión y beberé tu sangre y hasta te dejaré que me cantes una maldita nana, pero no voy a dejar que nada, ni nadie, ni siquiera tú, vuelva a herirte.

Sonó a una promesa. Una estúpida. Y que no tenía sentido.

Hizo una pausa antes de inspirar profundamente y seguir hablando:

—Si quieres que beba de ti, lo haremos a la antigua usanza. —Su tono sonó molesto, como si aquello le asqueara, pero me mostró dos colmillos de proporciones épicas que habían aparecido en la parte superior de su mandíbula.

—¿Eso es normal?

—Solemos rasgarnos para sangrar cuando intentamos convertir a un mortal en cazador —me informó.

Algo había oído sobre aquello. Sobre el poder de la sangre. El vínculo entre un cazador y el que podía convertirse en su cachorro. Si sobrevivía.

—¿Pretendes morderme? —Quizá debería sentir miedo, pero lo que despertó en mí fue una emoción a la que preferí no ponerle nombre.

—Es la idea, sí. —Suspiró, como si hacer aquello le repateara, pero fuera la única opción válida para él—. Apenas notarás la punzada y la herida quedará sellada en apenas unos

segundos. Me parece más aceptable que el hecho de que no puedas usar ambas manos durante unos días.

Me sostuvo la mirada, mientras yo apretaba los labios. Dejarme morder por Jason no entraba en mis planes. Desvié la mirada hacia Ishna, pidiéndole consejo.

—No miente. No suele ser algo doloroso. —Juraría que estaba sonriendo, pero las sombras no me dejaron ver con certeza la expresión de su rostro.

—De acuerdo, tú ganas —mascullé, molesta—. Bebe esta infusión y después… muérdeme.

XXI

Jason

SE ME ACELERÓ el pulso y sentí mis colmillos ansiando clavarse en su piel. Y no era la única parte de mi anatomía que quería adentrarse en la suya. Me sostuvo la mirada y aquello fue aún peor.

¡Joder!

Apenas había sido consciente de que había rebasado esa distancia de seguridad que me autoimponía en su presencia, porque era demasiado tentador ese olor que desprendía y que parecía llamarme a gritos. Su cuerpo, menudo, estaba prácticamente encajado entre mis brazos y sentía la piel de su espalda contra mi torso desnudo mientras mis brazos la rodeaban como si estuviera abrazándola.

Había sido un maldito acto reflejo.

Solo eso.

Pero es que ver aquel puñal en su mano había despertado en mí algo que no había sido capaz de controlar. Me gustaría pensar que era mi instinto de supervivencia, pero en realidad nunca sopesé la posibilidad de que fuera a clavármelo, porque la forma en la que miró su palma y se mordió el labio inferior, sabiendo que debía hacerlo pero que le haría daño, fue lo que, en realidad, despertó al cazador. Simplemente lo hice: bloqueé su brazo antes de que pudiera hacerse daño.

Su sangre.

Mierda.

¿Era eso lo que me había traído de vuelta?

Por la forma en la que palpitaba mi cuerpo, ansioso, creo que hasta sería capaz de traerme de entre los muertos. ¡La deseaba tanto! El contacto de sus manos sobre la piel de mi pecho había sido la más agonizante y placentera tortura que jamás había experimentado en toda mi vida. Jamás ninguna mujer había conseguido con sus insinuaciones que mi necesidad física se volviera tan agónica y asfixiante.

Y ahora, que la tenía apresada entre mis brazos, antes de tomar la decisión siquiera de hacerlo, solo podía desear recorrer su cuerpo con mis labios, besarla en la boca y en lugares en los que no descartaba que nunca la hubieran saboreado. Deseaba tenderla debajo de mi cuerpo y adentrarme en ella una y otra vez, hasta que la noche diera paso al día.

Jamás me había sentido así. Perdido y arrastrado por algo que no podía controlar. Algo a lo que no podía ponerle nombre. Porque desearla debería estarme prohibido. Beber de ella. ¿Cómo diablos se le había ocurrido a Ishna Witca que eso podía estar bien? ¿Acaso no recordaba la sed del cazador? ¿La necesidad de beber de ella mientras me fundía entre sus piernas y la hacía mía?

Me estremecí porque sus ojos estaban vidriosos y sus mejillas sonrojadas.

Era virgen, me obligué a recordar.

Koda jamás la había tocado.

Y yo solo estaba pensando…

Que estaba demasiado cerca.

Que podía sentir cómo latía el pulso de su cuello, acorde al ritmo de mi propio corazón, como el sonido de los tambores que parecían martillear mi cerebro mientras la tierra que nos sustentaba palpitaba con vehemencia.

Reprimí el deseo de apretarme contra su cadera y obligarla a tomar consciencia de cómo me afectaba la proximidad entre nosotros y esa estúpida petición suya de que la mordiera. Si ella lo

supiera, supuse que se asustaría, en el mejor de los casos. Tal vez sentiría lástima, o quizá un deje de desprecio.

Recordaba como sus ojos habían estudiado mi cuerpo desnudo con avidez, una mezcla de curiosidad y hambre que estaba justificada por su inocencia más que no por su interés propiamente en mi persona. Si apenas había visto a un hombre desnudo, ¿cómo no iba a hacerlo con el primero que se encontrara exhibiéndose frente a ella?

Inclinó la cabeza, para dejarme un mejor acceso a su cuello y vi que cerraba los ojos.

¡Joder! Me quedé quieto, con el miedo de perder el control y que me cegara el deseo, y fue entonces cuando escuché un carraspeo.

La presencia del cazador me obligó a reaccionar, aunque tardé un tiempo en recordar que no estábamos solos. No sé si eso me irritó o, por el contrario, suspiré agradecido, sopesando el hecho de que tener un testigo me ayudaría a controlar mis instintos de depredador. Algo que estaba bien, porque Taima tenía que casarse a la mañana siguiente.

Qué pensaría Koda cuando viera mis colmillos marcando algún punto al azar de su cuerpo, era un tema en el que decidí no pensar. No descartaba que Ishna Witca lo supiera, lo de que Taima pretendía usar su sangre para neutralizar mis sombras durante unas horas, y de ahí aquella formal promesa que me había hecho.

Aceptaría la sangre de su descendiente, como si solo fuera un regalo impersonal que ella quería hacerme por el hecho de que yo estaba bordeando el filo del precipicio y su sangre podía ser un instrumento para allanar aquel peligroso camino. Por ser una chamana. Una Bendecida. No porque fuese la mujer a la que amaba. La que había despertado la sed de un cazador que pensaba que jamás experimentaría aquello. Y, si llegaba el momento, él me daría muerte.

Era un buen trato.

En realidad, yo siempre salía ganando.

Me separé de ella con movimientos lentos, controlados, porque no quería asustarla y, al mismo tiempo, necesitaba toda mi capacidad de autocontrol para alejarme de su cuerpo. De aquella fragancia adictiva que desprendía y que me estaba volviendo loco. En todos los aspectos posibles.

Abrió los ojos y vi en su mirada una mezcla de inseguridad y decepción, como si pensara que había fracasado. Que había rechazado lo que ella era. Ese regalo estúpido que había decidido darme sin tener la más remota idea de cómo podía afectarme beber de ella. Incluso si sabía que ya no había vuelta atrás, que jamás dejaría de desearla con aquella vehemencia y necesidad que sentía.

—Has dicho algo sobre una infusión. —Sus ojos volvieron a llenarse de vida y me encontré sonriéndole, pero no con ese deje arrogante, distante, con el que solía escudarme, sino intentando mostrar una complicidad que me sabía a poco, porque lo que en realidad quería en esos momentos era a ella. Desnuda. Entre mis brazos, estremeciéndose de placer.

Mala cosa.

Koda era una opción mucho mejor que yo.

Por no decir que ellos gozaban de una historia y yo no era más que un experimento.

Me tendió un cuenco con cierta timidez, sin mediar palabra, y lo bebí del tirón, sin dejar de mirarla. No fui capaz de preguntarle o soltarle algún tipo de pulla sobre qué diablos había puesto allí dentro. Me notaba la boca seca y aquel brebaje no había cambiado ese detalle. Era como si todo mi cuerpo estuviera a la espera, anhelante, de algo mucho más dulce, de lo único que podría aplacar lo que yo era. O lo que ella se estaba convirtiendo para mí.

Me pasé la lengua por los labios y su mirada se desvió en esa dirección, haciendo que sintiera

un tirón entre los pantalones. No sería el primero. Ni el último. Ignoré mi erección. Me importaba bien poco lo que Ishna pensara, pero no quería que ella pudiera sentirse cohibida o molesta por aquella muestra de excitación evidente, así que cambié de posición para que fuera lo menos notoria posible mientras le devolvía el cuenco.

—¿Y ahora? —me preguntó con una timidez que hizo que se estremeciera algo en mi interior.

—¿Me permites? —Expuse la palma de mi mano frente a ella. Titubeó, pero al final colocó la suya sobre la mía. Nuestros ojos fijos en el otro.

Me hubiera gustado alargar ese momento hasta el fin de los tiempos. Los míos, al menos. Esperaba que Ishna y Koda velaran por ella, una vez su magia hubiera despertado, cuando yo ya no estuviera. No soportaba pensar que lucharía en primera línea, que expondría aquel cuerpo diminuto, en comparación con el mío, contra el mal que se ceñía frente a nosotros en el horizonte. Por un momento, deseé que no lo hiciera. Que se negara a perder su virtud y siguiera viviendo en la aldea, como siempre había hecho, sin más preocupación que los cambios de tiempo y las cosechas.

Era una esperanza caduca, lo sabía, porque sabía que Koda tenía razón. Lo haría. No por ella, sino por todos nosotros. Igual que ahora me estaba ofreciendo su sangre. Era una mujer que daba, sin exigir nada a cambio. Y eso la hacía tan única como genuina, pero la convertía en un objetivo fácil de la creciente maldad que había en el mundo. Y ya no estaba pensando solo en demonios y monstruos. No quise pensar en cómo habrían sido para ella aquellos años estudiando lejos del poblado. Sin sus montañas nevadas, sus espíritus y su gente.

—¿Estás segura? —Asintió y tragué saliva con dificultad—. ¿Estás segura de que puedo morderte?

—Sí.

Ya no había vuelta atrás.

Solo en sus ojos conseguí encontrar la calma y entrelacé mis dedos con los suyos, lentamente, deleitándome en la sensación de tener su piel rozando la mía. Tiré con suavidad de su brazo y, aún con nuestras manos enlazadas, desplacé su muñeca hasta que quedó expuesta, frente a mí.

—Aún puedes desdecirte —le indiqué. Estaba nerviosa. Asustada, tal vez.

—Solo hazlo.

Me incliné para rozar con mis labios la piel sensible que recubría las venas de su muñeca y me obligué a no besarla, aunque me permití captar su olor para recordarlo en mis horas más oscuras.

No quise alargar aquella agonía. El deseo que despertaba en mí.

Clavé mis colmillos, atravesándole la fina piel de su muñeca y empecé a succionar con suavidad. Su sangre era dulce y sabía a vida, a tierra, al rocío de la mañana y la calma de las noches de invierno. Una mezcla de confusión y deseo me arrolló entonces y supe que no era solo mío cuando escuché que gemía, pero tuve la certeza de que no era de dolor. O de miedo.

Quizá ya había cumplido con mi cometido, pero me permití seguir anclado a su cuerpo, bebiendo de ella, mientras buscaba su mirada.

Tenía los ojos cerrados, y por su expresión supe que se estaba dejando llevar por el placer que aquello le estaba proporcionando. Me obligué a recordar que no estábamos solos, porque se la veía tan hermosa, tan perfecta, que era tentador convertir lo que estábamos compartiendo en algo mucho más físico.

Cerré los ojos, disfrutando de la sensación de que ella me diera parte de lo que era y deseando poder hacer por ella lo mismo, pero sabiendo que lo que yo era nunca sería suficiente. Estaba roto, contaminado. Las sombras que se ceñían sobre mí eran demasiado evidentes. Y ella era luz.

Una luz cuya pureza eclipsaba a todas las otras. Era imposible no desearla.

Sin embargo, me tomé mi tiempo allí, saboreándola, mientras ella se tensaba y apretaba los labios con fuerza, intentando reprimir otro gemido y un olor embriagador me golpeó de lleno. El de su deseo.

Solo entonces fui consciente de que debía separarme de ella antes de que aquella vorágine en la que nos estábamos viendo sumidos se nos descontrolara a uno de los dos y acabáramos deseándonos u odiándonos a partes iguales. Antes de que mis labios buscaran lo suyos. De que enviara a Ishna a darse una vuelta y le obligara a darnos la intimidad que necesitábamos.

Nunca había bebido antes de una mujer y no tenía la certeza de si aquello era habitual, pero preferí no obsesionarme al respecto. Solo haría que me sintiera aún más confuso. Y que dejarla ir fuera aún más difícil de lo que ya era.

Hice acopio de mi autocontrol y me separé de ella. Mis ojos buscaron los suyos y vi que los abría poco a poco, como si se sintiera confundida y ansiando que aquello no se hubiera acabado tan pronto. Como si ella también deseara algo más.

Le temblaban ligeramente las manos, aunque me aseguré de que la que yo le sostenía se mantuviera firme. Sus mejillas estaban sonrojadas, sus pupilas dilatadas y sus labios secos. Sería tan fácil inclinarme para llegar a ellos. Humedecerlos con mi lengua. Besarla. Hasta el fin de los tiempos.

No le pregunté cómo estaba, porque ambos teníamos la respiración agitada y sería estúpido fingir que nada había pasado. Mentirnos.

—¿Y ahora? —indiqué con un tono indiferente, obligándome a liberar su mano y asegurar que la distancia entre nosotros me ayudara a no abalanzarme sobre su menudo cuerpo.

—Deberías estirarte —tartamudeó, como si, de repente, estuviera cohibida, pero poco a poco fue recuperando esa seguridad que la caracterizaba—. Yo velaré tus sueños.

Relajarme, con ella cerca, después de sentir su sangre, la conexión de lo que ella era con lo que latía en mi interior, era una apuesta poco probable, pero decidí ceder porque ella era la que me lo pedía. Y deseaba complacerla. Quizá esa era la única forma que tenía para hacerlo, pese a que yo deseaba un algo mucho más grande.

—No soy el único que necesita descansar —opiné, porque sabía que ella había estado a mi lado la mayor parte de la noche pasada; aunque había dormido algo durante la mañana, no podían haber sido más que unas pocas horas. Me giré para mirar a Ishna—. Si no funciona, no permitas que se pase la noche aquí en vela.

Me sostuvo la mirada, pero nos observó a los dos.

—Taima suele ser un tanto testaruda. —Vi de reojo que ella fruncía el entrecejo, molesta—. Pero puedo intentar que, si el cansancio hace mella en ti y tus sueños son tranquilos, ella se preocupe más por su descanso que del tuyo.

Taima quiso protestar, pero bastó una mirada solemne de Ishna para que asintiera, aunque lo hizo de mala gana. Me tumbé de lado, sobre las mantas, y Taima me cubrió con unas pieles, como si fuera una amorosa madre cuidando de su descendencia.

Esperaba que pudiera hacerlo. Cuidar de ellos.

Empezó a entonar una canción. Una nana, me había dicho.

El ritmo consiguió atraparme. O quizá fue su voz.

Las sombras empezaron a ceñirse sobre mi mente, pero aquella melodía me transportó a un lugar seguro. Un sitio donde solo había luz. Y en él solo estábamos Taima y yo. Haciendo el amor.

XXII

TAIMA

SUS OJOS se cerraron, pero no fue hasta varios minutos después que su respiración se volvió rítmica y pausada. Durante todos esos minutos intenté poner en orden todo lo que despertaba en mí. Lo que había sentido cuando había estado alimentándose de mi sangre. El placer. El deseo. La nebulosa que había cubierto mi mente y la necesidad de sentir su cuerpo junto al mío.

¿Lo amaba?

¿Podía hacerlo si era poco más que un desconocido?

Era atractivo de una forma que debería estar prohibida. Ahora que la barba incipiente empezaba a darle un toque un poco más salvaje y veía sus musculosos brazos con las marcas de las batallas que había luchado, era innegable sentirle mucho más próximo que al distante inglés que solía vestir elegantes y caros trajes.

Poco a poco fui apagando mi voz mientras hacía que el ritmo se volviera más pausado. Era absurdo, pero era como si deseara que cada sílaba, cada palabra, le acariciara. Quizá no su cuerpo, pero sí su alma. Esa que yo sabía que tenía más de un pedazo y, aun así, él seguía luchando.

Para cuando se hizo el silencio en la *wiigiwaam*, lo observé dormir. Su respiración, tranquila, parecía transmitir calma.

—¿Crees que funcionará? —le cuestioné por primera vez a Ishna.

Mi antepasado se acercó a nosotros y lo observó.

—Creo que sí. Tu sangre es poderosa, pero aún más en él. —Lo observó y luego desplazó su mirada hacia mí—. La sangre, para nosotros, no es más que una forma de afianzar nuestros vínculos dentro de la familia, una transición de la mortalidad a lo que ahora somos. Sin embargo, en algunos casos, puede ser un punto de unión de un algo mucho más poderoso. Una conexión entre dos almas que viene dada por el amor. —Me estremecí—. Igual que un hombre y una mujer pueden vincularse físicamente y crear un ser nuevo, algo así sucede con el ritual de la sangre entre un cazador y una mujer.

—¿Qué quieres decir? —me asusté—. ¿Qué significa entonces lo que acabamos de compartir? ¿Él y yo…?

Ishna negó con la cabeza mientras intuía cuál había sido mi pregunta. Si lo que acababa de suceder nos vinculaba, a Jason y a mí, de alguna forma mística.

—El vínculo entre un cazador y una Mística se forma en un acto que implica la unión física, pero también la espiritual —me contó—. Lo que acabáis de compartir podría considerarse el preámbulo de un algo mucho más grande. Y poderoso. Algo que, quizá, podría despertar tu poder como Mística.

Me sonrió, como si sintiera cierta satisfacción y pena al mismo tiempo, al recordar aquello.

—Es imposible que él me ame. Apenas soy una desconocida en la que solo confía en parte —negué.

—Tengo la certeza de que Koda te ama, pero también de que este hombre te desea y que despiertas en él la sed del cazador. —Se acarició la barbilla—. Eso no debería preocuparte. La respuesta que debes buscar es qué sientes tú; con quién desearías pasar el resto de tu inmortalidad.

—Con vosotros —repuse, alzando el mentón—. Sois y siempre seréis mi familia.

Ishna me sonrió.

—Lo seremos, sí, siempre, te cases o no con Koda. Eso nunca cambiará. —Me sostuvo la mirada y no fui capaz de decir nada más. Las dudas. Debilitándome desde dentro—. Deberías descansar, se lo hemos prometido.

Apreté los dientes, molesta. No quería estar en ningún otro lugar que allí, asegurándome de que el sueño de Jason fuera tranquilo y reposado.

—¿O acaso quieres dormir a su lado? —Me sonrojé al ver la mirada entre divertida y acusatoria de Ishna Witca.

Me levanté, muy a mi pesar, tras lanzarle una última mirada. Dormir entre sus brazos. Sería totalmente inapropiado. Incluso si con Koda lo había hecho un sinfín de veces y jamás se había sentido de aquella forma.

Me escabullí de la tienda y deambulé entre las sombras de la aldea. No me sentía capaz de dormir en aquel momento, porque estaba demasiado agitada. Como si necesitara algo más. Algo que mucho tenía que ver con Jason. Algo que no podía permitirme.

Desearle.

Amarle.

Tal vez.

Fueron las voces de las Místicas, en la hoguera, las que captaron mi atención. No estaban solas, varios cazadores las acompañaban. Ya no había malvaviscos calentándose en el fuego, pero me gustó admirar la complicidad que compartían.

Me quedé allí, oculta entre las sombras, observándolos. Pude sentir la conexión entre ellos. Las Místicas y los caminantes que eran sus guardianes. Sus amantes. Aquellos con los que compartían ese vínculo físico y espiritual que ahora entendía que, de alguna forma, les fortalecía a ambos.

—Yo creo que lo de los fuegos artificiales es importante —aseguró Melanie y escuché alguna que otra risa. Estaban las cuatro. Dante, John y Anthony las acompañaban. Solo faltaba Logan, que debía de estar con el resto del grupo, patrullando. Era un buen líder. Podía sentirse por la forma en la que sus hombres lo admiraban y cómo predicaba con el ejemplo.

—Lo son —sentenció Elena.

—Es que hacen que lo que parece imposible deje de serlo. Amar a otra persona, incluso si le da por meterte una bala en el cuerpo —intervino Anthony con un tono que sonó hasta alegre, para ser él, quiero decir.

Escuché algunas risas y la voz un tanto aguda de Leia, usando un tono provocador, le respondió al momento:

—Eso te pasó por capullo.

—¡Así se habla! —Esa era Melanie; supuse que en algún momento había abandonado la idea de quedarse en la tienda durmiendo la mona.

Fue entonces cuando Anthony le pasó un brazo por encima de los hombros y la besó en la cabeza, sobre su rebelde melena pelirroja. Un gesto cualquiera que hizo que algo en mí se quebrara. Una lágrima cayó por mi mejilla. Ese tipo de amor. La conexión entre ellos. Había podido sentirla, cuando los había conocido, pero solo ahora entendía la forma en la que se reconocían. La forma en la que se *amaban*.

—No sabes de lo que eres capaz hasta que encuentras la motivación adecuada —opinó Aria.

—¿Yo soy esa motivación? —ronroneó John. No necesité acercarme para saber que se había puesto colorada. Él se inclinó hacia ella y decidió que era el momento perfecto para besarla allí en medio, frente a todos, con la pasión del cazador, como si le entregara en ese beso todo lo que

era. Y lo que podían llegar a ser juntos.

—¿Qué pensáis que hará Taima? —cuestionó Leia tras juguetear con una rama que prendió fuego y acabó arrojándola a la hoguera.

—Follarse a Koda, dudo que sea tan tonta como para no aprovecharse de la situación —soltó Melanie—. ¡Ese tío está cañón!

Dante le golpeó el hombro con el costado y ella se limitó a reírse mientras se acurrucaba contra él de un modo totalmente zalamero. Supongo que consiguió lo que quería, porque en vez de enojarse, la apretó contra su costado.

—Como Mística, su poder le permitirá protegerse de las amenazas que tenemos en el punto de mira —opinó Anthony—. No sé cómo debe de vivir ella eso de ser una chamana, pero sí que es una mujer muy protectora con los suyos. No se arriesgará a que Ewah acabe destrozando todas las reservas de esta zona si cree que aceptándole puede evitarlo.

—Es muy protectora con los suyos y también con los que acabamos de llegar —opinó John—. Lo hará.

Estaba en lo cierto. Lo haría.

—Al que no entiendo es a Koda —intervino entonces Elena, mordiéndose el labio inferior. Me tensé.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Aria.

—Si yo llevara deseando a una persona desde tiempos inmemoriales y el mundo me hubiera puesto la excusa para acostarme con ella, estaría arriba de todo de la ola —repuso ella tras un titubeo.

—¿Qué significa eso de la ola? —cuestionó Dante y agradecí su intervención.

—Con un subidón considerable, ya sabes… ¿recuerdas? —Se miraron, solo eso, y pude sentir la tensión, la atracción, entre ellos, en la tierra que los sostenía.

—Es como si fueran familia —sentenció Anthony—. Solo espero que lo que sienten el uno por el otro sea suficiente.

—Tú también crees que no hay fuegos artificiales entre ellos —puntualizó Elena.

—Yo creo que él la quiere —opinó Aria—. La sigue con la mirada y está pendiente de todo lo que hace o deja de hacer. Y ella también le busca. Quizá nunca se han mirado de esa forma, pero eso no significa que lo que sienten el uno por el otro no pueda evolucionar.

—Quizá es solo cuestión de tiempo —admitió John.

—Pues de eso no nos sobra mucho.

—¿Habéis descubierto algo más sobre la daga de plata o cómo narices vamos a hacer para encontrarla?

—La zona que ha marcado Ishna en el mapa no es muy extensa, aunque nos llevará varios días explorar todo ese territorio, lo que supone que la partida que vaya en su búsqueda será susceptible de encontrarse con cualquier tipo de tropiezo.

—Con tropiezo, te refieres a ¿un grupo de dumas? —le cuestionó Melanie a John.

—En el mejor de los casos.

Ewah.

Me estremecí ante aquella posibilidad.

—Si resulta que Taima es una Mística de tierra que puede, de alguna forma, acelerar el proceso para acceder a las minas, nos vendría bastante bien —admitió John—. Si ella descarta lo de vincularse a Koda o su poder acaba siendo algo totalmente diferente, mi idea es ir a la ciudad para conseguir todo el material necesario para estudiar el subsuelo. De momento ya hemos dado órdenes para reagrupar aquí al resto de la familia y he conseguido un par de helicópteros

militares para los desplazamientos, pero no dispondremos de ellos hasta de aquí a tres o cuatro días, cinco a lo sumo.

—Dais por sentado que la daga estará en esas minas —intervino Dante—. Quiero decir que hay tan pocas cosas que no haya estudiado o localizado el hombre, que no descarto la posibilidad de que ese puñal haya acabado en un museo, y que nos encontremos teniendo que atracarlo.

—Pues creo que el pasamontañas te dará un toque de lo más *sexy* —bromeó Melanie.

—Es una teoría interesante que deberíamos tener en cuenta —admitió John—. Necesito un generador eléctrico, uno que se recargue con placas solares, para poder convertir esto en algo parecido a una base.

—Lo veo —sentenció Aria—. No podemos cargarle a Taima el peso de todo esto, centrarnos en si se convierte o no en Mística.

—Estoy de acuerdo, aunque, la verdad, ya sabéis que soy de las que piensan que todo se ve de otra forma tras un buen polvo —aseguró Melanie y Elena rio por lo bajo—. No puedo negaros que me preocupa porque siento que todo lo que vamos descubriendo, lo que está pasando, siempre nos acaba llevando hasta ella.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Anthony.

—El collar —respondió Melanie—. Le pertenece, no me preguntes por qué, pero lo sé.

—Que fuera su antepasada la que lo desterrara —añadió Elena.

—Ella había visto en sus sueños el puñal —murmuró Aria y, tras un titubeo, añadió—: Creo que será ella la que lo encuentre. Que el collar es algo así como una llave, algo que le enseñará o le mostrará el camino.

—Pues nada, hemos llegado a la conclusión de que la mejor opción sería un mordisco y un buen polvo —masculló Melanie, pero esta vez no parecía alegre al decirlo. Estaba preocupada—. Menudo marrón, pobre chica.

—No tiene por qué hacerlo sola —sentenció Elena—. Se nos da bien eso, lo de mantenernos unidas.

—Lo veo —sentenció Melanie—. Hemos pasado de ser cuatro Bandidas a cinco Molonas, no es un mal plan.

—¿Creéis que algún día se lo deberíamos explicar a Nora? —Vi que se miraban en silencio, pero ninguna respondía.

—¿Quién es Nora? —preguntó Leia.

—Una de nuestras mejores amigas —intervino Elena—. Le hemos ocultado más cosas de las que nos gustaría, pero es que ella tiene una vida normal, con su novio de siempre, y explicarle que se acerca el fin del mundo pues como que le quita a uno el buen rollo.

Me alejé de la hoguera, fundiéndome entre las sombras, con los silenciosos pasos del que no quiere ser visto ni oído, mientras ellas debatían qué hacer respecto a su amiga.

Desvié la mirada hacia la *wiigiwaam* en la que dormía Jason apenas una fracción de segundo y sentí una presión oprimiéndome debajo del pecho.

Mi destino estaba ligado al de Ewah y también al de aquel hombre.

Por si eso no fuera poco, debía convertirme en Mística.

¿Podría desafiar lo que era inevitable si conseguía ese tipo de poder?

Cerré los ojos, porque desconocía aquella respuesta y los espíritus no parecían tener intención de dármela.

¿Qué me había dicho Boodawaanakwe*?*

Que, llegado el momento, haría lo que debía.

Sentí que algo me quemaba por dentro. Lo haría. Igual que había hecho ella. Un sacrificio.

Ese era el recuerdo impreso en su nombre, «la que da algo sagrado».

Suspiré.

Si Aria estaba en lo cierto, debería guiar a los caminantes hasta las minas de plata que había ocultado un viejo dios Ojibwe de los hombres. Ellas confiaban en que encontraríamos allí el puñal de plata, ese que usaría para que mi puño se tiñera de sangre.

Lo haría por mi pueblo, sí, pero también por todos ellos.

No importaba todo lo que nos hacía diferentes: lo que compartíamos era mucho más relevante.

Fue esa consciencia la que me ayudó a saber cuál debía ser mi elección.

Entendí que mi vida y mi destino estaban ligados al sufrimiento de las que me habían precedido. Y a su sacrificio.

XXIII

JASON

LA NIEBLA se disipó y me incorporé de golpe.

Tardé unos segundos, escasos, en recordarlo todo.

A Ewah, sí, en primer lugar.

La aldea.

La tienda, la *wiigiwaam*, como solía llamarla ella.

Taima.

La busqué a mi lado y sentí el vacío de su ausencia.

Cerré los ojos y me deleité en los recuerdos.

El sabor de su sangre.

Su voz.

—Ni tan mal, ¿no? —me preguntó una voz.

Por una vez, agradecí que no fuera John. Él me sabía leer, incluso cuando no decía nada y le colocaba una venda sobre sus ojos. Logan, en cambio, era otra cosa.

—No sabría decirte. —Abrí y cerré el puño. Una fragrante mentira. Me sentía mucho mejor. Más fuerte. Y mucho menos cansado—. ¿Cuántas horas he dormido?

—No muchas. Nueve o diez, no más.

Asentí.

Para todas las que me había privado, no eran muchas, estaba en lo cierto, pero no recordaba haber dormido nunca con esa sensación de paz interior.

—Dime que ha sido una noche tranquila —le pedí mientras me incorporaba. Me estudió, como esperando que lo hiciera con movimientos pausados y que volviera esa sensación de inestabilidad que arrastraba desde la noche anterior, pero no fue el caso.

—Lo ha sido. Nada se ha acercado al perímetro, y desde que he relevado a Ishna diría que tus sueños han sido tranquilos. —Asentí—. En un par de horas convocaremos al consejo.

Tragué saliva.

—¿Qué necesitas que haga? —Lo que fuera, por evitar la agonía de esas horas. De hacer una estupidez. Necesitaba mantener las manos y la mente centradas en algo. Lo que fuera.

—Nicholas ha ido a recoger leña para los nativos. Podrías echarle una mano, si te encuentras bien.

—Iré a su encuentro —anuncié.

—Date un baño primero, nuestra pequeña chamana te ha vuelto a dejar pringado. —Ni siquiera me había percatado de mi pecho desnudo y los restos que lo cubrían. Las marcas irrefutables de que sus manos habían estado recorriendo mi cuerpo.

—Es una buena apreciación. —Odiaría hacerlo. Liberarme de la prueba fehaciente de lo que había sucedido anoche—. Luego iré a su encuentro.

—Jason, una cosa —me dijo antes de que saliera de la cabaña, con ropa limpia en la mano—. Me alegro de que vuelvas a ser un poco más tú. John tenía razón. Necesitabas descansar.

—Supongo que sí.

O, tal vez, lo que necesitaba era a aquella fascinante mujer que en un par de horas pertenecería a otro cazador.

Mi suerte parecía estar mejorando, pero no era tan estúpido como para no darme cuenta de que, en realidad, ahora el golpe sería aún más duro de lo que me había planteado.

No volví a la aldea hasta haber acabado con mi cometido. No podía evitar presenciarlo, pero no es que me apeteciera hacerlo. Al menos, Logan estaba en lo cierto. Me sentía un poco más yo. Más contenido. Más seguro de mí mismo.

Mi tacha seguía allí, pero la magia de aquella tierra me hacía sentir más fuerte. Como si ahora, después de haber bebido de Taima, me reconociera de una forma única, y hasta diría íntima.

Me coloqué en un lateral y, una vez más, Dante hizo lo mismo. Crucé mis brazos sobre mi pecho y me limité a que llegara el fin del mundo. Para cuando ella entró, Logan y John estaban en el centro, junto a Ishna Witca y Koda.

Se hizo el silencio y Koda dio un paso hacia ella. Colocó un puño sobre su corazón, recordándole, supuse, la promesa que le había hecho.

—Ahora y siempre. Sabes que puedes confiar en mí. Te amaré, Taima, y te protegeré, hasta el fin de mis días.

Los colmillos quisieron emerger, pero los contuve, obligando a mi fría indiferencia a hacer acto de presencia.

Taima inclinó la cabeza hacia él. ¿Significaba eso que lo aceptaba?

Antes de conseguir tener la certeza de si, con ese gesto, todo se había acabado, caminó hacia Ishna Witca.

Creo que ni siquiera era consciente de que yo estaba allí dentro, observándola. Deseando que recordara lo que había sucedido anoche y, al mismo tiempo, negándome a mí mismo hacerlo.

Anthony se acercó a mí y se colocó a mi lado, aunque su atención estaba en el centro de la tienda. Vi que inclinaba la cabeza hacia él de la misma forma que había hecho con Koda. Una señal de respeto. Koda se movió para colocarse a su lado.

—¿Has tomado una decisión, *ikwezens?* —Sonreí al escuchar que la llamaba muchacha porque, aunque por lo visto él no se había dado cuenta, ya era toda una mujer.

—Anoche hablé con los espíritus —susurró y luego, elevando el mentón, añadió, haciendo que se me helara la sangre—: quizá, por última vez.

Ishan Witca asintió y vi que Koda se acercaba a ella, tanto que llegó a tocar su costado con su propio cuerpo. Lo haría. Abandonaría esa conexión, perdería su virtud, y se convertiría en algo más.

No me sorprendía su decisión, pero me dolía.

—Entiendo que eso es un sí —murmuró Anthony, a mi lado. No pude contestarle, pero asentí mientras mantenía mis puños apretados con tanta fuerza que estaba convencido de que mis nudillos habían palidecido.

—Tengo algo que deciros, ¡a todos! —exclamó entonces Taima, alzando la voz. Se giró para observar a la gente que había en la sala y durante una fracción de segundo sus ojos conectaron con los míos, pero los apartó tan rápidamente que me supo a poco.

—Ewah es el último de los que ascendieron tiempo atrás, en el Último Alzamiento.

—¿Estás segura de eso? —le cuestionó John.

El ambiente se volvió tenso. Si estaba en lo cierto, significaba que nos quedaba una última batalla. Éramos pocos, pero al menos estábamos en el lugar adecuado y jugábamos con algo de ventaja. Teníamos a las Místicas y el legado de las que las precedieron. Un collar. Y la esperanza de encontrar una daga.

—Así me lo dijeron.

—Puedes, realmente, ¿hablar con los espíritus? —Logan tenía el ceño fruncido. No creo que pretendiera sonar despreciativo, era más bien que le costaba entender, encajar, aquella realidad.

Igual que a mí.

—Eso hago, sí. Lo que solo Ishna Witca sabe es que lo que está por venir, lo que el futuro tiene preparado para todos nosotros, ya está escrito; y yo he visto algunos fragmentos. —Me deleité en la fuerza que proyectaba—. No sé cómo, pero sé que encontraremos esa daga. La he visto, en mi mano. —Cerró los ojos y sentí la necesidad de acudir hasta ella porque había algo en su interior, un dolor, lacerante, como si escondiera un último secreto. Abrió los ojos y su mirada buscó a las Místicas—. No sé cuándo, pero sí sé que será mi mano la que lo atraviese y le dé muerte. Estabais en lo cierto. Mi destino y el de Ewah siempre han estado ligados.

—Taima… —susurró Ardiente y se levantó para llegar hasta ella y se abrazaron mientras yo digería aquella verdad.

Que ella debería afrontar ese peligro. Era absurdo.

Nosotros. Debíamos ser nosotros.

No podía arriesgar su vida de aquella forma.

¿Qué era lo que no decía?

Lo que había visto le quemaba, como lo hacía ahora la historia que nos había contado de sus antepasados. La que se escondió detrás de una calavera para desterrarlo y murió en el proceso. ¿Ese era el futuro que había visto Taima?

No estaba dispuesto a aceptarlo.

Apenas me había dado cuenta, sumido en mis propios pensamientos oscuros, de que todas estaban a su alrededor, como si solo fueran una. Los vínculos entre ellas ya se habían forjado. Desvié mi mirada hacia Koda. Ahora solo faltaba que lo hiciera con su cazador.

—Su enlace debería ser celebrado lo más pronto posible —intervino Logan. Supe que estaba en lo cierto. El tiempo no jugaba a nuestro favor y podíamos perder esa pequeña ventaja de la que disponíamos.

—Sí —cedió ella, abriéndose paso entre las mujeres para dirigirse hacia Ishna Witca y Logan—. Pero debo pediros a ambos una concesión. —Se acercó a Logan—. Me gustaría seguir las tradiciones de mi pueblo, honrando así a los espíritus que ya no me acompañarán. —Logan asintió y entonces ella desvió su atención hacia Ishna—. Y, aunque me duela, debo admitir que tenías razón.

—¿Estás segura? —cuestionó Ishna y ella asintió—. Así sea —sentenció y sentí que algo cambiaba en el aire de la tienda y noté la tierra palpitar con fuerza—. Taima se convertirá en Mística, si tú aceptas desposarla según la tradición Ojibwe y compartir con ella todo lo que eres, cazador.

Se escuchó un rumor y solo entonces fui consciente de que Ishna tenía la mirada fija en mí. Sentí un pulso. Entre nosotros. Y fui consciente de que estaba hablándome a mí. Y solo a mí. Un nudo en la garganta. Una presión en mi pecho.

Taima estaba de espaldas y no supe cómo interpretar aquello. Parecía como si quisiera hacerse pequeña, invisible. Como si temiera que pudiera negarme. Porque ella lo sabía. Lo que Ishna pretendía. ¿Por qué si no aquel anciano me había ofrecido su sangre? ¿Por qué me había hecho prometer que la haría feliz?

Me estremecí.

¿Y si ella también lo sentía? Esa presión en el pecho, el deseo de compartir mucho más que una mirada. La vida. Esa que nos quedaba, y que tal vez se nos antojaría efímera. Porque ni siquiera una eternidad a su lado creo que me bastaría para hacerle entender que era luz entre mis sombras y que deseaba ser el hombre que siempre la acompañara. Cumplir mi promesa. No por el hecho de haberla pronunciado, sino por algo tan simple como que la amaba.

—No funciona así —intervino Anthony, dando un paso hacia delante—. El vínculo entre un cazador y una Mística no puede ser forzado según nuestros intereses, Ishna.

—Acepto. —No había alzado el tono, pero fue como si hubiera soltado una bomba de relojería.

—¡Joder! —soltó una de las Místicas, pero no supe decir cuál de ellas, mientras se escuchaba un rumor sordo de fondo.

—¿Logan? —Esa era Elektrika, que sonaba indecisa.

—Anthony tiene razón, Ishna Witca —negó Logan, aunque intentó hacerlo en un tono conciliador—. Tú, más que muchos, deberías entender que no es algo en lo que podamos entrometernos ni imponerles.

—Esto no tiene sentido, Ishna, ¡es un desconocido! —masculló Koda, aunque no llegó a alzar el tono.

—¿Jason? —se limitó a preguntarme John, desde la distancia y, me limité a sostenerle la mirada—. Ya veo.

—¿Nadie va a preguntarle a Taima qué piensa al respecto? —exclamó Mendaval al tiempo que una corriente de aire empezaba a cobrar fuerza dentro de la tienda, signo de que estaba enfurecida—. Porque me importa una mierda lo que opine el resto, pero si a Taima no le sale del chocho casarse con él, ¡os juro que antes tendréis que cavar una fosa para mi cadáver si pretendéis obligarla!

Dante se tensó. No tengo muy claro si con intención de contener a Mendaval o asegurarse de que nadie cometiera el error de intentar silenciarla, ni que fuera por un rato.

—Acepto. —La voz de Taima sonó firme y el viento a nuestro alrededor se aplacó de golpe mientras Mendaval abría la boca en un gesto entre obsceno y poco femenino. No sé si la sala se quedó en silencio o si simplemente yo dejé de escucharlos, porque Taima se movió y pude, al fin, verle el rostro. Parecía nerviosa, pero no horrorizada ante la idea de convertirse en mi mujer—. Te acepto.

Sus ojos. Podría perderme en ellos. En ella.

En su sangre. En su cuerpo.

Mía.

Taima iba a ser mía.

Hasta el fin de mis días.

Coloqué el puño sobre mi corazón y me limité a inclinar la cabeza en su dirección. Una promesa, silenciosa, la que ella quisiera. No me importaba. Estaba dispuesto a dárselo todo.

Vi que titubeaba. Con pasos ligeros, con la gracia de haber caminado esquivando ramas y piedras a lo largo de toda su vida, llegó hasta mí. Anthony se hizo a un lado, dándole total acceso a mi persona.

—¿Estás seguro, caminante? —me cuestionó.

—¿Lo estás tú? —rebatí, arqueando una ceja. Una pequeña sonrisa. Diminuta. Pero que iluminó su precioso rostro.

Levantó la palma de su mano y la dejó frente a mí. No dudé en usar la mía para ir a su encuentro y la tierra tembló en una explosión cuyo epicentro no podíamos ser otros que nosotros dos. No me asusté, aunque esta vibración, por una vez, sí la sintió el resto de los presentes. Enlacé mis dedos con los de ella, con la determinación de ser su punto de sujeción, su eje, por el resto de sus días. Pese a la oscuridad que envolvía el mundo. Y a mi persona.

—Los espíritus han hablado —sentenció Ishna Witca; y, tras una trémula sonrisa, añadió—: Y creo que todos somos conscientes de que ellos aprueban esta unión.

—A mí solo me queda una cosa por decir —intervino John, captando mi atención. Una parte de ella, al menos—: ¡Qué callado te lo tenías, cabrón!

—Ignórale. Lo hacemos todos. Excepto cuando lo que dice tiene algún tipo de sentido o coherencia, que es solo de tanto en tanto. —Taima me sonrió con timidez y se escucharon algunas risas, y juraría que, entre ellas, alguna que otra felicitación, aunque sonaron más sorprendidas y desconcertadas que cualquier otra cosa.

XXIV

JASON

ISHNA WITCA nos convocó después de comer para empezar con los rituales, con la intención de que formalizáramos nuestra unión aquella misma noche. Anthony me acompañó hasta la ubicación que nos dio. Era un buen tipo.

Con Koda había evitado cruzarme a lo largo de la mañana y creo que él había hecho lo mismo conmigo. Cuáles eran sus sentimientos respecto a que Taima y yo nos hubiéramos comprometido en realidad me traía sin cuidado, pero Koda era importante para ella y no quería un enfrentamiento directo entre nosotros.

John y Logan habían ido a la zona más industrializada de la reserva, a ese pequeño pueblo perdido en ninguna parte en el que nos habíamos instalado y nos habían recibido los ancianos humanos de aquella alianza de tribus. Habían salido poco después de la reunión con intención de conseguir un generador eléctrico con el que John pudiera activar sus chismes y, mediante el satélite, conectarse al mundo virtual al que era poco más que un adicto. Con sus pros y sus contras.

Habían ido solos para intentar llegar a la aldea antes de que anocheciera, lo que no era una garantía, eso todos lo sabíamos, pero no muchos podrían seguirles el ritmo en una carrera y Logan era de los pocos que conseguiría marcar a John si se entretenía con los cachivaches que había dejado en aquella casa.

Para cuando llegamos al punto de encuentro, Ishna no estaba solo: a su lado había varias mujeres ancianas vestidas con ropas tribales, y en medio de todas ellas estaba Taima, su cuerpo cubierto por un fino vestido blanco de algodón con flecos y cuentas muy diferente a la ropa que solía usar. La piel de sus brazos y de su pecho estaba repleta de grabados y dibujos; y habían trenzado su pelo, colocándole cintas de color blanco y algunas plumas del mismo color.

Sus ojos encontraron los míos y sentí que mi nerviosismo desaparecía al reconocer el suyo. Al menos uno de los dos debía aparentar que todo aquello no le caía grande. Ella tenía la excusa de lo que suponía. Su primera vez. Una nueva etapa en su vida. Dejaría de ser chamana para convertirse en Mística. Yo, en cambio, no sabía cómo justificar por qué me temblaba ligeramente la mandíbula y mi respiración se sentía agitada. Verla allí, tan expuesta, tan perfecta, me hacía desear hacerla mía.

—Tengo una historia que contaros —nos dijo Ishna Witca. Vi como las nativas cuchicheaban por lo bajo, mirándome, y no creo que lo que dijeran fuera especialmente halagüeño.

Ishna empezó a caminar y Taima y yo le seguimos. Uno al lado del otro. Detrás de nosotros caminaban las mujeres y, a una cierta distancia, intentando mantenerse al margen, pero sin hacerlo del todo, nos siguió el cazador.

—¿Vas a contármelo? —le pedí a Taima cuando empezamos a caminar.

—¿El qué? —me respondió con otra pregunta, aunque pude notar su incomodidad.

Lo cierto es que podía referirme a muchas cosas: al porqué había decidido dar aquel paso y convertirse en Mística; al porqué me había elegido a mí cuando Koda era la opción más obvia, especialmente conociendo la oscuridad que había anidado en mi interior; o al porqué había pedido que se celebrara según los rituales de los Ojibwe y vestía aquella pieza de tela blanca que se deslizaba por su cuerpo de una forma condenadamente pecaminosa. Había cientos, quizá miles de preguntas, pero no sabía por cuál decantarme. Al final, señalé con el mentón a las mujeres que nos lideraban.

—No les gusto.

—Eres un extraño.

—Eso no puedo negarlo —admití. Y, tras avanzar unos pocos pasos, añadí—: ¿Por qué yo? Koda era la apuesta más segura.

Intenté mostrar una cierta indiferencia, pero sentía un nudo en el pecho.

—Sí, supongo que sí. —No me dijo nada más; se limitó a encogerse de hombros y seguir caminando. No parecía muy dispuesta a hablar del tema, pero yo tampoco a dejarlo pasar.

—Taima. —Se giró para mirarme y frunció el ceño—. Solo dime que no te han incitado a tomar esta decisión, a elegirme. Si es por lo que pasó anoche…

—No —negó ella—. O tal vez sí, no lo sé.

—Sabes que eso no tiene mucho sentido, ¿verdad? —Una pequeña sonrisa curvó sus labios.

—Hablé con Boodawaanakwe, la nieta de Ishna, y luego con él —me contó, tras tomarse su tiempo—. Ellos me hicieron ver lo que ya sabía.

—¿Y tendrías la delicadeza de compartirlo conmigo? —No tenía claro qué esperaba.

¿Una confesión? ¿Una muestra de afecto, de debilidad, por su parte?

¡Si solo me diera una pista, una pequeña, de lo que estaba pasando por su cabeza en esos momentos!

—Hace tiempo, años, te vi en mis sueños. —Esa contestación era lo último que esperaba escuchar en sus labios—. Nuestro destino ya estaba escrito, antes incluso de conocernos.

—Eso no me lo esperaba. —Me miró, pero su expresión era triste—. Por mucho que lo hayas visto, si no te sientes cómoda con esa idea, podemos buscar otras fórmulas.

Negó con la cabeza, pero sus ojos buscaron los míos y la tristeza había dado paso al miedo, al rechazo.

—¿Acaso estás pensando en desdecirte? —me cuestionó con un gesto altivo, elevando el mentón, para compensar esa emoción traicionera, la inseguridad.

—Si te dijera todo lo que quiero, Taima, igual hasta te asustarías. —Se sonrojó ante mi mirada, así que supuse que interpretó a la perfección mi insinuación—. Desdecirme es lo último que me apetece, créeme, pero es obvio que nadie aquí me considera la persona más adecuada.

Señalé con el mentón a las mujeres frente a mí y ella me sonrió.

—La aldea pierde a su chamana y les preocupa lo que pueda pasar después. Todos han dado siempre por sentado que me quedaría aquí, en la aldea.

—¿Y qué es lo que tú querrías hacer? —Me miró con una expresión sorprendida—. Cuando todo esto acabe, seguiremos siendo marido y mujer, ¿recuerdas?

—Cuando todo esto acabe —repitió mis palabras y me observó. Vi de nuevo esa tristeza en sus ojos. Un dolor sordo. Y me estremecí. Había algo ahí. Algo que no quería compartir conmigo. Secretos. Supuse que necesitaría tiempo y ganarme su confianza para que fuera capaz de compartirlos conmigo—. Supongo que, cuando todo esto acabe, ya buscaremos el cómo.

Me miró y forzó en su rostro una sonrisa.

—Lo haremos —le dije, y en un impulso busqué su mano para enlazar mis dedos con los suyos. Sentí la tierra pulsar debajo de nosotros y nuestros corazones latir al unísono. Creo que ella también, porque se giró para mirarme y ya no había rastro alguno de esa expresión ceñuda y preocupada, sino la sincera sorpresa de quien no sabe exactamente qué está pasando, pero está dispuesto a que la vida fluya y le lleve a su destino.

A mí.

Era una locura.

Ella me había visto.

Igual que John a Ardiente.

Y eso solo podía significar que lo que éramos, el uno para el otro, era algo único.

—Ishna cree que despierto en ti la sed del cazador. —No estaba seguro de si agradecerle al hombre que caminaba frente a nosotros que hubiera compartido ese detalle con ella; o, por el contrario, odiarle un poco por mostrarle mi debilidad por y para con ella.

Todo aquello me era algo nuevo. La sed, sí, pero también emociones que me eran nuevas y que jamás me había permitido ni pensado que llegaría a sentir. ¿Cómo explicarle todo aquello sin asustarla antes de tiempo? ¿Cómo hacerle entender lo que despertaba en mí? ¿Lo que sentía?

—Ishna está en lo cierto —me limité a responderle y ella me miró, como si necesitara que le explicara qué significaba aquello. Definitivamente, odiaba un poco a su ancestro, por ponerme en semejante tesitura—. Despiertas en mí el deseo del hombre y también la sed del cazador. Lo que sucedió anoche, lo que sentiste, creo que no era más que un reflejo de lo que yo sentía en ese momento al beber de ti, y créeme que me supo a poco. Tu sangre es adictiva, Taima.

Sospechaba que también lo sería su cuerpo, pero no me pareció adecuado decírselo porque sus mejillas estaban sonrojadas, su respiración agitada y era evidente que el recuerdo de ese momento compartido la excitaba casi tanto como a mí.

Me limité a acariciarle el dorso de la mano con la yema de mi pulgar y caminamos en silencio el último tramo hasta una pequeña colina en la que nos esperaban dos hombres ancianos. Ambos llevaban sobre su hombro un ave de presa.

—Dos grandes cazadores, el águila y el halcón.

Los nativos usaron su voz y, tras su silbido, las aves alzaron el vuelo de una forma majestuosa. Las observé volar sintiendo una cierta admiración y, tras unos minutos en los que se limitaron a describir círculos y descensos perfectos sobre nosotros, los ancianos se nos acercaron.

No entendí lo que decían, pero Taima escuchaba con atención aquellas palabras, sílabas que arrastraban otras. El hombre que se había acercado a mí me tendió lo que parecía un guantelete de cuero. Lo estudié antes de colocármelo en el antebrazo. El tejido estaba marcado con finas líneas paralelas y supe que eran las marcas de las garras de aquellas aves de presa. Taima llevaba una bracera similar a la mía y la elevó mientras susurraba palabras en su lengua y el anciano empezaba a emitir ese silbido agudo y un tanto estridente.

La imité y el anciano a mi lado hizo lo mismo. Las dos aves descendieron y se agarraron con fuerza y vehemencia a nuestros brazos. El águila de ojos negros me observó, como si me tanteara, como si quisiera valorar si estaba a la altura de ser su portador, mientras en el brazo de Taima se sostenía, con una elegancia innata, el halcón.

Ishna asintió y nos indicó que nos acercáramos. Lo hicimos, y con una cuerda amarró una pata del águila que yo sostenía con la del halcón de Taima.

—Aprended de ellos.

Sin más, los ancianos volvieron a lanzar un silbido y las aves intentaron emprender el vuelo, pero tomaron direcciones opuestas y, al hacerlo, el águila arrastró al halcón, pero este opuso resistencia y ambos acabaron golpeando el suelo. Extendieron al mismo tiempo las alas, mientras se estudiaban, ansiando ambos su libertad. El halcón batió sus alas, pero la cuerda le ancló al águila, que se negó a seguirle. Se escuchó un chirrido. Un gemido. Una advertencia. Una amenaza. Ambas aves buscando la libertad que les había sido negada. Al poco, acabaron lanzándose a una fría y sangrienta batalla de picos y patas en un despiadado combate.

Fruncí el ceño mientras Taima se estremecía y las aves rodaban por el suelo.

No tenía clara cuál era la lección, pero sí que aquella enseñanza, un tanto sanguinaria, a mi futura esposa le desagradaba. Eran sus costumbres, me dije, hasta que la vi encogerse,

obligándose a seguir presenciando aquello. Algunas plumas en el suelo. Sangre.

—Lo siento, Ishna, pero esto no es necesario. —Di un par de pasos en dirección a las aves, que apenas fueron conscientes de que me había acercado a ellas. No titubeé. Convoqué a mi espada y la usé para cortar aquella cuerda que las unía. Libres, al fin, las aves alzaron el vuelo.

No tenía la certeza de que sobreviviesen, porque las heridas que se habían infligido eran severas, pero al menos ahora tenían la posibilidad de hacerlo. Desvié la mirada hacia Taima y vi en sus ojos algo que no podía ser otra cosa que agradecimiento.

Ignoré las miradas asustadas y los ojos desorbitados de las ancianas, que seguramente era la primera vez en su caduca vida que veían a un cazador invocar a su arma vinculada, y me acerqué a Taima.

—¿Estás bien? —Ella se limitó a asentir.

Me giré para encarar a Ishna Witca y los dos ancianos nativos dieron un par de pasos para alejarse de nosotros. Ahora lo sabían. Quizá hasta ese momento no habían tenido la certeza de que yo no era un tipo cualquiera enfundado dentro de un traje. Era un cazador. Inmortal. Letal. Y preciso.

—Como el águila y el halcón, deberéis aprender a confiar el uno en el otro para que vuestro vínculo no se convierta en una atadura que no os deje alzar el vuelo. Ahora y siempre.

Me quedé quieto, reflexionando sobre aquello. Era un ejemplo un tanto despiadado, a mi modo de ver, pero bastante gráfico. Asentí y el cazador desvió la mirada hacia Taima.

—Aunque el destino de esas dos aves estaba escrito, solo ha bastado una mano firme para cambiarlo.

Taima empezó a temblar y apenas fui consciente de como mis pasos me llevaron hasta ella. Me coloqué tras ella, haciendo que su espalda reposara sobre mi pecho y me permití rodearla con mis brazos. Me gustaría saber qué palabras podrían calmar la pena que la afligía en esos momentos, pero las desconocía. Sin embargo, sentí que encontraba su propia fortaleza y que mi presencia le reconfortaba, así que me limité a quedarme allí, sosteniéndola, incluso si no me lo había pedido.

Necesitaba que entendiera que ya no estaba sola, que cualquier carga que soportara podía compartirla conmigo.

Incluso si esa carga era algo así como matar a Ewah.

Me estremecí.

Me aterraba que fuera su mano la que tuviera que hacerlo.

Cerré los ojos y dejé que la fragancia de su pelo me embriagara.

Si ese era su destino, yo sería el que la guiaría. El que se aseguraría de que jamás su oscuridad pudiera ponerle una mano encima y que velaría por que saliera ilesa tras lograr su cometido.

—¿Y el collar? —le pregunté en apenas un susurro, al ver los grabados ocres de su nuca y tomar consciencia de que no lo llevaba puesto.

—En mi *wiigiwaam* —me contestó, tras sentir que se estremecía ligeramente con mi aliento—. Según nuestras costumbres, las novias no deben llevar joyas ni otras prendas que el vestido que revela su condición.

—¿Y qué hay de los grabados? —Dejé que mi aliento la acariciara de nuevo.

—Es la historia de mi pueblo y la de mis ancestros. Mi identidad, podría decirse.

—¿Y qué pasará cuando, después de esta noche, todos ellos se vuelvan borrosos y tiñan el cuerpo de ambos? —Se estremeció entre mis brazos y me pareció algo totalmente adorable. Sonreí, sintiéndome extrañamente feliz. Si se trataba de dejarla volar, eso no tenía que ser un problema.

¿Qué era lo que había dicho Ishna?
Ahora y siempre.
No sonaba demasiado mal.
Para nada.

XXV

JASON

FUE ISHNA el que acompañó a Taima hasta la hoguera, seguidos por un regimiento de mujeres de todas las edades: ancianas, jóvenes y también niñas. Algo sobre la naturaleza y la fertilidad, un deseo de buena voluntad para un matrimonio que estaba a punto de consolidarse. Las mujeres se sentaron a un lado y los hombres en el otro, como diferenciando nuestras dos naturalezas.

Busqué su mirada, pero apenas conseguí captarla. Era una noche festiva, alegre, en la que la música de los tambores sonaba con un tono jovial, aunque mi estado de ánimo no era del todo acorde al que me rodeaba. Los minutos parecían dilatarse en el tiempo y las horas se volvían eternas. Y Taima seguía estando demasiado lejos. Cientos de flores decoraban su espeso cabello oscuro, formando una pequeña corona en la que habían colocado una única pluma a modo de tocado. Una pluma de halcón.

Cenamos alrededor del fuego con la música de los tambores y el sonido de la voz de los ancianos de telón de fondo. Koda nos tradujo algunas de las historias que se narraban: cuentos y leyendas que se transmitían desde tiempos remotos de padres a hijos. No parecía molesto ni enfadado, aunque de tanto en tanto nos miraba, a ambos, como si no acabara de entenderlo.

Ni él ni la mitad de la aldea. Por no decir toda.

Tras la cena, Ishna oficiaría la unión. Bailaríamos alrededor de la hoguera y, después, la fiesta seguiría durante toda la noche mientras los novios seríamos llevados a una alcoba que las mujeres habrían preparado para la ocasión. Y ahí se suponía que debíamos formalizar nuestra unión.

No era el hecho de acostarme con ella lo que me tenía inquieto, aunque admito que me sentía un poco abrumado, por eso de que no quería dejarle un mal recuerdo, pese al dolor inherente de que fuera su primera vez, y deseaba que Taima lo viviera como algo mágico, perfecto, si es que eso era posible.

Lo que más me angustiaba era el hecho de que ella sacrificaría su posición dentro de la aldea para convertirse en Mística. Que despertaba en mí la sed del cazador era algo de lo que hasta Ishna Witca había sido consciente, pero no tenía tan claro si ella sentía ese algo por mí que haría que el vínculo pudiera llegar a forjarse. Ni si, dada la oscuridad que latía en mi interior, lo que yo era sería suficiente para despertar esa magia que habitaba en ella.

Si después de todo, eso no sucedía, Taima sería mi mujer, sí, pero sería infeliz.

Y ese era mi mayor miedo.

No poder darle todo lo que deseaba. No cumplir sus expectativas. Sus sueños.

Ella estaba dispuesta a dármelo todo; no solo su virtud, sino también ese vínculo que sentía con el mundo que le rodeaba. No me preocupaba si los espíritus le hablaban o no en realidad, era el hecho de que para ella era importante y estaba dispuesta a renunciar a esa parte de lo que era para estar conmigo.

Me obligué a corregir esos pensamientos en los que yo era el eje de su mundo. No era como si lo sacrificara todo para ser mi mujer. Lo hacía por un algo mucho más grande y mucho más importante: convertirse en Mística, matar a Ewah y salvar a la humanidad. Que yo solo fuera el vehículo no me importaba, porque me sentía afortunado. Después de todo, incluso si solo era el medio para lograr un algo mucho más grande, me había elegido.

Sonreí mientras mis ojos la buscaban a través de las llamas que danzaban en la hoguera. Estaba bailando con dos niñas de apenas seis o siete años. Reían. Las tres. Y casi me encontré imaginando cómo sería verla reír junto a nuestras hijas. Se me aceleró el corazón, así, de

improviso, mientras una emoción que me era totalmente nueva ahogaba todo lo que me rodeaba, transportándome a un lugar en el que solo estábamos nosotros y la luz que iluminaba su mirada, haciendo que estallara de gozo mi corazón.

Algo me arrancó de aquel sueño tan vivido y simplemente perfecto.

Un golpe de aire frío, pese al calor de la hoguera.

Y la tierra, de repente, sacudiéndose debajo de mí.

Fruncí el ceño mientras la gente seguía bailando, riendo, como si todo estuviera bien.

Como si nada hubiera pasado.

Busqué a Taima con la mirada y la vi quieta, tensa, con la cabeza elevada.

—Algo anda mal —murmuré y John, sentado a mi lado, frunció el ceño, buscando más allá de lo que se podía ver o sentir a simple vista.

Expandí mis propios sentidos, buscando algo, un pulso, una vibración, pero lo único que pude detectar fueron a unas cuantas personas dispersas entre las cabañas, lejos de las festividades. Cuatro cazadores cubrían los puntos cardinales del perímetro del pueblo y allí seguían, atentos, sin detectar ninguna señal de alarma.

—Todo parece en orden —opinó Angus, que estaba junto a nosotros.

—Pero algo no lo está —negó John y apenas un par de segundos después se escuchó un grito de guerra desgarrador que amortiguó al sonido de los propios tambores.

Nos tensamos. Todos. Cazadores, Místicas y humanos.

El aire parecía de repente más pesado, y se hizo un silencio que fue roto por un silbido que aulló en plena noche. Apenas a unos pocos metros de donde estábamos, una flecha, lanzada al azar, se clavó en el suelo.

—¿Qué coño…? —Angus frunció el ceño.

—¡Es una flecha Sioux! —gritó uno de los nativos.

—Eso no tiene sentido —murmuró Koda justo antes de que, de la nada, empezaran a escucharse sonidos guturales.

—¡Nos atacan! —gritó Logan; apenas pude ver a Ishna Witca, a su lado, invocar una enorme hacha a dos manos cuando en el cielo aparecieron más de una docena de puntos luminosos, flechas que se dirigían hacia nosotros y cuya punta ardía en fuego.

Apenas fui consciente de llegar hasta Taima, que había abrazado a las dos niñas entre sus brazos. Las envolví con mi cuerpo, dispuesto a protegerlas de aquellos proyectiles, a cualquier precio, mientas el caos se desataba a nuestro alrededor. Fuego. Gritos. Cuerpos chocando los unos contra los otros.

—¡¡Melanie!! —El chillido de Aria fue estridente, pero consiguió que su amiga reaccionara a tiempo. Vi como soltaba un grito mientras empujaba una barrera invisible con las manos y, como si de una explosión se tratara, una ráfaga de viento furioso desvió la trayectoria de los proyectiles, haciendo que impactaran lejos del claro en el que estábamos celebrando nuestras futuras nupcias.

—¿Estás bien? —le cuestioné a Taima. Tenía las pupilas dilatadas y podía sentir como su corazón latía con fuerza bajo su pecho, a un ritmo frenético, mientas dos nativas recuperaban a sus hijas y las arropaban entre sus brazos entre sollozos y llantos.

—Es imposible, ellos no pueden entrar. No pueden…

No era el momento de discutirle aquello.

—¡Proteged a los civiles! —gritó Logan. Vi como nuestros hermanos creaban un círculo perfecto alrededor de la hoguera y de los aldeanos, aunque no me sorprendió que algunos de los guerreros Ojibwe se unieran a ese perímetro de seguridad para proteger a sus mujeres. A sus

hijos. Y aquellos que ya no podían protegerse solos.

Otra ráfaga de flechas intentó dar con nosotros, pero Mendaval la consiguió desviar mientras soltaba una sarta de palabrotas, algunas de las cuales ni siquiera conocía su significado. El resto de las Místicas estaba también en formación, incluso si apenas habían tenido instrucción militar o estratégica. Supuse que era algo natural para ellas.

Vi como en varias de las cabañas el fuego empezaba a abrirse paso. Gritos. Llantos.

—¡Hemos de hacer algo! —gritó Ardiente y John asintió. Los vi alejarse del grueso del grupo y supuse que la Mística pretendía usar su poder para apaciguar aquellas furiosas llamas.

—Nicholas, ¡apoya a John! —No sé si no me consideraba capacitado para hacerlo, por mis circunstancias, o si sabía que tendría serias dificultades para seguir sus órdenes y alejarme de Taima, pero agradecí que Logan no me pusiera en la tesitura de tener que desafiarle.

—Tengo que ir a mi tienda. —Apenas tuve tiempo de cogerla del brazo para impedir que se alejara del perímetro de seguridad mientras las flechas seguían lloviendo sobre nosotros y, aunque Mendaval hacía todo lo posible, algunas empezaron a encontrar algún hueco libre por el que colarse y acabar encontrando un camino hasta la zona en la que estábamos.

—No. —Apreté los dientes mientras sondeaba a mi alrededor.

—¡Déjame ir! —Intentó forcejear conmigo y me giré para prestarle mi atención.

—¿Qué diablos es tan importante para ir justo *ahora*? —mascullé, molesto.

—¡El collar! —Se colocó la mano en el cuello y vi su piel, los grabados, y caí en la cuenta.

—¡Mierda! —gruñí, liberándola de mi contacto—. Mantente detrás de mí.

—Os cubro —intervino Koda, que se había acercado hasta nosotros.

Observé al cazador y asentí.

Abandonamos el centro de la aldea y salimos del círculo que habían creado los guerreros. Cuando nos cruzamos con Ardiente y John, que estaban intentando contener el fuego, varias decenas de salvajes empezaron a aparecer por todos lados.

Y digo salvajes, porque llevaban el cuerpo apenas cubierto por un par de trozos de cuero, marcas sobre el rostro y la piel, collares con dientes y cuencas y los ojos negros perdidos en lo que no podía ser otra cosa que el odio. Apenas los vi de refilón, porque salieron en tropel, dirigiéndose al centro de la aldea, pero Nicholas se encontró con uno de ellos de frente.

—¿Qué diablos? —masculló. El salvaje alzó un hacha con intención de clavarla en su cuerpo, pero el cazador invocó su arma y no titubeó al usarla. Con un movimiento limpio, certero, separó la cabeza del resto del cuerpo.

Fue la magia de Elektrika la que iluminó todo lo que sucedía: como los ojos negros del salvaje perdían la vida cuando la cabeza salió despedida, su cuerpo cayendo en el suelo y salpicando de sangre todo lo que rodeaba, el fino brillo azul resaltando los restos de carne y huesos mientras aquel líquido, cada vez más viscoso, teñía el suelo.

Nicholas frunció el ceño mientras se colocaba la mano sobre el pecho y apretaba los dientes.

—¡Son humanos! —grité con fuerza, avisando al resto de mis hermanos.

—Joder, ¡será cabrón! —masculló John, observando aquello—. ¡Es una trampa!

—¡Es una trampa! —Se escuchó que alguien repetía, a lo lejos.

—¡Son humanos!

Nicholas nos observó y vi en su mirada un deje de culpabilidad. Una vida arrebatada. Una que tal vez no era muy inocente; o quizá sí. Una que le pesaría durante mucho tiempo. Toda su existencia, tal vez.

—¡Limitaros a contenerlos o noquearlos! —gritó Logan, desde algún lugar, aunque no llegué a verle. A lo lejos se escuchaban gritos y los sonidos amortiguados del combate.

—¿Estás bien? —Me acerqué a Nicholas.

—Bien jodido, sí, claro. —Apretó los dientes y se irguió—. Menuda mierda.

—Bienvenido a mi mundo —bromeé y me sonrió. Solo un poco.

—Siento deciros que no es el mejor momento para centraros en eso de consumar vuestro matrimonio —nos soltó John, que había invocado su bastón. Vi a uno de los salvajes acercarse y mi amigo golpeó el suelo con fuerza, un rayo zigzagueó sobre la arena hasta impactar en él, que cayó y empezó a convulsionar—. Átalo.

Nicholas asintió y fue hasta él para amordazarlo. La magia de Elektrika podría ayudarnos a frenar el ataque sin tener que matarlos, pero solo John y Logan eran capaces de disociarla de sus filos y usarlas según sus propios intereses, así que nuestra Mística tendría que hacer los honores.

—Antiguamente éramos enemigos, pero de eso hace demasiado —murmuró Koda, que se acercó al cuerpo sin vida, estudiando los grabados que decoraban su espalda expuesta—. ¿Creéis que es cosa de Ewah?

—No puede no serlo —admitió John, y mirando a Taima añadió—: Es posible que sus demonios no puedan cruzar vuestras fronteras, pero nadie ha sospechado de un puñado de hombres. Ni siquiera nuestros cazadores.

—¿Cómo diablos querías que supiéramos que no eran primos lejanos de Taima que venían a celebrarlo? —masculló entre dientes, consciente del error que habían cometido un poco demasiado tarde—. Sea lo que sea, quema.

—¿Qué quieres decir? —cuestionó Taima, que se había quedado a mi lado, impresionada por el muerto que yacía a nuestros pies.

—Matar a inocentes, a humanos, puede hacer que crucemos esa fina línea entre el bien y el mal —le conté.

—Y de ahí, estamos a un paso de convertirnos en balberins y yo, personalmente, como que paso —masculló Nicholas.

Lo miré. Era joven. Sobrellevaría la carga de la vida que acababa de arrebatar, pero había más de una veintena de salvajes luchando contra nuestros hermanos y los pocos guerreros de la tribu que habían decidido ayudarnos y plantarles cara.

—Aún no me has dicho qué haces aquí, ¿un paseíto? —ironizó John, cuya mente podía estar haciendo varias cosas a un mismo tiempo, sondeando a su alrededor y tocándome los cojones, por ejemplo.

—El collar. —Las pupilas de John se dilataron y vi que, por primera vez, en su rostro había un atisbo de preocupación.

—No os demoréis. Quiero pensar que esto no tiene nada que ver con eso de que sea vuestro gran día, pero está claro que este ataque ha de tener algún tipo de objetivo.

—¿No es suficiente sembrar más oscuridad en algunos de nosotros? —inquirió Nicholas, que parecía ya recuperado. Cargaba el cuerpo inconsciente del salvaje sobre el hombro.

—Es posible, pero también podría ser solo un beneficio colateral y que el objetivo sea otro. Hacerse con el collar. Evitar que Taima se convierta en Mística. O ir a por uno de nosotros. —John me miró—. Ve con cuidado.

Nos cogimos del brazo y asentí. John estaba en lo cierto: la última vez había ido a por mí. Tal vez quería acabar con lo que había empezado.

—Vamos. —Tiré de Taima, que apenas había recuperado el color. La obligué a alejarse del olor de la sangre. De los ruidos. Aunque cada vez se escuchaban menos. Ellos eran muchos y no podíamos matarlos, pero nosotros ya no éramos humanos.

Las palabras de John habían calado hondo.

La posibilidad de que aquel ataque tuviera un objetivo.

Que fuera yo no me preocupaba demasiado, siempre y cuando su intención fuera matarme. La idea de convertirme en un mero peón de aquella lucha, una en la que participara en el bando equivocado, sería un final patético para alguien que siempre había velado por el destino del mundo. La justicia. El bien.

Especialmente ahora, que había encontrado algo que volvía a darle sentido a mi vida. La ilusión, la esperanza, de un algo entre nosotros. Una vida compartida. Tal vez una familia.

Joder.

¿Cómo había podido arrasar con todas y cada una de mis barreras tan rápidamente con apenas unas pocas palabras, unas sonrisas y algunas de esas largas miradas en las que sobraba todo y no faltaba nada?

Sin embargo, lo que más me preocupaba era que no fuera yo el objetivo, que fuera el collar; o, lo que me asustaba aún más, que fuera Taima. Si era cierto que tenía que ser ella la que matara a Ewah, ¿no nos pondría en un compromiso si eliminaba a esa pieza concreta del tablero y nos ganaba así la partida?

Joder.

Tenía que asegurarme de que no le pasaba nada.

Ella aún no poseía el poder para defenderse sola, y yo no me podía imaginar perderla.

Antes, incluso, de que fuera en realidad mía.

XXVI

JASON

—DAROS PRISA —murmuró Koda cuando llegamos a la cabaña.

Taima asintió y entró en el que, durante mucho tiempo, había sido el hogar que había compartido con el cazador que ahora nos estaba cubriendo la espalda, vigilando el perímetro. La seguí.

No era la primera vez que entraba allí, pero se notaba que el resto de las Místicas empezaban a hacerse con aquel lugar; casi podría decir de quién era cada una de las improvisadas camas hechas a base de mantas por lo que había en ellas o a su alrededor, pero decidí no perder el tiempo.

Taima fue directa a una mesa que había en un extremo de la cabaña y empezó a mover todo lo que había sobre ella con manos inquietas y temblorosas.

Incluso si Koda estaba fuera, no me permití relajarme, así que me limité a sondear, dándole algo de tiempo y de espacio. De lo primero no nos sobraba y de lo segundo… prefería tenerla lo más cerca posible. Solo por si acaso.

Se sentía algo en el ambiente. Rancio. No tanto en aquel lugar, en la cabaña, sino fuera, más allá de los senderos que discurrían dentro de la aldea. Algo a lo que no sabía ponerle nombre, aún, porque parecía fundirse y esconderse entre las sombras.

—Hay algo ahí fuera —mascullé, a modo de advertencia. Su nerviosismo aumentó y empezó a tocarlo todo, como si buscara una aguja en medio del pajar.

Si solo fuera eso…

Cada vez sentía más ese resquemor. La sensación, el mal augurio, de que aquellos guerreros pintarrajeados no eran más que el principio de un algo mucho más grande. Como si Ewah hubiera orquestado todo aquello y esos tipos no fueran poco más que un tentempié.

Lo que había ahí fuera estaba acercándose.

Y si era Ewah, sin Mística, sin daga y sin collar, podría traducirse en que estábamos jodidos.

Nunca había sentido el fin del mundo tan próximo.

—¿Lo tienes? —cuestioné y ella se giró. Estaba desbordada.

—¡No lo encuentro! ¿¡Y si se lo han llevado!? —gritó y vi que estaba a punto de entrar en una crisis de pánico.

—Cálmate —ordené en un tono seco, duro y autoritario—. ¿Dónde lo dejaste?

No me respondió. Sus ojos estaban brillantes, húmedos, como si estuviera a punto de ponerse a llorar. Me acerqué a ella y la cogí por los hombros, arrancándola del trance en el que estaba sumiéndose.

—Creo que lo dejé aquí, en la mesa, pero apenas puedo recordar nada. Estaban las mujeres de la aldea. Leia. —Su respiración se estaba agitando mientras los gritos se perpetuaban fuera. Empezó a temblar y su voz se ahogó. Igual que el collar, se sentía perdida.

Ni siquiera lo pensé: me incliné y busqué sus labios con la necesidad de decirle muchas cosas y sabiendo que existía la posibilidad de que no tuviera el tiempo suficiente para hacerlo.

Mi oscuridad latía cada vez más fuerte, en mi interior, mientras sentía la presencia de un algo que se acercaba y que parecía llamarnos.

Contra todo pronóstico, entreabrió su boca, tal vez por la sorpresa. Deslicé mi lengua entre sus labios y busqué el contacto con la suya, obligándola a responder a ese acercamiento mientras apretaba su cuerpo contra el mío. Necesitaba que dejara atrás el miedo y se centrara en el aquí y en el ahora. Tras escuchar su primer jadeo, me separé de ella. Estaba azorada y perpleja, pero al

menos volvía a ser ella.

—¿Estás bien? —Tragó saliva y asintió—. Ahora que vuelves a estar centrada, piensa dónde lo dejaste, aunque, si no nos matan, podríamos continuar con esto luego.

—Idiota. —Sonreí al ver su gesto altivo y, en vez de rebatirle aquello, me limité a pasarme la lengua por mis labios para capturar los restos de su sabor. Observó con avidez aquel movimiento y estuve tentado de volver a besarla, pero la lucidez acabó llegando a su conciencia. Resopló, creo que molesta con su propio deseo, antes de cerrar los ojos.

Vi como intentaba normalizar su respiración y calmarse antes de susurrar algo en su idioma. Se quedó quieta un tiempo que se me hizo eterno mientras sentía aquella oscuridad, cada vez mejor definida, más cerca. ¿Podían sentirla el resto?

—Lo dejé en la mesa —indicó tras abrir los ojos, como si al final hubiera encontrado una respuesta—. Pero Aria decidió colocarlo en la estantería, en una caja.

—¿Por qué haría eso? —No le encontraba ningún sentido a lo que me estaba diciendo.

—Leia le dijo que las nativas habían guardado allí el resto de mis pendientes y mis pulseras —me contestó mientras se acercaba a la estantería que había apenas a un par de pasos. Cogió una bonita caja de marquetería y la colocó sobre la mesa. Parecía mucho más tranquila. Como si todo estuviera bien tras aquel amago de crisis—. Creo que a Aria le gusta que todo esté en su sitio. Eso y hacer listas.

Abrió la caja y me mostró el collar con una radiante sonrisa en el rostro.

Disfruté ese momento, aunque sabía que no podíamos demorarnos. Me acerqué a ella y la ayudé a asegurar el cierre. Suspiré al ver su cuello. Tan frágil. Tan perfecto.

—A partir de ahora, me importan una mierda vuestras tradiciones, pero no quiero que te lo vuelvas a quitar nunca más.

Pese a mi tono duro, me contestó con una pequeña sonrisa y un leve gesto afirmativo.

A mí me había salvado la vida y quería pensar que, si ella lo necesitaba, obraría otro milagro.

Para cuando salimos, no me sorprendió encontrar allí a Ishna, pero a Taima sí. No me molestó que fuera corriendo hasta él, para refugiarse entre sus brazos.

—Primero Sioux, pero ahora ha llegado una horda de Cherokees —nos contó Ishna—. Están acabando de neutralizarlos, pero es posible que no sea la última.

—Está intentando corrompernos —indiqué.

—Yo también creo que ese es su objetivo. —Ishna asintió.

—Un ejército de balberins le facilitaría el trabajo. Nos debilitaríamos solos.

Y allí, en ese momento, lo sentí. Con una fuerza oscura, magnética. No era Ewah, pero habitaba en él su rastro. Desvié mi mirada hacia la oscuridad que se alzaba más allá de la última cabaña. Dos motas rotas en medio de la nada. Un balberin.

—Llévala al centro de la aldea y, por lo que más queráis, protegedla. —No busqué su mirada ni su aprobación. Sentía aquel rumor. El de las muertes que había dejado a su paso. El hedor. De lo que él era.

—¿Qué es eso? —cuestionó Koda.

—Un balberin. —La voz de Ishna sonó profunda.

—Avisad a John y a Logan. Quizá este es solo el primero, debemos estar alerta. —Me giré para mirar a Ishna. Un recordatorio de lo que me había prometido.

—No es tu momento, cazador —sentenció él, llegando hasta mí antes de que me alejara de ellos.

Mi mirada se fijó en la de aquel monstruo, consciente de la conexión que compartíamos. La oscuridad con la que Ewah había pervertido lo que yo era. Él no había tenido tanta suerte y se

había consumido en sus propios tormentos. Sentía como propia su sed de sangre. Tal vez ese era mi destino. La muerte. En su momento justo.

—Escúchame. —Ishna me colocó una mano sobre el hombro, reteniéndome y obligándome a separar la mirada de aquella criatura para centrarla en la suya—. Está fuera del perímetro: puede ser una trampa. Tal vez es a ti a quien quiere. —Me limité a sostenerle la mirada, mi mandíbula tensa. No estaba dispuesto a dar mi brazo a torcer—. Honra tu promesa, cazador. Ella te necesita.

Empujó a Taima hacia mí y ella se tropezó, obligándome a reaccionar para acogerla entre mis brazos antes de que se cayera al suelo y arroparla contra mi cuerpo.

—Solo vosotros podéis escribir vuestro destino.

No pude evitar que se alejara de nosotros a la velocidad propia de un cazador anciano, experimentado. Su hacha apareció en su mano antes de que sus pasos se sintieran más allá de las barreras mágicas que protegían la aldea. Esas que tanto tenían que ver con Taima, la mujer que estaba entre mis brazos temblando, observando cómo su predecesor se alejaba de nosotros, dispuesto a enfrentarse a un gran peligro.

—¡Ishna! —Sonó a lamento, a rabia y también a desesperación.

—¡Joder! —mascullé, mis colmillos elongados, el deseo de prestar batalla, de aniquilar a aquella criatura, pero también de proteger algo que se sentía más valioso que mi propia vida.

Koda no titubeó y siguió a su compañero de armas. Dos hachas aparecieron en sus manos. Eran burdas, casi diría primitivas, pero su filo era afilado.

—Koda…

Apenas un susurro, como si su mundo se estuviera rompiendo en mil pedazos.

—Joder, Taima, no podemos hacer otra cosa que confiar en su criterio. —Suspiré, deseando en lo más profundo de mi ser que Ishna no se hubiera equivocado al tomar aquella decisión. Eran dos, sí, pero pocos cazadores podrían batir a una criatura como aquella. A su favor jugaba el hecho de que él lo sabía, aunque hubiera preferido ser yo quien se enfrentara a aquella temible criatura—. Déjame que te ponga en un lugar seguro y vaya junto a ellos.

Asintió y me miró con algo parecido a la esperanza.

Aquello me emocionó, lo admito, que pensara que yo podía marcar la diferencia.

Quizá, si conseguía mantener a Ewah y a la oscuridad que acechaba en mi interior alejados, podría hacerlo.

Un salvaje llegó hasta nosotros. Aparté a Taima y esquivé el machete que blandía. Sin invocar mi espada, lo pateé, primero en el costado y luego en el antebrazo, haciendo que su arma saliera disparada. Volteé sobre mí mismo para usar mi mano en un gesto descendente que fue a golpearle en un ángulo concreto, entre el cuello y la clavícula, para presionar sobre el centro nervioso de la arteria carótida. Su mirada se volvió borrosa y cayó al suelo tras doblarse por las rodillas.

Podía escuchar que estaban conteniendo aquella segunda oleada de salvajes dominados por el influjo de Ewah en el centro de la plaza, pero fueron John y Logan los que llegaron hasta nosotros, como si hubieran presentido lo que estaba pasando.

—¡Hay un balberin! —les advertí cuando llegué junto a ellos—. Ishna y Koda han ido a por él.

Los miré. Creo que, solo con eso, las palabras nos bastaron. La incerteza.

—¡Joder! ¿Qué será lo siguiente? —soltó Logan entre dientes, cabreado.

—Te agradecería que no llamaras al mal tiempo —indicó John; pese a su sonrisa perenne, su mirada me dijo que estaba más afectado de lo que fingía aparentar.

Invocó a su bastón y el fuego ardió a su alrededor, la magia de Ardiente, latiendo con más

fuerza que nunca en él.

—Está fuera del perímetro.

—Es posible que sea una trampa —admití, reproduciendo las palabras de Ishna Witca.

—Hijo de la gran perra, ¡maldito seas, Ewah! —Una mezcla de rabia y desprecio tiñó las palabras de Logan.

—¿Les has advertido? —me preguntó John.

—Más bien ha sido él quien se ha planteado esa posibilidad.

—Lo que demuestra que tiene criterio —opinó John.

—Quédate con tu mujer, de todos, eres el más sensible a ser corrompido —me ordenó Logan y sentí el vínculo que nos unía, su autoridad como jefe de nuestra pequeña gran familia. Sentí mis colmillos expuestos y mi mandíbula tensa—. ¡¿Vamos?!

John y él salieron corriendo, pero Taima intentó seguirles los pasos. Sentí rabia por no poder acompañarlos y cubrirles las espaldas.

—No.

—¡Tengo que ir con ellos!

—No puedes ayudarlos, Taima. —Me quemaba por dentro tener que aplicarme esa premisa a mí también.

—No saldré del perímetro —me suplicó.

—Ten un poco de sentido común. —Me miró y empezó a correr hacia ellos.

La maldije, algo así como un centenar de veces, antes de seguir sus pasos.
Apenas unos metros más adelante, se quedó parada en el momento en el que se escuchó un rugido que reverberó a nuestro alrededor. Me coloqué a su lado.

El balberin estaba convulsionando.

Una pequeña victoria: Ishna Witca había conseguido alcanzarlo en el costado, pero no fue tan necio como para confiarse de aquel rugido ahogado que parecía el inicio del fin del mundo. Con una agilidad sorprendente, se apartó del demonio de un salto.

Sin embargo, en un impulso, Koda intentó arremeter contra el demonio para asestarle el golpe final, pero el balberin le sorprendió haciendo aparecer de la nada unas enormes garras con las que consiguió desgarrarle la cara y el cazador acabó rodando por el suelo tras el impacto.

Lo supe, en ese momento. No habría una segunda oportunidad para él. Estaba a su merced. Lo que ni el balberin ni yo nos planteamos fue que John usara la magia de Ardiente y empezara a lanzarle proyectiles de fuego a un ritmo frenético, mientras Logan seguía acortando la distancia que le separaba de la batalla.

Vi como aquella criatura consumida por la oscuridad empezaba a retroceder.

—¡Aléjate! —le grité a Koda, cuyo rostro estaba empapado de sangre, sus sentidos limitados, consciente de que a duras penas tenía fuerza para sostenerse.

Taima no respiraba. Sus ojos observaban con terror aquella criatura. A diferencia de los dumas, no era muy diferente a uno de nosotros y, por sus ropas, a uno de los suyos. Había sido un hombre, un cazador, pero ahora no había rastro ya de todo aquello. A su alrededor lo único que podía sentirse era el fétido aliento de la muerte. Una que prometía ser lenta, dolorosa y sangrienta. No con menos satisfaría la sed de sangre del que ahora era.

Ishna Witca también era consciente de la debilidad de su pupilo, así como de la proximidad de los refuerzos. Unos pocos metros. Apenas unos segundos. Hizo la única cosa posible para mantener al balberin lejos de Koda: se lanzó contra él para retenerlo con sus ataques, pese a la fatiga. Sus movimientos eran fluidos, ágiles, pero podía sentir que perdía parte de su fuelle, incapaz de mantener aquel ritmo frenético por mucho más tiempo.

El balberin consiguió herirle en la pierna y vi cómo Ishna estuvo a punto de perder el equilibrio. Un error que podía costarle la vida. Sin embargo, consiguió estabilizar su peso sobre la otra pierna y adoptó una posición claramente defensiva, preparándose para neutralizar la siguiente embestida. Lo que no calculó, ni yo tampoco, es que aquel monstruo aprovecharía esos segundos que había ganado para cambiar de objetivo y lanzarse de nuevo contra el cuerpo, aún en el suelo, de Koda.

—¡¡No!! —gritó Logan lanzando uno de sus alfanjes contra el balberin, consciente de que ni él ni John llegarían a tiempo.

Observé el filo embebido en la magia de Elektrika impactando contra aquel demonio y cómo los destellos zigzagueantes azules empezaron a parpadear y recorrer su cuerpo. A diferencia de con los dumas, observé que no conseguía paralizarle por completo, pero sí enlenteció la garra que se dirigía hacia el joven cazador.

Apenas en una fracción de segundo, como si fuera el mismísimo viento el que lo arrastraba, Ishna Witca apareció, colocando su propio cuerpo entre la garra y el cuerpo tendido de Koda. La tierra tembló en el momento en el que la garra del balberin se clavó contra su espalda y lo atravesó por completo; y, como si todo a partir de ese momento se sucediera a cámara lenta, Koda vislumbró por última vez el rostro del que había sido su padre, su guía, antes de que se convirtiera en polvo.

Frente a él solo quedaba el que antaño había sido un cazador, convertido en su peor enemigo. La magia de Elektrika iluminando en tonos azules su cuerpo, dándole un aspecto tan siniestro como agónico. Pese a su apariencia, ya no quedaba humanidad en él.

Koda no titubeó. Una de sus hachas apareció en su mano y, con un golpe seco, decapitó a la criatura que intentaba resistirse a aquella fuerza que no había conseguido paralizarlo por completo pero que le había convertido, de repente, en un objetivo mucho más accesible.

Polvo al polvo.

La luz azulada que emitía el alfanje de Logan, aún clavado sobre el balberin, se desvaneció en el momento en el que aquella criatura dejó de existir.

Y la oscuridad nos envolvió con una dureza violenta.

El silencio se quebró con el grito agónico de Taima mientras Koda se dejaba caer al suelo, temblando y cubierto de sangre.

Arrastré a Taima hacia mí y empezó a golpearme con los puños. Dejé que su rabia se volcara en mi persona y, para cuando empezó a llorar por el dolor que la desgarraba por dentro, la envolví entre mis brazos. Se quedó allí, enterrada contra mi pecho, dejando que la tristeza la arrastrara más allá del allí y del ahora, mientras Logan cargaba con Koda y llegaba hasta nosotros en el momento en que también lo hicieron Dante y Anthony.

—¿Qué ha pasado? —cuestionó este último.

—La aldea está segura, hemos ampliado el perímetro de seguridad —informó al mismo tiempo Dante.

—Ha sido culpa mía… —murmuró Koda. No sé a quién se lo decía, pero su rostro, empapado en sangre, parecía centrado en nosotros. Se sostenía a duras penas, ayudándose en Logan.

Taima estaba temblando, entre mis brazos, incapaz de murmurar palabra alguna, mientras sus lágrimas seguían cayendo por sus mejillas como si sus ojos fueran manantiales de agua cristalina.

—No puedes considerarte responsable de la decisión que ha tomado otra persona. Él ha optado por protegerte y darte una oportunidad para seguir luchando y seguir viviendo. —Sus ojos se clavaron en los míos. Había dolor en ellos y podía entenderle. Yo también había perdido

a muchos hermanos, buenos amigos—. Nos la ha dado a los dos, Koda, pero tú, al menos, has matado al balberin.

—¡Debería haber muerto yo! —gritó, herido, dolido, sintiendo la pérdida y la culpabilidad.

—Deberás aprender a vivir sabiendo que él ha elegido sacrificarse, Koda. —Me miró.

—¿Se puede hacer algo así?

—Conviértete en esa persona, ese cazador, que él quería que fueras, y así honrarás su memoria.

—Jason tiene razón, Koda. No asumas una responsabilidad que no te corresponde —intervino Logan—. Él tomó su decisión, igual que hacemos todos los días todos. No puedes culparte por algo que no has elegido tú, pero sí hacer que su sacrificio valga la pena.

—¿Ishna Witca? —dedujo Anthony y John asintió. Su mirada se volvió más dura, fría, que hacía apenas unos minutos. Era nuestra forma de enfrentarnos a lo que nos era tan conocido. La pérdida. El duelo.

—¿El resto?

—Tres de los guerreros nativos han muerto, aunque hay media docena de heridos. —Taima se removió y la liberé de mi abrazo. Lo justo, en realidad, para que asomara la cabeza y mirara al resto de los presentes.

—Debería ir con ellos. —Su voz estaba rota. Como ella.

—No estás en condiciones, Taima —indiqué, negándome a liberarla por completo.

—Luminika y Cameron lo tienen controlado. Tienen experiencia, te prometo que están en buenas manos —aseguró Anthony.

Apenas se sostenía sola, y era evidente que no estaba en condiciones para atender a nadie, pero, aun así, era tan protectora para con los suyos, que sería capaz de velar por los heridos incluso si tenía que llegar hasta ellos a rastras.

—Ven, déjame que te acompañe, muchacho. —Anthony se hizo cargo de Koda mientras nos acercamos, todos juntos, al centro de la aldea.

—Esto es el principio del fin —opinó Luke cuando llegamos hasta ellos. Estaba junto a su hermana, ayudando a atender a los heridos. Tenía la camiseta rajada y la sangre empapaba los márgenes del tejido, pero sus heridas no parecían demasiado profundas.

—Aún podemos evitarlo si acabamos con Ewah —aseguró John usando esa voz pausada que evidenciaba la autoridad que poseía.

—Necesitamos ese puñal. ¡Os juro que tengo unas ganas de clavárselo en medio del corazón…! —Luke estaba desatado.

—No te vengas arriba, cachorro —remarcó Anthony, levantando una ceja, y él masculló algo por lo bajo.

—¿Y si aceleráis eso de la vinculación y vamos a por esa puta arma en cuanto amanezca? —intervino Angus. Tenía los puños ensangrentados, pero por el resto no parecía haber sufrido ningún daño.

—Acabamos de perder a Ishna Witca. —Mi tono fue duro y frío, como un latigazo que le golpeó de lleno.

—Un balberin —les contó Logan y señaló con el mentón a Koda, que estaba sentado en el suelo.

Cameron y Luminika estaban a su lado, revisando las heridas que había en su cuerpo. La herida que le desfiguraba el rostro era la más aparatosa y sería un duro recuerdo que arrastraría el resto de su existencia, pero de ella no peligraba su vida. Del resto, aún no estaba del todo seguro.

—Mierda —susurró Angus mientras Luke tragaba saliva.

—Respetaremos las costumbres y los deseos de nuestro hermano, así como sus últimas voluntades. —Nadie me rebatió aquello. Me giré para mirar a John y no me sorprendió que Ardiente estuviera a su lado—. La llevaré a la cabaña, necesita descansar.

—Os daremos un poco de espacio —asintió John.

—¿Por qué os habíais alejado del grupo? —me preguntó Logan, que tenía el ceño fruncido y el peso de la responsabilidad de los daños que acababa de sufrir nuestra pequeña gran familia y la gente que nos había acogido.

—Fuimos a por el collar. Taima lo había dejado en la cabaña, pero con todo lo que estaba pasando fuera, tardó su tiempo en acordarse de dónde lo había dejado.

—Lo siento, lo siento, ¡lo siento! —Ardiente se colocó ambas manos en la boca—. ¡Es culpa mía! Estaba en la mesa y me dio miedo que alguien… ¡Lo guardé con el resto de sus joyas! Leia me dijo que las ancianas las habían guardado en una caja que estaba en la estantería.

—Sí. Taima lo sabía —intenté tranquilizarla, pero Ardiente negó con la cabeza.

—Es imposible. No tuve tiempo a decírselo. Ni siquiera Leia lo sabía.

—Tenemos el collar, así que lo que sea, ya no importa —intervino John—. Llévatela. Tu mujer necesita descansar para poder sanar sus heridas.

En eso estábamos de acuerdo, así que me incliné para pasar un brazo por debajo de sus piernas y alzarla en volandas.

La llevé hasta la cabaña y la tendí sobre una de las pilonas de mantas que las mujeres de la aldea habían cubierto de pétalos y rodeado con piedras preciosas. Aquel debería haber sido nuestro lecho nupcial.

Sus ojos buscaron los míos y había tantas emociones lidiando en ellos que no pude evitar colocar una mano sobre su mejilla. Deseaba decirle mil cosas, pero no sabía si alguna de ellas podría reconfortarla.

—Quizá Angus tiene razón. Lo que ha pasado hoy, tal vez podría haber hecho algo si ya fuera una Mística.

Le sostuve la mirada. La insinuación.

Podía entender esa sensación, la frustración, el deseo de haber hecho más. No era la única que se sentía así. Parte de su dolor era culpa mía. Quizá, si hubiera sido yo el que hubiera enfrentado a aquel balberin, las cosas habrían sido diferentes. Quería pensar que, con la magia de Ardiente y de Elektrika en el filo de mi espada le habría podido dar muerte, incluso si lo hubiera enfrentado yo solo.

—No hagas como Koda, Taima, nada de lo que ha pasado es culpa tuya —le susurré, acercándome a ella para besarla en la frente.

Cuando me separé, vi que tenía los ojos cerrados.

—Sé que tienes razón, pero me duele. Necesito hacer algo, lo que sea.

—Acostarte conmigo, que tu primera vez no sea más que un revolcón furioso, teñido de rabia y dolor, no solucionará el hecho de que ya no esté. —Hice una pausa antes de añadir—: Te mereces mucho más que eso.

—¿Qué más da? Lo único importante es si despierta mi poder y si este nos lleva hasta el puñal que le dará muerte. —Se estremeció tras decir aquello y las lágrimas volvieron a correr sobre sus mejillas mientras me miraba. Su mano buscó mi mejilla. Como si necesitara sentirme. De la misma forma que necesitaba yo.

—Lo hará. Despertará. Te lo prometo.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque Ishna tenía razón: me quema la sed del cazador; y yo, Taima, quiero dártelo todo,

porque te quiero. —Vi que apretaba los labios para contener el dolor, el llanto, mientras volvía a temblar entre mis brazos—. *Shhh*. Cierra los ojos y descansa, *ikzewens*, mi muchacha, esta noche seré yo el que vele tus sueños.

XXVII

TAIMA

NO SÉ cómo conseguí conciliar el sueño mientras todo mi mundo se rompía en mil pedazos, pero acabé haciéndolo. Jason se mantuvo a mi lado, sus manos masajeando las mías hasta que consiguieron que, poco a poco, mi cuerpo se relajara por completo.

Me encontré sumida en un sueño en el que se entrelazaban recuerdos de mi pasado y también vestigios de mi futuro. Vi a Ishna y también a mi madre. A Jason la primera vez que me encontré frente a él, cara a cara, y una de esas noches en las que nos habíamos limitado a hablar y observar con complicidad el mundo que nos rodeaba, en silencio. A Koda. Juro que hasta escuché su risa. ¿Volvería a hacerlo? ¿Reír?

Tardé mi tiempo en alejarme de aquella bruma que anulaba en parte mi consciencia y poner mi mundo en orden. Asumir que se había ido. El que siempre había dado por sentado que estaría. Cuando abrí los ojos deseé ver a Jason, pero, sin embargo. No estaba allí, a mi lado.

Me tensé y me incorporé de golpe, como si aquel lugar, el que había sido mi hogar durante tanto tiempo, de repente se sintiera vacío y desconocido. Como si su presencia fuera lo único que daba sentido a esa emoción, la de sentir que estaba en el lugar adecuado.

—¡Se ha despertado! —Fue Aria la que dijo aquello, pero fue Elena la que llegó en primer lugar a mi cama.

—¿Cómo estás? —quiso saber.

—¿Y Jason? —susurré, sintiendo la cabeza pesada.

—John lo ha obligado a tomarse unas pocas horas, pero no creas que no le ha costado convencerlo —indicó Aria con una sonrisa cómplice mientras se sentaba a mi lado.

—¿Cómo te encuentras? —Leia parecía preocupada.

—Me duele la cabeza, como si me hubieran golpeado. —Melanie me acercó un vaso de agua y le di un trago.

Asentí porque, por una vez, no me importaba no tener que ser la persona a la que todos buscaban para solucionar sus problemas, sino que, más bien, me gustaría ser yo la que le pidiera a alguien que aliviara mi pena y mi dolor. Y que me devolviera a Ishna Witca.

—Recuerdo esa sensación —murmuró Leia—. Un día parece que todo está bien y, al siguiente, te despiertas en un hospital después de verle la cara a la muerte pensando que alguien a quien quieres está muerto. —La miré y continuó—: Luke. Estábamos juntos cuando vimos por primera vez a un duma, antes de que fuera un cazador y descubrir esta mierda de mundo.

Asentí.

—Koda está bien —me informó Aria, pero vi que era una verdad a medias; al ver mi expresión preocupada se apresuró a añadir—: Lo digo en serio. Le tuvieron que hacer una transfusión, porque tenía un par de heridas graves, pero está fuera de peligro.

—¿Una transfusión?

—John tiene una mente inquieta y hace tiempo que estudió los efectos de la sangre humana en los cazadores —me contó—. Consumirla les ayuda a regenerar sus propios tejidos de forma más rápida. De hecho, sospecha que no es el único que descubrió eso y que de ahí viene el mito ese de los vampiros.

—¿En serio? —cuestionó Elena, sorprendida—. ¿De ellos salen las leyendas de los chupasangre?

—Es una teoría, sí —admitió Aria con una media sonrisa, ligeramente sonrojada—. La sangre se considera un vehículo para el despertar de un cazador o una Mística, pero también tiene

propiedades curativas; aunque, por lo visto, su efecto es mucho más rápido si se administra directamente en vena en vez de consumirla por vía oral.

Melanie asintió, pero Elena tenía el ceño fruncido y multitud de arrugas sobre el puente de la nariz. La idea la repugnaba. Creo que a mí también, pero estaba demasiado cansada y aturdida para demostrarlo.

—No han podido hacer nada para salvarle el ojo, sin embargo —añadió Aria, estudiándome, como si lamentara darme esa noticia, pero, al mismo tiempo, no quisiera mentirme. Supuse que no era algo que pudiera esconderse con facilidad.

Asentí.

—Es un mal menor. Sigue vivo —susurré, recordando que Ishna Witca, no.

Me estremecí y fue Elena la que se sentó a mi lado y me pasó un brazo por encima de los hombros. Fue extraño, pero su proximidad me reconfortó.

—La aldea.

—Los heridos están fuera de peligro —intervino Leia con una seguridad que me hizo saber que podía estar tranquila.

—¿Qué hay de nuestros muertos? —quise saber, atragantándome con aquellas palabras.

—Ese es el motivo por el que Jason ha acabado cediendo y alejándose de tu cama. Ellos han acompañado a Koda para que pudierais despedirlos según vuestras tradiciones —me informó Aria.

—Yo debería haber estado allí —murmuré, sintiéndome perdida—. Soy la chamana de la aldea.

Vi que se miraron entre ellas.

Lo era. Aunque estaba a punto de dejar de serlo.

Suspiré, cansada, sabiendo que mi tribu debería seguir adelante sin mí.

Igual que yo debería hacer lo mismo, pese a que Ishna Witca se había ido.

Dolía, la sensación de dejar de formar parte de aquella familia que me había visto crecer, aunque sentía que había creado una nueva en la que aquellas mujeres que ahora me acompañaban eran los pilares. Koda solía decir que la *dodem*, la familia, no era solo aquella con la que compartes un linaje, sino aquella que eliges por el camino, la que te ve crecer y convertirte en la persona que eras. Se sentía justamente así. Como si formara parte de una nueva familia.

—Supongo que tiene sentido —cedí, al fin. Ya no sería la persona a la que todos buscaban para solucionar sus problemas, no me importaba renunciar a eso. Ya no.

Hacía apenas un par de días me lo había parecido y se había sentido como si me quemara el precio que debía pagar para convertirme en Mística; sin embargo, tras perder a Ishna, todo se veía desde otra perspectiva. Lo que realmente era importante. Y lo que nunca lo había sido.

—Todo se sentirá mejor con el tiempo. Necesitas comer algo. —Elena se levantó y me tendió la mano. Antes de aceptarla la miré y sentí su determinación.

La visión que me esperaba fuera era desoladora, pero, al mismo tiempo, estaba llena de esperanza.

Muchas de las *wiigiwaam* de la aldea habían sufrido daños. Aún podía sentirse el olor de la madera quemada mientras observaba las cenizas que cubrían parte del normalmente colorido paisaje. El recuerdo de las sombras. De la oscuridad, de la muerte. Sin embargo, entre todo aquello, los cazadores estaban ayudando a mi pueblo a reconstruir cada casa, cada hogar, siguiendo las indicaciones de mi gente.

Su fuerza sobrehumana ayudaba a hacer aquello posible y vi que resurgiríamos. Lo haríamos. Porque éramos una tribu fuerte. Siempre lo habíamos sido.

Antes de llegar al centro de la aldea, vi a Jason cargando un grueso tablón. Saltó a varios metros de altura para transportarlo hasta uno de los frágiles tejados dañados. Dos hombres de la tribu empezaron a fijarlo mientras él se volvía a erguir y los observaba en silencio.

Me quedé quieta, observándole. No parecía el mismo hombre de hacía apenas unos días. Llevaba el pecho descubierto y vestía solo unos pantalones oscuros. Se irguió y pude verle en toda su majestuosidad. Era masculinidad en estado puro, no solo por los músculos que se definían en él, sino por esa sensualidad que desprendía.

No sé cómo lo supo, pero su mirada me buscó y creo que esbozó una pequeña sonrisa antes de dejarse caer al vacío, haciéndome estremecer ante la posibilidad de que se hiciera daño. Era como si olvidara lo que él era. Como si aquella caída no fuera en realidad un reto, se puso las manos en los bolsillos y se acercó hacia nosotras.

—Acaba de despertarse —le indicó Aria—. Pero tenía intención de ir a buscarte, porque ha preguntado por ti.

Ladeó la cabeza y me miró. Creo que había estado tentado de preguntarme si aquello era verdad o Aria lo había dicho para contentarlo, pero no lo hizo. Tenía el rostro ligeramente sudado y el cuerpo cubierto de restos de hollín y polvo. Ese cuerpo que no debería atraerme tanto y despertar el deseo de tocarlo.

—Gracias por lo de anoche. —Por no dejarme sola. Por acompañarme en mis horas más oscuras. Por estar allí.

—Me alegro de verte mejor. —Creo que no sabía qué decirme exactamente, pero la verdad es que tampoco importaba—. ¿Has comido algo? —Negué con la cabeza, aunque sentía un nudo en el estómago y no estaba segura de si iba a ser capaz de dar más de un par de mordiscos.

—Ahora la llevábamos a que desayunara un poco —intervino Elena y Jason asintió.

—Iré a asearme un poco y vendré a acompañarte. —Asentí. Me sentía cansada. Perdida. Ignorando al resto de las mujeres, que nos estudiaban, se acercó hasta mí y colocó la palma de su mano en mi mejilla, sin decir nada. Su contacto se me antojó conocido. Más de lo que debería. Cerré los ojos y me recosté contra esa mano, grande y firme, sintiendo que esa era la que me sostendría cuando todo a mi alrededor careciera de sentido. Sentí un roce, furtivo, en la frente.

Cuando abrí los ojos, sorprendida por aquel contacto, vi como se incorporaba y sospeché que eran sus labios los que me habían besado. Apenas un roce, pero sentí mi corazón volver a latir con fuerza y no con la inercia del que apenas siente la ilusión de hacerlo.

—Cuando hayas comido un poco, deberíamos ir a buscar a las ancianas de tu tribu. Ellas querían hablar con nosotros.

Asentí, porque no encontré la fuerza ni las palabras adecuadas para responderle. ¿Qué podían querer esas mujeres? Saber quién oficializaría nuestra unión. Debería hacerlo Ishna Witca. Era un cazador. Y era parte de mi familia. Pero ahora ya no estaba. Todo parecía un poco más apagado y había perdido parte de su nitidez.

La vida. La muerte. Ishna Witca nos había querido regalar un futuro, pese a que él sabía que el nuestro estaba ya escrito. Quería que nos reveláramos. Que buscáramos nuestro propio camino. Él sabía cuál era mi destino. Que debía ser yo quien matara a Ewah, pero que, para hacerlo, debería también asesinar al cazador con el que había decidido casarme. ¿Acaso se lo había contado a Jason? ¿Sabía que para salvar al mundo debía traicionarle? Era imposible que hubiera aceptado un acuerdo en el que su vida fuera la moneda de cambio.

—¿Qué le prometiste a Ishna Witca? —le cuestioné.

Jason me observó y pude ver como sus ojos bicolores brillaban con intensidad.

—Le prometí que te haría feliz, y pienso cumplir mi palabra. —Inclinó la cabeza hacia mí,

una muestra de respeto por su parte, antes de colocar su puño sobre su corazón. Una promesa que hizo que me estremeciera. Tras aquello, desvió la mirada hacia las mujeres que me acompañaban, como si les advirtiera en silencio que se hicieran cargo de mí.

En otras condiciones aquello me habría enojado, pero estaba en estado de *shock*. Podría haberme imaginado mil posibilidades, pero esa no estaría entre ellas.

Me quedé paralizada y observé como nos daba la espalda y se alejaba.

—Creo que hay alguien a quien ese cazador en concreto no le es indiferente —indicó Melanie tras soltar un silbido. Me cogió del brazo y al hacerlo me obligó a reaccionar.

—¡Nosotras dábamos por sentado que era Koda! —añadió Aria, riéndose por lo bajo—. ¡Pero solo hay que ver cómo te mira!

—Yo diría que es algo bastante recíproco —intervino Melanie—. Admito que tiene una buena espalda y un culo interesante, pero si cierras la boca igual consigues mostrar un poco de dignidad.

—¡Idiota! —le soltó Elena, golpeándola en el costado.

Creo que me sonrojé y tardé unos segundos en ser consciente de que tenía la boca perfectamente cerrada. Fui a protestar, pero Melanie tiró de mí, entre risas. No podía acompañarla, porque aún me sentía demasiado dolida, pero no se sintió del todo mal que ella lo hiciera. Seguíamos vivas. Eso estaba bien. Reírse era una buena forma de celebrarlo, supuse, incluso si yo iba a tardar un tiempo en encontrar esa fuerza vital para poder hacerlo.

—¿Os habíais imaginado que el estirado de Jason tendría ese toque tan mono? —apuntó Elena con una media sonrisa.

—A eso se le llama estar enamorado —opinó Aria, haciendo que me sonrojara.

No podía ser verdad. Él había aceptado casarse conmigo, sí, pero había muchos motivos para que lo hubiera hecho que no requerían, necesariamente, que estuviera enamorado de mí. Ni mucho menos.

Y ahí, en ese momento, me llegaron las palabras que me había dicho mientras me acompañaba, como si, de repente, resonaran de nuevo en mi cabeza: «…y yo, Taima, quiero dártelo todo, porque te quiero». ¿Había sido real o era una alucinación, un sueño, un falso recuerdo?

—*No fueron palabras vacías,* ikzewen, *él te quiere y no va a esconderse de lo que siente.*

¿Podía amarme? Apenas nos conocíamos.

Me estremecí. ¿Cómo podía negar lo que podía sentirse en el aire? ¿En la tierra? ¿En mi propia sangre? Era como negarse a respirar o intentar frenar el latido de un corazón; solo entonces fui consciente de que yo también le amaba. Y dolía como cuando la noche desgarra en el horizonte y apaga la luz del día.

Tarde o temprano, tendría que enfrentarme a mi destino. Y tendría que matarle.

Podía negarlo, pero hacerlo no cambiaría nada. Lo que sentíamos. Lo que nos estábamos convirtiendo el uno para el otro, incluso si eso solo lo complicaría todo aún más.

Después de beber agua fresca y obligarme a comer un par de cucharadas de *manoomin*, me dirigí a la cabaña en la que habían instalado a los heridos. No tardé en localizar a Koda. Su aspecto era apático y estaba ligeramente pálido, pero estaba vivo, me obligué a recordar. Una cinta de cuero rodeaba su cabeza y cubría el ojo que había perdido, pero se podía ver a la perfección la cicatriz que le distorsionaba la cara.

Me senté a su lado, de rodillas, y esperé a que fuera él quien iniciara la conversación.

Su rostro, normalmente alegre, mostraba un aspecto ensombrecido por todo lo que había pasado. No era tanto el dolor físico o las cicatrices que podían verse a simple vista. Podía

entenderle. Sabía que no dormía, pero respeté su silencio.

—No vas a irte, ¿verdad? —me dijo al cabo de un rato.

—Solo me iré si las ancianas vienen a buscarme. —Aquello llamó su atención. Se giró y abrió los párpados lentamente.

—¿Vas a hacerlo?

—No es como que tenga muchas más opciones.

—Es un buen hombre, un buen cazador, pero, si ese no es tu deseo y, pese a mi aspecto, aún sientes algún tipo de aprecio por mí, sabes que estaré dispuesto a ser yo quien ocupe su lugar.

Había una preocupación fraternal en su mirada.

—Está bien así —aseguré—. Creo que, si tiene que ser alguien, ha de ser él.

—Me alegra oír eso. —Me sonrió, aunque al hacerlo su rostro mostró un aspecto totalmente diferente a cómo había sido antes—. Pase lo que pase, siempre estaré ahí, para ti.

—Lo sé.

Nos quedamos en silencio hasta que volvió a mostrar interés en seguir conversando.

—John ha usado el generador eléctrico que consiguió ayer de un taller de la reserva. El resto de los Stel ya están en camino. Llegarán pasado mañana.

—¿De cuántos estamos hablando?

—Más de una docena, aunque me han dicho que muchos de ellos son bastante jóvenes. —Hizo una pausa antes de añadir—: El Viejo cree que lo que tiene que ser será pronto y será aquí.

—No podía ser de otra forma, supongo.

—¿Por qué dices eso? —Koda sabía cosas, pero no las sabía todas. Mis sueños solo los había compartido con Ishna Witca.

—Ewah siempre ha sido nuestra responsabilidad. —Apreté los labios, porque me quemaba admitirlo, aceptarlo—. Boodawaanakwe, la nieta de Ishna Witca, lo desterró, pero no pudo acabar con él. Debo ser yo quien acabe con su amenaza.

—¿Estás segura? —me cuestionó, preocupado—. ¿Te hablaron los espíritus? —Asentí y suspiró, cansado—. Por lo que más quieras, ve con cuidado, ¿de acuerdo? No puedo perderte a ti también.

—Me gustaría no tener que hacerlo.

—Tal vez exista otra opción.

Negué con la cabeza y una lágrima escurridiza se deslizó por mi mejilla.

—¿Qué es lo que no me estás diciendo, Taima? —Koda se incorporó y capturó mi lágrima con la yema de su dedo y me observó.

—Ishna Witca creía que podía interferir en el futuro que ya ha sido escrito, pero yo no estoy tan segura. —Su mano buscó la mía.

—¿Qué has visto, Taima? ¿Qué te han revelado los espíritus?

Vi la preocupación en sus ojos. El dolor. La pérdida del que había sido nuestro guía aún a flor de piel.

—No soy yo quien debe preocuparte, Koda —le aseguré—. Viviré, si es que soy capaz de hacerlo con el peso de la culpa y el dolor de quien todo lo ha tenido, pero lo ha perdido.

—Taima…

Me obligué a sonreírle, aunque no me sentía feliz.

—Vi a Jason en mis sueños, tiempo atrás. —Cerré los ojos, incapaz de contarle aquello y que viera el dolor en mi mirada—. Ewah se hará con el control de su cuerpo y yo… mi destino es matarle, Koda. A Ewah, sí, pero para hacerlo también deberé matarle a él, a Jason, al hombre del

que creo que me he enamorado.

—No.

Abrí los ojos y lo miré. Las lágrimas surcaron mis mejillas.

—Está escrito, Koda. Sé que puede hacerse, sé que puedo hacerlo, porque es algo que ya he visto.

—¿Ishna Witca lo sabía?

—Sí.

—Taima, no puedes casarte con él, entonces.

—No puedo no hacerlo, Koda. He de convertirme en Mística para usar mi poder y encontrar el puñal, ese que he de usar para arrebatarle la vida.

—Eso no tiene sentido, Taima. —Me estudió—. No es justo.

—No lo es, no. —Intenté normalizar mi respiración y mi pulso, que se habían agitado—. El destino es retorcido y cruel, eso es algo que ambos hemos aprendido.

Koda se quedó en silencio.

—Nunca pensé ver un balberin. —Desvió la mirada hacia el otro extremo de la sala y supe que estaba reviviendo aquella pesadilla—. Siempre me dijo que, por muy loable que sea la causa, no todas las acciones pueden justificarse, que como cazadores tenemos la responsabilidad de hacer el bien, pero que hemos de ser cautos y cuidadosos de cómo lo hacemos porque hombres buenos, intentando hacer el bien, han acabado convirtiéndose en monstruos.

Me quedé en silencio. ¿Acaso estaba insinuando que traicionar a Jason podría convertirme en una criatura como la que habíamos enfrentado anoche?

—Creo que mi castigo será perderle.

—Así que lo amas, después de todo. —Me sonrió. Por primera vez había una cierta calidez en su expresión, como si celebrara ese pequeño logro.

—Preferiría no hacerlo: haría que todo fuera más fácil. Saber que voy a traicionarlo me quema.

—¿No vas a contárselo?

—¿Para qué? ¿Para hacerlo aún más complicado todo? —Suspiré, agotada, pero feliz de compartir con él aquella carga—. ¿Y si intenta convencerme de que no lo haga? ¿Y si decide huir para no convertirse en un montón de polvo? Es un riesgo que no puedo, no podemos, asumir.

—Jason hubiera enfrentado al balberin y asumido las consecuencias, anoche, si Ishna no lo hubiera retenido —negó Koda—. Es un hombre íntegro y valiente, Taima, si no jamás hubiera conquistado tu corazón. —Me gustó que le tuviera en buena consideración—. Y tú, mi pequeña *ikwezens*, eres la más bondadosa y leal de las personas que he conocido.

—Gracias.

—¿Sabes en qué estoy pensando? —Negué con la cabeza—. Quizá no fue una casualidad que Ewah fuera a por él. Quiero decir que aquella noche, por lo que me han explicado, había varios cazadores. ¿Por qué lo eligió a él?

—Es viejo.

—No tanto como John.

—Él no estaba vinculado a una Mística —argumenté.

—Cameron y Nicholas, tampoco.

—¿Qué estás insinuando?

—Que no fue una casualidad que intentara acabar con él. Si nuestra única posibilidad es encontrar ese puñal en la mina de plata de nuestros antepasados y él ha de despertar el poder que

late en ti, eliminar a Jason era la opción más fácil para romper toda esa serie de sucesos.

—Es una posibilidad que creo que Ishna Witca también sopesó. —Le miré—. Creo que por eso no quiso que Jason se arriesgara a enfrentar al balberin anoche.

Koda asintió.

—Tiene sentido.

—No puedo amarlo, Koda, no puedo, pero al mismo tiempo creo que eso es justo lo que estoy haciendo. —Me froté los ojos con las manos—. Siempre me ha quemado saber que debería matar a alguien para acabar con Ewah, pero ahora, ¿cómo se supone que encontraré la fortaleza para matar a mi marido?

—Tal vez encontremos la forma de salvarle.

—Esto es mucho más importante que un nosotros. ¡Ni siquiera Ishna ha podido evitar su propio destino! —Me obligué a no llorar—. ¿Y si no logro hacerlo? ¿Y si no soy capaz de acabar con su vida cuando llegue el momento?

—Te conozco. Si de darle muerte depende salvar al resto de la humanidad, tu mano no titubeará.

Quería pensar que la fe ciega de Koda en mi persona no se vería condicionada por lo que Jason despertaba en mi interior.

Nos quedamos en silencio, cada uno sumido en sus propios tormentos.

XXVIII

TAIMA

LAS ANCIANAS no tardaron en venir a mi encuentro y lo que vieron no debió de gustarles porque, aunque apenas hacía unas horas que habían despedido a nuestros muertos y el pueblo aún estaba solo en proceso de reconstruirse, me obligaron a asearme y volvieron a perfilar la mayoría de los grabados que habían dibujado el día anterior sobre mi piel.

Cerré los ojos y dejé que me arreglaran el cabello y volvieran a dibujar en mi piel complejas ilustraciones. La historia de mi pasado. Mi presente. Y del que se suponía que sería nuestro futuro.

Me obligaron a comer algo, y no sabría decir cuántas horas habían pasado cuando en la tienda entró Koda. Me sorprendió su aspecto y que fuera capaz de sostenerse solo, incluso si usaba una vara de madera para ayudarse. Su piel había ganado un poco de color y no se veía tan cetrina como hacía unas pocas horas, pero lo que marcaba en realidad la diferencia era su expresión. Incluso si parte de su rostro quedaba oculto por la cinta de cuero que tapaba el ojo que había perdido y no podía evidenciarse ningún cambio en aquella cicatriz que le distorsionaba la mitad de la cara, pude sentir que algo había cambiado.

—Te veo mejor. —Sonreí mientras me acercaba a él.

—Ya sabes que curamos rápido. —Asentí, pero no me refería solo a la parte física. Intentó sonreírme—. ¿Y qué hay de ti? ¿Estás lista?

—¿Yo? —Solo entonces fui consciente del porqué estaba allí.

Una mezcla de tristeza y alegría me invadió. Ishna Witca debería ser quien me acompañara y dirigiera la ceremonia, pero él ya no estaba. Koda había decidido tomar esa responsabilidad, como si fuera un miembro de mi linaje. *Dodem*. La familia no era solo aquella de la que provienes, sino la que te encuentra y arropa a lo largo del camino. Le sonreí.

—Supongo que sí, si se está preparado para algo así.

—Es un buen hombre. Un buen cazador. Y te respeta.

—Más le valdría no confiarse —murmuré por lo bajo mientras salíamos de la cabaña. Detrás de nosotros, las ancianas empezaron a cantar en nuestra lengua una historia de amor entre dos Ojibwe que, pese a las dificultades, encontraron la forma de poder estar juntos. En la vida y en la muerte. Porque sus espíritus supieron encontrarse más allá del tiempo.

—¿Quieres que te confiese un secreto?

—Claro.

—Ha venido a verme. —Caminamos con el murmullo de las mujeres de telón de fondo—. Y después de mucho pensarlo, creo que Ishna se vio reflejado en vosotros.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Porque creo que ninguno de vosotros podrá volver a encontrar la felicidad si no es junto al otro. Sobrevivir, sí, pero te mereces mucho más que eso. Creo que Ishna quería que tuvieras la oportunidad de algo mucho más grande que solo seguir levantándote cada mañana, asumiendo tus responsabilidades antes de volver a acostarte.

—Koda. —Le sostuve la mirada. Una advertencia de todo lo que no podía permitirme. Él suspiró y asintió, pero no parecía la mitad de feliz en ese momento que cuando me había venido a buscar.

—Solo prométeme que, cuando seas una Mística, intentarás buscar otra salida. Una en la que exista un vosotros. —No dijo nada más porque el ruido de los tambores se hizo más evidente y también la multitud que se había congregado junto a la hoguera de la aldea.

Ya no había las risas y las miradas llenas de felicidad que sabría esperar ante una celebración como la que estábamos a punto de realizar, pero no podía criticar al resto de la tribu: parte de nuestra alegría había muerto con las pérdidas que habíamos sufrido, pero aún teníamos la voluntad de seguir adelante. De sobrevivir. De volver a levantarnos.

De vivir. Y, quizá, de soñar despiertos. Como si pudiéramos dibujar nuestro propio destino. Uno en el que Ewah no existiría y quizá Jason y yo tendríamos la oportunidad, al menos, de conocernos, de amarnos y, tal vez, de aprender de nuestras diferencias para emprender juntos un nuevo camino. Ver mundo. O, quizá, formar una familia.

De convertirnos en dos nómadas. O establecernos.

De probar. De decidir. De acertar. Y también de equivocarnos.

Evolucionar juntos.

Crecer. Uno al lado del otro.

Lo busqué con la mirada y lo encontré frente a la hoguera, junto a Logan y John. Mi pulso se agitó al verlo porque, aunque tenía la certeza de que era él, su aspecto distaba mucho del que solía mostrar. Llevaba unos pantalones de cuero curtido de color oscuro con algunos flecos en los costados; y su torso, desnudo, estaba cubierto de grabados negros. Su piel, ligeramente más clara, y aquellos ojos celestes evidenciaban su origen, pero, por el resto, bien podría aparentar ser un miembro de la tribu.

—¿Sorprendida? —me cuestionó Koda con una pequeña sonrisa en el rostro.

—Bastante.

—Espero que sea gratamente. —Me sonrojé por completo y esquivé su mirada estudiando el camino que me llevaba hasta el que tenía que convertirse en mi marido.

Sentí la tierra latir al ritmo de los tambores y, también, de mi corazón. Avanzamos despacio, no tanto porque lo dictara la tradición, sino porque Koda estaba solo parcialmente recuperado.

—Cuida de ella —le pidió a Jason y depositó mi mano sobre la suya. Él se limitó a asentir mientras colocaba su otra mano sobre la mía, una señal de que aceptaba a la mujer que se le estaba ofreciendo. Tragué saliva y coloqué mi mano sobre la suya, bajo su atenta mirada.

Ya no era un rostro cualquiera.

Poco a poco se había ido abriendo paso hasta mi corazón.

Sus ojos azules, teñidos de esa marca negra, eran la prueba del futuro que yo sabía que nos esperaba. ¿Podía permitirme amarle?

—Sé que Ishna Witca hubiera deseado ser quien hiciera los honores, pero quiero pensar que él sigue aquí, de alguna forma, velando por todos nosotros. —John nos observó—. Estamos aquí reunidos para ser testigos de que este hombre y esta mujer se aceptan, libremente, para convertirse en uno solo, siguiendo las tradiciones ancestrales de este lugar mágico en el que nos encontramos. ¿Queréis pronunciar vuestros votos?

Los votos. Mi pulso se aceleró. Las manos de Jason entre las mías. El calor de las llamas. El color arrebol del ocaso. La tradición dictaba que fuera la mujer la primera, pero Jason se adelantó, tal vez porque era consciente de mi nerviosismo y de mi dificultad para responder a John.

—Lo que soy es tuyo, Taima.

Escuché aquellas palabras y algo en mí se removió, inquieto. Creo que fue su simplicidad la que hizo que las sintiera a flor de piel, como una caricia, tan deseada como sentida. Jason sería mío. Y yo debía de aceptarle. Para traicionarle más pronto que no tarde.

Me quedé quieta, presa de su mirada. Aterrada de no estar haciendo lo correcto, como si por una vez me plantease no dar ese paso. Huir. Alejarme de él. De mis responsabilidades. De lo que

debía ser. Y que él pudiera vivir.

—¿Taima? —Aria se acercó y se colocó a mi lado. Sentí la calidez de su cuerpo. La conexión que existía entre su magia y la que latía en la tierra. Entre nosotras.

Deslicé la mirada hacia el resto de las Místicas, que estaban apenas a un par de metros, tensas, a la expectativa. Tuve la certeza de que, si me acobardaba y me desdecía con aquel acuerdo, si me negaba a aceptarle, ellas me protegerían de cualquiera que fuera la consecuencia.

Volví mi atención hacia Jason. Su expresión era neutra, pero la tensión era evidente en cada centímetro de su cuerpo. Tal vez intuía que mis dudas estaban abriéndose paso en mi interior. Amarlo sería demasiado fácil, quizá por eso, saber que debería traicionarlo cada vez me pesaba más.

—Prometo ser solo tuya hasta el fin de mis días —murmuré.

Al menos podía darle eso.

Sus ojos sobre los míos. Nuestras manos tocándose.

La tierra, latiendo, la magia de mis ancestros.

Mi mano tal vez temblaría, pero no mi voluntad. Cuando llegara el momento, lo mataría, pese a que estaba dispuesta a amarlo hasta que mi cuerpo ya no albergara la esencia de la vida. No solo le entregaría mi cuerpo. Estaba dispuesta a entregarle todo lo que yo era, igual que él estaba dispuesto a dármelo todo.

Sospechaba que eso me convertiría en una sombra en vida, igual que le había pasado a Ishna. Ahora entendía su dolor. Su sacrificio. Y su recuerdo se hizo más vivo, pero también mi admiración por aquel hombre que a Koda y a mí nos lo había dado todo.

—Por el vínculo de sangre que nos hace uno, siguiendo vuestras tradiciones y también las de los cazadores, os declaro marido y mujer. —Una sonrisa asomó en su rostro—. Solo nos queda felicitar a los novios.

—Bueno, eso y un buen polvo *consumatorio* —masculló Melanie, haciendo que me ruborizara mientras se empezaban a escuchar vítores y tambores a nuestro alrededor, invitando a todo el mundo a unirse a la fiesta.

Había mesas con comida abundante, aunque el ambiente aún arrastraba el deje lúgubre del ataque de la noche anterior. Jason se colocó a mi lado y nos quedamos allí, saludando y aceptando bendiciones y regalos de la gente de la tribu, entre condolencias y palabras que aún arrastraban el dolor de un duelo demasiado reciente. Una mezcla un tanto extraña, en realidad, pero que no me afectó demasiado porque me sentía entre abrumada y desorientada.

Lo había hecho.

Le había aceptado.

Y, sí, Melanie estaba en lo cierto.

Los rituales Ojibwe se habían celebrado como buenamente se había podido, pero nuestro vínculo aún no se había forjado y la noche pronto haría acto de presencia. Y con ella, a saber a qué peligros nos enfrentaríamos.

Me giré para observar a Jason tras escuchar y despedir al último de los miembros de la tribu.

—Si no fuera por la palidez de tu piel y el atípico color de tus ojos, casi parecerías un nativo. —Se giró para observarme y me sonrió. Había una calidez en su rostro que me desconcertó y fascinó a partes iguales.

Era un hombre atractivo, pero cuando su rostro suavizaba sus rasgos y dejaba de esconderse detrás de esas murallas que había erigido a su alrededor, podía sentirse tan cálido y próximo que era imposible no sentir esa mezcla de atracción y de un algo mucho más profundo. Ese algo que lo complicaba todo.

—Quería demostrarte que respeto lo que eres y lo que significa tu posición dentro de tu cultura. Entiendo que el hecho de convertirnos en marido y mujer, para ti, es un sacrificio.

Tragué saliva. ¿Lo era?

—Sueles mostrarte más bien altivo, y dudo que creas en la mitad de las tradiciones de mi pueblo.

—No puedo creer en ellas si no las conozco, ¿no crees? —ronroneó y me sentí como si estuviera jugando conmigo. Como si él fuera el cazador y yo poco más que su presa.

—Por no decir que sueles marcar la distancia con todo. Y con todos. Al principio pensaba que te considerabas superior a nosotros, por un tema cultural. —Ladeé la cabeza—. Aunque ahora soy consciente de que no se trata de eso. Te gusta mostrarte frío y hasta distante, pero creo que he visto cómo eres de verdad, debajo de esas capas, Jason, más allá de lo que pretendes aparentar con tu aspecto y tu cinismo.

—Yo hubiera dicho que todas esas características formaban parte de mi innegable encanto, pero tal vez son rasgos ya de mi personalidad. —No parecía molesto, más bien al contrario—. Supongo que en realidad se debe a que llevo mucho tiempo vagando por el mundo, Taima, y eso hace que me cueste vivir el momento. Disfrutarlo. No sé si me explico.

—Creo que entiendo lo que quieres decir.

Enlazó sus dedos a los míos y empezamos a caminar, alejándonos del barullo y los ruidos de la fiesta. Comencé a ponerme nerviosa al pensar en que me llevaba hacia la cabaña para cerrar la parte física de nuestro enlace, pero se desvió y nos alejamos de la aldea hasta sentarnos en una de las laderas que daban hacia las montañas. El sol se estaba poniendo, pero aún nos quedaban un par de horas de luz. De tranquilidad. Lo que pasaría después, nadie lo sabía.

Nos sentamos en una piedra.

—He de admitir que la ropa que usáis es cómoda, pero que conste que eso no quiere decir que vaya a prescindir de mi vestuario habitual —me advirtió y sonreí. Observé su aspecto, los músculos de su torso, la sensualidad que desprendía—. Aunque teniendo en cuenta la forma en la que me miras, igual hasta consigues que me lo replantee.

Me hizo reír mientras, al mismo tiempo, me sonrojaba.

—Solo estaba apreciando los grabados que te han pintado en el pecho —le dije tras carraspear para conseguir que mi voz sonara más o menos firme.

—Sí, ya, claro, eso —ronroneó, divertido.

Hice un mohín y le golpeé en el costado. A modo de respuesta, me sonrió y me pasó un brazo por encima de los hombros, acercando mi cuerpo al suyo y haciendo que pudiera sentir su calidez y su olor. Tan sensual. Tan masculino.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

—Ya lo hacías antes de que fuera tu mujer, no veo por qué no podrías hacerlo ahora.

Ignoró mi tono quisquilloso, condicionado creo por el nerviosismo que sentía. Sabía lo que tenía que pasar y no acababa de entender por qué Jason no estaba buscando ese tipo de contacto, de intimidad, entre nosotros.

¿Pensaba que no estaba preparada para formalizar nuestra unión tan pronto? ¿Tal vez quería esperar un tiempo para respetar el duelo de la muerte de Ishna? ¿O quizá no le atraía lo suficiente como para que despertara en él ese tipo de deseo?

Incluso si todo se sentía algo forzado y precipitado, después de lo que había sucedido la noche anterior, muchas cosas dependían de que nosotros consumáramos nuestro enlace. De que mi poder despertara y que nos ayudara a encontrar ese maldito puñal que nos salvaría y me lo arrebataría todo, al mismo tiempo.

—¿Cómo supiste dónde estaba el collar? —Me giré para observarle.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Ardiente asegura que no estabas en la cabaña cuando lo guardó en la caja.

—No estaba, no.

—Las probabilidades de que el primer lugar en el que se te ocurriera mirar fuera esa caja de la estantería son escasas, por no decir nulas.

—No es una cuestión de probabilidades. —Deslicé mi mirada hacia el horizonte—. Es cuestión de preguntarle a alguien que conozca la respuesta.

—Alguien que no era Ardiente. —Sentí su mirada sobre mi piel, pero me limité a quedarme quieta—. Solo estábamos tú y yo allí dentro, Taima. ¿A quién se supone que se lo preguntaste?

Me giré para observarle. Pese a su aspecto, era un extraño, un extranjero. Alguien que tal vez nunca entendería y respetaría lo que yo era. O lo que había dejado atrás para unirme a él en el lecho conyugal. Estuve tentada de no contestarle, pero se merecía una respuesta. Si estaba o no preparado para aceptarla, para entenderla, eso ya no dependía de mí.

—En esta tierra los espíritus de mis ancestros fluyen libremente y no hay nada que suceda sin que ellos lo sepan.

—Un espíritu. —Se quedó un tiempo en silencio, reflexionando sobre aquello. Casi esperaba que soltara algún comentario crítico, pero me sorprendió, de nuevo—. ¿Cómo se siente?

Me giré para mirarle.

—¿En qué sentido?

—No sé, me cuesta imaginármelo. ¿Hay alguno aquí, ahora, con nosotros?

—Es posible. Solo se dejan ver cuando tienen algo que mostrar o decir. Pueden pasar días, o semanas, sin que ninguno se manifieste.

—¿Sentiste miedo la primera vez?

—Un poco, sí —admití—. La mayor parte de las veces son apenas un murmullo que a veces acompaña a una bruma. Otras, las menos frecuentes, no podrías diferenciarlos de una persona de carne y hueso, como tú o como yo, solo que, si intentas tocarlos, descubres que en realidad no tienen cuerpo.

—Koda vino a decirnos que perderás tus habilidades de chamana cuando tú y yo intimemos. ¿Se refería a algo relacionado con los espíritus?

—Es posible. No soy la primera que ha podido verlos, ni seré la primera a la que han dejado de hablarle.

—Me tomaré eso como un sí. —Se quedó quieto, reflexionando sobre eso—. Esos que has nombrado, los que también podían verlos, descendían también de Ishna Witca.

—Sí.

Asintió. Su pulgar empezó a acariciar mi brazo, pero no lo hizo de una forma que incitara a la lascivia, incluso si su mero tacto, su proximidad, lo hacía. Era más bien como si aquello, tocarme, lo ayudara a centrarse en sus propios pensamientos.

—Los Bendecidos siempre han tenido habilidades especiales. —Me sorprendió que aceptara la posibilidad de que los espíritus siguieran entre nosotros y que yo pudiera verlos—. John vio a Ardiente siglos antes de que naciera. Creo que eso le ayudó a no perder la fe.

—Yo también he tenido visiones, a veces. —Aunque las mías eran más bien pesadillas.

—Me lo dijiste. —Acercó mi mano sobre su pecho y mi pulso se aceleró. Lo observé mientras colocaba su mano sobre la mía. Empezaba a sentir un sudor frío y el deseo de algo que siempre me había sido prohibido.

—¿Te asusta lo que ha de pasar entre nosotros?

—¿Debería?

—Jamás te haría daño, Taima.

Me dolió la veracidad de cada una de sus palabras. Como si fueran puñales. La emoción que contenía su mirada. La promesa de que estaría allí, para mí, cuando le necesitara. Que se esforzaría por cumplir la palabra que le había dado a Ishna Witca.

—Lo sé. —Me obligué a sonreírle, pese a que la pena me ahogaba.

Sin dejar de mirarme, se inclinó lentamente y sus labios se posaron sobre los míos con una suavidad y una ternura que me conmovió. Sentí cómo el deseo nos encendía mientras aquel beso se intensificaba y nuestros cuerpos se buscaban al tiempo que su lengua se abría paso entre mis labios.

Jadeé, presa del deseo, cuando sus brazos me alzaron y me colocó sobre su regazo, una pierna a cada lado de su cadera, sus manos apretándome contra él mientras nos encendíamos y un instinto primitivo despertaba un hambre voraz en nuestros cuerpos.

Mi pulso estaba agitado y mi cuerpo trémulo cuando se separó de mí, tras gruñir de una forma que se me antojó lo más erótico que jamás había escuchado.

—Ir poco a poco va a volverme loco.

—¿Quién ha dicho que hayas de ir poco a poco? —rebatí con un deje de descaro, movida más por mi propia necesidad y excitación que por el sentido común.

Jason rio por lo bajo y presionó mi cadera contra él, haciendo que sintiera entre mis piernas la tensión evidente que había en esos momentos dentro de sus pantalones. Jadeé y me apreté contra él. Su lengua recorrió la curva de mi mandíbula y sentí como sus colmillos rozaban mi frágil piel, pero sin llegar a rasgarla. Me quemaba la necesidad de sentirle.

—En breve andarán por aquí las patrullas de cazadores, así que será mejor que sigamos con esto en la intimidad de la tienda —dijo aquello sin soltarme, como si le costara seguir su propio consejo, como si separarse de mí requiriese de una fuerza de voluntad que, pese a ser un cazador, no disponía.

Asentí, sintiéndome insegura y tímida de nuevo.

—La mitad de los grabados han pasado a mejor vida —murmuró, observándome, mientras nos separábamos.

Me sonrojé, porque estaba en lo cierto: mis manos habían recorrido su pecho y su espalda de forma furiosa, guiadas por el deseo del momento, y las de Jason habían recorrido mis brazos y mis hombros, aunque se habían contenido de tocar el resto de mi cuerpo.

—Sospecho que la otra mitad no tardarán en seguir el mismo camino —le dije, mordiéndome el labio inferior.

—Cierto, porque pienso recorrer con mis manos y mi boca cada centímetro de tu piel.

Me tropecé al escucharle decir aquello, pero me capturó entre sus brazos. Escuché que se reía por lo bajo, y esa complicidad entre nosotros se sintió extrañamente perfecta. Como si todo encajara. Él y yo. Lo que éramos. Lo que había despertado en nuestro interior.

Me negué a pensar en nada más que no fuera ese momento y me obligué a cerrar en lo más profundo de mi conciencia aquellos recuerdos que ahora se habían convertido en las peores de las pesadillas, así como la reciente pérdida que había sufrido.

Por una noche, no quería ser la chamana, la Mística o la elegida. No quería llorar a Ishna, porque ya habría noches para hacerlo.

Solo quería ser una mujer enamorada que encuentra consuelo y placer en los brazos de la persona a la que su corazón ha elegido.

XXIX

TAIMA

NO HABLAMOS en el trayecto hasta la cabaña, pero mis pulsaciones no llegaron a normalizarse, porque notaba como su pulgar trazaba círculos sobre el dorso de la mano y me preguntaba cómo sería si lo hiciera en otras partes de mi cuerpo.

—¿Y ahora qué? —le pregunté cuando entramos y supe que estábamos a solas.

—Podrías explicarme esos simbolismos. —Señaló con el mentón los pétalos dispersos sobre unas mantas y unos cristales de colores que habían colocado cerca del lecho.

—Hacen referencia a la fertilidad —repuse con cierta dificultad, porque sentía la garganta seca.

—Interesante. —Se acercó a mí y su mano buscó mi nuca. Sentí sus dedos deslizarse por la raíz de mi cabello y la fuerza de su cuerpo cuando me instó a acercarme a él. Un movimiento suave, pero firme, que no aceptaba un no por respuesta.

Nos besamos de nuevo. Nuestras lenguas se encontraron con la necesidad de saborearse, pero también con un deje de torpeza. Su mano sujetaba con fuerza mi cabeza y, aunque me sentía atrapada, tampoco quería estar en ningún otro lugar que no fuera allí, entre sus brazos, entregándome en cuerpo y alma a sus besos.

Se separó de mí al escucharme gemir contra su boca. Sentía las piernas débiles, como si fueran a fallarme en cualquier momento, y el corazón latiendo desbocado bajo mi pecho.

—No puedes llegar a imaginarte cuánto te deseo, Taima.

—En vez de hablar, quizá podrías demostrármelo. —Escuché que reía por lo bajo y me sentí bien.

—Supongo que sí —admitió y se deslizó por mi mejilla hasta llegar al lóbulo de mi oreja. Lo mordió con suavidad y tironeó de él, succionándolo de una forma rítmica que hizo que me excitara y mi cuerpo buscara el suyo.

Sus manos buscaron mis caderas y me alzó para encajarse entre mis piernas. Me sonrojé al ser consciente de que el vestido se había deslizado, dejándome prácticamente expuesta. Me llevó hasta la mesa y colocó mi trasero sobre ella, apretando su cadera contra la mía. Mis manos recorrieron su cuerpo con avidez y con la curiosidad del principiante.

Me besó, pero esta vez no dejó que la intensidad nos acabara devorando por completo.

—¿Te molesta si me desnudo? —susurró contra mi origen y su aliento se sintió como una sensual caricia.

—No, no, claro que no. —Escuché que reía por lo bajo, como si hubiera notado la necesidad y el deseo que sentía de que hiciera precisamente aquello. Apenas se separó un par de pasos de mí y vi cómo se desajustaba los pantalones y caían al suelo.

Verlo desnudo hizo que la boca se me secara, mientras mis ojos se focalizaban en la enorme erección que había entre sus piernas.

—No es como que sea la primera vez que me ves desnudo —ronroneó mientras se quedaba a esa distancia, dejando que mis ojos recorrieran cada centímetro de su piel, deseando tocarle, pero sin atreverme a hacerlo.

—No estabas exactamente así —mascullé impresionada. Conocía la mecánica, pero no tenía claro cómo *eso* podía encajarse en mi interior.

—Supongo que sí me prestaste bastante atención ese día, después de todo.

—Yo no he dicho, no quería decir… —Decir que me ruboricé sería estúpido, porque tenía las mejillas de color grana y apenas podía quitarle los ojos de encima, y lo peor es que él lo sabía.

Se ajustó la mano sobre su miembro y empezó a moverla. Verle hacer eso hizo que sufriera una contracción violenta entre las piernas. Jadeé y él se limitó a sonreír mientras me miraba, sin dejar de mover su mano sobre aquella enorme tumefacción cuya imagen tal vez debería aterrarme, pero en vez de hacerlo, me excitaba.

Se acercó a mí y se colocó entre mis piernas. Apenas un trozo de tejido nos separaba. Deslizó sus manos por encima de mis muslos, sin dejar de mirarme.

—Pensaba que, tal vez, sentirías curiosidad.

—Curiosidad —murmuré, incapaz de respirar apenas.

—Por tocarme. —No pude responderle, me tensé al sentir otra contracción entre mis piernas y cómo empezaba a sentir una humedad entre ellas.

Bajo su mirada, coloqué mis manos sobre sus pectorales. Eran firmes, fuertes, bien definidos. Con algo de torpeza, las deslicé hacia sus abdominales y luego reseguí la fina línea de vello que trazaba una dirección perfecta hasta su miembro y lo tomé con una mano. Era cálido y su piel suave.

Cerré mi mano sobre su miembro, sin ser casi capaz de hacerlo por completo, por su grosor. Empecé a deslizar mi mano sobre él, siguiendo la forma en la que él lo había hecho. Levantó el mentón y jadeó, los colmillos expuestos. Apenas unos segundos después, su boca buscó la mía con una urgencia y desesperación que me pareció apremiante.

—Eres tan perfecta —susurró aquello tras soltar un gruñido. Su beso se volvió tan intenso y exigente que me dejó aturdida y jadeante. Apenas fui consciente de que mis manos habían buscado su cintura para agarrarme a él.

—¿Puedo desnudarte? —Su voz sonó ligeramente ronca.

—Supongo que sería apropiado, sí.

—Apropiado, sí, pero te advierto que tengo intención de hacerte muchas cosas indecentes esta noche. —No sé si me estremecí por sus palabras calientes o fue el hecho de que sus manos buscaron el límite del vestido sobre mis muslos y empezaron a deslizarlo hacia arriba, recorriendo mi cadera y después mi cintura. Levanté los brazos para que me lo retirara por la cabeza.

Sentí su pecho rozar mis pezones y sus brazos buscar mi espalda. Me sentía nerviosa, inquieta, pero sus manos empezaron a acariciarme mientras su boca me devoraba de nuevo, haciendo que la vergüenza de mi desnudez desapareciera ante el deseo que despertaba en mí.

—Jason, necesito… —Empujé mi cadera contra su miembro y sentí como se colocaba en el lugar preciso. Jadeé ante aquella sensación.

En vez de apretarse contra mí, colocó una mano sobre mis lumbares y separó su torso del mío. Vi cómo se relamía el labio inferior mientras miraba mis pechos, como si verlos le hubiera hecho sentir un apetito voraz.

—Vamos a ir poco a poco, Taima.

—Pero…

—No me lo pongas más difícil —gruñó cuando empujé mi cadera contra él y sentí que su miembro encajaba apenas unos pocos centímetros en mi interior. Un dolor extraño, pero también el deseo de sentirle en mí—. Joder, Taima, vas a volverme loco. Parece que soy el único aquí que recuerda que aún eres virgen. No puedes pretender que me encaje en ti sin prepararte antes.

¿Prepararme?

Me acarició con suavidad la mejilla, rozando con su dedo mis labios y descendió lentamente, rozando apenas uno de mis pezones. La contracción, entre mis piernas, fue instantánea.

—Esta noche tenemos que centrarnos en tus necesidades.

—¿Y qué hay de las tuyas?

—Tenemos toda la eternidad para complacernos el uno al otro, no creo que eso sea un verdadero problema, en realidad. —Su sonrisa ladeada y el fuego en su mirada me hicieron estremecer.

—¿Y si no nos queda tanto tiempo? —Su mirada se oscureció, pero no dejó que la posibilidad de que no hubiera un mañana enturbiara lo que estaba latiendo, con vida propia, entre nosotros en ese momento.

—Aunque fuera solo una noche, ya habría valido la pena.

Volvió a rozar con el dorso de su mano uno de mis pezones antes de inclinarse para capturarlo con su boca. Jadeé y apenas fui consciente de que su mano se había deslizado hasta una zona sensible justo por encima del lugar en el que su miembro había encontrado las paredes de mi entrada.

Sentí una sacudida con el primer contacto y gemí de placer. La boca de Jason se cerró sobre mi pecho y noté sus colmillos atravesarme la piel mientras su pulgar trazaba círculos sobre mi clítoris, haciendo que mi cuerpo se tensara y perdiera el control de todo lo que me rodeaba, incapaz de sentir ni pensar nada que no fuera en el placer que sentía mientras Jason succionaba de mi pecho, bebiendo de mi sangre, al tiempo que me tocaba de una forma tan deliciosa como insoportable.

Empecé a convulsionar y Jason se separó un poco de mí, lo justo para poder deslizar un dedo entre mis pliegues. Lo introdujo en mi interior mientras las contracciones lo apretaban y escuché que jadeaba sobre mi oreja.

—Tu olor me está volviendo loco —murmuró mientras empezaba a mover su dedo en mi interior—. Aguanta un poco para mí, Taima, solo un poco.

Intenté hacerlo, pero los movimientos de su dedo en mi interior estaban haciendo que perdiera la razón. El deseo y el placer se entremezclaban con el sutil dolor de la fricción entre mis piernas. Gruñó y sentí que introducía dos dedos, pero apenas me dio tiempo a sentir la molestia de aquel cambio, porque los movimientos rítmicos se volvieron duros, secos y rápidos. Apenas fui consciente del cómo, pero mi cuerpo se tensó y una corriente ardiente arrasó con todo lo que yo era. Mis ojos dejaron de ver todo lo que me rodeaba para enfocarse solo en una luz blanca cuya intensidad era cegadora. Grité, sé que lo hice, pero ni siquiera fui consciente de qué. Ni en qué idioma.

Para cuando aquella explosión sensorial empezó a atenuarse, fui consciente de que Jason me había acercado hacia su cuerpo y con una mano me acariciaba la espalda mientras me estaba susurrando palabras. Apenas era capaz de reconocerlas. Me sentía perdida y, al mismo tiempo, en casa.

Me tensé al notar que seguía moviendo sus dedos en mi interior, solo que ahora lo hacía de forma pausada, como si quisiera darme un respiro pero que no llegara a relajarme por completo. Succionó del lóbulo de mi oreja y jadeé de nuevo, mientras tomaba consciencia de que aquello volvía a saberme a poco. El ritmo. Quería más. Le quería a él.

—¿Puedo penetrarte, Taima? —Jadeé—. ¿Puedo hacerte el amor?

Me limité a gemir y asentir, no sabría decir en qué orden, en realidad. Jason rio por lo bajo y deslizó sus dedos hacia el exterior. Se lo acercó a la nariz y, tras olerlo, se lo metió en la boca. Ese gesto, un tanto obsceno, me excitó y creo que él lo supo, porque aprovechó ese momento para volver a colocarse frente a mi entrada y empezó a presionar contra ella.

Era una sensación extraña, placentera, pero dolorosa al mismo tiempo. Se quedó quieto, a medio camino, y empezó a besarme en el cuello, en la zona en la que me latía el pulso.

—Relájate, Taima —me susurró—. Solo necesito acabar de encajarme y seremos uno. —Jadeé y asentí—. Te quiero. Ahora y siempre.

Se inclinó hacia mí y sentí sus colmillos clavarse en mi cuello al tiempo que embestía con fuerza contra mi cuerpo, adentrándose más allá de donde sus dedos me habían estado penetrando. Quise protestar, porque dolía, pero empezó a succionar de mi cuello mientras su miembro se mantenía firme en mi interior, esperando que, poco a poco, la excitación de sentir su boca bebiendo de mí ayudara a que mi cuerpo se relajara y aceptara su presencia.

No fue hasta que jadeé, presa de una necesidad física voraz, de un deseo al que no podía ponerle nombre, que no deslizó su miembro con suavidad, retrocediendo unos pocos centímetros para embestirme lentamente después.

—¿Duele? —me preguntó tras liberar mi cuello.

—No. —Volvió a retroceder y me embistió de nuevo, esta vez con algo más de rapidez. Jadeé y él me observó—. No lo sé. Es solo que necesito, lo necesito.

Mis ojos buscaron los suyos. Se mordió el labio inferior y, sin dejar de mirarme, empezó a moverse en mi interior con movimientos rítmicos, ni demasiado rápidos ni demasiado lentos. Era la cosa más deliciosa que había experimentado jamás. Dejé que mis ojos se cerraran mientras sentía el vaivén de su cadera contra la mía y me dejé llevar por el placer que despertaba en mí, sin importarme nada más que ese momento.

Él y yo, siendo solo uno.

Para cuando el mundo volvió a desdibujarse, me aferré a sus hombros, arañándole la piel. Noté cómo su miembro se tensaba y, cuando las luces de colores volvieron a ser lo único que podía ver y sentir, el miembro de Jason empezó a convulsionar en mi interior. Escuché que gruñía y apenas fui consciente de cómo sus dientes volvían a buscar mi cuello. La explosión nubló mis sentidos. Las emociones de ambos entremezclándose mientras ambos alcanzábamos el clímax juntos.

Apenas recuerdo cómo me llevó hasta nuestro lecho nupcial. Ese que no habíamos llegado a deshacer. Ni cómo empezó a acariciarme, con la ternura del amante y la preocupación del esposo.

—Ya está —susurré. Lo habíamos hecho.

—Podría decirse que está nuestra primera vez —ronroneó mientras se colocaba a mi lado y su mano buscaba uno de mis pechos. Sentí sus dedos acariciarme, con suavidad, hasta localizar el pezón y empezar a juguetear con él.

Aquel contacto comenzó a despertar de nuevo algo en mi interior. Abrí los ojos, para mirarle. Tenía la mirada fija en mi cuerpo, como si quisiera estudiárselo y memorizar cada lunar, cada cicatriz, cada centímetro.

—¿Se supone que esto nos va a llevar a algún lugar? —cuestioné.

—Ya lo creo —me aseguró con una sonrisa traviesa, se humedeció los labios y se incorporó ligeramente. Buscó mi boca para besarme, apenas un roce, y empezó a deslizarse en dirección a mis pechos, pero me sorprendió continuando su recorrido de suaves besos por mi barriga—. Te he dicho que quería saborear cada centímetro de tu cuerpo, y ahora, la verdad, hay uno en concreto que me tiene fascinado.

—No pretenderás…

—Cada centímetro —murmuró mientras seguía descendiendo.

El contacto de su boca entre mis piernas me tensó por completo e hizo que mi cuerpo se arqueara. Su lengua. Debería estar prohibido. Algo así. Mis manos buscaron su espeso cabello y, en vez de alejarlo, me encontré empujándole contra mí y deseando que me devorara por

completo.

XXX

JASON

A UN PAR DE HORAS DE QUE AMANECIERA, sentí la presencia de John frente a la tienda. Intenté ignorarlo, pero cuando fue evidente que no tenía intención de largarse, supuse que tendría que enfrentarle tarde o temprano.

Cubrí el cuerpo desnudo de Taima con una manta intentando contener el deseo que despertaba en mí. De nuevo. Pese a que habíamos estado haciendo el amor hasta que el sueño y el cansancio de Taima se impusieron sobre la necesidad física que ambos sentíamos el uno por el otro. Tan frágil. Y tan fuerte al mismo tiempo.

Mi esposa.

La que nunca pensé que tendría, y a la que ahora jamás sería capaz de renunciar.

No solo era la atracción física o el deseo que despertaba en mí su cuerpo desnudo, el sabor de sus labios o la calidez de su piel. Había un algo mucho más profundo. La necesidad de fundirme en ella para convertirnos en uno solo y cómo todo, cuando le estaba haciendo el amor, pasaba a un segundo plano. Las sombras, la oscuridad, mis miedos.

Observé la pintura que había cubierto mi cuerpo, apenas eran manchas; grabados que se habían desdibujado por el contacto de nuestras pieles humedecidas por el sudor. No me importó mi aspecto. Al contrario. Se sentía extrañamente placentera la evidencia de lo que habíamos compartido.

Antes de salir a su encuentro me coloqué unos pantalones cortos deportivos.

—Te he traído algo que se parece a un café caliente. —Me tendió un tazón y lo acepté. Estaba cargado, sin azúcar. John sabía cómo me gustaban ese tipo de cosas—. Su vibración ha cambiado.

—Lo sé.

—Así de bien, entonces. —Me sonrió—. Me alegro por ti, y lo sabes.

—Jamás pensé…

—Lo sé. —Golpeó mi hombro con el suyo, en un acto de pura camaradería. Supuse que él podía entenderlo.

—¿Cómo puedes vivir sabiendo que va a estar expuesta hasta que acabemos con todo esto?

—Porque cualquier cosa es mejor que vivir sin ella.

Asentí, comprendiendo lo que quería decir. John había estado mucho tiempo esperando a Ardiente. Yo, en cambio, jamás me había planteado que el destino fuera a ofrecerme un regalo como aquel. Pensar en que Taima debería enfrentar a Ewah me aterraba. Perderla. No creo que hubiera vuelta atrás para mí si eso pasaba.

—Si algo les pasa, estamos jodidos. —John me sonrió y asintió.

—Bienvenido a mi mundo.

Recordé que, tiempo atrás, me había pedido que velara por ella y me había dicho algo parecido. Que, sin ella, todo podía torcerse. Su oscuridad crecería en él, igual que había sucedido en su padre. Ahora podía entenderle mejor que antes. Incluso si eso evidenciaba que ambos nos encontrábamos al filo del abismo.

—Haremos lo que haga falta, pero eso implica dejar que ellas hagan lo que es necesario.

—¿Y qué se supone que significa eso?

—Ya escuchaste a Taima, sabes que juega un papel importante en esta historia.

Me tomé mi tiempo antes de tomar la palabra, porque esa posibilidad me inquietaba.

—¿De verdad crees que ha de ser ella la que mate a ese monstruo?

—¿Qué más da lo que yo crea? Ella lo ha visto, y su marca es el futuro. —Cerré los ojos, sintiendo el mundo aún adormilado a nuestro alrededor.

—Quieres que me mantenga al margen. —Abrí los ojos para estudiar al que consideraba mi hermano.

—No se me ocurriría pedirte eso, porque sé que no lo harías. Yo tampoco. —Me guiñó un ojo—. Sin embargo, tienes que entender que estás jodido. Te guste o no, a partir de ahora, ella manda.

—No me importa seguir sus directrices, siempre y cuando no impliquen que asuma riesgos innecesarios.

—¿Y quién decide qué es necesario y qué no lo es? —me cuestionó John y gruñí por lo bajo—. Exacto.

—No puedo prometerte nada, pero sí decirte que lo intentaré.

Supongo que eso le satisfizo, porque asintió y nos quedamos un rato en silencio mientras yo bebía un par de tragos de la bebida caliente que me había traído.

—He de decir que la marca del presente nos está viniendo bastante bien, últimamente. —Elevé la mirada para centrarla en mi amigo—. Elena predijo que tendríamos una noche tranquila.

—No deberíamos confiarnos.

—Estoy de acuerdo: que nos hayan dado una tregua no significa que no estén preparando su próximo movimiento.

—Conozco esa mirada —observé, elevando una ceja—. ¿Qué estás tramando?

—Tenemos que ir a por esa daga. Hemos estado revisando con Koda y Logan la zona en la que Ishna sugirió que estaban las minas de plata, y la mala noticia es que si queremos ir a caballo tendremos que hacer noche en algún lado.

—Eso podría ser un problema.

—Lo sé. —Suspiró, cansado—. Ya sabes que moví algunos contactos. Tendremos un helicóptero militar a nuestra disposición para finales de semana, pero no sé si tenemos tanto tiempo.

—¿Y el resto de la familia? —le cuestioné.

—Tim está organizándolo, pero venir hasta aquí no es tan fácil como pillar un vuelo directo. —Asentí.

—¿Qué haremos hasta entonces?

—¿Estás pensando en tener a tu mujer encerrada en esa cabaña hasta que el fin del mundo se desate?

—No, pero ahora que lo dices, la idea es tentadora.

John rio por lo bajo.

—No voy a decirte que no, pero tenía la esperanza de que, si tu mujer resulta tener algún tipo de conexión con la tierra, si existe la posibilidad de que nos lleve hasta la daga, tal vez deberíamos plantearnos que un grupo saliera a modo de avanzadilla para localizar las minas.

—¿Un grupo?

—Ya doy por sentado que tú no vas a separarte de ella. —Asentí—. He estado hablando con Logan; Anthony y Luminika podrían venirnos bien, para cuando caiga la noche, y Koda se ha ofrecido a hacernos de guía, aunque no está en la mejor de las condiciones.

—Taima ya ha perdido al que durante tiempo ha sido para ella como un padre; no sé cómo podría sobrellevar si algo le sucede también a su hermano.

—Tampoco creo que esté preparada para perder a su marido, no te olvides de ese detalle.

—Sonreí, aunque la expresión de John arrastraba una advertencia: no podía permitirme, ahora más que nunca, tirar la toalla.

—Lo tendré en cuenta. —Le sonreí y él me devolvió el gesto. Me tendió el antebrazo y lo tomé, pero me sorprendió tirando de mí y abrazándome después.

—Con un poco de suerte, pasaremos desapercibidos.

—No parece un mal plan, pero ¿lo saben el resto de las Místicas? ¿Ardiente? —Rio por lo bajo.

—Lo sabrán cuando despierten y no nos encuentren en la aldea.

—¿Qué hay de eso que me has dicho de que ahora mandan ellas? —inquirí divertido.

—Es un tema de adelantarse a las circunstancias.

—Ardiente igual te perdona, pero Elektrika y Mendaval te cortarán las pelotas.

—Pueden intentarlo. —Me sonrió—. ¿Qué me dices?

—Que estás loco, pero eso no es nuevo. Hablaré con Taima.

—Tengo la esperanza de que el hecho de que su poder haya despertado marque la diferencia.

—Yo no me confiaría. Es posible que Ewah quiera acabar lo que empezó aquella noche o que focalice su atención en cualquiera de vosotros.

—He estado estudiando la zona, hay algunas grutas en las que podríamos pasar la noche.

—¿Crees que evitarán que los dumas nos detecten?

—No tengo la certeza, pero sí la esperanza. Nos ha funcionado antes; la tierra y el hormigón pueden atenuar nuestra vibración y también la de ellas, si la suerte está de nuestra parte.

—¿Has hablado con Anthony?

—No, ahora iré a verlo. La que me preocupa es Luminika, dudo que Anthony quiera dejarla al margen y, la verdad, si nos encontramos en un aprieto en el que nos superan en número, que pueda hacerles cruzar el velo para que no nos ataquen tropecientos a un tiempo, puede salvarnos el culo.

—Es una mujer valiente, no dudará en acompañarnos. —Igual que Taima. No titubearía en ir a dónde hiciera falta para conseguir el puñal y cumplir ese destino que ella había visto en sus sueños. Ese que oscurecía su mirada.

—Eso lo doy por sentado, si va a dejar al resto durmiendo o vamos a tener drama de buena mañana, ya es otro tema.

—Esa parte te la dejo gestionar a ti.

—Logan me ha dicho lo mismo —hizo una mueca—. Voy a revisar el tema de las previsiones y elegir las monturas. Saldremos en cuanto amanezca, así que tenéis poco más de una hora.

—Iré a despertarla.

—Una pregunta, ¿has probado a invocar tu arma? —Negué con la cabeza y John añadió con un tono cargado de picardía—: Supongo que esta noche tenías otras prioridades.

—No voy a negar lo que resulta obvio. —Sus carcajadas se hicieron más sonoras.

—¿Harías los honores de complacer a un viejo amigo? —me pidió.

Le tendí el cazo vacío y elevé mi brazo para invocar mi espada. El filo seguía emitiendo un suave destello azulado y, cuando lo moví en el aire, finas llamas rojizas aparecieron sobre el filo.

—No sabría decirte —murmuré.

A simple vista, nada había cambiado, como si la magia de Taima no hubiera impregnado mi arma con su esencia pese a haber completado el ritual. Era innegable esa parte, porque podía sentir la vibración de Taima con los matices característicos de las Místicas, pero a diferencia de lo que había sucedido con el resto de las armas de mis hermanos, cuya magia fluía de forma visible en sus armas vinculadas, en la mía solo podía observarse el crepitar del fuego de Ardiente

y el sutil brillo azulado, zigzagueante, de la magia de Elektrika.

Miré a John, ligeramente confundido. Me colocó una mano sobre el hombro.

—Hay veces que lo más importante es lo que no se ve. ¿Cómo se siente?

—Firme.

—Deja que su magia fluya. —Me observó y se separó ligeramente de mí. Unos pocos pasos. Intenté normalizar mi respiración. Cerré los ojos y busqué la conexión que sentía con Taima. Apenas tardé unos segundos porque todos mis sentidos la reconocían como si fuera una extensión de mi propio ser. Y de mi arma.

Sentí la fuerza de la tierra. El mundo que me rodeaba.

Deslicé la espada en el aire, sintiendo la energía de Taima envolver su filo y también lo que yo era. La conexión entre nosotros. Dejé que ese flujo me guiara, mientras me movía y blandía mi arma y en un pulso la dejé caer sobre el suelo. Lo atravesó como si fuera poco más que un montón de mantequilla y, tras unos pocos segundos, se escuchó un sonido atronador y varias grietas se abrieron paso alrededor del punto de impacto.

—Definitivamente, tiene mucho de tierra —bromeó John cuando abrí los ojos y observé lo que acababa de suceder—. ¿Me permites?

Asentí.

John se acercó a mi espada y se agachó para observarla con atención.

—El filo está cubierto de finas grietas y sospecho que su dureza debe desafiar a las leyes por las que se rigen los materiales de este mundo. —Se incorporó y asió el pomo de la espada, pero no consiguió desencajarla y añadió con un deje bromista—: Se acaba de ganar el nombre de Excalibur.

—Idiota. —Le sonreí—. ¿Cómo está el tema de las perforadoras para llegar hasta las minas o los equipos de buzo?

—Bueno, eso. —Se frotó la nuca—. Abortamos esas líneas hace un par de días, para cuando tú y Taima se suponía que estabais ya para casaros.

—¿Y eso?

—Luminika. Tuvo una visión.

—¿Y a nadie se le ocurrió contármelo? —Crucé los brazos sobre mi pecho.

—Tú estabas jugando con un par de halcones, me parece.

—Un halcón y un águila, que no es bien bien lo mismo.

—Es gracioso ver cómo te estás integrando. —Señaló mi piel llena de manchurrones.

—Voy a ignorar ese tipo de comentarios.

—Tim va a reírse un hartazgo.

—Que te den.

—No quería estropearte la sorpresa, pero lo cierto es que tu mujer será capaz de mover montañas; Luminika la ha visto abriendo pasadizos en las mismísimas entrañas de la tierra. —Era una gran noticia, supuse—. Además, ya le he elegido un nuevo nombre.

—¿Quiero saberlo?

—La duda ofende. Había pensado en algo así como Tetona… —Le golpeé en el costado y empezó a reír a carcajadas—. ¡Eso ha dolido!

—Capullo.

—Admito que me lo merecía. —La complicidad entre nosotros se sentía bien. Como una brisa de aire fresco que se lleva parte de la resaca de todo lo que llevábamos arrastrando a lo largo de los últimos días—. Tektonika, ya sabes, por las placas.

Sonreí. Solo a John se le ocurriría un nombre tan retorcido, pero, al mismo tiempo, tenía que

admitir que sonaba bien y tenía un algo tribal, muy en la línea de lo que ella era. O lo que había sido. Una chamana. Capaz de hablar con los espíritus.

—Creo que le gustará —convine.

—Me alegro. —Recogió el cazo del suelo, dispuesto a marcharse—. Calcula que Koda aparecerá por aquí en poco más de una hora, por si queréis tener un rato tranquilo para hablar, o lo que sea que os apetezca hacer.

—¡¡John!! —Escuché la voz estridente de Ardiente caminando hacia nosotros.

—Mierda.

—Creo que te han pillado —le dije a mi amigo, que hizo un pequeño puchero mientras se giraba para enfrentarse a su mujer.

—¡Mi amor!

—Elena me ha dicho que estás tramando algo.

—Míratelo por el lado bueno, puedes encasquetarle a Anthony lo de las provisiones y aprovechas, ¿cuánto has dicho que nos queda de tiempo?

—El suficiente. —Vi cómo acortaba la distancia hasta una furiosa Ardiente y cómo la arrastraba contra su pecho, besándola con un ardor que hizo que las llamas los envolvieran durante unos segundos.

Sonreí, tomando la decisión de aprovechar de la mejor forma posible esa hora que aún nos quedaba.

XXXI

TAIMA

NADA parecía haber cambiado, incluso si todo lo había hecho.

Koda nos pasó a buscar por la cabaña cuando los primeros rayos del sol iluminaron la aldea. No dijo nada de las marcas que lucía en mi cuello ni de cómo intenté hacer que quedaran ocultas liberando las trenzas con las que solía anudar mi cabello, pero creo que no le molestó, más bien al contrario, aunque yo no pude evitar rehuir su mirada y sentirme cohibida, consciente de que él sabía todo lo que habíamos compartido Jason y yo a lo largo de la noche.

Mi marido me había despertado con suaves besos que pronto se volvieron mucho más intensos y exigentes. Tras un «buenos días» que podría catalogarse de épico, nos escabullimos hasta un remanso de agua que había cerca de la aldea y que gozaba de la protección sagrada que nos ofrecía aquella tierra. Nos limpiamos los restos de pintura desdibujada que cubría nuestros cuerpos y nos redescubrimos de nuevo.

Sus besos eran adictivos, la calidez de su cuerpo, la forma en la que encajábamos, cuando solo éramos uno. Se sentía hermoso. Y perfecto.

Creo que jamás hubiera podido sentir aquella mezcla de emociones, el vínculo que se había forjado entre nosotros, con ningún otro hombre. Ahora entendía a Ishna y su determinación con que tomara la elección adecuada, aquella que hacía que mi corazón palpitara con más fuerza y mi cuerpo se estremeciera con su contacto.

Pese a que Koda estaba solo parcialmente recuperado, nadie lo sospecharía viéndole montar a pelo sobre un mustang caoba con manchas blancas y crines albinas. Me acomodé en una silla sencilla, colocada sobre unas mantas, similar a las que usaban el resto de los caminantes, Jason, entre ellos. Leia usaba la única silla de estilo más contemporáneo, aunque había pasado por tantas manos que tampoco lo aparentaba.

No es que yo fuera especialmente hábil sobre una montura, pero pronto se evidenció que Leia tampoco, así que me sentí un poco menos mal, porque todos aquellos hombres, que habían vivido tiempos pretéritos, parecían poseer una habilidad natural, como si el animal fuera una extensión de su propio ser.

—¿Hay algo que no sepan hacer? —le cuestioné a mi acompañante mientras dejábamos a las monturas avanzar a un paso un poco sosegado después de pasarnos un par de horas a un trote que había hecho que mis nalgas y otras zonas de mi pelvis, ya doloridas tras mis recientes nupcias, estuvieran maldiciendo al que se le ocurrió domesticarlos para usarlos a modo de instrumento de transporte.

—Montar a caballo era algo habitual en su época, pero no en la nuestra —masculló entre dientes—. Quizá, con una moto, les sacaríamos un par de vueltas.

Observé a Jason. Su montura era de un negro tan salvaje que brillaba cuando el sol impactaba en determinado ángulo con su pelaje.

—Déjame decirte que lo dudo. —Leia me miró y empezó a reír por lo bajo.

—¿Has ido alguna vez en una moto?

—Limitémonos a decir que lo más probable es que se me dé mejor montar a caballo. —Y eso no significaba que fuera especialmente hábil, Leia era consciente de ese detalle en concreto.

Apenas paramos, pero al menos avanzamos a un paso ligero, intercalando un trote no demasiado forzado, lo justo para no agotar demasiado pronto a los caballos, pero asegurando llegar a la zona de grutas y cuevas en las que Koda quería que pasáramos la noche.

John fue el que me explicó que, bajo tierra, las vibraciones características de las criaturas se

veían reducidas y podían, incluso, pasar desapercibidas. Nos contó que algunas familias crearon refugios subterráneos que más tarde fueron usados como lugares seguros en épocas de bombardeos. Solo tenía unas nociones básicas de la historia del mundo que había más allá de nuestras fronteras, pero escuchar a alguien narrar aquellas historias desde sus propias vivencias era algo fascinante.

A veces veía a Jason mirarnos de reojo, con una pequeña sonrisa en los labios.

Creo que le gustaba aquello. Los caballos, los bosques infinitos que nos rodeaban y también las áreas llanas desde las que parecías ser capaz de llegar a ver el infinito.

Las horas pasaron, lentamente, pero la belleza del lugar hizo que el viaje fuera algo hasta cierto punto placentero, si ignorábamos el dolor que sentía en la mitad inferior de mi cuerpo.

Hicimos un par de pausas para dar de beber a los animales y comimos *manoomin* con carne seca que habíamos traído a modo de provisiones desde la aldea. No es que la comida fuera a faltarnos, porque era una tierra rica y fértil en la que los animales abundaban y era fácil pescar en los lagos. Sin embargo, la nuestra no era una expedición para disfrutar del entorno, sino algo así como una lucha contrarreloj contra lo que, tal vez, podía llegar a ser el inicio del fin del mundo.

Esos pensamientos, sin embargo, no los tuve hasta que el sol empezó a descender y los cazadores dejaron su aspecto jovial para mostrarse más tensos sobre sus monturas, oteando el horizonte y buscando cualquier señal de una posible amenaza mientras volvíamos a trotar a un ritmo un poco más exigente para llegar a nuestro destino antes de que el sol se pusiera por completo.

Lo hicimos.

Llegamos junto a un enorme lago cuyo final se perdía de la vista y allí, en uno de sus laterales, encontramos la entrada a una gruta. John invocó su bastón y el fuego prendido en él nos hizo de antorcha mientras nos adentrábamos en ella.

Las paredes de piedra estaban recubiertas de musgo durante el primer tramo, pero pronto tonalidades entre grises y blanquecinas tintaron su superficie. Seguimos avanzando hasta que se dejó de sentir el olor a bosque y poco a poco nos adentramos en aquel pasadizo que no parecía tener fin. Tras varias bifurcaciones, llegamos a un espacio cerrado. La humedad podía sentirse en el frío que calaba en los huesos y en un pequeño remanso de agua, cristalina, que reflejaba las llamas del bastón de John.

—Es un buen lugar —opinó el Viejo y los cazadores asintieron.

Apreté los labios, sintiéndome ligeramente incómoda. Si por «buen lugar» se referían a una tumba en vida, sí, lo era. A nuestro alrededor solo había piedra, tierra y ese algo que podía sentirse en el aire que hablaba de vidas pasadas, como si aquel recoveco perdido en ningún sitio tuviera mil historias que contarnos.

—En una hora, poco más, será de noche —puntualizó Anthony.

Colocaron unas pocas mantas en la zona que parecía estar menos húmeda y allí nos instalamos Koda, Leia y yo. Hacía frío. Pero lo que hizo que me estremeciera fue la consciencia del porqué estábamos allí. Y hacia dónde nos dirigíamos. Crucé las piernas mientras me abrazaba a mí misma y Jason no tardó en llegar hasta mí.

—¿Tienes frío? —se interesó.

—Solo un poco.

Rebuscó en su mochila y sacó una pieza de tela oscura.

—Parece ligera, pero es térmica y te ayudará a mantenerte en calor. —Me la tendió.

—¿No la necesitarás tú? —le cuestioné al ver que tan solo llevaba una camisa blanca, las mangas vueltas sobre sus firmes antebrazos. En vez de responderme, se sentó a mi lado, sobre la

manta, y me colocó aquella especie de chubasquero encima de los hombros.

—Haremos turnos para asegurar que nadie vulnere la entrada, el frío me ayudará a mantenerme despierto. —Se acercó hasta que sus labios rozaron mi oreja y en apenas un susurro añadió—: Además, si necesito entrar en calor, solo tengo que recrearme un poco en lo de anoche.

No llegó a besarme, pero sentí que el frío desaparecía y una oleada de calor despertaba en mi interior. Le golpeé en el costado con mi hombro y aprovechó aquel movimiento para pasarme el brazo por la espalda y acercarme hacia su cuerpo.

Como si fuera algo natural entre nosotros, mi cabeza fue a reposar sobre su costado.

—¿Estás seguro de que aquí estamos a salvo?

—No, pero es la opción menos mala. —Rozó con el mentón mi mejilla—. Con los dumas suele funcionarnos, pero sospecho que Ewah juega en otra liga.

—Si nos ponemos en marcha a primera hora, creo que podemos llegar a mediodía a la zona que marcó Ishna Witca —indicó Koda—. El problema es que la extensión no es pequeña y allí no hay cuevas en las que resguardarnos cuando se haga de noche.

—Lo sé. Me lo ha dicho John —repuso Jason con una calma asombrosa.

—¿Y cómo vamos a hacerlo para que no nos detecten? —cuestionó Leia.

—No pueden rastrearnos a grandes distancias y ese lugar está perdido en la nada; así que, con un poco de suerte, no será necesario que les evitemos porque será una zona segura.

—¿Y si no es así? —Ese era el mejor escenario posible, pero había muchos otros.

—Si localizamos las minas de plata podríamos usarlas para atenuar nuestra vibración y que no nos detecten.

—¿Y si no lo hacemos?

—¿Alguien se ha despertado con el pie izquierdo? —me preguntó Leia, haciendo una mueca.

—No quería sonar pesimista, es solo que…

—Leia puede mantenerlos al otro lado del velo, en el peor de los casos.

Miré a la mujer, que tenía el ceño fruncido, pero asintió. Que poseyera un poder como aquel era algo increíble. Sabía que los dumas solo podían herirnos cuando atravesaban lo que Ishna Witca llamaba el cruce de planos, el velo, y tomaban una apariencia corpórea. Si ella era capaz de revertir ese proceso, no podrían llegar a hacernos daño. Sin embargo, hacer algo así durante tantas horas me parecía una hazaña tan extraordinaria como imposible. Sospeché que ella estaba valorando hasta qué punto sería capaz de hacer algo así.

—No lo has hecho antes —intuí y ella hizo un mohín.

—Normalmente uso mi luz para devolverlos a ese plano y Anthony y el resto de los MacBean se ocupan de eliminarlos.

—Así que es cierto que sus armas pueden atravesar el velo. Esa es, sin duda, una ventaja —opinó Koda.

—Anthony no tiene aquí al resto de los MacBean y Leia no puede estar controlando a un ejército ella sola —argumenté.

—¿Has visto algo? —me cuestionó Koda.

Negué con la cabeza.

—¿Y si no encontramos las minas? —tanteé, un poco a la desesperada.

—Tú lo has visto. —Jason me observó y asentí—. Lo encontrarás. No sé el cómo, pero sí tengo esa certeza.

Sí, lo encontraríamos, pero el problema era que, en el fondo de mi corazón, deseaba no hacerlo. Solo quería tener la posibilidad de reescribir nuestra historia; o al menos el final de esta. Jason sintió que algo me preocupaba, porque su brazo se tensó alrededor de mi cuerpo y me

apretó un poco más contra el suyo.

—Voy a ver a Anthony antes de que se ponga en plan orangután y no me deje salir de este maldito agujero —murmuró Leia, levantándose.

—Te acompaño. —Supe que quería darnos un poco de tiempo a solas, más que no disfrutar de la compañía de Anthony y John, así que le agradecí a Koda, en silencio, el detalle.

—¿Qué es lo que no dices? ¿Qué te preocupa? —me preguntó mi marido. Cuando le miré, se inclinó para besar mi frente—. El peso de la responsabilidad es algo que a veces puede llegar a ser asfixiante.

No le contesté. Me limité a cerrar los ojos, disfrutando de ese momento. De esa soledad compartida. De la sensación de que todo estaba bien, incluso si nada lo estaba.

—Sea lo que sea lo que te aflige, lo superaremos juntos. —Una lágrima recorrió mi mejilla—. No estás sola, Taima, ya no más.

No lo estaba. Pero pronto volvería a estarlo.

—*Nunca lo has estado y nunca lo estarás, mi pequeña* ikwezens.

Aquello me pilló fuera de juego y di un respingo. Jason se tensó mientras abría los ojos; por unos segundos tal vez mi corazón dejó de latir porque allí, frente a mí, con la mirada serena y una sonrisa condescendiente en el rostro, estaba Ishna Witca.

XXXII

JASON

ALGO andaba mal.

Pude sentirlo por la forma en la que Taima se tensó, por cómo su aliento se quedó suspendido en el aire y sus pupilas se dilataron. Invoqué mi espada y sondeé a mi alrededor, pero apenas podía sentirse algo. Un pulso. Cuyo significado ni entendía ni parecía tener ningún tipo de sentido.

—¿Qué sucede? —Me coloqué entre aquella posible amenaza y su persona, asegurándome que la firme piedra cubriera nuestra retaguardia, pero sin saber a qué nos enfrentábamos. ¿Ewah? Tal vez. No recordaba haberle sentido antes de que aquella noche intentara hacerse con el control de mi cuerpo y lo que yo era.

—Ishna.

Fue apenas un susurro, tan suave y frágil que hizo que me estremeciera.

—¿Ishna Witca? —repetí su nombre con un deje de incomprensión y solo entonces una idea, una que debería sonar imposible, me vino a la mente—. ¿Su espíritu?

Taima colocó una mano sobre mi hombro y sentí la calidez de su cuerpo mientras se colocaba a mi lado, sus ojos miraban un punto fijo frente a nosotros, sin parpadear apenas.

De acuerdo.

El espíritu de aquel viejo cazador estaba frente a nosotros.

Cosas peores podrían estar sucediendo en ese momento.

—¿Se supone que eso es un buen augurio o algo así? —le cuestioné, sin hacer desaparecer mi espada invocada, solo por si acaso.

Vi que Taima se sonrojaba y fruncí el ceño.

—¿Ha dicho algo?

—Sí.

—¿Y no podrías, no sé, compartirlo conmigo? —Taima se giró para mirarme y vi que se sonrojaba.

—Ha dicho que me amas. —Me sorprendió aquello, pero no me molestó que el que había sido mi igual fuera consciente de lo que Taima significaba para mí.

—No voy a negarlo. —Observé a la nada que había frente a mí, sintiéndome incómodo.

—Le envía su nieta, Boodawaanakwe, para advertirnos que las cuevas fueron selladas para que solo aquellos que han sido bendecidos por la luz tengan acceso a la daga.

—¿Bendecidos por la luz?

—Fueron la hija de Ishna Witca y su guardián los que la escondieron. Es posible que ellos sigan allí, o al menos su espíritu.

—Más espíritus, genial, en serio —mascullé por lo bajo tras morderme el labio inferior—. ¿Puede Ishna decirte dónde hemos de ir o qué tenemos que hacer?

—No lo sabe, pero dice que, cuando lleguemos, lo sabremos. —Taima se tocó el collar que pendía de su cuello. Las piedras negras parecían brillar pese a la oscuridad de aquel lugar, iluminadas tan solo por el brillo entre azul y rojizo del filo de mi espada.

—¿Puedes decirle una cosa? —le pedí tras asentir.

—Puedes hacerlo tú mismo, puede oírte.

Claro, eso.

—Cuidaré de ella hasta mi último aliento. —Hablar con la nada se me hacía extraño, pero sí sentí aquella sensación, como si algo o alguien reconociera la verdad en aquella afirmación.

Taima se acercó a mí y le pasé el brazo por la cintura. Vi que una lágrima resbalaba por su mejilla. Apreté los labios y la intenté arropar contra mí y fui consciente de que todo, de repente, se sentía más silencioso, como si hubiera habido un rumor de fondo que solo en su ausencia fuera capaz de apreciar.

—¿Se ha ido? —quise saber.

—Sí.

—¿Volverá?

—No lo sé.

—Quizá necesitaba despedirse. Y tú también. —Taima asintió. Tiré de ella para besarla en el cabello—. Te quiero, Taima. Ahora y siempre.

Apenas unos segundos después, John asomó la cabeza por la abertura que daba al final de la grieta.

—¿Interrumpo?

—Como siempre —le contesté, pero lo hice en apenas un susurro.

—¿Algo que deba saber? —Levanté la cabeza y miré a mi hermano. Había un deje de suspicacia en su expresión, pese a su aspecto indiferente.

—¿Algo que debas contarme?

—Bueno, sospecho que habéis tenido algún tipo de visita.

—¿Tú también? —mascullé, sorprendido.

—Así que ando en lo cierto.

—¿Puedes verlos? —le preguntó Taima, creo que aturdida ante aquella posibilidad.

—No, tanto como eso, no, pero, de tanto en tanto, en la aldea, podía sentir pulsos, vibraciones, diferentes a cualquier cosa que antes hubiera sentido. Aria me contó lo de los espíritus y me pareció una posibilidad plausible.

—Puedes sentirlos —murmuró Taima, integrando aquella información.

—Incluso si lo disimulo, también soy un Bendecido. Mis sensibilidades son un tanto caóticas y atípicas, pero están ahí. —Nos estudió—. ¿Algo notable sobre esta visita de última hora?

—Era Ishna Witca.

—Eso es una grata y sorprendente noticia. ¿Te ha dicho qué tal se está siendo un muerto?

—¡John! —le reprendí en un tono un tanto duro.

—Disculpa, no pretendía ser grosero, pero es que estas cosas me pueden. —Le sonrió con calidez—. ¿Cómo se siente? Me encantaría poder hacerlo, eso de ver a los espíritus. —Se apoyó sobre su bastón, con expresión curiosa. Taima le sonrió.

—No veo a cualquier espíritu. Creo que solo puedo interactuar con mis ancestros —le confesó Taima—. Quizá por eso no puedes percibirlos de la misma forma que hago yo.

—Eso es algo sorprendente —murmuró John acariciándose el mentón—. ¿Crees que puede haber algún tipo de conexión con la protección que goza la aldea? Es algo inaudito que me tiene obsesionado, en realidad.

—Es posible. La magia de sangre, según nuestra cultura, sigue viva mientras el linaje es perpetuado —nos contó—. Dicen los ancianos de la tribu que todo empezó cuando la nieta de Ishna Witca murió. De hecho, suelen considerarla la protectora de la aldea, porque fue ella la que alejó a Ewah y se sacrificó por nosotros. El nombre que usamos para referirnos a ella no fue el que le dieron el día de su nacimiento, sino que hace referencia a lo que ella hizo: *Boodawaanakwe* significa, en vuestra lengua, algo así como «la mujer que da algo sagrado».

—Su vida —intuí y Taima asintió.

—Ese fue su gran sacrificio, y es posible que sea el motivo por el que aún sigue en la aldea,

pese al paso de los años.

—Es un vínculo poderoso, el vuestro —admitió John.

—¿Estáis todos bien? —Leia entró con una pequeña esfera luminosa de un color blanquecino tan brillante que me deslumbró por unos segundos. Su magia era hermosa.

—Sí, Tektonika, que ha tenido un encuentro fortuito con un espíritu.

—¿Tektonika? —repitió Luminika antes de hacer un mohín—. En serio, tienes un problema con eso de ir poniéndoles motes a todo el mundo.

—¿Un espíritu? —cuestionó Koda, que parecía sorprendido y confundido—. Pensaba que dejarías de verlos.

—Yo también —admitió Taima y pude ver que se sentía feliz de que no fuera así. Que ese vínculo que tenía con los que la habían precedido no hubiera desaparecido.

—No era uno cualquiera —puntualizó John—. Ishna Witca.

Koda se quedó lívido ante aquel nombre.

—¿Él?

—Está orgulloso, siempre lo ha estado, y quiere que seas feliz. —Taima se separó de mí y Koda fue a su encuentro. Se abrazaron, como si fueran dos hermanos que compartían ese dolor, la pérdida, aún demasiado reciente.

John había hecho desvanecer su bastón y la calidez de la luz de Luminika iluminaba aquel espacio, emitiendo cientos de sutiles reflejos sobre el pequeño remanso de agua que había al fondo de la gruta.

—¿Ha dicho algo más? —nos preguntó John.

—Algo sobre que fue su hija y su guardián los que escondieron la daga —repuse.

—Entiendo que ella también despertó como Mística, entonces —murmuró John, reflexionando en voz alta. Asentí. Guardianes. Así era como Taima había llamado a los cazadores que habían despertado a las Místicas de nuestro grupo cuando nos habíamos conocido.

—¿Creéis que él lo sabía y no nos lo dijo? —nos preguntó Luminika, observando a Koda y Taima. John se quedó en silencio. No le conocíamos tanto en realidad, pero esa posibilidad no me parecía que definiera al hombre que había dado su vida para proteger a Koda. Y también a Taima y a mí.

—Si lo sabía, es posible que con el tiempo lo olvidara. —Observé a mi mujer—. Taima suele decir que los espíritus lo saben todo. Tal vez, como cazador, apenas tenía unas pocas sospechas de lo que sucedió, pero, como espíritu, encontró respuestas a sus propias preguntas.

—La nieta de Ishna, la que era chamana y desterró a Ewah, no era una Mística, pero su madre sí, entonces.

—Exacto. Una Mística y una Bendecida, entonces —intervino John—. Una desterró a Ewah y la otra, por lo visto, ocultó el puñal.

—Tal vez usó el puñal —murmuró Luminika—. *Ese* puñal. ¿Podría ser? Quiero decir que igual es una daga mágica que, de alguna forma, consiguió mantener a Ewah contenido durante todo este tiempo.

—¿Y eso se supone que es algo bueno? —murmuré—. Sigue vivo. Si esa arma no fue capaz de matarlo hace unos siglos, ¿qué nos da la seguridad de que Taima podrá matarlo ahora?

—Nada —admitió John, mirándome.

—Os equivocáis —intervino Koda—. Tenemos la certeza de que Taima lo ha visto.

Observé al guerrero y luego a mi mujer. Su rostro mostraba un rictus severo, pero no negó las palabras del cazador.

La noche pasó sin pena ni gloria lo que, visto en perspectiva, podría considerarse un gran logro.

Apenas los primeros rayos de sol despuntaron en el horizonte, cargamos nuestras mochilas y volvimos al arroyo junto al que habíamos dejado pastando los caballos. Koda usó unos silbidos extraños que me recordaron al día en que fuimos al encuentro del águila y del halcón. Ese en el que Ishna nos vino a decir que debíamos aprender a dejar que el otro alzara el vuelo. Una petición extraña, pero sabia al mismo tiempo.

No tardamos en recuperar nuestras monturas y reiniciar nuestra ruta, pero lo hicimos en el más completo de los silencios, como si pudiéramos presentir que todo estaba a punto de llegar a su fin.

A primera hora de la tarde, llegamos junto a un lago cuya belleza era infinita. Las montañas se alzaban a su alrededor de forma majestuosa y la frondosa vegetación era tan tupida que apenas podía verse más allá de aquellos bosques. Una de las orillas tenía una extensión plana de piedra y arena entre las que había algunos matorrales y juncos.

—¿*Manoomin*? —le indiqué a Taima y ella asintió, sonriéndome, orgullosa de que hubiera podido identificarlo.

—Al menos no nos faltarán provisiones —opinó Luminika, aunque, por su tono, creo que se ofrecería voluntaria a ir a pegarle un tiro a un ciervo antes que volver a pasarse el rato desgranando arroz salvaje.

Desmontamos y dejamos que los caballos se refrescaran mientras observábamos el precioso entorno en el que estábamos.

—Este es el lugar —sentenció Koda observando el perfil de las montañas. John cogió uno de sus artilugios electrónicos y revisó la ubicación exacta en el GPS.

—Se la pasaré a Dante —nos indicó como un niño pequeño que tiene al fin un juguete nuevo entre las manos. Aquellos primeros días, privado sin tecnología, le habían sabido a purgatorio a mi viejo amigo. Sin embargo, desde que se había apoderado de un pequeño generador eléctrico solar, podía satisfacer su adicción a usar algún que otro artilugio.

—¿Y ahora qué? —Anthony se ubicó detrás de Luminika y la rodeó con los brazos.

—No lo sé. —Taima buscó con las yemas de los dedos el collar y los deslizó sobre las piedras—. Pero presiento que estamos cerca.

—¿El collar? —John observó el gesto inconsciente de Taima.

—Se siente más cálido y es como si las piedras vibraran, si eso puede tener algún sentido.

—Ardiente se planteaba que fuera algo así como una llave.

—¿Una llave? Déjame que te diga que sería una cerradura de lo más atípica —rebatió Luminika.

—¿Ninguna pista? —Me acerqué a Taima y le acaricié con suavidad la mejilla. Se sonrojó ante mi contacto y eso hizo que deseara besarla, aunque me contuve, no fuera que una cosa me hiciera desear otra y, aunque tal vez sí era un lugar perfecto para que ella y yo nos fundiéramos de nuevo y nos convirtiéramos en uno solo, no eran las circunstancias más propicias.

—Solo una corazonada —murmuró al cabo de un rato—. Es hacia allí.

—Las damas primero. —John hizo una ridícula reverencia y Taima empezó a caminar.

No tardé en colocarme a su lado y busqué su mano con la mía. Su contacto era tan adictivo como relajante. Saber que estaba allí, junto a mí, y que era mía. Mi esposa. La mujer que me acompañaría el resto de mi vida.

—Por aquí.

—¿Cómo lo sabes? —Luminika andaba a tan solo un par de pasos de nosotros.

—Es como si el collar supiera el camino, se vuelve más cálido a medida que nos acercamos.

—Una llave, os lo decía.

—Más bien parece un sensor —puntualicé, por llevarle la contraria, y John puso los ojos en blanco.

—¿En serio te has vuelto tan quisquilloso?

—Ya sabes que aprendí del mejor.

—¡Allí! —Nuestra absurda, pero de lo más entretenida discusión, quedó interrumpida por la exclamación de Taima.

Tenía el dedo índice extendido y apuntaba a una pared de piedra de la que colgaban fragmentos de enredadera. No sabría decir qué tenía de especial, pero no era yo quien debía guiarnos hasta el puñal, después de todo.

—¿Aquí? —Anthony observó aquello con un cierto recelo.

Estábamos al pie de una pequeña montaña cuya cresta estaba repleta de aristas y parecía desafiar al cielo. Frente a nosotros había una pared de roca de un par de metros de altura y a su lado, tierra, más roca y matorrales.

John se acercó y tocó aquella superficie lisa y fría, como si buscara algo.

—¿Algún mecanismo que te llame la atención? —Taima frunció el ceño y añadí—: A John siempre le ha gustado esconder cosas a la vista, así que otra de sus muchas peculiares y atípicas aficiones es diseñar puertas secretas.

—Nada, así, de entrada. —Se sacó una pieza negra de la mochila que cargaba y nos explicó qué era el pequeño artilugio—: Esta maravilla es un imán con un índice de atracción muy fuerte.

Empezó a deslizar la pieza alrededor de la pared de piedra que se alzaba frente a nosotros, buscando algún tipo de engranaje, pero sin lograrlo. Hizo un mohín. No le gustaba que las cosas no siguieran el curso que había trazado en su mente.

—No sé de qué época datará el nacimiento de la nieta de Ishna, pero es posible que sea antiguo y, teniendo en cuenta el contexto cultural, dudo que usaran poleas o materiales metálicos —puntualicé y John asintió.

—Ishna dijo algo sobre el camino —deslizó la mirada hacia Luminika y añadió—: Nos contó algo sobre la luz, sobre los portadores de luz. Interpreté que se refería a las Místicas, en general, pero en nuestra cultura, más que luz, se entiende que sois conductoras de los *ngen*, los espíritus de la naturaleza. Creo que lo que me dijo sobre la luz podría referirse a una portadora en concreto.

—¿Qué quieres decir?

—Intuyo que sugiere que eres tú quien debe abrir el mecanismo —sentenció John.

—¿Yo? —Luminika hizo una mueca, pero dio un paso hacia delante—. ¿Alguna idea de cómo?

—Prueba con una de tus esferas luminosas —le propuso Anthony y, tras mirarle, se encogió de hombros antes de alzar una mano y hacer que una de aquellas esferas de luz blanquecina apareciera en ella. Sin vacilar, la lanzó contra la pared y la luz explotó al contactar con ella.

—Pues va a ser que no.

—¿Puedes repetirlo? —le pidió John, que estaba junto a la pared y, pese a que no parecía muy convencida, lo hizo—. ¿No lo veis?

—Una luz rompiéndose en mil pedazos, sí. —Fue Koda el que respondió, como si quisiera ver algo más allá, pero sin ver nada más que lo que éramos capaces de percibir todos.

—Vibra —susurró Taima—. Cuando usas tu poder la piedra es como si vibrara.

—A mí me recuerda a las ondas que se hacen en el agua cuando se lanza una piedra

—puntualizó John—. Me pregunto… ¿Crees que podrías mantener tu luz durante un cierto tiempo?

—Si la lanzo, no —negó ella—, pero podría probar algo diferente.

Se acercó a la pared de piedra y colocó ambas manos sobre ella. Cerró los ojos y dejó que su magia fluyera. La luz rodeó sus manos y solo entonces todos pudimos ver como alrededor de esas esferas luminosas la piedra empezaba a ondear como si fuera líquida y no sólida, y poco a poco se abrió un portal que daba al interior de una gruta.

—Esta es de esas cosas que, si no las ves en primera persona, es difícil de creérselas —susurró Anthony—. Bien hecho, mi amor.

—No quisiera ser descortés, pero por una vez, me ofrezco a ir primero. —John le guiñó un ojo a Taima y se adentró por aquella abertura, como si no le preocupara lo más mínimo lo que podía haber al otro lado.

—Supongo que esa es la entrada a las minas de plata —murmuré mientras buscaba la mano de Taima y, con nuestros dedos enlazados, le seguimos.

—No puede no serlo —opinó Koda que observaba aquello con un respeto reverencial.

Anthony cruzó a través de la abertura que había creado Luminika y se quedó allí, esperando a que ella le siguiera.

En cuanto dejó de usar su magia, la grieta empezó a cerrarse, pero tuvo tiempo suficiente como para entrar por ella sin ningún problema.

—Estamos dentro. De acuerdo, dejadme que compruebe una cosa. —Buscó entre sus cachivaches y sacó una maquinita de poco más de un palmo—. Esto fue idea de Ardiente y, no sé si os lo he dicho alguna vez, pero mi mujercita es un genio.

—¿Qué es? —me interesé.

—Es un juguetito que me permite medir la cantidad de oxígeno, pero también de monóxido y dióxido de carbono. Los gases que no pueden olerse y son letales podrían llevarnos a una muerte silenciosa que sería mejor evitar.

—¿Y qué marcan? —le preguntó Luminika, cambiando el peso de un pie al otro en un acto de puro nerviosismo, algo que era gracioso, porque en una mano una pequeña esfera de luz iluminaba el corredor pero tintineaba de un lado para el otro con sus movimientos.

—Que de momento seguiremos vivos —sentenció John con una amplia sonrisa—. Perfecto. ¿Vamos?

XXXIII

TAIMA

SI HUBIERA ESTADO sola, no sé si hubiera encontrado la fortaleza y voluntad necesarias para seguir avanzando por aquel túnel.

Había algo en el aire, pese a que John había asegurado que era apto para nosotros. Se sentía denso, espeso, y había un algo en aquella tierra que hacía que el frío calara en los huesos, pese a la chaqueta técnica de Jason. Las paredes eran de piedra gris, aunque había vetas rojizas y también algunas más oscuras, como si el paso del tiempo estuviera apagando el poco color que había albergado aquel lugar en el pasado.

No nos encontramos con ninguna bifurcación en la que tuviéramos que elegir un camino. Y esa sensación, la de que nuestro destino estaba trazado, se me antojaba un peso que con cada paso me ahogaba un poco más.

Siempre hacia abajo. Hasta los confines del mundo.

—Desde luego, aquí no van a encontrarnos —masculló Leia, que también parecía impresionada.

—Si tuviera que imaginarme lo que se siente cuando te entierran vivo, creo que no sería muy diferente. —Observé a Koda y asentí.

Yo también me sentía así. Como si aquel fuera mi final. El de mi historia. Y esa sensación hacía que me faltara el aliento.

—¿Cómo vas? —Jason me observó. No sé si era el tono cetrino de mi piel, mi semblante angustiado o el hecho de que mis manos habían empezado a temblar, pero mi malestar era demasiado evidente como para fingir lo contrario.

—Hace frío.

—Calculo que estamos debajo del lago —intervino John mientras mi marido me pasaba un brazo por encima de los hombros intentando darme un poco de su calor—. La humedad en las paredes es cada vez más marcada.

—¿Debajo? —Leia miró el techo del túnel—. ¿Y si se viene abajo?

—Si no lo ha hecho en más de quinientos años, mucho será que lo haga ahora —argumentó Anthony.

Me pareció que su respuesta era coherente, aunque tal vez la di por válida porque quería creer fervientemente en ella. Intenté calmarme pensando que morir en uno de esos túneles, ahogada, no formaba parte de mis profecías, aunque teniendo en cuenta el contenido de mis pesadillas, no sé si sería más fácil eso, que el agua se me llevara y acabara con la angustia que me apretaba el pecho.

—Parece sólido —soltó John tras golpear con los nudillos uno de los laterales del túnel. Anthony lo apartó de la pared, frunciendo el ceño.

—Solo por si acaso, no llames al mal tiempo, Viejo.

Seguimos recorriendo aquel túnel durante más de una hora. La luz de Leia iluminaba nuestro camino, pero había una solemnidad en aquel lugar que hizo que el silencio acabara siendo nuestro único compañero durante el descenso.

—¿Qué diablos es eso? —Fue Koda el que dijo aquello. Llevaba un rato caminando al lado de John porque Leia y Anthony habían buscado su mutua compañía, un poco como habíamos hecho Jason y yo. Sin pensarlo. Como si se tratara más bien de un instinto que nos instaba a mantenernos juntos porque aquel lugar daba miedo.

No diré un miedo aterrador, sino más bien era algo psicológico. El saber que en cualquier

momento todo podía venirse abajo. Que la salida quedaba demasiado lejos como para llegar hasta ella. Suponiendo que Leia fuera capaz de volver a abrirla. Las sombras que se proyectaban sobre la piedra, a nuestro alrededor. Ese silencio que era y no era, como si los ruidos del mundo que existía más allá de aquel infinito túnel, o del lago que lo había estado ocultando durante todo aquel tiempo, llegaran a nosotros en forma de bruma, difusa y mal definida, entumeciendo en parte nuestros sentidos.

—¿Una tela de araña? —murmuró John, invocando su bastón y apoyándose sobre él mientras lo estudiaba.

—Pues voy a decir un joder, para empezar —masculló Anthony—. Si eso lo ha hecho un bicho, no quiero imaginarme su tamaño.

—¿Has leído algo sobre un demonio araña? —Jason desvió la mirada hacia John, que parecía estar reflexionando al respecto. Tras tomarse un tiempo, negó con la cabeza.

—No, pero, en cualquier caso, no tendría sentido.

—Pues que yo sepa, las arañas tejen redes, aunque nunca había visto algo como eso.

—¿Una araña de cincuenta centímetros? —tanteó Koda.

—Más bien metro y medio —opinó John y tragué saliva con cierta dificultad mientras Leia se apretujaba un poco contra su enorme guardián.

—Con el asco que me dan —murmuró por lo bajo.

—Solo bromeaba —aseguró John, sonriendo.

Jason se acercó a aquella enorme masa de fibras grises que cubría la totalidad del túnel. No llegó a tocarla, pero sí se tomó su tiempo en observarla.

—Hay varias líneas más atrás y, por su aspecto, diría que es bastante pegajosa.

—Una araña de metro y medio, ¿en serio? —seguía murmurando Leia por lo bajo—. Esto se está convirtiendo en la casa del terror.

—De momento solo están las telarañas —negó John con ese tono alegre de quien se lo está pasando en grande.

—¿Te estás divirtiendo? —le preguntó Anthony frunciendo el ceño.

—Como un crío.

—Tus criterios de lo que es y lo que no es divertido, John, son raros de cojones —opinó Leia.

—Es artificial —intervino Koda, captando la atención de todos nosotros.

—¿Artificial? —Leia mantuvo la distancia, pero el resto nos acercamos a Koda.

—Resina, y eso no pueden ser otra cosa que fibras de lana.

Fruncí el ceño y miré aquella enorme malla desde esa nueva posibilidad.

—Podría ser —admití.

—Alguien lo puso aquí para evitar que siguiéramos adelante —declaró Jason—. Bien fuera por el miedo a las criaturas que lo habían tejido, bien fuera por la dificultad real de atravesarlo.

John acercó un extremo de su bastón y quedó firmemente adherido a aquellas fibras impregnadas. Tiró un poco en varias direcciones y lo único que consiguió fue que más fibras se adhirieran a la madera de su, aparentemente, inocente arma invocada. Apretó los labios; intuí que estaba estudiando lo que se había convertido en algo así como nuestro enemigo.

En los extremos de su bastón aparecieron dos pequeños filos de un palmo de longitud, como las puntas de una lanza. Intentó rasgar el tejido con aquel filo, pero sin llegar a conseguirlo.

—Es la cosa más babosa, pegajosa y asquerosa que me he encontrado en toda mi vida. —Se giró para mirar a Koda—. ¡Cómo mola!

A Leia y a mí nos dio por reír y nos miramos con esa complicidad que habíamos ido forjando a lo largo de los últimos días. Tener a alguien como John, que encontraba un aliciente en

cualquier obstáculo era hasta cierto punto agradable. Mejor eso que el lamento agónico del que da por sentado que morirá más pronto que tarde.

—¿Alguna idea de cómo atravesarlo sin acabar convertidos en algo parecido a un montón de croquetas? —le cuestionó Leia a John cuando conseguimos acallar las risas.

—Este es uno de esos momentos en la vida en los que puedo demostrarle a Jason que todo tiene un sentido. —Me miró y se alejó unos pasos de aquel mejunje y nos animó a hacer lo mismo.

—¿Qué vas a hacer con tu bastón? —le pregunté al ver que lo dejaba allí colgando, en medio de aquel entramado.

—¿Qué bastón? —Desapareció mientras decía aquello y, con una sonrisa petulante, añadió—. ¡Ah! ¡Este!

Su arma vinculada apareció de nuevo en su mano.

—¿Qué querías demostrarme? —Jason parecía divertido, como si diera por sentado que John encontraría la forma de sortear aquel contratiempo.

—La utilidad de los videojuegos, mi querido amigo.

—Los videojuegos —musitó Jason, elevando una ceja como si esa fuera la última de las respuestas que hubiera esperado.

—Correcto. Es un clásico. Las enredaderas, las telas de araña o incluso he visto que a veces usan tentáculos.

—Tentáculos.

—Tentáculos. Ya sabes, con ventosas.

—Prefiero no imaginármelos, gracias, ¿podrías centrarte?

—Sí, claro. Se trata de conjuros de sujeción para que tus personajes no puedan avanzar hacia su objetivo. ¿Notas el paralelismo?

—¿Sugieres que estamos en un videojuego?

—No, pero sí que podemos usarlos como guía para solucionar nuestro actual problema.

Se quedó en silencio y Jason lanzó un sonoro suspiro. Creo que aquello era una muestra de esa peculiar relación que compartían los dos.

—De acuerdo. ¿Cómo solucionarías en uno de tus jueguecitos un conjuro de sujeción?

—En algunos casos existe un contraconjuro específico, pero aquí, déjame que te diga que la respuesta es mucho más sencilla.

—¿Y es? —Anthony empezaba a impacientarse; y creo que no era el único, pero Jason tenía esa frialdad, tan estanca, que uno pensaría que tenía todo el tiempo del mundo para discutir ese tipo de banalidades.

John levantó el bastón y lo volteó frente a él, haciendo que las llamas de Aria empezaran a recubrir su cayado con intensidad. Era un fuego hermoso, de tonalidades cálidas, rojizas, que contrastaba con los destellos azulados de la magia de Elena.

Como si fueran las aspas de un molino, el bastón de John dibujaba un círculo perfecto de fuego en estado puro hasta que, con un movimiento, adelantó una de las puntas de su arma en dirección a la telaraña y una ráfaga de fuego salió disparado de su bastón.

—¡La madre! —soltó Leia mientras yo gritaba por la sorpresa en mi propia lengua.

Vi como las llamas trepaban por los filamentos y los devoraban. Líneas rojizas que se seguían unas con otras y que, tras consumirse, acababan convertidas en poco más que restos consumidos sobre el suelo.

Observé aquel espectáculo con una mezcla de fascinación y miedo. El poder de Aria era increíble, pero la forma con la que John era capaz de interactuar con él superaba cualquier idea

que tuviera preconcebida al respecto.

Sí, me habían dicho que las armas de los cazadores vinculados a una Mística poseían su poder, como era el caso de Anthony, que podía matar a dumas que no habían cruzado el velo por el poder que le había conferido Leia tras su unión. Incluso si lo sabía, ver esa explosión de magia, de poder, dirigida con tanta facilidad e intención, fue tan llamativo como impresionante.

—Te lo dije.

—Cómo odio cuando dices esa frase —le contestó Jason con una media sonrisa que contradecía sus propias palabras.

—Pues ya deberías estar habituado. —John colocó el extremo del bastón en el suelo y se apoyó sobre él con un gesto casual. Apenas podía sentirse la magia latiendo en su arma invocada en esos momentos, como si él decidiera qué perfil quería mostrar según el momento en el que se encontraba.

—Ya, eso.

—¿Es seguro pasar? —Anthony observó cómo los últimos restos de fibras se consumían en una de las redes que había a varios metros de nosotros.

—Yo diría que sí.

—Pues… ¿a qué esperamos? —Leia parecía contenta. Me sonrió—. Si había una araña, en estos momentos será solo un montoncito de carbón, así que por mí bien. No voy a quejarme.

No podía estar más de acuerdo con ella.

El olor a chamuscado se hizo evidente cuando empezamos a avanzar, sorteando aquella pasta negra, cubierta de restos de ceniza, que se habían acumulado en el suelo. Paso a paso, tras varias angulaciones, el camino se hizo un poco más angosto. Seguimos avanzando con la sensación de que estábamos llegando a nuestro destino. Al final de aquel recorrido que a todos empezaba a pesarnos.

—Es un callejón sin salida —musitó Koda.

—No puede ser —negué. Sentía el collar que pendía de mi cuello más cálido y presente, como si quisiera recordarme su presencia—. Estoy segura de que es aquí.

—Ha de serlo —opinó Leia, colocándose a mi lado.

Nos acercamos a la pared que había frente nosotros y que cerraba el túnel. Era de piedra. Lisa. Demasiado como para que aquello fuera algo natural.

—¿Algún mecanismo? —tanteé, mirando a John.

—Yo también pienso que no es más que otro reto.

—Puedo probar —se ofreció Leia y acercó la esfera luminosa que la acompañaba contra aquella superficie. Su luz la iluminó, confiriéndole una belleza regia y solemne, sin embargo, en esta ocasión, no sucedió nada.

—¿Alguna otra idea? —Se separó de la pared de piedra y miró a John. Todos lo hicimos de hecho.

—Me llaman la atención estas muescas. ¿Os recuerda a algo?

—Grietas. —Fue Jason el que intervino. Su mirada se cruzó con la de John y vi que el Viejo sonreía.

—Apartaros —nos pidió John mientras Jason se acercaba a la pared de piedra tras besarme con suavidad en la cabeza.

—¿Qué vas a hacer?

—Una locura, teniendo en cuenta que estamos bajo tierra.

No es que su respuesta me dejara del todo tranquila, pero por extraño que fuera, confiaba en él, así que me alejé.

Jason invocó su arma. Era una espada cuyo filo tenía remanentes de la magia de Aria y también de Elena, aunque aquella magia no brillaba con la intensidad del bastón de John. Casi esperaba que pudiera verme reflejada en su filo, pero nada parecía hacer referencia al posible poder que se suponía que yo ostentaba.

¿Y si nada había cambiado?

¿Y si yo no era más que la que siempre había sido?

Los espíritus seguían hablándome, después de todo.

Quizá él y yo no habíamos cruzado ese umbral, el que une a un hombre y a una mujer en un plano que va más allá del aquí y del ahora, de lo que puede verse y sentirse con el tacto.

Jason balanceó la espada con un movimiento tan veloz que, si no fuera por la estela de fuego que dejó a su paso, creo que apenas habría sido capaz de seguirlo. Arremetió contra el eje de aquella pared de piedra mediante una estocada.

Me estremecí al ver como el filo de su arma atravesaba la gruesa piedra y como la piedra temblaba. Desde el lugar en el que la espada había impactado, las sutiles grietas que se insinuaban en la piedra empezaron a volverse más gruesas y profundas mientras un ruido estremecedor, un rugido, nos envolvía. La piedra rasgándose frente a nosotros mientras, sin aliento, observábamos aquel proceso.

Jason retrocedió un par de pasos, su espada vinculada aún seguía clavada en aquel eje de piedra mientras a su alrededor todo parecía fragmentarse y empezaba a descomponerse en mil pedazos y, finalmente, como si de un cristal se tratara, la pared se vino abajo, pero no el resto del túnel.

Nos quedamos quietos, expectantes. Koda me había rodeado con su cuerpo para protegerme de aquello y Anthony había hecho lo mismo con Leia. Una espesa nube de polvo me hizo toser y sentí una fuerte irritación en los ojos y la garganta.

—Tápate la boca y la nariz. —Jason me tendió un elegante pañuelo con las iniciales J. S. bordadas en un extremo. Lo acepté e hice lo que me pedía mientras él usaba un trozo del tejido de su camisa para protegerse de aquella nube que se había formado a nuestro alrededor.

Casi esperaba que el techo venciera sobre nosotros.

Que las grietas se extendieran más allá de aquella enorme piedra que cerraba nuestro camino.

Sin embargo, nada más lejos de la realidad.

Tras unos minutos que se antojaron eternos, el polvo empezó a posarse sobre el suelo y respirar dejó de ser una epopeya. Solo entonces pudimos ser conscientes de que, tras la pared que Jason acababa de derribar, había un precioso arco de mármol negro con vetas plateadas que parecían resplandecer con la luz que emitía el bastón de John.

—Es precioso —susurré, observando aquel lugar.

Nos acercamos a la abertura. Cuatro columnas regias sostenían una pequeña cúpula y detrás de ella había una pequeña escalinata que daba a un corredor que se perdía a la vista. Era un lugar de una belleza hipnótica, mármol negro salpicado en plata con tallados de una belleza exquisita.

—Creo que Ardiente vio este lugar —murmuró John—. Lo describió como un palacio suspendido en medio del universo en cuyas paredes las galaxias podían observarse.

—Es toda una poetisa —intervino Jason; no sé si bromeaba, pero su aspecto parecía impresionado por el descubrimiento que habíamos hecho.

—Eso, sin duda, son las minas de plata —sentenció Koda.

—Aria vio a un hombre y una mujer aquí dentro —añadió John, observando el arco que daba paso a la glorieta—. Casi pueden sentirse pese al paso del tiempo.

—La hija de Ishna —susurré.

—¿Está aquí? —Koda se tensó. Negué con la cabeza, porque no veía ni escuchaba a ningún espíritu, pero si cerraba los ojos, tal vez sería capaz de imaginármela allí, junto a su marido, su guardián, ocultando aquel bien tan preciado. Ese que debería arrebatarle la vida a Ewah.

—¿Por qué no lo hizo? —mi pregunta sonó un tanto perdida, en medio de la nada.

—¿Hacer el qué? —inquirió John, elevando una ceja.

—Ella era una Mística y poseía la daga. ¿Por qué no lo mató? Boodawaanakwe me dijo que su madre apresó a Ewah en un témpano de hielo. Tuvo la oportunidad. Y disponía del arma. ¿Por qué no lo hizo?

El más anciano de los cazadores me observó, pero no llegó a contestarme. Creo que él no disponía, tampoco, de una respuesta con la que contentarme.

—Quizá no era su destino —intervino Jason, acercándose a mí. Me tendió la mano y me quedé quieta, deseando huir de allí. De lo que sabía que encontraríamos. Y de lo que sabía que debería hacer con esa arma. Fue Koda el que me obligó a reaccionar y me empujó hacia el que era mi destino.

Mi mano encontró la de Jason y sentí sus dedos entrelazarse a los míos con una naturalidad que era asfixiante; había sido demasiado fácil dejarme llevar por las emociones que despertaban en mí sus miradas y sus susurros. Me había permitido amarle, aun sabiendo que, después, debería traicionarle.

Escuché un susurro. Un rumor.

—Creo que el resto del camino, deberéis hacerlo solos. —Me tensé y observé a John. Tenía el mentón alzado y parecía escuchar algo—. Aunque supongo que eso es algo que tú ya sabes, porque, después de todo, es tu destino.

XXXIV

Jason

ENCENDÍ la linterna que llevaba en la mochila, algo que no era tan glamuroso como las esferas de luz de Luminika ni tan ostentoso como el bastón de John prendido en fuego, pero no dejaba de ser funcional.

Cruzamos aquel majestuoso arco de mármol negro y nos adentramos en la primera estancia. Las columnas que sostenían el techo de lo que parecía una glorieta eran esbeltas y la luz se reflejaba en las vetas de plata emitiendo suaves destellos.

—Es increíble —murmuré al poco de entrar y vi que Taima parecía tensa, como si algo le preocupara. Me acerqué a ella y busqué su mano. Sentir su piel junto a la mía tenía un efecto calmante y deseé que ella sintiera algo parecido. Que mi mera presencia pudiera aliviar sus miedos y darle un poco de paz. Como ella hacía conmigo.

Subimos por una escalinata y nos adentramos en lo que más que una mina parecía un palacio. Uno que rebosaba de un algo que se sentía casi mágico.

Tras la escalera, había una estancia amplia de techo alto del que pendían varias lámparas de lágrimas de plata. No había velas ni llama alguna en ellas, pero reflejaron mil luces cuando mi linterna las iluminó.

—Que un lugar así haya permanecido aquí, oculto de todos, durante tanto tiempo, es extraordinario.

—Lo es —convine.

Tras avanzar por la sala, que me hizo recordar tiempos antiguos, cuando John, Tim y yo habíamos acudido a algún baile o evento social de la clase alta, en donde los músicos acababan agotados y sudorosos; y mujeres y hombres intentaban hacer pequeñas aproximaciones en una cultura en la que exponer un tobillo podía llegar a producir un escándalo.

El mundo había cambiado tanto desde entonces, pero mi vida parecía haber dado marcha atrás desde que habíamos llegado al poblado de Taima. Sin los lujos de la tecnología, los recuerdos habían empezado a venir a trompicones. Los murmullos de aquellos que siempre pensaron que era un hijo ilegítimo o el runrún de las predicciones de que mi futuro sería incierto por haber nacido una noche de Luna Negra. Pensé que esas predicciones mucho tenían que ver con el que acabó siendo mi destino. Podía recordar con amarga nitidez la noche en la que un duma me sorprendió, la primera vez que vi uno de esos rostros demacrados, órbitas sin ojos y ese silencio que se volvía pesado y helaba por dentro. Fue John el que me encontró y, sabiendo que no saldría con vida de aquel encuentro, ¿qué le pedí? Que cuidara de mi madre. Era la única que, por mí, lo había dado todo. Fue entonces cuando me sonrió y me dijo que aún no era mi momento, que podría cuidarla por mis propios medios. Y le creí. No sé por qué, pero lo hice.

Y todo cambió.

La persona que había sido.

La persona en la que el tiempo y la soledad me habían convertido.

—Es aquí. —Taima se quedó quieta, observando un gran arco que se abría frente a nosotros al final de otro interminable pasillo.

—¿Vamos? —Se esforzó en sonreírme, aunque su alma no estaba volcada en aquella sonrisa.

Entramos en una sala pentagonal, con grabados en las paredes. Lo primero que me llamó la atención fue que, en el suelo, había un relieve en cuyo centro podía verse el pomo de una daga, clavada en una placa que se me antojó de hielo.

—¿Qué se supone que es esto? —murmuré mientras Taima y yo nos quedábamos quietos,

observando las formas que se insinuaban en el suelo.

—Mira esto. —Me cogió el brazo que llevaba la linterna para que enfocara la pared que había a nuestro lado.

La pared de mármol negro y vetas de plata estaba cubierta por un relieve hecho de fragmentos de cristal. Me acerqué y rocé mis dedos con aquella superficie.

—Es hielo.

—Parece una ilustración —susurró Taima.

Nos apartamos un par de pasos para ver la imagen al completo. Me mordí el labio inferior mientras observaba el relieve de una mujer que tenía los ojos cerrados y los brazos extendidos a sus costados. Sobre las palmas de sus manos se encontraba una esfera y detrás de ella un gran arco. Nos quedamos en silencio. Era imposible que aquello fuera una coincidencia. Aquel arco. La entrada a las minas.

—Leia —susurró Taima.

En un acto reflejo, desvié la luz de la linterna hacia la segunda de las paredes de aquella sala pentagonal. Al igual que en la primera, podía intuirse un relieve en tonos brillantes y plata. Una mujer con las manos sobre su regazo y, en un primer plano, ocupando apenas la mitad del dibujo, había un hombre con un bastón rodeado de llamas. Un complejo entramado cubría parte de las esquinas inferiores, como si formaran parte del resto de una tela de araña.

—John. —Miré a Taima—. Y Ardiente.

—Todo estaba ya escrito. —Se estremeció—. Todo.

Parecía derrotada, como si todo aquello la sobresaturara, pero la curiosidad nos llevó al tercero de los grabados. No me sorprendió verla a ella, pero sí cómo en el grabado el collar que habíamos traído desde Europa pendía de su cuello. Una espada clavada en medio de un manto de piedra, cuyas grietas sabía que acabarían derrumbando aquella pared para abrirnos un camino.

El pasado fundiéndose con el presente.

Seguimos recorriendo el perímetro para encarar la cuarta pared. En ella estaba Mendaval. Su cabello parecía fluir, a su alrededor había unas líneas que interpreté como oleajes salvajes de aire con las que empujaba algo. Siluetas mal definidas. Motas. Nos acercamos para observarlas de cerca.

—Dumas —maldije por lo bajo.

—Esto aún no ha pasado —opinó Taima, pero sus ojos buscaron los míos.

—No podemos estar seguros. John le ha ido enviando nuestra ubicación a Dante, pero, que yo sepa, no hemos recibido respuesta.

—¿Quieres decir…? —Dejó la frase a medias.

—No lo sé. El Viejo no parecía preocupado, quiero decir que es posible que hayan quedado así para minimizar el uso del transmisor y evitar consumir en la medida de lo posible la batería. —Taima me observó, pero su aspecto era preocupado—. La aldea es un lugar seguro. Tú, más que nadie, lo sabes.

Asintió, finalmente. Nos deslizamos hasta el último de los grabados que cubrían las paredes, sopesando si aquel era lo que nos depararía el futuro, cuando vimos que en la última pared se podía observar la silueta de otra mujer, envuelta en una vorágine eléctrica, y a sus pies una superficie lisa que transmitía calma. Elektrika.

—Están bien —le aseguré a Taima. Pasado, presente o futuro. No tenía del todo claro a qué hacían referencia aquellos grabados, pero era evidente que alguien había visto todo aquello y había querido dejarnos la muestra de su conocimiento.

Desvié la mirada hacia el suelo de la sala. En el relieve pude evidenciar la silueta de dos

personas: una mujer, cuya mano se alargaba en dirección a la daga clavada en un pequeño montículo de hielo y que representaba el corazón de la segunda silueta, la de un hombre con ojos rasgados y un par de cuernos. Ewah.

—Ese siempre ha sido tu destino —susurré con un tono admirativo y preocupado al mismo tiempo—. No eres la única que lo ha visto.

—Supongo que no. —Apenas un hilo de voz. Fruncí el ceño y desvié mi mirada hacia la daga y los grabados.

¿Qué se me escapaba? Solo entonces fui consciente de que la mujer del grabado estaba llorando. Me giré para mirar a Taima y vi que dos gruesas lágrimas estaban deslizándose por sus mejillas.

—¿Estás bien?

—No sé si soy capaz de hacer lo que se espera de mí.

—Eres fuerte y valiente, Taima, confía en ti como lo hago yo.

—Jason…, yo… no puedo. —Empezó a temblar y me acerqué a ella para rodearla con mis brazos—. Has despertado algo en mi interior y, ahora, solo de pensarlo, me muero por dentro.

—Te amo, Taima, y por la forma en que conectamos, sé que tú también lo haces. Hace mucho, John me contó que el vínculo que se forja entre un cazador y una Mística era algo tan perfecto que pensar en estar con otra mujer le asqueaba. Ahora, más que nunca, entiendo a lo que se refería. —Le coloqué una mano sobre la mejilla—. Te quiero, Taima. Sé que puedes hacerlo y no estarás sola, te lo prometo; yo estaré a tu lado en todo momento.

—Te quiero, Jason. —Las lágrimas empezaron a caerle a borbotones.

—Y yo a ti. —Me incliné y capturé sus labios con los míos. Apenas un roce, pero que expresaba tantas cosas al mismo tiempo. Entendía su miedo. Su inseguridad. Yo también estaba aterrado por que algo se pudiera torcer y ella sufriera algún tipo de daño—. Desde el primer momento en que nuestras miradas se cruzaron despertó en mí un atisbo de esperanza. Eres luz, *ikwekens*. —Sus ojos mostraron felicidad al escucharme llamarla de la forma en que Ishna solía hacerlo—. Gracias a ti he encontrado el valor de seguir luchando. Venceremos a Ewah juntos.

—No lo entiendes, Jason, ¡no puedo! —gritó aquello, he hizo el amago de alejarse de mí, pero no se lo permití y la retuve a la fuerza hasta que dejó de forcejear, pero empezó a llorar a borbotones.

—Taima, por favor, déjame que te ayude a soportar esa carga que te aflige.

—Te amo, Jason, pero desearía no hacerlo. —Aquello se sintió como un puñetazo en todo el estómago. Me limité a retenerla, a mirarla, intentando encontrarle un sentido a aquello; y creo que fue evidente mi tensión porque cerró los ojos y se apoyó contra mi pecho—. Todo sería más fácil si no te amara. En estos momentos desearía huir de todo y de todos, darle la espalda al mundo, al mal que acecha entre las sombras. Solos tú y yo, donde nos llevaran nuestros pasos, sin más preocupaciones que el hecho de ser libres para amarnos.

Cerré los ojos, inhalando la fragancia de su cabello.

—Nada me gustaría más que eso, pero sospecho que hay algo que no me estás diciendo.

—Hace mucho que vi, en mis sueños, lo que el futuro nos depara. Te vi a ti. —Hizo una pausa y me limité a acariciar su espalda, intentando reconfortarla—. Mi destino es matarte.

Matarme.

Su destino era matarme.

Fruncí el ceño y seguí deslizando mi mano sobre su espalda, sintiendo la calidez de su cuerpo contra el mío.

La imagen que había en el suelo de la estancia. Ewah. Poseyendo a un hombre. Las lágrimas

de Taima. Su puñal atravesando su corazón. No quería pensar que ese tenía que ser mi final, y al mismo tiempo era como si desde esa noche que me había intentado poseer, lo hubiera sabido. Jamás le había tenido miedo a la muerte, pero ahora me dolía haber tenido tan poco tiempo para descubrir lo que era amar sin reservas. De conocer cada una de sus pequeñas manías y empaparme de su risa.

Nos quedamos en silencio unos minutos que se hicieron eternos. Taima sollozando contra mi cuerpo y yo acariciándola, hasta que fui capaz de enfrentarme a aquello. A su destino, que se entrelazaba con el mío. La amaría. En vida y más allá de la muerte.

—No tengas miedo, mi amor, cuéntame qué has visto.

Tardó un tiempo en conseguir acallar su temblor y las lágrimas que cubrían sus ojos. Se pasó la mano por el rostro humedecido y me miró.

—Boodawaanakwe me contó que fue su madre, la hija de Ishna, la que consiguió desterrar a Ewah. Ella me dijo que lo apresó en un témpano de hielo, pero sabía que, con el tiempo, él lograría escapar. —Inspiró aire—. Dicen las leyendas que Ewah es algo así como el aire y que no puede dársele muerte. Llevo tiempo pensándolo y creo que la madre de Boodawaanakwe consiguió apresarlo, pero descubrió que la única forma para acabar con él era darle muerte cuando fuera vulnerable en realidad.

—Solo puede ser eliminado si se le da muerte con esa daga cuando está poseyendo un cuerpo mortal —reflexioné en voz alta.

—No lo sé seguro, pero sí, creo que esa es la única forma. —Vi una pena enorme en su mirada.

—No es culpa tuya. —Me incliné para besarla en la frente—. Si ese es mi destino y mi muerte ha de servir para salvar a todos, salvarte a ti, me honra que así sea. —Las lágrimas volvieron a desbordarse en sus ojos y supe que la forma en la que ella me amaba no era muy diferente a como lo hacía yo con ella. Entendía su pesar. Morir sería más fácil que seguir adelante sin ella a mi lado—. Escúchame, Taima: todos y cada uno de los momentos que hemos compartido siempre te acompañarán. Lo que yo soy, sé que, de alguna forma, seguiré siempre aquí, contigo, incluso cuando ya no esté.

Coloqué una mano sobre su pecho y ella apretó los labios, intentando contener el llanto furioso, la rabia y el miedo.

—No puedo hacerlo, Jason. Aun sabiendo que Ewah acabará haciéndose con el control de la persona que eres, no sé si, al ver tu rostro frente a mí, mi mano será capaz de sostener ese filo maldito y acabar con él.

—Lo harás, Taima, porque eres una mujer valiente y fuerte. Piensa en la aldea, en nuestra familia de cazadores y Místicas, o, incluso, en los que han de venir. —Me obligué a sonreírle—. Puede que incluso en tu vientre esté gestándose ya un nuevo Bendecido, nuestro hijo, tuyo y mío.

Las pupilas de Taima se dilataron y buscó con su mano su estómago, como si no hubiera sopesado aquella posibilidad. La de nosotros formando una familia.

—¿Crees que…?

—Tal vez, no lo sé —le confesé—, pero me encantaría. ¿A ti?

Se limitó a asentir mientras una sonrisa fugaz iluminaba su rostro humedecido por sus propias lágrimas.

—Necesito tener la certeza de que, cuando llegue el momento, no titubearás. —Centré mi mirada en la mujer a la que amaba—. La noche que Ishna Witca vino a buscarme, hicimos un trato, ¿recuerdas?

Asentí y Jason me acarició la mejilla.

—Me pidió que te hiciera feliz. —Sonreí—. Al principio pensé que se refería a que aceptara tu papel de chamana en la aldea y siguiera tus recomendaciones para dormir, pero no tardé en darme cuenta de que era un algo mucho más grande. —Taima parecía ligeramente emocionada—. A cambio, Ishna me prometió que, si me convertía en un balberin, él sería quien me daría muerte. —Vi que se tensaba—. He visto a otros convertirse en demonios, Taima, y es lo que más me aterra en la vida. Saber que podría dañar y matar a todas las personas a las que quiero con mis propias manos. Sé que lo que te estoy pidiendo, lo que el destino ha decretado para tu futuro, es atroz. No sé si yo sería capaz de hacerlo si estuviera en tu piel, pero si me amas tanto como yo te amo a ti, necesito tener la certeza de que lo harás. Por mí. Por los nuestros. Y por los que están por venir.

Apretó los labios y asintió, aunque en su expresión podía apreciarse el dolor. Me incliné para besarla con toda la pasión que despertaba en mi interior. Nuestro último beso, tal vez, pero se sintió tan perfecto como el primero.

XXXV

TAIMA

SENTÍ la presencia de un espíritu antes de separarme de Jason y de aquel beso en el que, si por mí fuera, podría haberse congelado el tiempo. Me gustaría un «para siempre». Incluso si era un imposible.

Lo había sabido desde el principio.

Pero ahora dolía y me quemaba, desde dentro.

Nos separamos lentamente y vi que junto a la daga podía visualizarse la silueta de una mujer. En un primer momento pensé que se trataba de Boodawaanakwe, pero no tardé en percibir que, pese a las semejanzas, había ciertas diferencias entre ellas.

—No estamos solos —le advertí a Jason.

Creo que lo último que le apetecía era que un espíritu interfiriera, pero se separó de mí. Sentí una bocanada de frío cuando su cuerpo dejó de envolverme, sus brazos, el latido de su corazón contra el mío.

—¿Ishna Witca? —me preguntó y negué.

—Creo que es su hija. —El espíritu me sonrió. Lo era—. Este lugar. Tú también poseías la marca del futuro, ¿verdad?

—*Nunca supe si se trataba de un don. O de una maldición. Hasta hoy.* —Abrió los brazos, como si me animara a acercarme a ella.

Di un paso en su dirección y Jason se colocó a mi lado, dispuesto a acompañarme hasta el mismísimo infierno.

—*Mi magia late en esta daga y mantiene íntegro este lugar.*

—¿Qué quieres decir?

—*Creo que lo sabes.*

—Los túneles van a derrumbarse.

—*El agua los colmará, pero tendréis el tiempo justo para salir de aquí. Usa tu poder si es necesario.*

Ese que ni siquiera sabía cómo gestionar, o si en realidad existía. Genial. ¿Tantas cosas que sabían los espíritus y no conocían ese detallito en concreto?

—¿Cuándo? —Jason estaba estudiando la estancia.

—No lo sé. Creo que tiene algo que ver con la daga. La hija de Ishna transmitió parte de su poder a su filo.

—Un témpano de hielo —susurró Jason—. Esa placa de hielo sobre la que está clavada la daga, los grabados, ¿todo esto es cosa suya?

Asentí mientras ella sonreía.

—Me parece que su intención es advertirnos de que, cuando saquemos la daga, el hielo se deshará y es posible que el agua del lago se cuele por las brechas.

—Tendremos que darnos prisa, en tal caso.

Asentí y miré a la mujer.

—Si me preguntas a mí, creo que es una maldición, en realidad.

Ladeó la cabeza mientras me estudiaba.

—*Le amas.* —Me sonrió, aunque vi ese deje de tristeza en sus ojos que me recordó su propio sacrificio.

—Tú también amabas a tu hija.

—*No hay muestra de amor más grande que el que da sin pedir nada a cambio.* —Me obligué

a no empezar a llorar, de nuevo—. *Hay vínculos más fuertes que el aquí y el ahora. Lo que somos. Lo que fuimos. O lo que pudimos llegar a ser. ¿Lo harás?*

Desvié mi mirada al grabado que había en el suelo de la sala. Mi mano empuñando el cuchillo que mataría a Ewah, pero también a Jason. Pensé en todo lo que habíamos hablado. En todos los que dependían de que mi puño no temblara. En el miedo que él sentía de convertirse en el instrumento que pudiera dañar a las personas que amaba. A mí. Y al resto de nuestra familia.

—Tú ya lo has visto: sí, lo haré.

Movió la mano y alrededor del filo de la daga empezaron a aparecer finas grietas.

—¿Qué ha sido eso?

—Me parece que ha llegado el momento de correr —mascullé mientras me adelantaba para coger la daga. Sentí un escalofrío al cerrar mis dedos sobre el agarre, pero no dudé en tirar de ella. Se deslizó sin dificultad mientras se escuchaba el ruido de cientos de crujidos a nuestro alrededor.

—¡Vamos! —Jason tiró de mí y empezamos a correr.

Apenas pude ver que detrás de nosotros parte de los grabados de las paredes empezaban a caerse y se rompían en mil pedazos al impactar contra el suelo.

Tras el pasillo, llegamos a las escaleras y esta vez las bajamos de dos en dos.

—¡Las cuevas van a colapsar! —gritó Jason advirtiendo al resto del grupo que nos esperaba fuera.

Apenas cruzamos el arco de mármol negro que daba a los pasadizos subterráneos cuando, al girarme, vi que una enorme ola se acercaba hacia nosotros.

—¡Corred! —grité, y en un impulso coloqué los pies ligeramente separados y moví los brazos frente a mí. Fue algo instintivo. Como si siempre hubiera poseído, en realidad, ese poder. Dos placas de tierra ascendieron desde el suelo y bloquearon parte de la entrada antes de que la ola llegara hasta nosotros. Algo de agua saltó por encima de aquella barrera que había formado, pero al menos el lugar en el que estábamos no se inundó.

—Si el nivel sube a ese ritmo, no saldremos de aquí con vida —masculló Jason.

—¡Rápido! —gritó John. Anthony agarró a Leia de la mano y tiró de ella con violencia, instándola a correr a una velocidad vertiginosa.

—¡Koda! —musité al ver al que era como mi hermano, sabiendo que aún no estaba recuperado.

—Yo me ocupo. Sácala de aquí —le ordenó el Viejo a Jason y él asintió.

Mi marido me obligó a avanzar, y lo hicimos a una velocidad que apenas me permitía tomar aire entre jadeos. Tras minutos que se antojaron eternos, le obligué a parar. Mi corazón latía frenético y sentía un palpitar, pulsátil, dentro de mi cabeza, como si en cualquier momento me fuera a explotar.

—No puedo más —jadeé. John y Koda llegaron hasta nosotros y detrás de ellos pude ver una lengua de agua que les seguía. Moví la mano y una nueva pared de piedra apareció detrás de nosotros.

—Eso nos dará un poco más de tiempo —agradeció John.

—Lo que sea. —Jason se inclinó y me pasó un brazo por debajo de las piernas para alzarme entre sus brazos. No me lo preguntó, pero tampoco estaba como para discutir con él porque me faltaba el aliento.

Seguimos deshaciendo aquel circuito de angostos caminos a una velocidad que, en realidad, no era del todo humana, mientras las paredes comenzaban a agrietarse, haciendo que emergieran, con furiosa violencia, chorros de agua a presión que arrastraban restos de tierra y arena que nos

golpeaban sin piedad, mientras el agua se acumulaba a nuestro alrededor.

Jason siguió corriendo, siguiendo la estela de luz de Leia, mientras el agua nos salpicaba y la tierra cedía a nuestro alrededor. Pronto alcanzamos a Anthony, y no me sorprendió que él también hubiera cogido a Leia en brazos, para avanzar lo más rápido posible. Igual nosotras poseíamos un poder antiguo, legendario, pero la fuerza y la velocidad de los cazadores era tan asombrosa como mágica.

Deshicimos el camino a marchas forzadas mientras el nivel seguía subiendo y nos cubría hasta las rodillas, pero los cazadores no se dieron por vencidos. Siguieron corriendo, avanzando, hasta que encontramos el último tramo, ascendente, que nos llevó hasta la pared de piedra por la que habíamos entrado.

Anthony dejó con cuidado a Leia en el suelo. Vi que temblaba cuando usó su poder para abrir la pared de piedra; creo que por frío más que por miedo, pero no la criticaría si en realidad fuera por este último.

Salimos de la gruta empapados y con restos de tierra y fango cubriendo nuestros cuerpos. Por un momento, respiramos con algo parecido al alivio entre jadeos. Vi que Koda se dejaba caer al suelo, agotado, pero lo que me alarmó fue ver a John invocando su bastón y creando un semicírculo de fuego a nuestro alrededor y que Jason tirara de mí, en un acto reflejo, colocándome detrás de él.

Solo entonces fui consciente de que era de noche.

Y de que no estábamos solos.

XXXVI

TAIMA

NUNCA había visto a una de esas criaturas y, aunque tal vez no eran tan peligrosas como un balberin, eran aterradoras. Su rostro huesudo, con aquellas órbitas vacías; su piel cetrina, con dejes grisáceos, y aquellos brazos afilados que acababan en unas largas y afiladas garras. Caminaban como si tuvieran piernas, pero de una forma antinatural que hacía evidente que, lo que eran, nada tenía que ver con un ser humano.

Me estremecí. ¿Cómo algo tan banal como el silencio, roto solo por el crepitar de las llamas que nos rodeaban, podía ser tan espeluznante?

A nuestro alrededor había decenas de aquellas criaturas. Tal vez cientos, no sabría decirlo. Podía ver las siluetas amontonarse, unas al lado de las otras, en varias filas, rodeándonos. El color de las llamas iluminaba sus siluetas, que se movían hacia nosotros, como si fueran un único ente, aunque lo hacían con cierto recelo, estudiando el fuego con el que John nos había rodeado.

—¡Mantente entre la pared y mi espalda! —me ordenó Jason.

No es que tuviera intención de hacerme la valiente, o algo así. Estaba aterrada.

—¡Luminika! —Me alarmó el grito de Anthony, pero su advertencia me sirvió para ver como unos pocos dumas osaban atravesar la barrera de fuego que había formado John.

Tan solo pude vislumbrarlos durante unos pocos segundos, porque se desvanecieron en cuanto Leia les lanzó unas bolas de luz de apenas el tamaño de un puño. No fue instantáneo. Primero temblaron cuando la esfera impactó sobre ellos y, luego, ¡pluf!, ya no estaban.

Hubiera dado por sentado que los había matado si Anthony no hubiera ido a su encuentro tras invocar un espadón enorme que empuñaba a dos manos. Su filo atravesó el aire en el que habían estado aquellas criaturas y, pese a que lo sabía, me sorprendió ver como la hoja de su arma se iluminaba cuando los atravesaba, incluso si daba la sensación de que ya no estaban. No en nuestro plano, pero era evidente que seguían allí, con nosotros, pero al otro lado del velo.

Ya no más. Anthony se aseguró de aquello.

—Hacéis un buen equipo —opinó John, que zarandeaba su bastón alrededor de su cuerpo para mantener viva la columna de fuego que nos rodeaba y que parecía contener a la mayor parte de los dumas, que nos observaban con avidez.

No podíamos confiarnos. Si unos pocos se habían arriesgado a cruzar las llamas, tal vez otros lo harían.

—¿Crees que aguantarás? —Jason observó a John, y supuse que habíamos llegado a la misma conclusión. ¿Cuánto tiempo faltaba hasta que amaneciera? ¿Cuánto hasta que pudiéramos escudarnos bajo la luz del sol?

—¿Toda la noche? Va a ser que no.

—Tenía que preguntar.

Me acerqué a Koda y me quedé allí, justo contra la pared, tal y como Jason me había dicho, mientras invocaba su espada justo cuando dos siluetas cruzaron de nuevo la barrera. El fuego había prendido en una de ellas y, aunque se lanzó contra el suelo para intentar apagarlas, en apenas unos segundos le consumió por completo. Polvo al polvo.

Apenas fui consciente del movimiento de Koda, a mi lado, y de cómo un hacha de mano surcó el aire en dirección a la segunda de las criaturas que había cruzado el perfil, esa que aún seguía de pie y nos miraba, como valorando quién de nosotros era el postre más suculento al que hincarle el diente.

La imagen fue impactante: aquel esqueleto, mirándonos pese a no tener ojo, con el hacha de

Koda incrustado en medio del cráneo. Sentí su rabia. Y algo parecido al odio. La maldad, inherente, de lo que eran. Un líquido oscuro, viscoso, empezó a resbalar por su rostro, empapando también su torso huesudo en el que las costillas podían verse cubiertas con apenas pellejo. Un paso. Dos. El filo de la espada de Jason cruzó la nada y separó su cabeza del resto de su cuerpo. Polvo. Solo eso. De nuevo.

No pude evitar recordar a Ishna.

¿Cómo dos naturalezas tan diferentes podían llegar a tener en común un final tan voluble? Apenas había tenido tiempo de llorarle. De honrar un cuerpo que ya no estaba.

—Buenos reflejos —alabó Jason a Koda, que había avanzado un par de pasos, renqueando, para acercarse al resto de los cazadores, tras invocar de nuevo a su hacha.

—No estoy en mi mejor momento, pero contad conmigo.

—¿Cómo veis la opción de volver a meternos en las cavernas? —cuestionó Leia, que tenía una esfera de luz en cada mano, preparada para lanzarlas al siguiente duma que decidiera tentar su suerte y enfrentarse al fuego de John.

—A estas alturas, la mayor parte está inundada; y si nos quedamos detrás de la pared de piedra, cruzarán el velo para seguirnos y atraparnos —negó John.

Cerca de Anthony tres dumas atravesaron las llamas. Leia hizo que dos de ellos se desvanecieran mientras su pareja eliminaba al tercero y, después, se aseguraba de que los otros dos no pudieran volverse de nuevo corpóreos, suponiendo un peligro. Apenas pude gritar su nombre cuando, frente a Jason, aparecieron tres más de aquellos monstruos. Blandía la espada con destreza, y sus movimientos eran fluidos; tan ligeros que parecía que apenas le supusiera un esfuerzo. No tardó en eliminarlos, porque su arma enlentecía el movimiento de aquellas criaturas y el fuego prendía, al mismo tiempo, en sus cuerpos.

Como si fueran conscientes de que no todos los que atravesaban aquellas barreras de fuego acababan consumidos por las llamas, los dumas empezaron a intentar llegar hasta nosotros en tropel. Jason cubría uno de los laterales mientras Anthony y Koda intentaban asegurar el resto del perímetro.

John les advertía, pero apenas podía ayudarles, porque no podía enfrentarse a los osados que conseguían atravesar las llamas y sostener la barrera de fuego que contenía al centenar que seguía esperando un momento de debilidad en el que nuestro ardiente escudo flaqueara, para acceder de forma segura hasta nosotros.

Leia lanzaba bolas de luz a una velocidad frenética. Su frente estaba empapada de sudor. El calor de las llamas me hizo pensar que bien podríamos estar, en ese momento, en el mismísimo infierno.

Las incursiones empezaron a ser más constantes, haciendo que Jason y el resto apenas pudieran eliminar a los que habían cruzado antes de enfrentarse a la siguiente horda. Me sentía asustada. E inútil. Apenas era capaz de controlar mi magia y no sabía cómo aplicarla en una lucha feroz como la que estaba presenciando.

Un grito llamó mi atención. Uno de los dumas le había clavado a Koda una garra en el pecho y fue como si el tiempo se parara, sentí una rabia absoluta mientras el miedo a perderle se abría paso en mi pecho. Apenas fui consciente del cómo, pero tierra líquida trepó por las piernas de aquella criatura y ascendió hasta hacerse con la totalidad de su cuerpo. Una vez mi magia le había apresado, la piedra explotó en cientos, o tal vez miles, de pedazos. ¿Cómo lo había hecho? No tenía la más remota idea, ni tampoco me preocupó analizarlo. Me limité a correr para ir a su encuentro cuando le vi caer al suelo.

—¡¡¡Koda!!!

—¡Arrástralo hasta las rocas! —Jason apareció de la nada, antes de que yo fuera consciente de que tres dumas más habían atravesado las llamas y se dirigían hacia nosotros.

Se enfrentó a ellos y les arrebató la existencia con movimientos rápidos y letales justo antes de que otros dos cruzaran la barrera de fuego, mientras las llamas de John retenían a dos más, que se convirtieron en polvo antes de lograr atravesarlas.

Obligué a Koda a levantarse y me coloqué uno de sus brazos sobre los hombros, para ayudarle a caminar. Vi como usaba el brazo que le restaba para presionar la herida por la que salía abundante sangre. Demasiada. Era un cazador. Intenté focalizarme en eso. No podía perderle. A él también. La posibilidad de que acabara convirtiéndose en otro montón de cenizas me aterraba.

Recorrimos con dificultad los pocos metros que nos separaban de la pared de piedra y le recosté sobre ella.

—Ayúdalos, Taima, ahora eres una Mística. —Me tensé al ver la fuerza que había en su mirada, pero preferí centrarme en su herida. Como Mística, apenas tenía experiencia, pero como sanadora, como chamana, llevaba ejerciendo toda la vida.

Coloqué una mano sobre su herida y sentí el contraste entre su piel y la mía. Sin apenas saber cómo, una pétrea costra empezó a formarse sobre la herida y la cubrió por completo. Observé mi obra, maravillada. Koda me sonrió. Incluso si parecía cansado y débil, supe que estaría bien. Tal vez una premonición, ese sexto sentido que me proporcionaba mi marca.

—Tienes razón. Lo soy.

Me levanté, dispuesta a ayudarlos, incluso si apenas controlaba el cómo.

Apenas di un par de pasos, lo justo para colocarme delante de Koda y observar el perímetro que John había formado. Una especie de semicírculo que se cerraba en la pared que había a nuestra espalda y en la que había dejado a Koda. Anthony cubría una mitad el perímetro y Jason la otra, mientras Leia lanzaba esas esferas luminosas en todas las direcciones posibles a un ritmo frenético. La espada de Jason no era capaz de cruzar el velo y eliminarlas, pero al menos le permitía no tener que enfrentar a dos o tres de aquellas criaturas a un mismo tiempo.

No aguantarían mucho. Tanto Anthony como Jason habían recibido alguna que otra herida, si bien ninguno de ambos parecía quejarse al respecto. Quise pensar que eran lesiones superficiales, lo justo para que tuvieran la ropa hecha jirones y ligeramente empapada de sangre.

¿Qué podía hacer? ¿Qué podía marcar la diferencia?

Observé la cantidad de dumas que había a nuestro alrededor, rodeando la barrera de fuego, y sentí su interés, cómo me observaban pese a no poseer ojos, como si fueran conscientes de lo que yo era. Una Mística, me había dicho Koda. Sí, lo era.

Pude percibir el deseo voraz de consumir la luz que nosotros proyectábamos. Eran criaturas hechas de sombras, incluso si eran tan sólidas como una piedra. Y esa consciencia me ayudó a notar la tierra que había bajo mis pies. No latía con vida propia, como lo hacía en la aldea, pero, aun así, se sentía. Su lealtad. Hacia mí. Como si me reconociera.

No fui consciente del cómo, pero lo hice: un estruendo nos envolvió, rompiendo el silencio que arrastraba la esencia de aquellas criaturas. Me asusté, incluso si sentía aquella conexión con el mundo que me rodeaba y era consciente de que era mi intención, mi instinto, el culpable de aquello, cuando la tierra comenzó a temblar bajo nuestros pies.

Elevé el mentón, buscando algo. La luna, quizá. Una estrella. Una dirección. Y la tierra a nuestro alrededor se quebró, creando una plataforma que empezó a ascender, como si la propia tierra la empujara desde sus entrañas.

—¡Joder! —masculló Anthony, que estuvo a punto de perder la estabilidad con la primera sacudida.

—¡Bien hecho! —gritó Leia cuando fue consciente de que aquella plataforma que se alzaba nos alejaba del peligro que suponían los dumas, metro tras metro. Sentía mi cuerpo fuerte, pero, al mismo tiempo, aquello me estaba suponiendo un verdadero esfuerzo.

Superamos la altura de la pequeña colina y solo cuando mi cuerpo empezó a convulsionar por el esfuerzo, aquella majestuosa columna de tierra dejó de seguir ascendiendo.

—Las hay con estilo —murmuró John mientras la columna de fuego a nuestro alrededor se desvanecía y se dirigía contra un grupo de dumas que había cruzado el perímetro antes de que aquellos pocos metros cuadrados en los que estábamos se desprendieran de la tierra que los rodeaba. Tras hacerlo, se acercó al margen de la plataforma y observó a las criaturas que habían quedado varios metros por debajo de nuestra actual posición privilegiada.

—Buen trabajo. —Apenas fui consciente de que Jason había llegado a mi lado. Quizá fue una estupidez, pero me sonrojé y solo fui capaz de reaccionar cuando vi que tenía una herida fea en un antebrazo.

—Estás herido.

—Apenas un rasguño. ¿Cómo está Koda? —Se acercó a él y analizó con curiosidad la placa de barro que había sobre su herida—. Eso tiene que ser cosa tuya, ¿no?

—Culpable, pero, a mi favor, diré que ha ayudado a que dejara de sangrarle la herida.

—Tienes recursos para todo. —Me sonrió. Incluso en medio de aquel caos. Sabiendo lo que estaba escrito. Me sonrió. Y yo hubiera dado cualquier cosa por quedarme allí, en esa sonrisa, y negarme la realidad que nos rodeaba, la sangre que salpicaba su cuerpo, la mezcla de hollín y las marcas en el suelo de las llamas de John, los demonios que seguían acechándonos entre las sombras. Habíamos ganado un poco de tiempo. Solo eso.

—Me parece superbonito el momento, en serio, pero estamos jodidos. Son tropecientos mil —nos interrumpió Leia, que se acercó a John—. Ni en mis peores pesadillas había visto a tantos juntos.

—No tardarán en cruzar el velo y acabarán apareciéndose aquí —advirtió Anthony.

—Pero al menos no lo harán todos a un tiempo —reflexionó en voz alta John—. Los que no puedas eliminar antes de que se materialicen, los eliminaremos Jason y yo. Estamos un poco menos mal que antes.

—Bueno, Tektonika, a esto le llamo yo poner tierra de por medio —añadió Leia y Anthony rio por lo bajo, pero yo me limité a fruncir el ceño.

—Intentaba ser un juego de palabras, una broma —puntualizó Jason, que tras asegurarse de que Koda estuviera fuera de peligro había vuelto a mi lado.

Levantó el mentón y frunció el ceño, pero lo que me preocupó es que no fue el único en hacerlo.

—¿Casualidad? —cuestionó Anthony.

—No lo creo —negó John.

—¿Qué sucede? —quiso saber Leia.

—Se escucha un zumbido que, si tuviera que apostar algo, diría que es un helicóptero —le contestó su marido.

—Mientras no sea alguien que viene a estudiar un posible movimiento sísmico —masculló ella, preocupada.

—Ya se sabe que las placas Tektonikas son lo más. —John me guiñó un ojo tras soltarme aquello y Leia rio por lo bajo, creo que más por la tensión acumulada que no porque lo encontrara especialmente gracioso—. Si fuera yo quien tuviera que apostar, diría que son los refuerzos. La noche mejora por momentos.

—¿Refuerzos? —Anthony frunció el ceño.

—Dante y, con un poco de suerte, traerá a unos cuantos de los nuestros.

—Pues tengo el presentimiento de que, con ellos, estarán Elektrika y Mendaval —sentenció Jason y me miró. Mis pupilas se dilataron. ¡Los grabados!

Lo que estaba por pasar, había quien ya lo había presenciado.

XXXVII

TAIMA

NO TARDÉ en escuchar el rumor de un motor. No sé si sentí más satisfacción pensando en que Elena y Melanie estaban de camino, o me aterraba la continuidad de la historia que habían ilustrado los grabados de la cueva.

—¿Qué es eso? —cuestioné cuando las luces nos enfocaron, deslumbrándonos.

El ruido cada vez era más intenso y contrastaba con el silencio que nos había rodeado hacía apenas unos minutos.

—¡Cuidado! —gritó John y Anthony hizo desaparecer dos dumas que aún no habían cruzado el velo, pero que sí habían encontrado la forma de llegar hasta nosotros.

El helicóptero se situó sobre nosotros y vimos como dejaban caer una escalera de cuerda al mismo tiempo que varios cazadores saltaban al vacío. Reconocí a Cameron, a Nicholas y a Angus, pero a los otros cinco cazadores no los conocía.

—¡Menuda fiesta habéis montado! —soltó Angus en cuanto tocó suelo—. Logan tiene una idea.

Melanie se bajó por la escalera de cuerda, aunque lo hizo con cierta dificultad.

—Estabas diciendo algo sobre una idea.

—Lo cierto es que ha sido Ardiente. —John se tensó y vi cómo su mirada seguía el helicóptero que ahora se estaba alejando de nosotros—. Van a tratar de tenderles una trampa.

—Vamos a intentar usar el lago como una freidora a gran escala —nos contó Melanie—. Aria y Logan asegurarán su seguridad. Tim está con ellos.

John asintió, aunque su expresión se había vuelto más tensa.

—Y nosotros la vuestra —añadió Nicholas con voz solemne.

Vimos como el helicóptero se mantenía sobre el lago que había a no demasiada distancia de nuestra posición.

—Yo he apostado a que el helicóptero va a acabar en el lago —comentó uno de los cazadores con una media sonrisa.

—Es bueno ver que, pese a las circunstancias, no pierdes el sentido del humor, Iker. —Anthony se acercó al hombre y vi que existía una cierta complicidad entre ellos.

—¿Estáis los Williams preparados? —les cuestionó John a los cuatro cazadores que restaban y que se mantenían agrupados—. Lo de Londres solo fue el aperitivo, os aviso.

—Empieza la función —intervino Jason cuando un viento se levantó a nuestro alrededor. Vi que Melanie se acercaba al margen de la plataforma y su cabello empezaba a moverse cual veleta por el efecto del viento.

La plataforma se mantuvo impávida mientras la fuerza del viento se incrementaba y Melanie la usaba contra los dumas que seguían a los pies de nuestra estructura de piedra. Como si fuera capaz de mover al mismísimo mundo, el viento se volvió agresivo, feroz, y aquellas criaturas empezaron a mostrar dificultades en resistir aquella presión.

Jason me sujetó con fuerza porque, aunque aquellas corrientes que nos llegaban no eran más que vestigios de lo que estaba sucediendo debajo de nosotros, eran las más fuertes que había sentido en toda mi vida.

—¡Joder! ¡Los está arrastrando! —soltó al que habían llamado Iker.

—¡Sigue así! —la animó Leia y Melanie siguió buscando esa magia suya, tan fuerte como caótica, como su propia personalidad arrolladora, y los dumas empezaron a ser arrastrados por aquellas corrientes que los dirigía hacia el lago.

—¡Un poco más! —susurré, impresionada por su poder.

Escuché a Melanie gritar y, al hacerlo, los dumas empezaron a colisionar entre ellos, mientras un huracán arrasaba con todo y todos los que encontraba a su paso, sin mostrar piedad alguna. Muchos acabaron golpeando la superficie brillante del lago y fue entonces cuando el primer rayo surcó los cielos.

Supe que no era algo casual, porque su tonalidad era de un azul tan intenso y vibrante que me recordó la mirada azul de Elena. No tardaron en llegar varios más que fueron a impactar sobre aquella superficie brillante, haciendo que su luz se dispersara por ella a gran velocidad, y consiguiendo que todos los dumas que habían sido lanzados contra ella se vieran afectados por la magia paralizante de Elena.

—Polvo al polvo —susurró John—. Están muriéndose ahogados. Mi mujer es un genio, no podéis negármelo. ¡Ni siquiera a mí se me habría ocurrido algo así!

Observamos cómo las siluetas de aquellas criaturas quedaban iluminadas de un vivo azul mientras el agua los engullía sin que pudieran hacer nada para evitarlo. No todos habían sido arrastrados hasta el lago, pero el número de estos había disminuido considerablemente.

—¡Melanie! —Fue Leia la que se dio cuenta de que se había desmayado, pero uno de los Williams llegó hasta ella a tiempo de evitar de que se golpeara.

—Te tengo, muchacha —le dijo.

—Buenos reflejos, Albus. —John le sonrió.

—Creo que ha llegado el momento de que hagamos un poco de limpieza. —Angus invocó su arma y miró a Cameron.

—Te cubro la espalda —le contestó su hermano de armas.

—¿Iker? —cuestionó Nicholas y el cazador asintió.

—Tom, quédate con Melanie, vosotros dos, conmigo —indicó el hombre que aún sostenía a la Mística.

Saltaron al vacío en pequeños grupos y una nueva batalla empezó a nuestros pies.

—No pienso quedarme aquí mientras mi hermano se juega el cuello. —Anthony observó a su pareja y acabó cediendo, lo supe por el suspiro cansado que soltó y por la mirada que le lanzó al Viejo.

—Ve con ellos —le indicó Jason—. Yo aseguraré la plataforma.

Anthony agarró a Leia, que se enroscó a su cuerpo, antes de saltar al vacío, siguiendo a John. Vimos como a nuestros pies los cazadores hacían una salvaje batida. La luz de los filos de sus armas impactando contra la pétrea piel de aquellas criaturas. Gritos. Algunos de júbilo, pero también de dolor. Apenas podía diferenciar a unos de otros.

Jason se tensó a mi lado.

—Taima. Puedo sentirle. Ya viene.

Una bruma se deslizó por la plataforma, rozándonos fugazmente, como si se tomara aquello como poco más que un juego, antes de escucharse una risa grotesca, que resonó a nuestro alrededor y se escuchó en la lejanía.

Escuché los gritos de los cazadores. Una mezcla de miedo y algo más.

—*Nada ha acabado. Esto es solo el principio.*

La bruma se deslizó hacia el lugar en el que la batalla estaba siendo sentenciada por los cazadores.

—¡Cuidado! —gritó John y vi como liberaba una ráfaga de fuego contra aquella sustancia que se movía como si fuera poco más que una nube de humo.

—*Tan débiles. Y manipulables.*

Escuché un grito agónico y Jason se tensó. Sus ojos observaban un punto fijo y seguí la dirección de su mirada.

Angus, el formidable guerrero por el que las mujeres de la aldea suspiraban, estaba convulsionando.

—No debería ser él —murmuró Jason, y creo que por un momento se planteó lanzarse al vacío e ir a su encuentro. Buscar a Ewah. Aceptar su intromisión. Y cumplir su destino.

Sentí el peso de la daga en mi mano. El frío que desprendía.

Angus se enderezó. Mis pupilas se dilataron cuando vi que se acercaba a uno de sus compañeros y, en un movimiento certero, lo decapitaba. El cazador no llegó a caer al suelo: una brisa suave se llevó sus cenizas antes de que eso sucediera.

—¡Tiene a Angus! —gritó John, pero fue Logan el que se interpuso en el camino del cazador poseído. No pude escuchar qué le decía, pero John se hizo a un lado mientras la pareja de Elena se enfrentaba a su propio compañero de armas.

Me estremecí al ver el filo de sus armas chocar, pero no tardé en ser consciente de que Logan controlaba por completo el combate usando sus dos espadas cortas, cuyo filo estaba ligeramente angulado.

—Está intentando ganar tiempo —susurró Jason—. No quiere matarlo, pero no sé si va a tener otra opción.

Alrededor de ellos, los cazadores seguían enfrentando a los dumas que restaban. Pude ver las llamas de Aria, en la distancia, donde otros pequeños grupos de cazadores enfrentaban también a aquellas criaturas.

Como si Ewah pudiera presentir que el combate no estaba igualado y que los cazadores estaban arrasando al resto de sus secuaces, decidió ponerle fin a aquel juego. Lo hizo elevando la espada de Angus y obligándole a clavársela a sí mismo, antes de abandonar ese cuerpo, convertido de nuevo en una bruma con olor a azufre.

Logan llegó hasta Angus, pero entre sus manos no tardó en desaparecer su cuerpo. Polvo. Solo polvo.

Escuché su grito de rabia mientras John perseguía con su fuego a la bruma. Me tensé cuando vi la dirección que había tomado Ewah. No fui la única que lo supo.

—Te quiero, Taima, ahora y siempre.

La bruma asomó por la plataforma y reptó por ella, como si fuera poco más que una serpiente. Koda gruñó e invocó a su arma vinculada al tiempo que el cazador se colocaba de forma protectora frente al cuerpo inconsciente de Melanie.

Con un salto, John llegó hasta nosotros. Sus ojos negros seguían aquella sombra con una mezcla de cautela y odio.

—Ha sido un placer servir a tu lado, Viejo —murmuró Jason, colocándose frente a mí—. Hazme un favor. Este es mi destino. Mantente al margen.

La risa de Ewah hizo que me estremeciera mientras John fruncía el ceño y miraba a Jason. Apenas tuvo tiempo de reaccionar cuando la bruma se lanzó contra el cuerpo de mi marido. Jason apretó los dientes y gruñó con fuerza mientras el demonio presionaba contra lo que él era y su voluntad para tomar el control.

—¡Jason! —gritó John con un deje de desesperación.

Pese al dolor, se giró para mirarme. La mancha oscura en su mirada tintineaba, como si fuera un reflejo del esfuerzo de Ewah por hacerse con el control de aquel cuerpo.

—Solo hazlo. —Vi la determinación en sus ojos y como, de repente, dejaba de resistirse a aquello, dándole a Ewah el control de su cuerpo.

—¡¡No!! —grité, sollozando, mientras elevaba la punta de la daga y, guiada por el dolor de la pérdida, se la clavaba con fuerza y rabia en el pecho. Apenas fui consciente de hacerlo. Solo supe que un dolor me quemó por dentro y se sintió como si fuera mi corazón el que estaba atravesando.

Escuché gritar a John mientras mis manos se empapaban de la sangre de Jason y un frío voraz trepaba por su cuerpo.

Cuando abrió de nuevo los ojos ya no era el hombre al que amaba el que estaba allí dentro. Negra noche en su mirada, ni rastro del azul cielo que solía iluminar sus ojos. Un grito agónico, que no era humano, sino de algo mucho más antiguo y poderoso que había sido atrapado de nuevo tronó a nuestro alrededor. Supe que estaba intentando escapar de ese cuerpo, pero la magia de la hija de Ishna lo mantenía anclado, atrapándolo de nuevo, como si parte de esa bruma que él era ya no fuera voluble y estuviera anclada a la propia vida de Jason, cuya piel empezaba a tomar una coloración azulada.

Viendo que no podía huir de ese cascarón de piel y huesos que había decidido poseer, sus manos buscaron el pomo del puñal, y supe que tenía intención de extraérselo. Me obligué a usar toda mi fuerza para mantenerlo dentro del cuerpo del hombre al que amaba mientras sus ojos me miraron con un odio atroz, pero eso no hizo más que fortalecer mi determinación. Ya no disponía de la fuerza del cazador. La magia lo estaba consumiendo. Sus movimientos eran lentos y estaba titiritando.

Koda llegó hasta mí cuando Jason, o lo que él había sido, cayó al suelo.

Su sangre seguía derramándose a borbotones, pero, junto a ella, también lo hacía una esencia negra que se cristalizaba al poco tiempo. El frío siguió abriéndose paso a través del cuerpo de un hombre para destruir, al fin, al demonio.

Tras un último aliento, el corazón de Jason dejó de latir y el chillido agonizante de Ewah se convirtió en un silencio, roto solo por mi propio dolor. En el suelo, a mis pies, el cuerpo pétreo, sin vida, del hombre al que amaba.

—Se ha acabado —susurró Koda—. Ewah ha muerto.

—Jason. —La voz de John apenas fue un susurro—. Tú… Él lo sabía.

No le contesté. ¿Qué importaba? Sí, él había aceptado que ese fuera su destino, pero eso no cambiaba el hecho de que le había perdido.

XXXVIII

JASON

POR UN MOMENTO, sentí mi corazón latir de nuevo y pensé que nada había cambiado.

Que la muerte no me había acogido entre sus brazos.

Pero supe que no era así cuando abrí los ojos.

Solo había luz. Por todos lados.

Ni siquiera podía sentir, o ver, mi propio cuerpo.

Era extraña aquella sensación. La de que no podía cerrar unos párpados que ya no poseía. Solo luz. Ni un atisbo de oscuridad en la que esconderme. En la que lamer mis heridas.

El hecho de que la había perdido. Y el miedo a que no hubiera sido suficiente.

La había dejado sola.

Esperaba que las profecías estuvieran en lo cierto, que Ewah hubiera muerto y ella sobrevivido. Las Místicas y John, nuestra familia, cuidarían de ella, pero no poder hacerlo en primera persona, ahora que la había encontrado, era una mala broma que nos había guardado el destino.

La traca final, diría Tim.

Pensar en mi hermano me hizo recordar que no había tenido tiempo suficiente para despedirme de él. Se hubiera merecido un algo, no sé, un adiós, un sé feliz, ¡yo qué sé! Nunca he sido muy dado a usar frases grandilocuentes ni a exteriorizar lo que, los que me conocen, ya saben.

Un olor llamó mi atención.

¿Cómo cojones podía oler algo si ni siquiera tenía un cuerpo?

—*Es una pregunta curiosa. Pensaba que, no sé, querrías saber dónde estás o qué ha pasado en el lugar que has abandonado.*

Abrí los ojos. Bueno, técnicamente no lo hice, pero le puse la intención y eso bastó para que la luz volviera a cubrir todo lo que era capaz de percibir; y allí, en medio de la nada, sobre un relieve que hacía apenas unos segundos no existía, se hallaba una mujer.

Por un segundo pensé que se trataba de Taima y mi corazón se aceleró. No tengo claro si por la posibilidad de que ella también hubiera muerto o la esperanza de poder volver a verla, incluso si era en un lugar como aquel.

Sin embargo, pese a las similitudes en la forma de sus ojos, o en cómo elevaba el mentón con un gesto altivo, supe que no era ella. Podía *sentir* que no lo era.

Llevaba sobre la cabeza una corona de plumas y tenía una sonrisa satisfecha en el rostro. Un tirón, como si fuera una revelación. No sé si fue ella la que me envió aquel pensamiento o fue algo dentro de mi interior, pero supe de quién se trataba.

—*Boodawaanakwe.*

—*Tendréis unos hijos de ojos rasgados de color azul que, por lo visto, hasta serán inteligentes.* —Me sonrió con un deje descarado.

¿Hijos? ¿Se suponía que aquello era una broma?

Me estremecí.

—*Encontramos la daga que ocultó tu madre* —le informé y ella asintió.

—*Lo sé.*

—*Tenías razón antes: quiero saber qué pasó y dónde estamos.*

Movió una mano y entre la luz apareció un relieve, como una gran piedra, frente al lugar en el que ella estaba sentada con las piernas cruzadas.

—*Pensaba que no llegaste a hacer la conversión a Mística* —le dije mientras dejaba que lo que era fluyera hasta allí. Era extraña. La sensación. Estar. Sin ser.

—*No encontré a mi cazador* —negó ella con la cabeza—, *pero sí a un buen hombre al que amé. Tuvimos dos hijas y fui feliz.*

—*Y Taima desciende de una de ellas.* —Asintió.

—*Siempre estuve muy unida a mi madre* —empezó a contarme—. *Cuando supimos que Ewah había despertado, comenzó a tener las visiones y pronto supimos que ninguna Mística, ni cazador, podría acabar con él. No en nuestra época, al menos.*

—*Tu madre dejó unos gravados en la sala en la que ocultó la daga.*

—*Ella nunca se fue. Ninguno de nosotros lo hizo.*

Me quedé en silencio, reflexionando sobre aquello.

—*Taima me contó, una vez, que solo podía ver a sus ancestros.* —La mujer frente a mí asintió—. *¿Significa entonces que no podría verme a mí?*

Su expresión era neutra y no me respondió. Lo que podía interpretarse como un «no» que quemaba.

—*Ewah ha muerto.*

Sentí que aquella certeza me aliviaba.

—*¿Taima está a salvo?*

—*Está fuera de peligro, pero sigue llorándote.* —Aquello hizo que sintiera un nudo en el pecho—. *Sin embargo, tu sacrificio no ha sido en balde.*

—*Tampoco lo fue el tuyo*. —Me miró con atención y asintió—. *¿Puedes decirle que todo está bien? Que estoy bien. Que siga adelante. Que sea feliz. Que siempre la amaré. No, mejor esto último no. No quiero que ella se niegue volver a ser feliz por el recuerdo fugaz de un marido que le fue impuesto en uno de los peores momentos de su vida.*

—*No le fuiste impuesto. Ella te eligió porque te ama. Igual que tú a ella.*

—*Siempre pensé que sería Koda* —le confesé—. *No fui capaz de entender lo que despertaba en mí hasta que supe que sería mi esposa.*

—*Solo entonces te permitiste amarla. Siempre fuiste un hombre leal como el que más, caminante.* —Me sonrió—. *No sois muy diferentes. Ella hubiera desposado a Koda si no fuera porque Ishna la instó a escuchar a su corazón.*

—*A mí me pidió que la hiciera feliz.* —Bloqueé la luz que me rodeaba, me cerré en mí mismo, porque dolía la consciencia de que apenas había tenido tiempo para cumplir mi promesa. Mis votos.

—*El abuelo llevaba demasiado tiempo velando por todos nosotros. Perdió a su esposa, a su hija y a muchos otros después. Nos vio crecer para vernos perecer más tarde. La inmortalidad, caminante, también tiene un precio.*

—*Lo sé.*

—*¿Significa eso que estás satisfecho?*

—*¿En qué sentido?*

—*Con tu destino.*

—*Nunca pensé que encontraría alguien que me complementaría de la forma que ella lo hacía. Supongo que, en ese sentido, debería mostrarme agradecido.*

—*¿Pero?* —Me sonrió con una expresión cómplice.

—*¡Joder!* —solté, sintiéndome por primera vez perdido—. *Si al menos pudiera verla, aunque fuera solo siendo esto, un espíritu.*

—*Desearías tocarla. Amarla. Verla te sabría a poco.*

—*Sería menos que nada.*

—*¿Como cuando estabas dispuesto a dejar que se casara con Koda?* —Creo que había usado un retintín divertido al soltarme aquello. Tuve tentaciones de mostrarle una peineta, algo que demostraría que Mendaval ejercía una cierta influencia sobre mi habitualmente apático carácter.

—*Lo único que en realidad quería es que sobreviviera, y ella ahora está viva. Así que sí, supongo que me siento satisfecho.*

—*Ella siente que te ha traicionado.*

—*No lo ha hecho. Yo lo sabía. Ella tenía que hacerlo. Ha salvado el mundo. Eso es lo único que importa.*

—*Sí, es posible, pero te ha perdido a ti. El mundo no le compensará nunca esa falta. Los sueños que lleva arrastrando desde que era una niña, esos en los que sus manos están teñidas de sangre, ahora serán sus peores pesadillas. El recuerdo. La culpa.*

—*¡Es una heroína!* —exclamé, enojado, y la luz explotó a mi alrededor, pero Boodawaanakwe no pareció impresionada con mi arrebato—. *¿Por qué me dices esto?*

—*Porque pareces dispuesto a aceptar tu destino y no es justo.*

—*¿Y qué quieres que haga? Por si no te has dado cuenta, creo que los dos estamos muertos.*

—*Pero estamos aquí, ¿no?* —Me sonrió y se desvaneció.

Me tensé y la busqué entre la luz que me rodeaba.

—*Chamana tenía que ser* —mascullé entre dientes y escuché una risa. Cuando focalicé mi intención, me la encontré sentada a mi lado.

—*No somos tan diferentes, ¿sabes?* —me dijo—. *Los dos hemos estado dispuestos a darlo todo por las personas a las que amamos, pero nos resistimos a que nuestro recuerdo quede en el olvido. Creo que eso es lo que nos retiene aquí.*

Me quedé en silencio, reflexionando sobre sus palabras.

—*Siento curiosidad por la protección que gozaba la aldea.*

—*Que estemos muertos no significa que hayamos dejado de ser quienes éramos, ¿no?*

Me quedé mirándola y sopesando si aquello tenía algún tipo de sentido. Boodawaanakwe elevó el mentón, como si estuviera escuchando algo, pese al silencio que nos rodeaba.

—*Ella te necesita.*

—*Y yo a ella.* —No me importó mostrar mi debilidad. Nada desearía más que poder volver a su lado. Una hora. Un día. La eternidad. Lo que fuera, se sentiría como el más precioso de los regalos. Incluso si ahora solo era un espíritu.

—*Pues aférrate y no la sueltes* —me pidió—. *Búscala. Tú también posees un vínculo de sangre, uno sagrado, con ella, ¿recuerdas?*

Me tensé.

¿Podía hacerlo? ¿Ir a su encuentro? Incluso si tan solo era un espíritu, valdría la pena cualquier esfuerzo si lograba volver a verla y hablar con ella, pese a que sabía que me quemaría no poder abrazarla, acariciar su rostro o besar sus labios.

Evoqué sus recuerdos. Su sonrisa, sus miradas altivas, el tacto de su piel o el sabor de su cuerpo. Algo despertó en mí. El deseo. La sed del cazador. Y allí, en medio de la luz, algo empezó a tintinear con fuerza. Quise preguntarle a la chamana, pero había desaparecido, así que me limité a seguir esa dirección. No sabría decir qué distancia recorrí. Si pasaron unos segundos, o tal vez fueron horas, pero a medida que me acercaba, pude escuchar los sollozos rotos de una mujer. Sus lamentos. Se sentían dentro. Como si su sufrimiento fuera también mío. Desearía poder abrazarla. Decirle que todo estaba bien. Amarla. Nunca había ansiado nada con tal vehemencia.

Su llanto agónico me helaba. No me importaba ya no ser, o ese detalle absurdo de que ya no poseía un cuerpo, pero no era capaz de soportar su dolor. Saber que mi muerte era la causa de su sufrimiento.

Sin saber cómo, lo hice. Me aferré a ella. A un hilo invisible que brillaba entre el aquí y lo que antaño fui.

Un hombre.

Un cazador.

—*Despierta, cazador*. —Escuché la voz de Boodawaanakwe como si fuera solo un rumor, lejano—. *Nunca nos fuimos porque siempre supimos que, llegado el momento, te traeríamos de vuelta. Vive. Es hora de que cortemos los lazos con su pasado para que pueda crear su futuro.*

Sentí que perdía la fluidez a la que estaba empezando a acostumbrarme y el dolor hizo acto de presencia en el momento en el que reconocí de nuevo mi cuerpo, solo que se sentía pesado, pétreo, y apenas insensible. El frío. Era atroz.

—Joder, joder, joder. —Escuché una voz—. ¡Taima! ¡Reacciona! ¡Su corazón late de nuevo!

John.

Sus palabras no tenían sentido.

No podía haber vuelto.

Había muerto.

Tenía la más absoluta y devastadora certeza.

Era imposible.

Un cazador deja de existir cuando le dan muerte.

Polvo somos.

Y polvo seremos.

—¡La daga! ¡Hemos de quitarle la daga! ¡Está a punto de volver a morir congelado! —Ese era Logan. Me sorprendió escuchar su voz. La autoridad que desprendía.

—Es imposible… —Intenté abrir los ojos, llegar hasta ella, pero fui incapaz de hacerlo.

Tal vez no había recuperado mi cuerpo, en realidad. O un cuerpo, el que fuera. ¿Por qué, entonces, me sentía tan pesado y todo se sentía tan gélido?

Un latido.

Lo escuché, mientras unas manos temblorosas acunaban mi rostro y escuchaba que pronunciaban mi nombre, con más dolor que no esperanza.

Otro latido.

—Prepárate para cauterizar la herida. —Logan no titubeó al arrancarme la daga del pecho. Sentí cómo se deslizaba el filo y, de repente, me liberaba de una magia antigua, poderosa, que me había mantenido aletargado.

La magia de la hija de Ishna Witca.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, conseguí abrir los ojos. Había muchas personas a mi alrededor, pero solo fui capaz de ver a Taima. Sus ojos eran tan hermosos como recordaba. No sonreía y tenía el rostro desencajado. ¡Deseaba decirle tantas cosas!

—Boodawaanakwe te envía recuerdos. —Su rostro se iluminó y me gustó ver como la felicidad despertaba de nuevo en su mirada.

—¿Cómo es posible? —Escuché que mascullaba John, aunque no fui capaz de apartar la mirada de mi mujer.

—Ella te ha traído de vuelta —susurró Taima, sus manos sobre mi rostro, lágrimas en sus mejillas, pero brillantes y cálidas—. Y ahora que todo ha acabado, ella y el resto de mis ancestros, partirán.

—¿Quieres decir que no volverán? —La voz de Koda sonó preocupada.

—No, no volverán. No habrá más susurros perdidos en el aire, ni secretos a voces, pero no importa. Puedo prescindir de los que vivieron en el pasado, pero no de la persona con la que quiero vivir mi futuro.

—Ahora y siempre. Te quiero. —Me sostuvo la mirada y supe que, pese a haber perdido a Ishna y su conexión con los espíritus, sus lágrimas eran de felicidad y no de pena.

Ya no se escuchaba ese gemido agónico, el dolor que la quebraba desde dentro. Su mirada era confiada y transmitía paz. Amor. Le sonreí, aunque me costó hacerlo. Lo de estar vivo requería un cierto esfuerzo, por lo visto, y me estaban fallando las fuerzas.

Se me cerraron los párpados, pero notaba a mi corazón latir poco a poco con más fuerza. Sobreviviría. Por y para poder acompañarla el resto de mi vida.

No podría decir cuánto tiempo estuve así, perdido en la inconsciencia, pero sí que, cuando recuperé el control de mis sentidos, lo primero que percibí fue el olor a lavanda, la calidez de una hoguera y el murmullo dulce de una voz femenina cantando en una lengua que desconocía.

Mi mujer.

Taima.

Esa intrépida chamana que había conseguido conquistar mi corazón.

Y hacer que volviera a palpitar una vez ya se había parado.

Abrí los ojos. Estábamos en su cabaña y no me sorprendió encontrar varias mantas recubriendo mi cuerpo, pero sí un gotero con una bolsa de sangre colgado de él.

—¿Jason? ¡Jason! —Taima vino corriendo a mi lado. Estaba usando un mortero, pero lo dejó en el suelo, abandonado. Sus manos tocaron mi rostro y se posaron sobre las mantas que cubrían mi torso.

—Hola. —Apenas reconocí mi voz, ronca y rasposa.

—Necesitas beber un poco de agua. —Si no me sintiera tan débil, tan cansado, hubiera preferido retenerla a mi lado, pero se levantó antes de que pudiera hacerlo, aunque apenas unos segundos más tarde volvió con un cuenco repleto de agua fresca—. Déjame que te ayude.

Asentí y dejé que me ayudara a incorporarme, lo justo para quedar sentado. Observé el cable que colgaba de mi brazo.

—Es mía —me indicó—. John pensó que te ayudaría a recuperarte, y a mí se me hacía extraño pensar que fuera otra persona la que te nutriera.

Aquello me arrancó una pequeña sonrisa. Bebí con cautela un par de sorbos.

—¿Eso podría considerarse una muestra de celos? —Tuve que esforzarme en que las palabras salieran, pero logré hacerlo. Sonreí al ver cómo Taima hacía un puchero.

—Idiota —masculló; y antes de que dijera nada más, acorté la distancia que me separaba de sus labios. Cualquier muestra de enojo o de tirantez desapareció mientras nos reencontrábamos. Sentí como se relajaba y excitaba a partes iguales y deseé tumbarla entre las mantas y enredarnos el uno en el cuerpo del otro.

—¿En serio? —La voz de John me hizo soltar un gruñido bajo, un tanto animal. Quería a Taima. Y la quería ahora. Sentirla. Con todos mis sentidos.

—Lárgate —espeté y escuché que mi viejo amigo reía por lo bajo.

—Ya veo que puedo retirarte la vía ahora que vas a beber directamente de la fuente. —Ignorando mi petición, se acercó a nosotros. Taima le sonrió y vi que a ella le molestaba un poco menos que a mí su intromisión. Le lancé una mirada enojada, pero le tendí el brazo del que pendía el cable—. Siempre ha sido un poco cascarrabias, pero supongo que eso no te viene de

nuevo.

—Me alegro de que estés bien. —Por su aspecto apacible, no tenía ninguna duda de que Ardiente no había sufrido ningún daño—. ¿Qué hay del resto?

—Supongo que recuerdas lo de Angus. —Asentí—. Hemos perdido a Bautista Duncan y el cachorro que se convirtió cuando el capullo aquel se convirtió en balberin, además de a Harry, de los Williams —enumeró—. Tenemos algunos heridos, pero no muchos, y el único que estaba en una situación crítica eras tú, en realidad.

—Es una forma suave de decir que estaba muerto —indiqué con una media sonrisa.

—Lo estuviste, ¿verdad? —John elevó una ceja y me miró.

La manta que cubría la puerta de la cabaña se movió y vi que entraban varios cazadores. Logan, con el resto de su familia. Anthony y Nicholas, pero también los dos cazadores más jóvenes, Iker y Fer. Ambos llevaban varios vendajes y este último ranqueaba, pero no podía quejarse. Estaba vivo.

—Algo así —le contesté mientras Logan se acercaba.

—No se ha separado de ti, lo sabes, ¿verdad? —No necesité saber que hacía referencia a mi mujer. Me limité a sonreírle.

—Lo mejor que podías hacer era estar inconsciente —añadió Anthony con una mirada traviesa—. Han estado acompañándola cada noche y créeme que, cuando se lo proponen, pueden llegar a ser bastante intensas.

—Es lo que tiene ser «las más molonas» —puntualizó Taima elevando el mentón.

Como si pudieran presentir que hablaban de ellas, entraron en la cabaña las cuatro Místicas junto a Dante, que las acompañaba. Como si de un instinto se tratara, acabaron colocándose al lado de sus cazadores.

—¡Me alegro de que estés despierto! —exclamó Ardiente con una amplia y genuina sonrisa.

—Sé de una que seguro se alegra aún más —puntualizó Mendaval; y solo entonces fui consciente de que había sentado a Taima sobre mi regazo mientras nos habíamos estado besando. Vi que estaba sonrojada y esa inocencia suya me arrancó una sonrisa.

—Más lo estaría si John no nos hubiera interrumpido —ronroneé y vi que sus mejillas pasaban de un ligero rubor a un rojo escarlata. Las Místicas empezaron a reír por lo bajo y un par de cazadores fingieron un ataque de tos.

—¿Y ahora qué? —cuestionó el más joven de los Stel, el que había dejado de ser humano cuando fuimos atacados en Londres.

—Yo tengo intención de buscarme una novia —soltó Iker con esa expresión jovial que solía caracterizarle. Era joven, pero, por una vez, me sentí en total sintonía con él.

—Si encuentras una que valga la pena, no titubees. —Vi que me miraba como si, de repente, fuera un pato verde. Fruncí el ceño—. ¿Algo que quieras decirme?

—No, es solo que me habían dicho… —Se quedó callado.

—¿Qué te habían dicho? —Deslicé mi mirada hacia el resto de los presentes. Taima sonreía, así que, lo que fuera, no debería de ser tan malo.

—Creo que se refiere a tus ojos —intervino Logan—. Vuelven a ser azules.

—¿Azules? —Me mordí el labio inferior.

—Ya no hay rastro alguno en tu mirada de la oscuridad de Ewah —murmuró Taima, colocando su mano sobre mi pecho—. Aunque debes saber que la daga sí dejó una gruesa cicatriz en tu pecho. Lo siento.

—Será el recuerdo de que esta vida es una segunda oportunidad. Una que no podemos desaprovechar. —Hundí mi cabeza entre su cabello para empaparme de su olor.

—Creo que la feliz pareja necesita un poco de tiempo para ellos —puntualizó Luminika, sonriéndonos—. A veces las cicatrices nos recuerdan el camino que hemos tenido que recorrer hasta llegar a donde estamos. Yo no las cambiaría.

Anthony le pasó un brazo por la cintura y tiró de ella para que se apoyara sobre su cuerpo.

—¿Realmente se ha acabado? —le cuestionó Logan a John y vi que se frotaba el mentón, como si no tuviera la certeza de qué debía responder a aquella pregunta.

—No lo sé. Puede que en los próximos años despierten nuevas Místicas; o, tal vez, en algún momento las barreras entre el aquí y el ahora y el mundo desde el que los demonios ascendieran, vuelvan a quebrarse. —Negó con la cabeza, pero su rostro se volvió mucho más alegre cuando añadió—: No lo sé, pero he aprendido que el futuro es algo tan cierto como el hecho de que podemos reescribirlo si lo hacemos juntos.

Epílogo

AQUEL REGIO edificio de Londres hacía mucho que no estaba tan concurrido. Si las piedras pudieran hablar, explicarían historias que pocos considerarían creíbles.

Cómo un hombre había descubierto la mujer que le acompañaría el resto de su vida en sus sueños; cómo la magia había iluminado la negra noche cuando el poder de la primera Mística evitó una masacre; o podría contarnos, también, cómo las colillas acumuladas en la azotea habían visto florecer el amor.

Incluso aquellas historias que habían sucedido en otros lugares, dentro de la propia isla o más allá del océano, tenían allí un eje común.

No en vano, seguía siendo la casa del Viejo.

El más anciano de los cazadores.

Aquel que fue un Bendecido, si bien el título que había ostentado tiempo atrás, el de que era el único, había quedado en el olvido.

—Más que una reunión, esto parece un *chiquipark* —masculló Tim cuando uno de los mellizos de Anthony, de cinco años, se metió entre sus piernas; si no hubiera sido por sus reflejos de cazador hubiera acabado en el suelo, arroyando al niño en el proceso.

—¡¡Me persigueeen!! —Desapareció de la misma forma como había aparecido mientras Iker, a su lado, reía por lo bajo.

—Si quieres, puedes discutirlo con Luminika.

—Estando a punto de parir, es capaz de meterme una bala entre ceja y ceja si la incordio.

De la nada aparecieron tres niñas. No podían ser más diferentes las unas de las otras, incluso si se llamaban primas. Una era la hermana melliza del niño que acababa de darse a la fuga y, al igual que este, había heredado el cabello rojizo de su madre y un rostro lleno de pecas, pero sus ojos eran negra noche y su expresión, cuando se volvía seria, era un calco de la de su padre.

—¡Tito Tim! —Esa era la primogénita del Viejo, que se lanzó contra el cazador, obligándole a que la capturara al vuelo.

—Tienes que dejar de hacer eso —masculló Tim—. Si un día te das un coscorrón, no sé si será tu padre o tu madre, pero acabaré hecho pedazos.

—¡¡Quiero volar!! —Tim miró de reojo el pasillo mientras las otras dos chiquillas se acercaban riéndose. La hija de John y Aria era la más comedida de las tres cuando estaban con desconocidos, pero dentro de las paredes de la que era su casa, era tan inquieta como su padre. Con eso todo estaba dicho.

—¿Iker? —El cazador puso los ojos en blanco, pero se separó un poco mientras la niña reía, sabiendo que, una vez más, se había salido con la suya. Igual que su padre, el Viejo, hacía lo que quería con la mayor parte de la familia. O, más bien, con toda ella.

Tim balanceó un poco a la pequeña antes de lanzarla al aire.

Voló, en realidad, durante unos segundos, lo justo para que Iker, a unos pocos metros, la cazara al vuelo y se volteara con ella en brazos.

—¡Me toca, me toca! —exclamó la pequeñaja del grupo. Tendría un par de años, pero era la más revoltosa. De tal palo, tal astilla. Dante estaba jodido porque, además de ser una belleza andante, su única hija poseía la personalidad arrolladora de su madre. Tim solía bromear con que por eso no habían repetido y el Viejo le solía decir que ya tendrían tiempo. A Dante aquello le escamaba, no fuera una de esas visiones que John disponía por eso de ser un Bendecido.

—Creo que me he lastimado el brazo —bromeó Tim, y las dos niñas empezaron a suplicarle

que las lanzara en volandas, como había hecho con su prima.

Lo acabó haciendo y los dos cazadores se vieron obligados a repetir aquello algo así como tres o cuatro veces con cada una de las niñas.

—¿Y tu hermano? —le preguntó Iker a la primogénita del Viejo.

—Con los primos. —Lo que podría interpretarse como que estaba con el resto del grupo masculino del actual parque infantil en el que se convertía la normalmente apacible casa del Viejo cuando el consejo se reunía y toda la familia acudía al evento. Lo que era algo así como una vez al mes, porque las Místicas usaban eso del consejo a modo de excusa para juntarse y que los cazadores se ocuparan de sus retoños mientras ellas *gossipeaban* en algún *spa* lujoso o salían a cenar y las noches se alargaban hasta bien entrada la madrugada.

—¿Y dónde se supone que están los primos?

—Con el tito Anthony y el tito Fer, preparándose para ser cazadores —indicó la niña de John con un tono orgulloso de que entre ese cúmulo de minitestosteronas andantes estuviera también su hermano pequeño, de apenas dos años.

—Eso no me lo quiero perder —se burló Iker.

—Vamos. —Tim sonrió con malicia y, viendo que el juego se había acabado, las niñas desaparecieron. Si querían incordiar a alguien del personal o ir en busca del mellizo que se había dado a la fuga, ni siquiera se lo preguntaron.

En el gimnasio, no solo estaban Anthony y Fer.

Elena, a la que muchos llamaban Elektrika, estaba al lado de Logan, que llevaba en una bolsa de porteo a su bebita de cuatro meses. Todos sabíamos que era la niña bonita de su padre, aunque al saberse embarazada de su tercer hijo la madre de la criatura le había amenazado con cortarle las pelotas si no se hacía una vasectomía, a lo que el Viejo acabó interfiriendo en su discusión, asegurándole que, dada la naturaleza del cazador, confiar en una cirugía de ese tipo sería asegurar conseguir el plus de familia numerosa, al final aquella bebita de ojos azules no les había dado nada más que alegrías.

Dante estaba en un extremo, charlando con Anthony y Jason mientras en el tatami jugaban los dos chicotes de Logan, de seis y cuatro años; el pequeño de John, que en ese momento estaba hurgándose la nariz; y los dos vástagos de Taima y Jason, que tenían más o menos la misma edad que los de Elena y Logan. Era Fer, en realidad, el que estaba entreteniendo a los niños porque, a diferencia del resto de los cazadores, él siempre se había planteado que, algún día, sería padre. Su único problema era que, dada su condición de cazador, ahora solo podía esperar a encontrar una mujer que despertara la sed que haría eso posible. Sabía que era buscar una aguja en un pajar, pero disponía de una inmortalidad que tal vez le daría la oportunidad de que el milagro se hiciera real.

—¡Menuda cantera que tenemos! —bromeó Iker al ver la pandilla.

—Acabamos de ver a las niñas persiguiendo a tu hijo —le indicó Iker a Anthony, que se limitó a hacer una mueca.

—Les ha metido una rana de goma entre las galletas del desayuno. —Hizo un mohín, como si no estuviera muy satisfecho de su comportamiento, pero, al mismo tiempo, no tuviera intención de darle demasiada importancia.

—¿Y de dónde salió esa rana? —cuestionó Iker pero al momento él mismo se respondió—. No me lo digas, Luke.

—El tío molón, ya sabes —ironizó Anthony.

—Creo que desde que te he visto, es la primera vez que te has despegado de tu mujer —indicó Jason, acercándose al pequeño corrillo.

—Será porque *tú* mujer me ha echado de *mi* habitación.

—No te preocupes, que, si se pone de parto, seguro que te avisa —se burló Jason al ver el nerviosismo de su amigo.

—Que te den.

El mayor de Jason se acercó, sacando pecho, como si ya fuera todo un hombre. Tenía los ojos rasgados de su madre, pero el azul del cielo y del mar en su mirada. La nieta de Ishna había estado en lo cierto.

—Papá, ¿cuándo se casará el tito Iker con la prima?

Jason apretó los labios y una media sonrisa asomó a su rostro, pero se mantuvo en silencio.

—¿Perdona? —Iker frunció el ceño y miró a la criatura.

Pese a que los niños seguían jugando, la mayor parte de los cazadores centraron su atención en aquel pequeño.

—¡La boda! ¡Quiero ir a la boda!

—¿Qué boda? —le preguntó Tim, con curiosidad.

—¡La de la prima! —chilló el pequeñajo, saltando de un pie al otro, nervioso—. Yo ya seré mayor, tito Iker, y tú…

Jason le colocó a su hijo una mano en el hombro y se agachó para quedar a su altura.

—¿Sabes aquello que te dijo mamá?

—¿Lo de que las cosas han de pasar cuando sea su momento?

—Exacto.

—Vale. —Sin más, el niño se fue a jugar con su hermano mientras varias siluetas se acercaban al pequeño grupo de cazadores.

—¿De qué iba eso? —cuestionó Logan, colocando una mano sobre la cabecita de la niña de sus ojos, que dormía en la mochila, y miró a Iker de refilón.

—De tal palo, tal astilla —se limitó a decir Jason, con una media sonrisa.

—Ah, no —masculló Anthony, cruzando los brazos sobre su pecho en un gesto amenazador mientras miraba a Iker—. A mi hija ni se te ocurra ponerle una mano encima.

—Pero si yo…

—Si le intentas hincar el diente a la mía, te juro que te corto las pelotas —añadió Dante, con una mirada fría que sugería que estaría más que dispuesto a llevar a cabo su amenaza.

—¿En serio? —Logan miró a Iker antes de deslizar la mirada hacia Jason de nuevo—. ¿En serio en serio?

—Son Bendecidos, ¿tanto os sorprende que puedan poseer una marca?

—Sorprenderme, no, asustarme, mucho —murmuró Logan—. ¡Joder! ¡Apenas dice papá! Lo siento, Iker, pero me parece que voy a vetarte durante un tiempo la entrada a mi casa. Solo por si acaso.

—Es un buen plan. Hasta que tengan treinta. O cuarenta. Lo que sea —añadió Dante haciendo una mueca.

—Lo siento, pero mucho me parece que tu hija va a ser más como su madre que no como los queridos Gibbs —intervino Elena riéndose y Dante masculló algo inteligible por lo bajo.

—¿En serio tu hijo ha visto…? —Jason se limitó a observar a Iker que empezaba a agitarse. Su nerviosismo no mejoró al ver que el cazador frente a él, el padre de aquel Bendecido, se limitó a mantenerse en silencio—. ¿No vas a decirme cuál de ellas va a despertar mi sed de cazador?

—Va a ser que no. Será más divertido si, llegado el momento, lo descubres tú mismo —le contestó Jason—. Y si quieres conservar tus pelotas y a tus amigos, yo iría con pies de plomo.

Le guiñó un ojo y se fue a jugar con sus hijos.

Queridos lectores,

Mi lectora cero y mi correctora coincidieron en que esta historia requería un epílogo. Si queréis matar a alguien, ellas son las culpables de que se haya forjado esa pequeña encerrona a un cazador al que sé que muchas tenéis bastante cariño. Dejo a vuestra imaginación quién de todas esas Bendecidas será su compañera, al menos por el momento.

Con este libro pretendo cerrar la saga de Cazadores Oscuros y, aunque siempre es difícil decir adiós a un mundo y sus personajes, siempre nos quedará el placer de releer a nuestras Místicas y redescubrir sus historias.

Me ha costado mucho tomar esta decisión, pero tengo tantas historias en la cabeza que necesitan ver la luz que no puedo abarcarlas todas a un tiempo. Quería cerrar la trama argumental, que hace demasiado que me pedíais, aunque llevo fatal eso de las despedidas. Sin embargo, viendo que tras cerrar la trilogía *Lobos de Dóen* se impuso volver a ellos con historias autoconclusivas de nuevos personajes, no descarto que algo así pueda pasar algún día. Tal vez la historia de Iker. De Fer. O de alguno de esos Bendecidos. Lo que surja.

En cualquier caso, he de deciros que tengo algunos proyectos increíbles que vais a amar escritos, y de los que espero contaros más de aquí a no mucho.

Mil gracias por leerme.

Ahora y siempre,

Cristina.

SIGUE DESCUBRIENDO A LA AUTORA:

ROM-URBAN-FANTASY-ADULT

CAZADORES OSCUROS

Sinopsis:

Existe una guerra antigua. Casi tanto como el propio hombre.

Criaturas oscuras que se alzan a la noche y valerosos guerreros milenarios que tratan de contenerlas. Pero quedan pocos cazadores. Muy pocos. Y sin ellos, la humanidad está condenada a desaparecer.

Solo un milagro podría cambiar ese destino. Magia antigua. La magia elemental de las Místicas.



Género: Novela romántica fantástica con ambientación contemporánea.

Temática: Demonios, monstruos y magia.
Nivel de erotismo: Escenas eróticas suaves.

SENSIBLES

Sinopsis:

Según la antigua mitología celta, los Tuatha dé Dannan fueron dioses celtas que lucharon en Irlanda con los dioses de fomoré convirtiéndose durante parte de la Edad Media y la Edad de Hierro en los únicos señores de Irlanda.







Género: Novela romántica fantástica con ambientación contemporánea en Irlanda.
Temática: Dioses celtas, vikingos, hadas, magia elemental y brujas.
Nivel de erotismo: Escenas eróticas suaves.

HISTORIAS DE HOMBRES LOBO

Si te gustan las historias de cambiantes y hombres lobo, te enamorarás de La perdición del alfa y de Lobos de Dóen. ¡No te pierdas esta trilogía! Disfruta de las historias de La Chica Lobo, El Cazador Cazado y La Loba Solitaria individualmente o en un recopilatorio muy especial.













Género: Novela romántica fantástica en ambientación ciencia ficción.
Temática: Hombres lobo.
Nivel de erotismo: Escenas eróticas suaves.

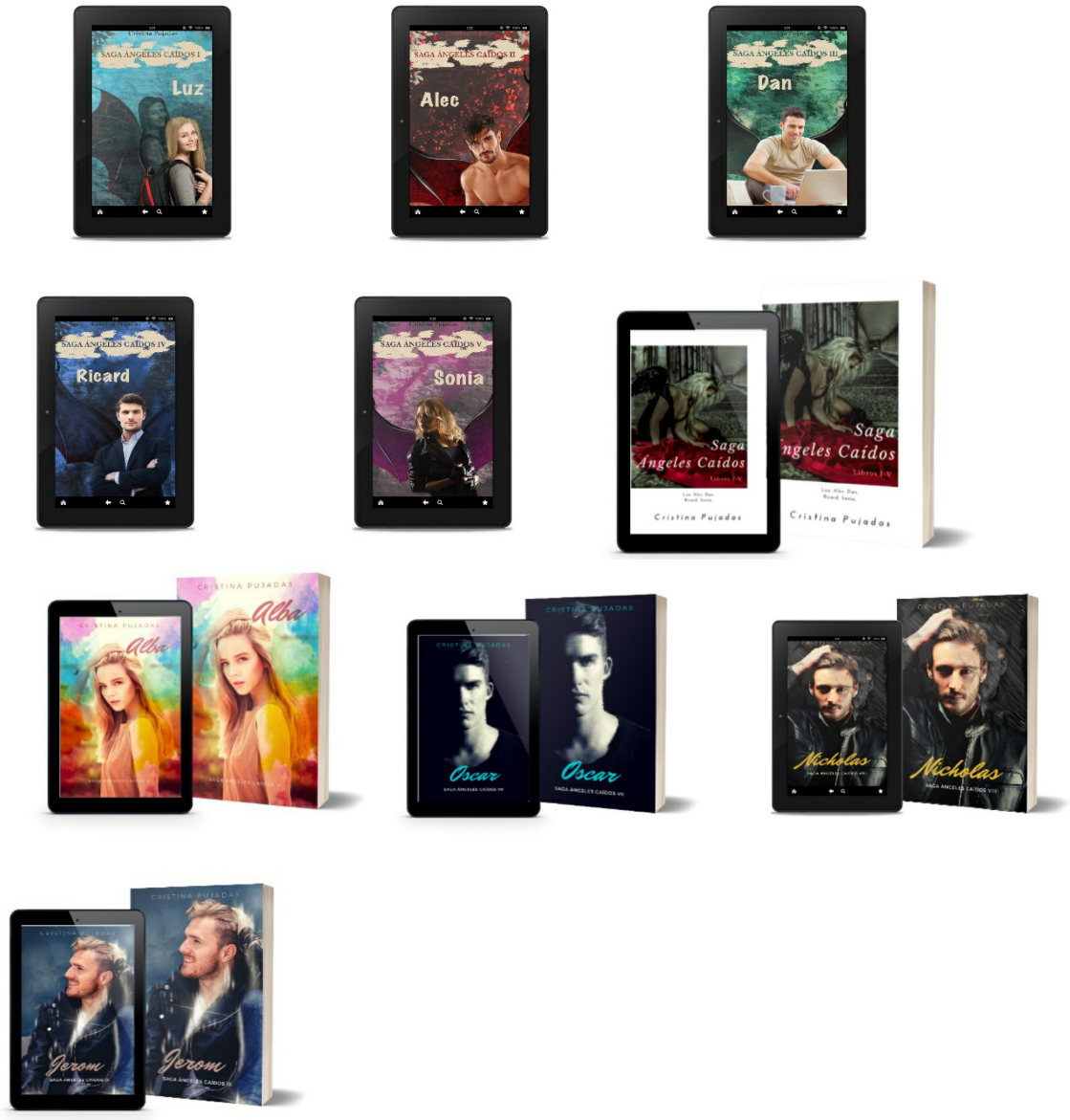
ROM-URBAN-FANTASY-YOUNG ADULT

ÁNGELES CAÍDOS

Sinopsis:

Ángeles y **d**emonios. Vínculos para toda la eternidad. ¿Qué pasaría si un ángel de la guarda acabara enamorándose de un demonio mayor rastreador?

¡Descubre las historias de todos los miembros de la familia Forns!



Género: Novela romántica fantástica con ambientación contemporánea.
Temática: Ángeles y demonios.
Nivel de erotismo: Sin escenas eróticas / Escenas eróticas suaves.

DUALES

Sinopsis:

Sophie oye una voz. **S**am es una superviviente.
Un linaje antiguo extinguido.
Los secretos que pretendían ocultar serán desvelados.
Los fénix han vuelto y cambiarán el mundo de los duales.



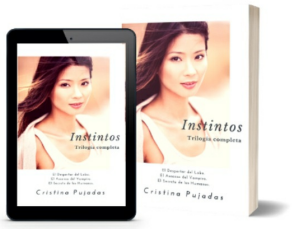
Género: Novela romántica fantástica con ambientación contemporánea.
Temática: Cambiantes.
Nivel de erotismo: Sin escenas eróticas / Escenas eróticas suaves.

INSTINTOS

¿Quieres la versión Kindle? Puedes acceder al recopilatorio o a los tres libros por separado: El Despertar del Lobo, El Ascenso del Vampiro y El Secreto de los Humanos.

Sinopsis:

Había pasado ya más de un siglo desde la Apertura, en la que algunas de las criaturas hasta entonces consideradas mitológicas, se convirtieron en una realidad en nuestras calles. Ser humano y vivir con criaturas capaces de convertirse en lobo y triplicar su fuerza o vampiros con cierta predilección por tu grupo sanguíneo, no es para nada fácil. Pese a vivir en un ambiente protegido, Atlantic se ve obligada a empezar a trabajar en una biblioteca cuando su universidad la invita a buscar otras perspectivas de futuro al no pasar los exámenes. Decepcionada con el mundo, y consigo misma, se deja llevar cuando conoce a un cambiante, mitad hombre y mitad lobo, casi por casualidad. Pero a veces las casualidades vienen marcadas por el propio destino y ninguno de los dos podrá evitar dejarse llevar por esa atracción que les vincula de forma permanente, pese a sus diferencias. Ni Atlantic ni Jan, su lobo, pueden imaginarse que todo lo que conocen, o creen conocer, está a punto de cambiar.



Género: Novela romántica fantástica en ambientación ciencia ficción.
Temática: Hombres lobo y vampiros.
Nivel de erotismo: Sensual (escenas eróticas suaves).

ROM-FANTASY-ADULT

IMPUROS

Sinopsis:

Siguiendo la estela de Sarah J. Maas y Jennifer L. Armentrout, descubre el fascinante mundo de fantasía, intriga y romance de *Impuros*. ¡No puedes perderte este inicio de saga!

Jade es hija de una de las estirpes más importantes de guerreros Marcados, una raza de Halgboots que desciende de antiguos dioses que lucharon contra los demonios que intentaron dominar el mundo tras abrirse la Grieta al abismo. Desde niña sabe que su destino es convertirse en la esposa del futuro Rey y mantener así la hegemonía de los Marcados sobre otras razas inferiores con las que conviven a su pesar.

Pero Jade guarda un secreto que no puede desvelar, algo que podría torcer los planes de todos aquellos cuyo futuro depende de que se ciña a su destino y no se deje seducir por una pasión prohibida y sus deseos más oscuros.

Un linaje. Un secreto. Una pasión. A veces lo que nos condena también puede liberarnos.



Género: Novela fantasía romántica.
Nivel de erotismo: Escenas eróticas suaves.

ROM-FANTASY-YOUNG ADULT

PUEBLOS PERDIDOS

Sinopsis:

Invisible. Su piel era dorada y sus ojos tenían el tono ambarino correcto de su raza, pero ningún dorado la vería como a un igual si miraba su cuello. Maldita. La Diosa Aurum la había condenado al nacer, al no marcar su piel con la runa de los dorados. Condenada a no ser una dorada en derecho pleno, había vivido encerrada dentro del Oráculo del Desierto sirviendo a las Videntes, protegida del mundo que había fuera. De los salvajes y de aquellos que podían despreciarla por no haber sido marcada. Sin embargo, la tranquilidad con la que ha vivido Aina se ve alterada cuando es convocada por el Consejo tras la muerte del Rey dorado de Do-Urh, para participar en los Juegos de Honor y enfrentarse al resto de jóvenes dorados para determinar quién será el nuevo Rey. Aina se ve obligada a alejarse de su hogar con la esperanza de conocer a su padre y descubrir el origen de su maldición. En ese fascinante viaje, no podrá evitar enamorarse de Derek, un joven explorador dorado, mientras crea nuevos y extraños aliados. Maldita para muchos y especial para otros, Aina ha de intentar encontrar su sitio en ese mundo que se dibuja frente a ella porque para poder ser libre, para poder amar y ser correspondida sin reservas, primero tendrá que encontrar a su padre, romper su maldición, desafiar a una Diosa y encontrar su propio destino, junto a Derek.



Género: Novela fantástica juvenil de aventuras con toques de romanticismo.
Nivel de erotismo: Sin escenas eróticas.

URBAN FANTASY-JUVENIL

TRILOGÍA AL OTRO LADO

Sinopsis:

Noelia y Gabriela son amigas desde la infancia, de esas amistades en las que a veces una sabe más de la otra que ella misma. Noelia sabe que Gabriela vive parcialmente escondida a su sombra, intentando ser normal. Aunque no lo es completamente. Ignorando esas diferencias y los secretos que oculta, han crecido juntas aspirando cosas normales de chicas normales, hasta que la aparición de Niloy, un chico de aspecto peligroso y carácter un tanto inestable, hace que Gabriela tenga que asumir que parte de lo que toda la vida ha estado ocultando es real, y no fruto de su imaginación. Porque desde su primer encuentro, Gabriela y Niloy han sabido reconocer que al margen de los sentimientos y la atracción que hay entre ellos, hay mucho más sobre lo que son y de cuál es su destino. Pero para poder seguir adelante en esta emocionante aventura, necesitarán de sus amigos y de las personas que, desde siempre, le han acompañado.









Género: Novela fantástica romántica con ambientación contemporánea.
Público: Juvenil
Temática: Dragones, sombras y poderes elementales.
Nivel de erotismo: Sin escenas eróticas.

ROM-CONTEMPORÁNEA-ADULT

CÓMO CONQUISTAR A UN GENIO

Sinopsis:

Tras trabajar en multinacionales y grandes centros científicos, Fa decidió buscar un poco de normalidad y sociabilizar con otros seres humanos, algo que no se le da especialmente bien. Musa esconde un pasado, se entretiene escuchando la radio de la policía mientras elabora complejos algoritmos y hace de dependienta en un *sex shop* para pasar el rato. La gran estrella deportiva, Math Damon, sonríe mucho en televisión, pero es solo cuando está detrás de una pantalla que su verdadera pasión se hace evidente. Nolan disfruta manipulando números, personas y todo lo que le venga en gana; para él la vida es un juego que sabe que va a ganar… aunque eso lo convierte, al mismo tiempo, en algo aburrido.

Cuatro amigos.

Cuatro genios solo parcialmente comprendidos.

¿Puede existir el amor para alguien como ellos?



Género: Novela romántica contemporánea.
Temática: Genios y robos informáticos.
Nivel de erotismo: Sensual (escenas eróticas suaves).